Las luces de verano

MARAN GARREN
@marangarren

LAS LUCES DE VERANO

Maran Garren

A mi abuela,
la persona más generosa que conozco.
Se lo merece todo y más.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
Epílogo
Sobre la autora

1

El piso estaba al completo patas arriba por mi culpa. Tenía prisa. Mucha prisa. Por fin había conseguido un trabajo después de meses de penurias, el sueldo era una pasada y tenía que estar en mi puesto esa misma tarde de viernes, sin falta. Pero necesitaba encontrar mi amuleto para llevarlo conmigo. Todos los armarios y cajones de la casa estaban abiertos de par en par y no lo encontraba.

Correteé hasta la cocina y escuché a mi hermana Susana de nuevo con voz exasperada.

—Vamos, Aura, espabila.

—Que ya voy…

—Es la tercera vez que mamá me llama al móvil. Están aparcados en doble fila y la policía ya les ha dicho que tienen que moverse. ¡¿Qué diablos estás haciendo?!

—Es que no encuentro mi anillo de la suerte.

—¡Y qué más da! ¡Lleva otro!

—No voy a estar todo el verano sin él —maldecí.

—¡Pero si cada vez es uno distinto! ¡Tienes decenas! —Se rio—. Lleva el de estrella y se acabó.

—Con el de estrella no encontré este trabajo. Tiene que ser el de flecha.

Yo tenía una teoría. Todo lo bueno que me pasara con un anillo puesto era todo lo bueno que me seguiría pasando si mantenía el amuleto en mi dedo, por lo de la vibración energética y esas cosas, y siempre se cumplía. ¿Tontería? No lo sé. Pero no me iba a ir sin él. Susana me advirtió que tenía treinta segundos o tendría que llamar al niño.

Me eché a reír. El niño es su hijo Noel, mi sobrino, y el mejor buscador de la familia. Los tres vivíamos juntos en aquel modesto pisito en Madrid, en el paseo de Extremadura. Susana es madre soltera porque el hijo del infierno con el que estaba, Yon López, nuestro vecino en el pueblo desde 6º de Primaria, la abandonó. De eso ya hace muchos años, pero yo lo sigo odiando a muerte.

Cerré los ojos para concentrarme en la búsqueda del anillo, haciendo círculos con la punta de mis dedos sobre mis sienes. Pero nada. Abrí mis párpados de súbito y los clavé en mi hermana.

—Llama al niño.

Susana sonrió mirando la pantalla de su teléfono, que de pronto vibraba con una llamada entrante.

—Papá está empezando a desesperarse… y ya imaginarás lo que eso significa. Que te vas a tener que ir a Zimbra en autobús. Ya sabes que a él le da igual que pierdas este trabajo, Aura, así que tú verás…

—Descuelga y que le diga a Noel que suba, por favor.

El pequeño Noel apareció un minuto después por la puerta con una sonrisa de cabroncete. Fue directo al cajón de mis calcetines, cogió los de calabazas y extrajo el anillo del interior.

Lo miré mal y él se carcajeó diciendo el día y la hora exacta en la que dejé el anillo allí después de quitármelo para ducharme.

—Qué haría yo sin ti… —le dije mientras salíamos por la puerta.

Noel cumplió diez años el pasado mes de marzo y es una monada. Corrijo, mitad monada, mitad bicho malo. Dicen que físicamente se parece mucho a mí, y yo lo corroboro. Pelo castaño claro, o rubio oscuro, según se mire, que nunca he sabido bien diferenciarlos, ojos marrones y expresivos y nariz chata. Aunque él tiene pecas y yo no, cosa que hubiera deseado.

Bajé las escaleras lanzando suspiros de alivio. Por fin las cosas empezaban a salirme bien. Llevaba cuatro meses sin blanca y no podía seguir así. Mi hermana me había echado un cable con el pago del piso ese último mes y siempre me decía que no le importaba porque yo la ayudaba de otra forma con el niño, pero yo me sentía muy culpable por no contribuir con mi parte de alquiler.

En la agencia de publicidad y talentos donde estoy inscrita me habían ofrecido trabajar representando una obra de teatro todo el verano en un complejo hotelero, y la verdad, es que estaba bastante nerviosa. Nunca antes había hecho nada parecido. Pero mi cara de desesperación fue tal cuando fui a rogar a mi representante, Débora, por cuarta vez a su despacho que…

—¿Algún *casting* para eventos? Dime que sí —le supliqué ese día, mordiéndome el labio con saña.

Débora negó despacio mientras miraba la pantalla de su ordenador. Con su pelo rubio de corte *pixie*, su camisa blanca tan elegante y sus labios pintados de un rojo muy ardiente, que a sus cincuenta años la hacían aparentar diez menos.

—No ha salido nada, Aura.

—¿Y de publicidad?

—La industria publicitaria con las agencias de intermediario está en crisis, las *influencers* se están llevando ese dinero ahora y los anuncios de empresas no llevan a los clientes a comprar como antes. No tengo nada para ti ahora mismo.

—Pero los de Rolex tienen que emitir el comunicado pronto —insistí.

—Es para la campaña del año que viene. Como mínimo habrá que esperar un mes y no aseguran que vayan a contar con nosotros, ya

lo sabes. Dijeron que un cantante del primer OT diciendo que solo usa Rolex durante un par de segundos les salía más rentable.

—Es mi última esperanza, Débora. No tengo dinero y…

—Si pudiera te lo daría, de verdad. Recuerda que yo no cobro si tú no trabajas… pero… lo siento. No puedo ayudarte de momento. Pásate la semana que viene y vemos.

Uní mis cejitas, muy triste, y contuve el nudo del tamaño de una rosca de vino atascado en mi garganta. Desesperada y pensado que iba a tener que volverme al pueblo con mis padres y darles la maldita razón. Mi sueño de vivir de cualquier cosa en la que pudiera desarrollar mi talento y ser feliz de verdad… aplastado. Chao. Adiós.

Me giré a la puerta de salida con los ojos vidriosos y me dio hasta vergüenza que me vieran así en la agencia. Abrí la puerta, dispuesta a ir a comprar la tarrina de helado más grande que encontrara en el súper y comérmela en la calle llorando a moco tendido. No me pongo más este anillo, iba pensando.

—Espera, Aura —escuché a Débora a mi espalda—. Ahora que lo pienso hay… hay algo… me acabo de acordar.

Me giré hacia ella abriendo mis ojos marrones y sin pestañear.

—¿Sí?

—Es… para trabajar todo el verano. Me han llamado esta mañana. No es nada de publicidad, ni eventos, ni extra en musicales… Y solo te lo ofrezco porque los últimos *feedbacks* que me han dado de tus trabajos han sido dignos de enmarcar. El sueldo es muy bueno… pero sería para hacer teatro, en el Complejo Noriega.

—¿Complejo Noriega? ¿Teatro? —Tragué saliva temblorosa—. Pero yo… yo no soy actriz, no puedo interpretar un personaje. Bueno, he hecho algún pinito en el colegio y el instituto, pero…

—Tienes razón. —Débora rectificó enseguida—. Voy a decírselo a Estela Rico. Seguro que ella acepta sin contemplaciones. —Atrapó un bolígrafo y un pósit y anotó algo muy concentrada.

—No, no, espera.

Di un pasito hacia ella, cogiendo mis manos en el regazo. Débora me miró con profesionalidad y, para qué negarlo, con un puntito de irritación.

—¿Cómo sería? —pregunté al fin.

—Tres meses de contrato. Del 20 de junio al 20 de septiembre. Seis mil euros.

—¡¿Seis mil euros?! —El corazón se me subió a la boca.

—Es el Complejo Noriega. Un paraje idílico entre montañas junto al lago de Zimbra, en Castilla y León. Los más ricos del país van allí huyendo de la playa y los guiris.

—No me suena.

—Porque es exclusivo, de las altas esferas.

Parpadeé, confusa.

—Y entonces yo tendría que…

—Te muestro tu contrato.

Firmé. ¿Qué diablos tenía yo que pensar? ¡Seis mil euros! Imitaba a Lara Croft desnuda y subida a una noria si hacía falta.

2

Madrid se desvanecía a nuestra espalda mientras el coche rodaba por la autovía A-6 en dirección a Zimbra. En Kiss Fm sonaba *Pisando fuerte*, de Alejandro Sanz, y mi sobrino hacía un cubo de Rubik muy concentrado a mi lado.

—Entonces, ¿qué tienes que interpretar, Aura? —me preguntó con audacia mi madre, desde el asiento del copiloto.

—No lo sé, mamá. Cuando lleguemos nos darán toda la información. Tenemos diez días para prepararlo.

—Y esa es otra, que teneis que estar allí diez días antes…

—Sí.

—Que no os pagan —recalcó.

—Incluyen alojamiento y comida en el complejo —aclaré con pereza—. Son para explicarnos el funcionamiento y poner a punto las actividades y toda la oferta de entretenimiento…

—¿No sería mejor que regresaras a la carrera de Biología, opositaras, y te dejaras ya de estas batallas absurdas?

—No son absurdas, papá. Voy a vivir de lo que me gusta. Ya me las apañaré.

—Bueno, eso dices ahora con veintiséis años, ya veremos cuando tengas responsabilidades y no esté tu hermana ni nosotros para responder…

Suspiré mirando por la ventanilla. En serio. Qué pesadilla. Y qué ansiedad en la boca del estómago. Mis padres no saben hacer otra cosa que crear temores e inventar problemas que jamás van a existir. Aunque este fuera más probable que otros, vale, lo admito. Pero era muy joven aún, tenía energía de sobra y estaba dispuesta a guerrear lo que hiciera falta. Necesitaba demostrar al mundo que podía vivir de lo que me hacía feliz y el sueldo de ese verano me valdría para pagar bastantes meses de piso, ya encontraría algo de nuevo. «Las cosas positivas siempre te acompañan con el anillo correcto, Aura», me dije.

En ese momento sentí la cabeza de mi sobrino pegada a mi hombro y apoyé suavemente la mía sobre la suya. Luego besé su sien y le sonreí con dulzura.

—Te voy a echar mucho de menos, tita —me dijo.

—Y yo a ti. Pórtate bien con mamá.

—Sí.

Me acerqué a su oído y le dije por lo bajini:

—Que ya sabes que, si no, no jugaremos al *Horizon*.

Noel despegó su cara de mí y me sonrió con complicidad, hundiendo sus ojitos inocentes en los míos.

—Que es para mayores de dieciséis —me susurró cubriendo su boca con la mano a modo de secreto.

—Exacto.

—¿Qué os tramáis? —preguntó mi hermana de pronto.

—Nada… —dije—. Le estaba diciendo a Noel que cuando vuelva en septiembre le llevaré a los partidos de fútbol por las tardes…

Miré al niño y le guiñé un ojo. Él se lanzó a mis brazos y ya no se despegó de mí en todo el camino restante hasta Zimbra, cosa que no era extraña porque no se separaba de mí prácticamente nunca. Acaricié su pelo revuelto y suspiré conmovida. Me daba mucha ternura cuando parecía que yo era su único salvavidas en el mundo…

Aunque, a pesar de su historia, Noel no ha tenido demasiados problemas en relación a la ausencia de su padre. Mi hermana y yo sabíamos que conforme creciera las cosas podrían cambiar y siempre hemos estado muy pendientes de su comportamiento. Era evidente que llegaría ese momento de duda existencial y hacía tres años que Noel me lo preguntó por primera vez: «Tita Aura, ¿por qué yo no tengo papá como mis amigos?».

Es duro. Simplemente una persona no está preparada para decirle a un niño que no tiene padre. Que su padre abandonó a su madre cuando supo que él existía y que nunca más volvió. Hace un par de años, cuando cumplió los ocho y las preguntas empezaban a ser frecuentes, lo llevamos a una psicóloga con temores de todo tipo. Que tuviera problemas de autoestima, pudiera afectarle al rendimiento escolar, vacío emocional, hacer mella en su adolescencia… «Noel está perfectamente, no hay motivos para alarmarse», nos dijo con una sonrisa. Y al poco lo entendimos. Noel es un niño que se adapta con facilidad a todo y simplemente es feliz. Es algo que se ve y no tengo ninguna duda de que lo es, aunque creo que de algún modo yo supongo esa figura paterna para él.

El pasado Día del Padre en el colegio Noel me llegó con una postal dedicada y me dijo que yo era lo más parecido a un padre que tenía. Y yo me eché a llorar. Cada vez que algo me recuerda que no tiene padre se me arruga el corazón… Maldito Yon López y maldita su alma.

Con el tiempo y por el bien del niño, todos habíamos aprendido a olvidar lo que pasó, pero esa huella estaba en nosotros. Era así y no hacía falta que tuviéramos que hablarlo. Mi hermana pone empeño en rehacer su vida, pero entre su trabajo como secretaria, atender al niño, y como está el mercado…, no termina de cuajar con nadie. Yo siempre he pensado que lo peor ya había pasado y que en todo momento me tendría a mí y a mis padres para tenderle la mano en lo que fuese.

Supongo que ese era el tipo de ayuda que en realidad necesitaba y que nada tiene que ver con el dinero.

Estaba abrazada a Noel y concentrada en mirar el paisaje de arboladas bañadas por el sol aplastante de un mes de junio a las cinco de la tarde, cuando sentí que mi teléfono sonaba en mi regazo. Era mi amiga Sara:

¿Ya has salido? Aún no me puedo creer que no vaya a verte en todo el verano. ¿Podré ir a visitarte? Simón no para de preguntarme por ti.

Volteé los ojos. Luego respondí:

Nos queda nada para llegar ¡Por fin! Lamento decirte que si no eres huésped o te salen billetes por las orejas no puedes venir… Te llamo luego. Y no voy a hablar de Simón.

Levanté la vista del móvil al sentir que el coche frenaba y vi el enorme cartel del Complejo Noriega a la derecha. Miré mi anillo de flecha y sonreí, con un gusanillo en el estómago.

Olía a campo increíble. A naturaleza. Débora no exageró al describirme aquel lugar como idílico. Al completo rodeado de montañas y bosques, todo verde. Absolutamente todo verde. A unos trescientos metros de donde habíamos dejado el coche estaba el edificio principal, gigantesco y revestido de piedra, flanqueado por decenas de árboles. A la izquierda se extendían grandes explanadas y un par de pistas polideportivas. A la derecha podía apreciarse el lago, de un azul vibrante y casi eléctrico, también un amplísimo gazebo de madera blanca y algunos de los preciosos bungalós impolutos de los huéspedes, con paredes blancas y tejados verdes. El espacio al completo estaba cubierto de un manto de césped muy cuidado y de un montón vallas blancas y senderos que lo conectaban todo.

Cuando mi padre bajó del coche abrió mucho los ojos, sorprendido para bien. Pero claro, no iba a admitir en voz alta que le había fascinado un lugar que propiciaba que su hija continuara con su disparatada idea de vivir de sueldos inestables. Noel empezó a decir que quería ir al lago a coger ranas y yo tuve que advertirle que nadie externo podía acceder al complejo, el contrato lo decía muy claro.

Me latía el corazón muy deprisa. Estaba emocionada y todos lo sabíamos. Apreté una sonrisa, ya con la mochila puesta. Mi madre fue la primera en acercarse, para darme un abrazo y decirme que tuviera cuidadito y que para cualquier cosa los llamara. Luego siguió mi padre, mi sobrino, mi hermana… y otra vez mi sobrino. Nos dimos miles de besos los dos porque somos así de pesaditos para

despedirnos. Después agarré mi gigantesca maleta pensando que mi vida no podía ser mejor y me dirigí, por el sendero principal y con los nervios a flor de piel, hacia la recepción del complejo.

En cuanto pisé el interior confirmé mis sospechas. Aquello era enorme y abrumador. Lujo rústico. Si había una forma rápida de definir el espacio, era esa. Techos altos, vigas de madera, paredes de piedra, muebles robustos supercuidados, muchísima luz… naturalidad y rudeza bañadas de elegancia. Olía a orquídeas y a limpio.

Una vez en el mostrador de recepción, tuve que entregar mi DNI y esperar a que me asignaran el bungaló correspondiente, que según me explicó la recepcionista con cara de muñeca hinchable, compartiría con dos chicas más.

—Aura, qué bonito —comentó comprobando mis datos.

—Sí, fue un capricho de mi madre —le expliqué con orgullo—. Era maestra de Primaria y me lo puso porque una alumna suya se llamaba así y siempre que pasaba lista y lo escuchaba le parecía precioso.

La chica cara-hinchable sonrió y me entregó la llave con amabilidad. Luego me explicó que a las ocho de la tarde todos los trabajadores debíamos estar en la explanada principal, y me la señaló con una equis en un mapita que me dio.

—Allí Santiago Noriega os dará la bienvenida y os explicará cada detalle del funcionamiento y todo lo que debéis saber.

También me entregó una tarjeta dorada tipo bancaria con las iniciales del complejo para las compras del supermercado.

—Tienes tres mil puntos canjeables, si excedes ese límite tendrías que abonar las compras en efectivo o metálico.

Le di las gracias y me volví de nuevo hacia las impolutas puertas acristaladas con sensor, que se abrieron a mi paso. Una ráfaga de aire cálido hizo que mi camiseta se pegara a la piel de mi espalda y rebufé. Removí mis hombros. Empezaba a estar incómoda. Necesitaba una ducha urgente.

Anduve con las llaves en la mano, la mochila colgada y arrastrando la maleta por un sendero asfaltado hacia donde la chica me había indicado. Vi pasar carros de golf conducidos por chicos monísimos, botones desplazando portamaletas dorados a rebosar de artículos de alta gama, y un par de coches horteras de lujo, uno color bronce y otro amarillo, de los que no podría decir la marca. Me pregunté quiénes serían los dueños de aquellos artículos privilegiados con tan mal gusto.

Concentré todos mis pensamientos en las indicaciones y seguí las señalizaciones hasta la zona de trabajadores, que estaba delimitada claramente por un arco blanco con un cartel en lo alto donde podía leerse: «Zona de empleados. Prohibido el paso». Anduve unos metros

más por el sendero y enseguida empecé a notar la diferencia de nuestros bungalós con los que acababa de dejar a mi espalda. Los nuestros también eran blancos, aunque mucho más sencillos, sin escaleras que los elevaran a un metro del suelo, ni rebosantes de flores, ni rodeados por grandes porches. No es que estuviesen mal ni mucho menos, se veían bastante acogedores, pero eran como la tercera división de los anteriores.

Busqué el número 11. Cuando casi lo alcanzaba vi que una chica latina, de pelo rubio afro, bailaba en el pequeño porche mientras canturreaba. Llevaba puesta una falda de vuelo negra y un body de licra naranja chillón. Al sentirme llegar, se giró con una amplia sonrisa. Le correspondí.

—Tú debes de ser la tercera, *mamasita* —dijo con marcado acento.

Sonreí deteniendo la maleta y la miré, entrecerrando un ojo.

—¿Cuba?

—Sangre pura de La Habana, *mi amol*. —Meneó su cuerpo con gracia—. Mucho gusto.

—Encantada. Soy Aura.

Le tendí mi mano y me dio la suya.

—Karen, para lo que necesites. Y esa guayaba con cara de cansada que viene por allí, es Esmeralda.

Me volví para verla caminar desde el bungaló vecino y aproveché para subir mi maleta al porche. Una chica de largo pelo oscuro y ojos claros. Y sí, traía cara de estar agotada.

Cuando Esmeralda nos alcanzó, se presentó enseguida y las tres pasamos al interior. Nos recibió un tifón de aire porque tropecientos ventiladores estaban encendidos. Y conté cinco.

—Disculpa —dijo enseguida Karen mientras apagaba con destreza uno por uno—, es que allá en Cuba, entre los apagones de luz y el calor que nos aplasta sigo obsesionada con esto de poner el aire.

—No te preocupes. —Sonreí.

—Aquí el calor raras veces supera los treinta grados y con los ventiladores nos da de sobra para soportar el verano —me explicó Esmeralda, que luego miró a Karen—. ¿La atiendes tú? Tengo que volver a irme.

—Sí, claro. Yo le enseño todo.

Esmeralda desapareció dedicándome un gesto amable y Karen continuó hablando con una mueca de fastidio.

—Es camarera y son con diferencia los que más curran. Faltan dos horas para que los empleados nos reunamos y ya les están explotando. Monta estas mesas y sillas aquí, pon estas sombrillas allá… —Karen me hizo un gesto para que avanzara hacia las habitaciones y desplacé la maleta por el salón.

—Y tú eres bailarina, supongo —le dije.

—Supones bien. Salsa, chachachá, mambo, merengue… Me late todito dentro de este cuerpo. —Me guiñó un ojo—. ¿Y tú?

—Bueno, yo no soy una sola cosa. Hago un poco de todo. Anuncios publicitarios, coreografías en *talent shows*, coro en musicales, azafata para eventos…

—Suena muy divertido.

—Pues díselo a mi padre. —Me reí.

Karen abrió la puerta de la que supuse mi habitación y al instante comprobé que era muy luminosa.

—Son todas iguales en tamaño y luz. Aunque si quieres cambiarla puedes decirnos y lo miramos.

—Esta es perfecta.

Pasé dentro, mirando todo a mi alrededor. Karen anduvo al salón y a los pocos segundos apareció con un ventilador.

—Y cuéntame, Aura… —murmuró concentrada en enchufar el aparato—. De todas esas cosas que sabes hacer, ¿cuál has venido a hacer aquí?

—La única que no domino… interpretar —dije en tono nervioso y subí la pesada maleta a la cama—. Espero no tener muchos problemas. Aunque ya no hay vuelta atrás. Necesito el dinero. Y sobre todo necesito demostrar a mis padres que puedo vivir de mis sueños.

—Eso es admirable y muy valiente, niña. Además, voy a darte una muy buena noticia. Es casi imposible que puedas hacerlo peor que los actores anteriores.

—¿Y eso? —Arqueé mis cejas.

—Los echaron a todos —explicó resuelta—. Los pillaron fumando marihuana en el cuarto de vestuario. Eso sin contar con todas las prendas que había quemadas…

—Joder.

—Sí, joder también jodieron allí dentro. Malditos cerdos inútiles… Yo lo habría hecho sin que me pillaran.

La miré de lado, conteniendo una sonrisa, y Karen sonrió también.

—Deduzco entonces que ya estuviste aquí el año pasado… —le dije intentando abrir la maleta.

—Y el anterior. Este es mi tercer año aquí. Y el segundo de Esmeralda. —Se acercó para ayudarme con la cremallera y tras unos segundos logramos abrir la tapa—. Bueno, te dejo para que puedas instalarte. Yo voy a visitar a los vecinitos del bungaló 8, que me han dicho que están de ricos igualitos que las frituritas de malanga. —Se chuperreteó los dedos con gesto de placer—. Chao, *mamasita*. Y bienvenida al mejor verano de tu vida.

Me reí. ¿Tenía Karen pinta de ser la leche? Sí, la tenía.

El bungaló cumplía su función. Dormitorios individuales correctos, un baño compartido pero amplio, y un salón/cocina en espacio abierto con todo lo básico, bastante limpio y ordenado.

Aproveché la hora y media que tenía hasta las ocho para colocar mis cosas en la habitación y el baño, darme una ducha, y comerme una napolitana york-queso que me había echado mi hermana en la mochila y en la que llevaba pensando desde que salimos de Madrid, hacía ya cinco horas. Mientras la engullía en el sofá llamé a mi amiga Sara y la puse al día de todo, incluido Simón.

—Hace ocho meses que lo dejamos, Sara, él sabe que no hay vuelta atrás.

—Pero me dijiste que fue un ataque de rabieta.

—Un ataque de rabieta fue decirle que me quedaba yo sola con el piso que los dos teníamos alquilado, porque ya ves cómo ando de pasta. Y menos mal que mi hermana tenía pensado mudarse a Madrid y estaba esperando la respuesta de su petición de traslado en su empresa.

—Entonces… —me incitó Sara.

Solté el aire de mis pulmones, cansada, y di otro bocado a la napolitana, sintiendo que llegaba de nuevo a un punto muerto.

—Ayer me dijo que tu pelo ondulado le fascina, que tus ojos de canela grandes y brillantes le persiguen en sus sueños… que tus tetas saben a…

—Plátano. Sí. Es por la crema hidratante. Y no sigas, Sara, va en serio. Me da mucha pereza este tema… y además, roza lo *cringe* —me sinceré. Se hizo un silencio en el hilo telefónico y continué explicándome—. Sé que es tu mejor amigo y lo quieres…, que nos has ayudado en el pasado y todo eso… pero tu función como Celestina ha dejado de tener sentido.

—Entonces es definitivo.

—Totalmente.

—Está bien —musitó—. Solo quería asegurarme.

—Y qué tal en la agencia, ¿te han dado algo? —cambié de tema y agarré mi Coca-Cola sobre la mesa y le di un trago mientras la escuchaba.

—Débora me ha dicho que han salido dos *castings* de musicales para pasado mañana. Tengo que empezar a limpiar mi voz.

—No lo necesitas. Cantas como un ángel de alas rosas.

Escuché a Sara reír junto al pitidito de una llamada entrante. Miré la pantalla y era mi hermana. A saber por qué, después me dio por mirar la hora en la esquinita derecha.

Grité.

—¡Las ocho menos cinco! ¡Tengo que dejarte, Sara!

Colgué a la velocidad del rayo y bajé mis pies descalzos del sofá para colarlos en mis zapatillas de lona, dejando el talón al descubierto. Me incorporé escuchando la botella vacía rebotar contra el suelo y palpé mis bolsillos como si tuviera que coger algo, pero sin saber el qué. Salí del bungaló corriendo con mis zapatillas Victoria blancas a medio calzar, mis pantalones vaqueros desabrochados y mi camiseta negra de Pink Floyd corta bailando en mi cintura por mis zancadas de loca.

—¡No te preocupes, chica…! —me dijo alguien en tono divertido—. ¡Santiago siempre llega quince minutos tarde!

No quise mirar. Seguí corriendo como si no fuera conmigo. Aunque cuando pasé el arco y el sendero me hizo topar con la zona de huéspedes, cambié el chip. Con la respiración acelerada me agaché para calzarme bien y luego eché a andar a buen ritmo, pero sin parecer una desquiciada.

Solo entonces me di cuenta de que olía a césped recién cortado. De que la luz del sol, ya baja y sobre el lago, era una preciosidad. De que se escuchaba el cantar de los pájaros, que cruzaban el cielo naranja de un lado a otro. Y de que la brisa suave mecía las hojas de los árboles que nos rodeaban. También pude ver a un par de rezagados, como yo, que acudían justos de tiempo.

Según la recepcionista me había marcado en el mapa, la famosa explanada estaba justo detrás del edificio principal. Lo bordeé y, un minuto después, apareció ante mí un espacio natural abierto, que me impactó por sus dimensiones.

El tumulto de personal fue visible al instante, cercano a uno de los altos pinos que delimitaban los laterales. Me acerqué, comprobando con alivio que Santiago Noriega aún no había llegado. Karen me saludó con la mano. Justo la alcanzaba, cuando sentí un revuelo general.

—Bienvenidos todos un año más al Complejo Noriega —se escuchó por un megáfono en una voz masculina y ruda.

La gente se giró hacia Santiago Noriega, que caminaba con parsimonia hacia nosotros acompañado por un séquito de gente.

—Esos que vienen con él son nuestros jefes directos —me chivó Karen entre susurros—. La tuya es Miren, la del pelito rubio de media melena.

—Ah…

Santiago explicó que, entre servicio de limpieza, mantenimiento, botones, camareros, monitores deportivos, artistas, cocineros, sanitarios… éramos unas setecientas personas. Luego creó un silencio demoledor y nos dejó una sola cosa clara: Nuestro único objetivo era hacer felices a los clientes.

Mientras le escuchaba decir las actividades que se ofertaban

(que era algo así como la lista de los reyes godos), salpiqué mis ojos indistintamente entre los que serían mis futuros compañeros, curioseando un poco. Localicé a Esmeralda unos metros a la izquierda y le sonreí. Revoloteé de nuevo por las decenas de caras desconocidas y suspiré de ilusión. Cuánta gente nueva y qué de cosas increíbles me esperaban. Luego volví a atender a las palabras de Noriega y… CRAC. De esto que sabes que acabas de ver un rostro que te resulta familiar, pero no alcanzas a encajarlo en el espacio-tiempo…

Un minuto. Me quedé bloqueada un minuto antes de que un escalofrío congelara cada uno de mis huesos.

Contuve el aliento, inmovilizada en mi sitio. Mi respiración se aceleró y todo se detuvo. De pronto no escuchaba a nadie hablar. No existía naturaleza. Había vida a mi alrededor, pero no la sentía. Tuve la sensación de estar dentro de una urna de cristal.

No podía ser…

Volví a mirar. Pelo oscuro, casi rapado. Ojos pequeños, cejas pobladas. Cuerpo delgado. Aún conservaba algunos rasgos del adolescente que fue. Estaba más alto. Pero era él. Era el maldito Yon López y no me lo podía creer…

Once años de odio. Once años de ausencia cosida en los ojos de mi sobrino, en los llantos de mi hermana, en la preocupación de mis padres, en todos recuerdos amargos relacionados con su jodido nombre… Once años que no pude controlar.

Mis vísceras reaccionaron revolviéndose en un acto reflejo y empecé a salivar.

Agarré la muñeca de Karen.

Ella me miró sin entender y di un par de pasos, nerviosa sobre mi sitio.

—Oye, Aura, estás… poniéndote amarilla.

Las palabras de Santiago Noriega se emborronaron en el éter y todo me dio vueltas. Mi estómago se estrujó de forma violenta. Me agarré de la cintura y me encogí. Al segundo siguiente me estaba abriendo paso a manotazos entre la gente, corriendo despavorida hasta el pino más cercano. Apoyé mi palma en el tronco y vomité enterita la napolitana.

Una arcada. Dos. Tres.

De pronto sentí un silencio arrollador.

Setecientas personas. Se-te-cien-tas. Mirándome solo a mí. Un sofoco de calor recorrió mis mejillas.

—¿Chica, estás bien? —Sonó omnipotente por el megáfono, por si había algún despistado que no se hubiera dado cuenta.

Tragué temblando y me incorporé, sacudiéndome las manos y limpiándome después la boca con el bajo de mi camiseta.

—Sí —respondí—. Es que en el viaje me he mareado y tenía el

estómago levantado.

Sentí la tensión de los ojos de Yon sobre mí como una mala sombra. Lo miré un segundo, con odio acérrimo. Él me mantuvo la mirada con la mandíbula apretada. El corazón me iba a explotar. No puedo describir cómo me sentí porque jamás. Jamás. Había albergado tanto odio y rabia en mi interior como en aquel segundo de mi vida. Y esto es una suposición, solo una suposición metafórica… pero… si hubiera tenido una pistola en la mano en aquel momento, la habría disparado.

3

Un puñado de años atrás…

Yon nunca fue un chico popular. Nunca había destacado por sus habilidades sociales ni por ser el mejor deportista de la clase, pero para mi hermana Susana, eso lo hacía mejor. Vivía obsesionada con conquistar a Yon López desde que llegó a Bilgo en 6º de Primaria. Ambos iban a la misma clase, un curso superior al mío. Por aquel entonces a mí el chico no me caía ni bien ni mal, simplemente no me caía. Aunque en mi radar lo detecté como «persona a la que no debía acercarme». Ya no sé si por lo que mis amigas cuchicheaban sobre él o porque una vez lo vi tumbado en el patio intentando hacer fuego con una lupa, mientras apuntaba a un grillo muerto, y mi cerebro de niña sacó sus propias conclusiones. Y no solo fui yo… En el pueblo donde crecimos todos nos conocíamos y, para la gran mayoría niños, Yon era el chico callado y solitario. Y eso, en cualquier instituto desde la India a la China, lo convertía automáticamente en el raro.

Leía cómics, jugaba a videojuegos extraños y se marginaba solo. Siempre llevaba el pelo revuelto cortado a la cazuela y a lo largo de los años desarrolló un estilo de vestir… inquietante. Algo entre pijo, surfero y friki. O lo que venía a ser ropa ajustada de marca combinada con otra que parecía sacada de la beneficencia. Él y sus padres venían de Santa Mónica y nadie sabía muy bien qué pintaban allí, en Bilgo, un pueblo de tres mil quinientos habitantes al norte de la provincia de Toledo. Se rumoreaba que la propiedad que tenían en el campo era heredada y que habían llegado para huir de la vida de excesos norteamericana, o eso era lo que nos decían nuestros padres cuando mi hermana les preguntaba. Los padres de Yon no se relacionaban mucho con nadie, tampoco daban problemas, al igual que Yon. Pero lo que para todos los niños de once años sobre el globo terráqueo se traducía en las cualidades idóneas para ser el apestado de la clase, para mi hermana Susana, era lo que hacía a Yon fascinante. Y empezó a hacer averiguaciones.

Descubrió que era hijo único, que en los recreos siempre comía un sándwich de tres pisos y algo de colores llamado Sour Patch, y que su película, personaje e ídolo favorito era Spiderman. Porque tenía una mochila de él, pegatinas suyas puestas por todas partes y en Carnaval fue disfrazado del icónico traje rojo y azul. El tiempo pasó y Yon y mi hermana no se hablaban demasiado. Ir a la misma clase no

fue ninguna garantía. A mi hermana le costaba horrores entablar conversación con aquel chico tan extraño, además no entendía de nada de lo que a Yon le gustaba. Ni de Wonder Woman, ni del Capitán América, ni de nada relacionado con videojuegos más allá del Tetris, que a Yon no le llamaba demasiado la atención porque decía que era absurdo y ridículo. Yon era así, siempre lo fue. Tenía sus propias convicciones y que una mayoría afirmara algo no iba a lograr que él lo hiciera.

Todo continuó igual hasta que en 2º de ESO, un día sin más, Yon apareció en un recreo con un Phoskito y mi hermana con otro. Él la miró desde la distancia al darse cuenta y le sonrió. Ese día mi hermana no durmió. Yon tenía la sonrisa más increíble que jamás había visto, dijo tumbada a mi lado mirando al techo y pestañeando sin parar. A partir de entonces, y aunque no hablaban en clase, ambos empezaron a buscarse en los recreos y a charlar sobre… dulces.

Sí. Quién le iba a decir a mi hermana que ese iba a ser el anhelado tema de conversación que la haría conquistar a Yon López. Bollicao Normal o Bombón…, Donettes de Chocolate o Rayados…, la Pantera Rosa o el Tigretón… Se picaban y discutían sobre cuál era el gran ganador, el que mejor sabor, color y olor tenía. Y los probaban mientras se miraban a los ojos. Yo me alegré por ella. Era mi hermana y estaba feliz. Yon casi parecía normal y al poco quise deducir que simplemente era un chico distinto. Que no se comportara como el idiota de Sergio Trigo, al que todas las chicas idolatraban por el hecho de pisar el mismo suelo que ellas, no lo hacía menos increíble, sino justo lo contrario.

Y entonces en 3º de la ESO, con catorce, mi hermana y Yon empezaron a salir. Algo que dejó boquiabierto a todo el mundo menos a mí, claro. Mis amigas me decían una y otra vez: «no me puedo creer que tu hermana esté saliendo con el bicho raro, la otra noche lo vimos andando solo por el cementerio». Pero yo intentaba no hacerles caso porque, aunque no acababa de encajarme ese aire emo que Yon estaba adquiriendo últimamente, entre ellos todo parecía correcto.

Fue en la primavera del año siguiente cuando volví a dudar de la rareza de Yon. Él había ido a buscar a Susana a casa y la esperaba en el portal leyendo un tebeo de Mortadelo y Filemón. Le dije «Hola, Yon» y él contestó con un «Ey» sin mirarme.

—Creí que solo leías sobre superhéroes —añadí sonriente.

Yon levantó la vista del cómic, me miró con suficiencia, y volvió a centrarse de nuevo en las páginas.

—¿Seguro que Yon es normal? —le dije a mi hermana en nuestra habitación al día siguiente.

Susana se echó a reír mientras se hacía la plancha de zigzag frente al espejo.

—Conmigo habla de todo.

—Pero soy tu hermana y ni siquiera me ha hablado nunca.

—Porque no habéis conectado con nada, Aura. La gente en general no suele conectar con Yon, y él no habla por hablar. Pregúntale algo que de verdad le interese, ya verás.

Pero yo pasaba tres kilos de tener que hacer ese esfuerzo. Así que de nuevo insistí con más fuerza en mi argumento:

—Mis amigas me han dicho que suele pasear solo por el cementerio.

—Porque es donde mejor se ven las estrellas. Tiene un telescopio, idiota.

—¡Pues que se vaya a una explanada en el campo! Eso es chungo. Allí guarda una guadaña, ¡entre las tumbas! Yon no me da buena espina, Susana.

—Estáis chaladas. —Volteó sus enormes ojos—. Yon es la mejor persona que he conocido.

Pero a los dos meses sucedió.

Fue a finales de julio, un mes después de finalizar el curso, cuando vi a Susana llorar a moco tendido sobre su cama. Obviamente yo no entendí nada y me asusté.

—Qué te pasa, Susana, qué te pasa…

Ella no respondía y solo soltaba al aire un alarido de llanto tras otro. De pronto me fijé en que había un termómetro en el suelo y arrugué el ceño. Jamás había visto una prueba de embarazo, de modo que, desde mis quince años, pensé que Susana estaba enferma y tenía una fiebre que la estaba haciendo delirar, como cuando era pequeña. Fue al mirar la pantallita, cuando confirmé que no era lo que yo creía.

—Estoy embarazada.

Automáticamente tiré la prueba al suelo y me senté en la cama, con el corazón disparado. Susana se me echó a los brazos y, empapada en lágrimas, me dijo que había sido un error. Solo sabía decir eso. «Ha sido un error, ha sido un error…».

—¿Es de Yon? —le pregunté en un susurro.

Ella asintió llorando sin parar y con la barbilla tiritando.

Al día siguiente Yon se marchó del pueblo con sus padres y nunca más lo volvió a ver.

4

Regresé al grupo. Después de que una chica muy amable me ofreciera su botella de agua y me dejara un pañuelo para limpiarme. A los pocos minutos todo continuó con normalidad. Cuando me coloqué de nuevo junto a Karen, simplemente me sonrió, y le devolví la sonrisa. La verdad es que ese gesto me encantó. Me pone bastante de los nervios la gente que hace mil preguntas cuando sucede un «accidente» no más allá de lo que le puede ocurrir a cualquiera y te empiezan a tocar, a agarrar y a escrutarte con la mirada buscando un resquicio de drama. Me resulta idiota y me hace sentir idiota a mí.

Por supuesto no volví a mirar a Yon. Soy rápida ignorando a la gente y pensar suelo pensar poco. No me va lo de darle vueltas a las cosas y poco podía hacer con esa desagradable casualidad que el destino había forjado. Pero nada en el mundo me iba a arruinar aquella experiencia y menos un patán como Yon López. Una parte de mí sabía que podría encontrármelo algún día y ya había vomitado la rabia. Solo debía ignorarlo. Había tenido esa conversación mil veces con mi hermana y siempre tuvimos claro que no permitiríamos que volviera a destrozarnos después de tantos años. Él era una persona más entre setecientas con la que no tenía por qué toparme, concluí en una milésima de segundo.

Me concentré en las palabras de Noriega, que en ese momento explicaba algo que nos interesó mucho a todos: podíamos beneficiarnos de las actividades que ofrecía el complejo siempre que se solicitara con antelación. La gente empezó a aplaudir como loca.

—¡Entonces contamos con usted para echar una partidita al ping-pong! —gritó alguien.

Todos nos reímos. El espontáneo había leído en internet lo mismo que el resto, que Santiago era un as jugando al tenis de mesa, y quiso hacer la gracia.

Me sentí de nuevo relajada. Meneé mis hombros con suavidad y noté el tejido algodonado de mi camiseta con placer. Estaba que te cagas allí entre tanta gente desconocida y a punto de conocer, en ese entorno increíble, con las buenas vibras de Karen golpeándome cerca, con el olor a bosque, el atardecer malva…, a punto de lanzarme a un nuevo reto, el de interpretar. Y tenía tantas ganas de todo, de comerme el puto mundo de un bocado y sonreír como posesa por haberlo conseguido…

Que no lo vi. No vi lo más evidente de todo.

Santiago hizo que nos desplazáramos hacia el centro de la explanada para que pudiésemos apreciar mejor los distintos espacios, y nos guio hasta cierto punto. Luego cedió el relevo a sus subordinados, con los que debíamos contactar para cualquier duda, problema o protesta, así lo dijo entre risas. Entre ellos estaba Miren, la directora de teatro.

El grupo empezó a disgregarse en subgrupos y cada cual buscó a su jefe directo. Fue ahí cuando empecé a ver que las cosas no iban a ser como yo creía. Algo iba a ir mal. Muy mal.

Tragué escuchando a Esmeralda y a Karen decirme que luego nos veíamos en el bungaló y avancé sobre el mullido césped, sin saber hacia dónde mirar. Pocos metros hicieron falta para descubrir quién iba a ser mi futuro compañero, ambos íbamos en la misma dirección. El corazón se me disparó de puro odio. Apreté mis puños sin dedicarle un mínimo gesto de cortesía y seguí caminando. Me sentí como un condenado a muerte acercándose a su fin. Ana Bolena, John Lennon, J.F. Kennedy, Anna Frank, Malcom X, hasta Eddard Stark se me pasó por la cabeza.

Sentí el cuerpo de Yon unirse poco a poco al mío entre la gente en su avance hasta Miren. Ella nos miraba en la distancia con una sonrisa espectacular. Llevaba puesta una camisa de estampado de acuarela y un vaquero corte *mom*, un estilo muy retro y artístico que llamaba la atención. Pero a mí nada me la llamaba porque estaba bloqueada por completo.

Cuando la alcanzamos, noté que Yon me miraba.

—Hola, Aura… —murmuró suave—. Cuánto tiempo…

Miren levantó las cejas con asombro y nos señaló.

—Ah… ¿que ya os conocéis?

Me quedé paralizada, con todos los insultos que tenía guardados para ese impresentable atascados en mi garganta. Pero me jugaba el trabajo, mi gran oportunidad, para eso sí me dio la mente. Se me estrujaron los pulmones de impotencia y mi respiración se descontroló.

—Bueno, él vivía… —balbuceé todavía en trance y lo miré un segundo de soslayo—. Íbamos al mismo instituto.

—¡Perfecto! Así todo fluirá mucho mejor… Entonces solo me presento yo. Aura, Yon, ya sabéis por Noriega que me llamo Miren y que voy a ser vuestra directora y guía para todo lo que necesitéis —dijo a la velocidad de la luz—. Lo primero que vamos a hacer para ir rompiendo el hielo es ir a ver los espacios donde actuareis. Venid conmigo.

Avancé hacia su lado derecho por inercia, huyendo de Yon, que se colocó en el contrario. Mientras tanto Miren nos informaba de nuestros horarios. Intenté concentrarme en lo que decía para evitar

perder los nervios. Según dijo, las actividades daban comienzo a las 10 de la mañana hasta las 9 de la noche. Excepto el teatro. Que se representaba solo tardes y noches. Unas veces al aire libre y otras en el salón-comedor. También nos aclaró que los trabajadores podíamos beneficiarnos de casi todo, sí, pero solo cuando no fuera usado por clientes ni hubiera nada programado. Lo que, por ejemplo, relegaba el disfrute del lago de 12 de la noche a 7:30 de la mañana, hora en la que comenzaba el desayuno.

Los aspersores se activaron justo cuando llegábamos al escenario, una enorme plataforma rectangular y maciza de un metro y medio de altura conformada de mármol y piedra. Se situaba frente a una zona de césped, destinada al público, donde se ubicarían las sillas y mesas, porque allí se podía cenar mientras nosotros actuábamos, claro. En ese momento el personal de mantenimiento colocaba focos, hileras de bombillas en la zona de la barra, sistema de sonido, y parte de lo que sería el decorado.

Miren nos lo explicó todo con ese carisma que derrochaba y yo la miraba sonriendo, aunque mi cabeza fuese un tiovivo de dudas, ilusión y asco. Yon ni se rio ni dejó de reírse, en su misma tónica de oda a la austeridad de siempre. No sabía si gritar, llorar o empezar a cagarme en mi teoría de los anillos y la energía allí mismo. Me sentí tan decepcionada… Y es que ya, pasara lo que pasara, se me había fastidiado la idea que traía de lo que sería esa experiencia. Algo se había roto en la cáscara de mi sueño. Tenía que llamar a mi hermana. O a Sara, o…

—Vamos a pasar al interior del complejo y os muestro el comedor, donde también actuareis, algunas cosas más sobre las rutinas y el funcionamiento del complejo, y por supuesto, lo más importante: el guion.

Una de las chicas de mantenimiento se acercó a preguntar algo a Miren, que tuvo que atenderla y fue con ella. En ese momento escuché a Yon carraspear. Y sentí que de nuevo me miraba.

—¿Qué tal…? —me preguntó en tono bajo y algo tenso—. Ha pasado mucho tiempo…

Lo miré como a un perro que acabara de morderme y no le contesté. Miren regresó enseguida y mi acto reflejo fue hacer lo mismo que a la ida, ponerme en el lado opuesto a Yon usando el cuerpo de Miren de separador.

Pensé en arañarle la cara. Pensé agarrarle los huevos y escupirle en la jeta esa de desgraciado que tenía. Y fui a hacerlo. Di un paso hacia él con rabia, pero al final me contuve. Bueno, en realidad me tropecé con Miren y mi plan se fue a la mierda. Tuve que pedirle disculpas por casi hacer que se cayera al suelo y luego hice rechinar mis dientes, furiosa. Después de once años seguía furiosa, pero… ¿qué

iba a solucionar yo a esas alturas?

Empecé a sentir presión en el pecho. Una incontrolable y descomunal bola de acero justo detrás de mi esternón.

—La obra os va a encantar… —nos contaba Miren cuando entrábamos en el gigantesco edificio revestido en piedra—. Es un clásico de todos los tiempos y he conseguido un guion adaptado gracias a la Escuela de Artes Escénicas Julia Herrera de Madrid. Ya sabéis que tenéis diez días para prepararla…

Aguanté estoicamente todas las explicaciones y minutos después seguimos a Miren hacia las oficinas. Una vez allí, agarró la carpeta roja que descansaba sobre la mesa de su escritorio, la abrió y nos entregó un guion a cada uno.

Romeo y Julieta. No me jodas. Qué mala suerte, joder. Estaba deseando irme, de verdad. Se me da mal pensar y allí me resultaba totalmente imposible. Estaba completamente aturullada. Ya no sabía si quería trabajar allí. Si me compensaba enfrentarme al reto de interpretar. Si podría ser capaz de compartir espacio vital con aquel impresentable. O si directamente quería romper el guion en pedazos, darle un tortazo a Yon y salir corriendo sin mirar atrás.

—Vaya… —se me escapó, con los ojos puestos en los folios.

—¿Qué? —preguntó Miren.

—¿*Romeo y Julieta* no están ya muy trillados? —osé decir.

—Son inmortales. Y ha sido elección de los que pagan.

—Pero si aún no han llegado —insistí.

Miren perdió todo resquicio de cordialidad en sus palabras cuando me clavó sus ojos negros.

—Ha sido a través de nuestra web. Para tu información, de los cuatro mil huéspedes que vamos a recibir han votado más de dos mil quinientos. Porque aquí todo el mundo disfruta con el teatro —aclaró con sequedad—. ¿Tienes algún problema?

—No… qué va. Ninguno. —Negué con la cabeza.

—Quieren una versión moderna, claro —volvió al tono cordial y entusiasta de nuevo—, y nosotros les damos lo que piden. Hace un par de años esta obra triunfó en los teatros de Madrid y aquí lo hará también.

—Claro que sí —lanzó Yon.

—Así me gusta. Si es muy sencillo… En el Complejo Noriega solo tenemos una cosa que hacer con los huéspedes: darles lo que quieren.

—Vale. —Me esforcé por sonreír y bloqueé en mi mente la repulsión que me produjo la idea de tener que besar a Yon.

A Miren le sonó el teléfono y rodeó su mesa para descolgar. Aproveché mientras hablaba para calmarme un poco, ojeando el guion con fugacidad.

El dedo índice de Yon apareció en mi campo de visión, señalando una frase sobre mi folio. Aparté el fajo de sus manos como si quemaran y lo miré hostigada.

—Hay un error, creo… —murmuró.

—¿Dónde? —inquirí de mala hostia.

Yon tragó y entrecerró los ojos mirándome, como si flipara con mi pregunta.

—Es lo que intentaba señalarte —dijo arrastrando las palabras, con voz ronca.

Cogí aire y lo expulsé de golpe, subiendo con lentitud el guion de nuevo.

—Es verdad… —reconocí cuando volvió a señalar la errata—. Esa frase la dice Romeo, no Mercucio.

—¿Y qué pasa con los secundarios?

—Buena pregunta, Yon —intervino de pronto Miren, que acababa de colgar—. Justo me acaban de llamar. Vienen de la escuela esta que os comento y llegan dos días antes para los ensayos técnicos, no se ha podido hacer de otra forma. Si es necesario podéis ensayar por videollamadas, os llamáis para planificaros… lo que consideréis. La escena del baile de máscaras es mejor que la dejéis para cuando ellos lleguen, son unos pasos muy sencillos. También os recomiendo que os centréis exclusivamente en aprender el texto sin vestuario ni materiales, hasta que yo os dé el visto bueno. Si necesitáis ordenador me lo pedís.

Yon me miró de reojo.

—¿Cómo lo hacemos?

«De ninguna forma, gañán. Quiero que la obra empiece por el final y mueras envenenado». Lo miré fingiendo la sonrisa más falsa de toda mi vida.

—Perfecto. Veo que puedo dejarlo en vuestras manos. —Miren miró su reloj—. Ahora tengo que irme, me esperan para cenar. Para cualquier cosa, a mi móvil… —Nos entregó una tarjeta a cada uno.

Me puse nerviosa al ver que recogía todo con rapidez. No me quedaba sola con Yon ni de coña. Por suerte salimos los tres a la vez y para cuando llegamos a la recepción del complejo, yo ya me había inventado la excusa de tener que ir urgentemente al baño. Miren se despidió y yo lancé un «hasta luego» genérico que ya me servía para ella y para Yon. Me giré para buscar el servicio.

—¿En qué bungaló estás? —me preguntó Yon entonces—. Me paso luego y miramos cómo vamos a organizarnos, ¿te parece?

—No creo que haga falta, Yon. —Me volví hacia él, sin detenerme del todo—. Que cada uno ensaye por su cuenta y cuando lo tengamos aprendido quedamos para ponerlo en común.

—Bueno, como quieras…

Aceleré el paso.

—Aura…

«¿Pero este tío es gilipollas o qué?».

—Dime —casi gruñí.

—El baño está por allí. —Señaló un cartel blanco en el lado contrario y donde ponía claramente Aseos.

Musité un gracias y desaparecí de su vista.

Pisar el baño me hizo sentir liberada, como en una especie de refugio. Esperé quince minutos allí dentro sin saber qué debía hacer. Cogía aire y lo soltaba. Cogía aire y lo soltaba. Me coloqué junto a la preciosa pila de lavabos blancos sin ser capaz de mirarme al espejo. Dios mío. Era lo peor que me podía pasar. Encontrarme con ese hijo de puta. Miré mi anillo de flecha y mis ojos se emborronaron. Sujeté mi pelo en una mano y metí mi boca bajo el grifo para beber agua. Eso me calmó un poco. Decidí volver a los bungalós.

Conforme me acercaba a lo que parecía una pequeña aldea iluminada, dando suspiros y esperando no volver a encontrarme a Yon por allí, me di cuenta de que era completamente de noche. Debía ir a recoger mi cena a las cocinas, aunque no tenía ni hambre, y eso que mi estómago estaba completamente vacío después de la operación «expulsión de napolitana».

Todavía no me lo podía creer. Había sido surrealista. Había sido totalmente surrealista.

Me desvié por un pequeño sendero que acortaba el camino a las habitaciones, escuchando el cantar de las cigarras y el crujir de los guijarros bajo mis pies. Cuando llegué al bungaló 11 me encontré a Esmeralda sentada en una de las dos hamacas de madera del porchecito y a Karen de pie, regando la única planta colgante que había. Me miró sonriente.

—¿Cómo ha ido?

—No lo sé…

Y entonces me di cuenta de que estaba llorando.

Esmeralda bajó sus pies de la baranda abriendo mucho los ojos y Karen dejó la regadera verde en el suelo.

—Oh, nena… pero… qué…

Les dediqué una mirada triste y pasé al interior. Me recibieron los ventiladores activados en el salón, pero no tuve fuerza para ir a quitarlos y me vino bien el aire. Fui hasta la cocina para beber un poco de agua de la nevera. Agarré la botella de cristal y le di un trago con desesperación, escuchando a Karen con su característico acento.

—¿Qué te ha pasado? No será por vomitar delante de todos, ¿no? Porque tendrías que haber visto a Germán subirse desnudo y borracho a una piragua.

—¿Germán? —pregunté con desgana.

—Un compañero del año pasado, monitor de actividades acuáticas.

—Lo echaron —aclaró Esmeralda.

—Vaya… —Sorbí los mocos y volví a beber—. Pero no es por eso.

Dejé la botella sobre la pequeña isla central, donde ellas estaban apoyadas, mirándome. Esmeralda alcanzó un bol envuelto en papel de aluminio de la encimera y lo destapó.

—¿Quieres empanadillas? —me tendió el cuenco blanco con la insignia del complejo grabada en el borde.

Hice un puchero cogiendo una y me la metí entera en la boca. Se me abrió el estómago completamente. Cogí otra.

—Están ricas —dije con la boca llena y las mejillas húmedas.

—Bueno, la comida no es de la calidad suprema que sirven a los señoritingos, pero es aceptable.

—Tenía que haber ido a por mi cena, pero…

—Te la hemos traído nosotras.

Sonrieron mostrándome también tortilla de patatas y ensalada. Negué.

—No me apetece… pero gracias. Mañana voy yo.

—Como vayamos viendo…

—¿Entonces no nos vas a decir lo que te pasa? ¿Es por un *papasito?*

Me reí sin ganas por la forma de hablar de Karen.

—Es… muy complicado y prefiero no hablar… —Suspiré con profundidad, elevando y bajando mis hombros—. Voy a ir a mi cuarto, si no os importa.

—Claro.

—Es por un *papasito*. Tus ojos llevan la huella de un jevito y mi intuición jamás falla. Es una religión.

Volví a dibujar una sonrisa caminando hacia el dormitorio, pero acabé volviendo sobre mis pasos.

—¿Puedo? —Señalé las empanadillas.

Las dos sonrieron. Las cogí y me las llevé conmigo. Cerré la puerta de mi habitación a mi espalda, dejé la fuente sobre la cama y cogí otra empanada para poder pensar con claridad. Es consabido que con el estómago lleno se piensa mejor. Cogí mi teléfono y miré lo que tenía masticando. Mi hermana Susana me preguntaba cómo había ido todo. La llamé.

Colgué.

La llamé.

Colgué.

Susana me escribió:

¿Qué cojones haces, Aura?

Joder. No tenía sentido nada. ¿Acaso tenía yo derecho a remover el doloroso pasado de mi hermana con aquello? ¿Qué conseguía realmente con decirle que su ex, Yon López, el hacha que castró la paternidad de Noel, iba a ser la persona a la que tendría que ver la cara todos los días durante tres meses? Interpretando. A dos enamorados legendarios y míticos. Se me revolvió el estómago otra vez. Creo firmemente en las reacciones de la boca del estómago, me avisan del peligro, de cuando debo retirarme porque algo va a dañarme.

El teléfono me vibró en las manos y miré la pantalla. Mi hermana me decía que ya era muy tarde y se iba a dormir. No se asustó por mis cuelgues y descuelgues porque tampoco es algo extraño en mí. Podría haberme despistado, estar jugando para reírme de ella, o estar con gente de pronto. «Mañana hablamos y me cuentas», y se despidió con un beso.

Me sentí tal mal, en aquella habitación extraña, con esa sensación tan desagradable en las tripas, como una larva moviéndose en círculos, sopesando si ocultar a Susana todo aquello y cargando la certeza de una incomodidad asegurada junto a Yon…

¿Y si directamente hacía la maleta y me marchaba de allí?

5

Dormí poco. Las ilusiones me roban más sueño que las preocupaciones, pero esta vez ganaron las segundas. Al sentir la luz del amanecer entrar por la ventana decidí salir a dar un paseo hasta el lago y aclarar mis ideas. Me vestí, recogí el bol de empanadillas vacío y lo dejé en la cocina, antes de dirigirme a la salida. Cerré la puerta con mosquitera y bajé al sendero de gravilla.

El olor a pino perforó mis fosas nasales al instante. Sonreí porque ese aroma me recuerda a los *campings* a los que iba de pequeña. Inevitablemente me acordé de mi sobrino y mi sonrisa se desvaneció, al acordarme de todo el percal que tenía encima. Me vino a la cabeza el día que Noel se echó a llorar cuando empezaba a descubrir el sentido de la justicia. «No es justo, ¿por qué yo?», decía con seis añitos. Él nunca conoció a su padre y nunca lo echó de menos, pero al principio le afectó terriblemente el hecho de que sus amigos le hablaran del mundo del motor, de fútbol, o de atletas que rompían récords en los Juegos Olímpicos y fuera gracias a sus padres, cosas de las que mi hermana no entendía porque no le interesaban.

El lago se extendía a la derecha con el agua totalmente en calma, un precioso manto de oro líquido. Era como estar contemplando un submundo de paz e intimidad y sentir que formabas parte. Caminé un poco más hasta que surgió un camino de tablas de madera frente a mí. Lo seguí hasta topar con la playa principal, que según me había explicado la recepcionista era playa Oso, porque había varias playas en el lago, aunque de ellas, solo tres eran propiedad del complejo. A la izquierda visualicé un caminito donde un cartel de madera indicaba Mirador de las Ninfas, con vistas panorámicas del lago, y lo tomé, intuyendo que lo bordeaba. De pronto sentí movimiento sobre el agua y me di cuenta de que alguien estaba nadando.

El cuerpo se acercaba hasta mi zona dando brazadas tranquilas, pero controlando un montón el movimiento. Pensé que seguro era alguien que sabía nadar. Tenía estilo. Me detuve en una zona de árboles y deduje que era un chico, por el tamaño de su espalda y el volumen de sus brazos. Ufff… Desde que lo dejé con Simón, hacía ocho meses, no había surgido nada con el sexo masculino y me quedé embobada, para qué voy a mentir.

El nadador desconocido cruzó por delante de mí a varios metros de distancia, sobre el agua rojiza. Caminé en paralelo a él casi de

forma inconsciente, observándolo, porque de pronto se me iba la vida en ello. Menos mal que me había puesto zapatillas de deporte porque tuve que trotar. Madre mía, qué manera de nadar. El sendero finalizaba y a unos metros vi una zona con un montón de piraguas, donde se indicaba Playa Luna, que no tendría más de trescientos metros de extensión. Me detuve porque intuí que ese chico, moreno y de pelo oscuro, iba a salir del lago por allí y no quería que me tomara por una acosadora loca, yo sin serlo.

Cuando salió del agua me quedé pasmada. Pasó sus enormes manos por su pelo empapado con rapidez, salpicándolo todo. Luego fue a por una toalla que había sobre una de las piraguas y se secó con movimientos relajados, haciendo que se le marcaran los músculos, y se giró de espaldas a mí con estilo. Me pregunté quién sería, no me sonaba de haberlo visto en la reunión de la tarde anterior. Aunque éramos muchos. Tal vez yo no había estado muy pendiente. O habría llegado nuevo.

—¿Te interesa mucho el nado en aguas abiertas?

Me quedé petrificada. Me bloqueé al completo apretando los puños en los laterales de mi cuerpo, pero moví mis ojos por todas partes, buscando a alguien a mi alrededor que contestara a esa pregunta. Entonces me di cuenta de que había avanzado sola hacia el desconocido y a mi lado no había ni un solo árbol que me protegiera. Como espía no tenía precio, desde luego. ¿Pero yo no había ido allí a pensar?

El chico se giró hacia mí y sonrió de lado, secándose. Madre mía.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—No… es… es que… —Señalé el sendero atrás—. Venía caminando y…

—Y ya que estabas, me has seguido —dijo con naturalidad.

Era el momento de dejar la mojigatería a un lado.

—Vale. Me has pillado. —Sonreí con una mueca, rendida.

El chico caminó hacia mí con la toalla cogida en una mano, muy seguro, hasta quedar a medio metro de mi cuerpo y me miró. Un mechón de pelo húmedo le cayó en su frente entonces.

—Soy Alberto —dijo.

—Yo soy…

—La Chica Aspersor.

—¿Cómo? —Abrí mis ojos.

—Ayer… el numerito del árbol. —Hizo el gesto universal de vomitar colando un par de dedos en su boca y se rio.

Me reí también, aunque no supe si llorar.

—Entonces ya tengo mote, qué bien.

—Eso parece…

Nos dimos dos besos. Era muy alto. Altísimo. Tocó mi brazo con su mano libre, aún algo humedecida, y me clavó sus ojos marrones, sus pestañas estaban mojadas.

—¿Es tu primer año aquí? —le pregunté al separarnos.

—Sí. Soy el monitor de actividades acuáticas.

—Ah, vale. Sustituyes a Germán.

Alberto sonrió. Seguro que también conocía el numerito de la borrachera encima de la piragua que me había contado Karen.

—Bueno, pues… creo voy a seguir mi camino —le dije.

—¿Vas a subir al mirador? Puedes hacerlo en bici.

—No… solo voy a caminar algo más y ya me vuelvo. Necesito pensar un poco.

—Uy… —dijo con expresión lobuna, pasándose la toalla por su nuca—. ¿En cosas buenas o malas?

—Debo tomar una decisión…

—¿La de venirte a nadar conmigo mañana? —me lanzó sin más.

Apreté una sonrisa, negando.

—Yo no sé hacer eso. —Señalé el lago.

—¿No sabes nadar? —Arqueó una ceja.

—Me refiero a hacerlo con estilo, bien hecho. Como tú hace diez minutos… Yo nado al estilo rana y regular.

—Me gustan las ranas.

—Pues son asquerosas.

Nos quedamos mirando, callados de pronto. Nos observamos un poco, salteando nuestros ojos en el otro, pero sin que resultara invasivo por ninguna de las partes. Luego Alberto se volvió hacia la piragua donde tenía sus cosas y se coló una camiseta azul con habilidad. Terminó sentado en el kayak para ponerse las zapatillas. Pies grandes pero pasables en cuanto a belleza, cosa que no siempre se da. Tenía piernas esculturales y con vello, me parecieron increíbles. Tuve ganas de tocarlas.

—¿Los nadadores no soléis estar afeitados? —le pregunté, acercándome a él—. Por eso de la fricción en el agua.

Alberto me miró de lado mientras se calzaba una zapatilla, gratamente sorprendido. Supongo que no esperaba que yo manejara tal dato.

—Sí, señorita. Pero estoy un poco harto de quitarme pelos… es un asco cuando se entierran y todo eso. Además, yo siempre uso neopreno. En aguas abiertas lo más importante es no perder energía corporal por culpa de la temperatura del agua. —Se inclinó a atarse los cordones.

—¿Compites?

—Soy triatleta —dijo concentrado en lo que hacía—. Ahora no estoy en plena forma porque no estoy entrenando. Una maldita lesión

de hombro parece haberle cogido el gusto a vivir conmigo. Pero sí.

Sonreí. Me di cuenta de que el sol ya estaba completamente fuera y el color del lago había cambiado a azul verdoso.

—¿Y en qué bungaló estás? —se me ocurrió preguntarle.

Alberto se mordió el labio inferior en un gesto increíblemente seductor que me hizo sentir… cosas. «De verdad Aura, ¿por qué no te vas ya? ¡Vete a pensar!».

—Estoy en el 8 —respondió—. ¿Y tú?

—Ahora lo entiendo…

—¿El qué?

Maldición. Lo había dicho en alto. Recordé que Karen dijo que los del número 8 estaban de toma pan y moja. Y para mi gusto hasta se había quedado corta.

—Nada… me voy, que se me está haciendo tarde —me escurrí y di un par de pasos, dejándolo a un lado.

—Espera. No me has dicho el número de tu bungaló.

Me giré hacia él.

—El 11.

—¿Y qué estás haciendo en el complejo? —Se puso de pie y empezó a recoger sus cosas.

—Interpreto.

—Ah, vale, tú eres la compañera de Yon.

A tomar por culo. Me puse rígida como un palo del mismo odio que me provocaba su nombre.

—Es… ¿tu compañero de bungaló? —le pregunté en un hilo.

—No, pero lo conozco.

—Ah… —No sé por qué, sentí muchísimo alivio.

Debía irme y pensar. Quedarme allí sin estar realmente convencida, con las reacciones tan viscerales e incontrolables que tenía con Yon, me creaba un malestar indescriptible. Y encima las picaduras de los mil mosquitos que había en la zona empezaron a manifestarse de pronto, como un sarpullido. Mierda. Me agaché a rascar mis tobillos.

—Y hablando de Yon, ahí viene —escuché decir a Alberto.

Levanté la vista, sin incorporarme del todo. Mis oídos se taponaron al verlo en una bici de montaña negra descender por el camino de tierra, en nuestra dirección. Mi sangre era un hervidero. Empecé a arañarme por intentar contenerme.

—Deja de rascarte o será peor, Chica Aspersor. —Alberto se rio y se agachó a su mochila—. Espera… creo que tengo por aquí la barra antipicaduras para darte…

Me puse de pie con una sonrisa tensa, viendo a Yon bajarse de la bici y acercarse a nosotros después de quitarse el casco.

—Qué hay… —saludó críptico, pasándose el antebrazo por su

frente sudada.

—Buena ruta te has pegado, ¿eh?

—Hola… —dije yo, concentrada en lo que Alberto iba a darme para el picor.

—El lago tiene buena pinta —comentó Yon, con el jodido deje ese norteamericano que a veces le salía.

—Hay que aprovechar ahora que aún no han llegado los que pagan y lo tenemos todo para nosotros —le contestó Alberto, después de sacar el *stick* de su mochila, y se sentó de nuevo en el kayak. Luego me miró—. Pon tu pierna aquí, Chica Aspersor.

La subí al kayak. Noté entonces los ojos de Yon puestos sobre mí. Cuando mi mirada conectó con la suya apretaba una sonrisa. «Chica Aspersor», claro… él también sabía mi apodo en el complejo. Estaba a punto de soltarle un «no te rías imbécil porque vomité por el asco que te tengo», cuando Alberto agarró con suavidad mi gemelo, obligándome a atender a lo que hacía. Sentí un cosquilleo. Noté que Yon nos observaba y se hizo un silencio que yo creí necesario. Me parecía increíble la cara dura que podía llegar a tener ese tío. Noté la cremosidad de la barrita y después los dedos hábiles de Alberto en mi piel, extendiendo el producto y recreándose de paso un poco más de la cuenta.

—¿Te has mirado el guion? —escuché a mi lado.

Miré a Yon y negué, retirando mi pie del kayak. Obviamente no le iba a decir que tal vez nunca me lo miraría. Yon se quitó la camiseta con los ojos puestos en mí, supongo que esperando que hablase un poco más. Pero no iba a hacerlo, ni en sus mejores sueños. La piel blanca de su pecho y abdomen estaba ligeramente sudada y por pura inercia revoloteé fugazmente con mis ojos acá y allá.

Enseguida miré a Alberto sonriente.

—Gracias por esto. —Señalé mi tobillo—. Tengo que irme.

—Vamos a nadar —me ofreció.

—¡Pero si tú ya has nadado! —Me reí.

—Eso no es problema. Soy como un anfibio.

—No, de verdad, es que… me voy. —Me puse más seria.

En ese momento sentí que Yon avanzaba en silencio hacia el lago, pero no lo miré.

—Puedo enseñarte el estilo crol y así mejoras un poco ese nado tuyo a lo ancianita —insistió Alberto arqueando sus cejas.

—Otro día —me reafirmé, ya yéndome.

—Está bien, otro día entonces. —Se incorporó colgándose la mochila al hombro—. Adiós, Chica Aspersor.

—Adiós, Nadador de aguas abiertas.

Emprendí mi camino y antes de que los árboles me cubrieran con sus sombras, volví mi vista hacia lago.

Yon me clavaba la mirada en la distancia mientras se mantenía a flote, nadando suave, con media cara dentro del agua. Levantó su mano derecha ligeramente, haciendo que sobresaliese. Era un adiós pacífico…

Me giré sin devolverle el gesto.

6

Mientras ascendía el sendero que me alejaba del lago respiré y observé la naturaleza que me rodeaba. Los troncos de árboles, el color de la tierra, las hojas entre piñas en el suelo, la hierba salteada, las aves, el zumbido de las abejas… con la intención de crearme un estado de relajación que me indujera a la reflexión profunda. Vi una piedra enorme y plana en la que daba el sol y decidí sentarme. Segundos después de sentir el calorcito de los rayos en mi piel, empezaron a brotar las preguntas.

¿Debía decirle a mi hermana Susana lo que ocurría para que me ayudase a decidir si irme? No estoy acostumbrada a contar mis dramas y menos a mi hermana, que ya tenía bastante con ser madre y padre de un niño desde hacía diez años. Desde bien jovencita resuelvo mis problemas sola y lo descarté porque no iba a sentir que fuera honesta conmigo si hacía lo que ella me aconsejara. Y en el caso de no hacerlo, solo le iba a acarrear una preocupación innecesaria.

Suspiré con profundidad y miré la hierba. «Un verano no es nada, ¿verdad?», le dije a las flores. Me agaché a coger una amarilla y la olí, aunque no olía a nada. Cerré los ojos, queriendo disfrutar de ese momento. Pero fue imposible. Nunca odio a nadie y me molesta mucho tener que hacerlo por principios, por dignidad, que es la peor forma de odiar que conozco. Porque no hay escapatoria. «Abandonaste a mi hermana. Abandonaste a mi hermana». Mi cabeza estaba completamente dividida. ¿De verdad me hacía falta el dinero de manera tan desesperada como para aguantar ver la cara de Yon todos los días durante tres meses?

Pero es que ya no era solo por dinero. Tal vez sí cuando estaba en la agencia rogando a Débora, arrastrándome como una culebra. Pero una vez que estuve allí me había dado cuenta de que me iba a llevar muchas más cosas de aquel sitio. La gente que estaba conociendo. Vivir en ese entorno privilegiado. Todo lo que me quedaba por explorar de la zona. Un montón de actividades por hacer. La experiencia de aprender a interpretar casi de carambola y que me daría un nuevo registro… Dios. Resoplé y tiré la flor.

Tuve el amago de llamar a Débora para que me buscara otra cosa, pero eso sí que era inviable. Me iba a mandar al cuerno con toda seguridad. Ya lo sabía por Sara. Del día que fue al despacho de Débora con cara de peluche triste a decirle que odiaba a su compañero y que le diese otro musical. Débora se echó a reír en su jeta: «¿Pero tú te has

creído que todos los artistas que colaboran juntos se caen bien? ¿Acaso crees que los protagonistas de *Dirty Dancing* se amaban? ¡Se odiaban a muerte! ¡¿Es que no sabes ser profesional?! Pues despídete de sobrevivir en esta selva».

Me puse en pie impulsada por una gran certeza y eché a andar hacia la zona de piraguas de nuevo. Allá iba, dispuesta a enfrentarme a Yon y a todo lo que viniese con ello. ¿Quién demonios era él para condicionar así mi vida y mi trabajo?

Tenía que intentarlo. Iba a tragarme mi odio para vivir mi sueño. «Deseas estar aquí más que nada ahora mismo. Solo serán incómodos los ensayos al principio. Después únicamente tendrás que actuar y ya está. Habrá secundarios, más gente con vosotros», me dije sonriendo pletórica.

Ni siquiera le había dado una oportunidad al guion. No lo había leído de verdad.

Empecé a correr sendero abajo como si llevara alas, dando saltitos de gacela de vez en cuando. Di una vuelta y grité. Yujuuu, yujuuu. Alcancé el acceso al lago por la zona de piraguas, pero ya no había nadie. Mejor.

No me lo pensé. Me quité las zapatillas, las mallas cortas y la sudadera y entré dentro del agua, sintiendo los juncos y lo que fuese que había en el suelo. Avancé unas brazadas torpes y busqué mi postura favorita, el muerto.

Me dio un poco de repelús pensar en los bichos que habría debajo y me removí un poco. Empecé a tararear la intro de *La Guerra de las Galaxias* moviendo mis pies en tijeras y a cámara lenta. Como si creyese que después iba a sucederme algo increíble y apoteósico.

A los pocos minutos empecé a notar de nuevo el picor en mis tobillos por las puñeteras picaduras y maldecí. Era hora de volver al bungaló.

7

Usé la sudadera para secarme un poco y me hice dos trenzas improvisadas después de escurrir mi pelo empapado. Ahora solo me quedaba por resolver cómo iba a lidiar con Yon en la práctica, que como todo el mundo sabe es lo realmente difícil.

Me di cuenta de la cantidad de gente que ya se movía en el complejo y avancé hasta la zona de trabajadores. Me crucé con botones, chicas de mantenimiento, monitores…, ya recordaba algunas caras del día anterior.

Cuando accedí a la zona de bungalós me di cuenta de que Alberto venía de frente. Cuerpo imponente, camiseta blanca, bañador azul marino, chanclas deportivas. Parecía recién duchado. Le sonreí mientras reducíamos la distancia.

—¿Es en serio? Dime que no es verdad… —lanzó entre risas—. ¿Al final te has bañado?

—Me he visto obligada a hacerlo porque he tenido una visión —dije orgullosa.

—Y yo estoy teniendo otra… —Se detuvo delante de mí, embobado—. Unas vistas increíbles…

Alberto me miraba los pezones, que se veían duros bajo mi camiseta mojada, mientras tragaba. Lo empujé en el pecho.

—Eres un salido.

Levantó las manos en son de paz.

—Yo solo admiro la belleza.

—Ya… —Me tapé con la sudadera.

—Karen me ha preguntado por ti. Le ha extrañado no verte en el bungaló al despertar.

—Ay, es verdad. No las he avisado. No creí que fuese a tardar tanto.

—¿Entonces ya has tomado una decisión? —Ladeó su cara con expresión divertida.

—Sí.

—¿Y es buena?

—Sí.

—¿Y ahora es cuando me dices tu nombre? —Se mojó los labios.

—Si ya lo sabes…

—Chica Aspersor no cuenta como nombre.

Me eché a reír.

—Insisto. Estoy segura de que ya lo sabes.

Se escuchó que alguien lo llamaba en la distancia. Alberto contestó que ya iba, sin quitarme los ojos de encima.

—Te dejo que vamos a terminar de poner las barcas de pedales a punto. Luego tenemos timba en el 9 y ya te aviso que van a traer alcohol de Zimbra para la fiesta de esta noche.

—Ah, ¿pero podemos hacer fiestas? —Abrí mis ojos.

—Mientras no perturbemos a los huéspedes aquí podemos hacer lo que queramos, Aura.

Buscó mis ojos, clavándome esa mirada profunda, entre oscura y traviesa. La sudadera se me cayó al suelo. Plof. Alberto se agachó a cogerla con una sonrisa y me la entregó, acercándose después a mi oído:

—Tus pezones son preciosos, pero creo que lo que de verdad me ha robado el corazón, son tus trenzas.

Y dicho esto se marchó sin mirar atrás, dejándome con las rodillas hechas plastilina.

—¡Por fin te encuentro, Aura! —escuché en ese instante a mi espalda en una voz femenina.

Era Miren, la directora de obra. Venía meneando un juego de llaves en su mano y demasiado sonriente.

—Hola —la saludé con un gesto amable, intentando recomponerme del tsunami Alberto—. Esta mañana he salido temprano a dar un paseo, ¿necesitas algo?

—Os voy a enseñar el cuarto de vestuario y comentaros un par de cosillas.

Comentaros… A mí y a Yon, claro.

—Perfecto. Me cambio de ropa y ahora voy donde me digas.

—No te preocupes por esto. —Señaló mis tetas—. Es de lo más cool, muy Rigoberta Bandini.

—Hola, chicas…

Me cago en todo. ¡Yon! Me puse la sudadera como si me hubiera tomado un tripi. Ni el reparto de *Ephoria*. Pero cuando asomé la cabeza él ya miraba al suelo, rascando su nuca y con las mejillas rojas. Tarde. Yon me había visto los pezones y yo había hecho el ridículo. Tanto gritar libertad con el puño fuera y ahora me daba vergüenza enseñar las tetas. Bravo.

—Pues tras esta declaración de… no sé muy bien de qué, os voy a mostrar el atrezo y vuestro vestuario.

Echamos a andar. Yon simplemente tensó su mandíbula y miró al frente. Era parco en palabras y ya lo sabía. Toda una ventaja. Más fácil me ponía el trabajo de autocontrol para gestionar esa mierdecilla de larva pegajosa que crecía en mi estómago con su presencia.

—Bueno, ¿y cómo lleváis el guion? —nos preguntó Miren—. ¿Lo habéis mirado detenidamente?

—Yo iba a ponerme ahora —le dije.

—Sí. Es asequible.

—Está pensado para lo que es… exponerlo en un complejo turístico, no vais a tener problema ninguno. Lo que sí os recomiendo es que en un par de días lo tengáis aprendido por separado y que, una vez lo tengáis fijado, lo ensayéis juntos.

Sonreí para mí. Menos mal que en una cosa llevaba razón.

—Así no haréis perder el tiempo al otro —continuó Miren—. ¿Os parece si en seis días me lo enseñáis? Debe ser antes de que vengan los secundarios.

Asentimos, viéndola colar la llave en el cuarto de vestuario. Estábamos en la zona lateral izquierda del complejo, en un pasillo corto pero muy amplio, destinado a logística, limpieza y temas de almacenaje.

Abrí la boca al ver la sala de vestuario. Era mejor de lo que creía. Miren nos explicó que también se incluía allí la ropa de los bailarines, de modo que Karen la conocería de sobra, además de productos para los talleres infantiles y de belleza. Había como diez burros llenos de ropa, varios armarios enormes con mil accesorios. Estanterías cuajadas de productos de maquillaje y de uñas. Plumas, alas, antifaces, pelucas… de todo.

—Qué maravilla… —dije emocionada.

Yon solo soltó un exabrupto. El pobre es que era inexpresivo desde siempre y no se puede hacer nada con personas así, del tipo llevo un palo metido en el culo.

Luego Miren nos contó que nuestro vestuario estaba de camino y que era muy innovador, que habría que hacer una prueba cuando la actuación se fuese acercando. Por último explicó que durante la obra tendríamos varios cambios de ropa.

—¿Y dónde nos cambiaremos en el exterior? —le pregunté—. Me refiero a que no vi nada más que el escenario.

—Los de montaje ya están instalando un cambiador. Por eso no te preocupes.

Pasamos al final, donde una pequeña puerta daba acceso a otro almacén, que albergaba el atrezo. Esa zona comunicaba con la explanada trasera, lo que permitía sacar los materiales directamente desde allí. El espacio era enorme y albergaba enseres de todo tipo.

Yon pasó la mano por una columna estilo griego, muy concentrado en su textura. Me fijé entonces en que llevaba puesta una camiseta blanca raquítica, unos vaqueros corte setentero y unas Chuck Taylor raídas. Exactamente lo mismo que a los once años.

—Esto es hueco por dentro, ¿verdad? —Yon miró a Miren.

—Sí. PVC cubierto con una moldura de yeso. —Le sonrió ella, muy rara.

—Muy conseguidas.

Yon se dio la vuelta y Miren lo escaneó de arriba abajo sin cortarse un pelo, deteniéndose en cierta zona abultada. Flipé.

¿Acababa de pasar lo que yo creí que acababa de pasar?

Salimos de allí y, después de que Miren nos aconsejara un par de cosas más, nos dejó marchar. Ahora me tocaba el calvario de ir sendero arriba con él. Y ya no podía volver a huir con una excusa porque quería ser profesional y enfrentar la situación. Así que probé con su táctica. Me callé la boca.

A los pocos metros Yon se paró con un par de chicas, que le preguntaron muy animadas si iría a la fiesta por la noche.

—Me pasaré un rato. Es que no soy muy de fiestas… ¿Vosotras vais?

—¡Claro! Es lo mejor de trabajar aquí. Ya lo verás.

Luego se despidieron y Yon se dirigió a mí.

—¿Tú qué vas a hacer?

—¿Yo? —No me esperaba la pregunta, lo reconozco.

Yon me miró con fijeza, y eso en su idioma espartano parecía ser una búsqueda de respuesta en su interlocutor. Si uno le respondía, bien, y si no pues se callaba y poco más.

—Me lo ha comentado Alberto antes, pero no sé si iré —le dije con la boca pequeña, por educación.

Nos callamos. Silencio y más silencio. Cogí aire y lo solté sin que él lo notara. Repetí la operación y me guardé mis ganas de empujarlo contra el primero de los bungalós, que ya aparecía a nuestro paso. «Control sobre ti misma, Aura, solo son tres meses y no lo volverás a ver en tu vida. Actúa normal».

—También dice que hay timba —le dije algo más relajada.

—Sí. Pero yo voy a mirarme el guion y luego echaré unas partidas con mi compañero a la consola.

Enseguida recordé su pasado de videojuegos y cómics y confirmé que seguía siendo el mismo friki de siempre.

—Yo también debería mirarme el guion.

Caminamos unos metros más, cruzándonos con gente acá y allá. Algunos iban al lago, otros a jugar al tenis, otros a los establos… Estaba claro que esos diez días eran un regalo para los trabajadores, a pesar de lo que pudiera pensar mi madre. De repente mis tripas rugieron. No sabía qué hora era, pero mínimo la una de la tarde. No había desayunado nada y con tanto pensar y tener que controlar mis manos para no arañar la cara de Yon me estaba dando hambre.

—Oye, Aura…

Yon se detuvo cuando casi alcanzábamos mi bungaló y yo con él. No sé por qué no esperaba ese tono en su voz y eso me puso en alerta. Lo miré.

—Antes de que nos despidamos te… te quería preguntar… —Miró el suelo y pateó una piedra—. Es que normalmente entre los actores se acuerdan… bueno, algunas cosas más comprometidas en cuanto a exigencias del guion. Y siempre es mejor aclararlas cuanto antes…

—No sé a qué te refieres —negué, con la sangre encendida. Veríamos a ver…

—Es sobre todo… por el tema de los besos.

—¿Qué pasa con eso? —pregunté bloqueada.

—Bueno, son Romeo y Julieta.

Quise que se abriera un agujero bajo mis pies y caerme dentro hasta sumergirme en el magma.

—No pasa nada si no quieres hablarlo ahora… —reculó al ver mi cara.

—¿Qué hay que decidir exactamente? —Me tensé.

—Pues… si los marcamos en los ensayos o no, cómo nos los daremos y…

—Yo no voy a besarte, Yon —escupí con amargura.

Él parpadeó, descolocado, y frunció sus pobladas cejas.

—Pero… en el contrato pone que…

—¡Me da igual lo que ponga en el contrato!

Di un paso hacia él amenazante, notando que mi juicio se nublaba.

—¿Me estás tomando el pelo? —Yon subió el tono—. Ya oíste ayer a Miren. Esta gente tiene pasta, están de vacaciones y quieren vibrar. Nosotros se lo damos y punto.

Levanté mi barbilla y lo miré furiosa, aguantando mis ganas de pegarle.

—Hijo de… —me mordí la lengua, temblando de rabia—. Hay que tener muy poca vergüenza para hablar así después de lo que hiciste.

—¿Qué? Pero qué coño…

—Y que sepas que solo estoy aquí porque vivir de lo que me gusta es mi sueño y tú no vas a robármelo —le advertí furibunda.

Yon arrugó el rostro y revoloteó con sus pequeños ojos por mi cara. Su respiración se aceleró, como intentando dilucidar qué me sucedía.

—Lo… ¿lo dices porque estuve con tu hermana Susana?

Adiós al control.

Lo agarré de la camiseta a la altura del pecho y lo desplacé con todas mis fuerzas, empujándolo varios metros, hasta que su espalda topó con la pared del bungaló número 10.

—¡¿Qué cojones haces, Aura?! —soltó embravecido, inclinándose hacia mí.

—¿Que qué hago? ¡Eres un hijo de puta! —le lancé manotazos enloquecida—. ¡Y ni me nombres!

—¿¿Pero tú de qué vas??

Agarró mis muñecas con fuerza y empezamos a forcejear.

—¿Que de qué voy? —Me revolví histérica, dándole patadas en las piernas—. ¡¡Claro que es por mi hermana, capullo!!

—¡Eso pasó hace once años! ¡¡Once putos años!! —me gritó.

De pronto sentí un revuelo a mi alrededor y descubrí que un montón de gente, anonadada con la escena, nos rodeaba. Alguien me agarró de la cintura para separarme de Yon. Pero no pudo porque, llorando a moco tendido, le chillé casi en la boca:

—¡La dejaste embarazada y la abandonaste!

Le golpeé el estómago con mi puño, con todas mis fuerzas. Después me zafé de quien me agarraba por detrás y eché a correr hacia mi bungaló sin mirar atrás.

—¡Aura! ¡Espera!

Era la voz de Karen. Dios mío. Todo el mundo me había visto. Ahora sí, iban a echarme del complejo.

8

Los sollozos me desgarraban la garganta mientras, hecha un ovillo en mi cama, no paraba de darle vueltas a lo que acababa de pasar. No sabía las consecuencias que podía tener todo aquello y estaba muerta de miedo.

Unos nudillos hicieron sonar la puerta por segunda vez. No contesté por segunda vez. Seguí sumergida en un llanto amargo. Karen habló preocupada.

—Ay, *mija*… ábreme.

—No… —gimoteé.

—Los hombres son unos malditos… no merecen que una llore…

Mi barbilla tembló y empecé a hacer pucheros, moqueando sin parar. Escuché a Karen resoplar con pesar al otro lado de la puerta.

—Vamos a hacer una cosa… —propuso en su habitual tono pausado cambiando la R por la L—. Voy a ir a por comida para las dos y cuando vuelva, que estarás más calmada, comeremos juntas y me contarás qué te ha pasado…

—Me quiero morir… —farfullé.

No había sido capaz de controlarme. Le había gritado a Yon que no iba a cumplir el contrato. Le había pegado, arañado, pateado. Por una verdad que hacía once años que había sucedido, por ser incapaz de ser profesional, de mantener el control. Todo estaba perdido.

Saqué otro pañuelo del paquete que sujetaba entre mis manos y me soné los mocos, removiendo nerviosa mis pies entre las sábanas. «Yon se lo merecía», es lo único que pude pensar para aliviarme. Se merecía que le cantara las cuarenta de una vez por todas y sufriese al menos una parte de lo que Noel y Susana habían sufrido por su culpa.

Mis labios estaban hinchados, me lo notaba. Los ojos también. Debía ser algo cercano a la chica de recepción. Decidí salir de la cama a poner el ventilador y me tranquilicé un poco. Minutos después logré abandonar mi habitación entre suspiros.

Arrastré mis pies por el suelo de madera *crunchy*, porque crujía todo maldito el rato, para ir al baño. No sabía si actuar normal y darme una ducha, comer e intentar calmarme, o directamente ir a buscar a Alberto para que me diera ese alcohol que iban a traer de Zimbra, emborracharme y esperar a que mi jefa Miren asomara por la puerta para echarme.

Me miré en el espejo escuchando a alguien entrar por la puerta, pensé que sería Karen. Quise ducharme, para al menos salir del baño

con otra cara. Mientras me desnudaba la escuché decirme que ya estaba allí. La ducha fue rápida y normalmente suele ser un lugar terapéutico para mí, al igual que hacer magdalenas de arándanos con Noel. Pero salí peor. Me asaltaban todo tipo de dudas.

Abrí la puerta y Karen me sonrió en la cocina.

—¿Estás mejor?

Asentí, yendo a mi cuarto a vestirme, con la toalla enrollada al cuerpo. Cuando salí caminé hacia la cocina, donde Karen ya tenía la mesa puesta. Me fijé en la de colores que había usado en servilletas, vasos, y mantel. Al menos me transmitía alegría.

—Canelones de carne y ensalada.

—Qué buena pinta —dije en un hilo.

Al principio solo comimos comentando que todo estaba delicioso. Supongo que Karen supo ver que si hablaba del tema en cuestión volvería a echarme a llorar. Así que me estuvo explicando cómo debía usar los puntos canjeables del supermercado del complejo para que me durasen todo el verano. Y luego sí, me miró y me preguntó con calidez.

—¿Qué te ha pasado con Yon?

—Que lo odio.

—Por lo que le has gritado, supongo que ya lo conocías…

Me dediqué a comer la natilla, sin saber por dónde empezar ni si debía explicar la historia de mi hermana a alguien que, vale, me caía bien, pero aún no sabía si era de fiar.

—¿Era eso lo que decías ayer que era complicado?

—Y delicado. En resumen…, Yon es un patán.

Karen me miró con gesto incierto mientras echaba canela en su natilla.

—Bueno, no puedo opinar mucho porque habla poco y el ratito que he coincidido con él parecía inofensivo. Una mosca.

—Pues es un lobo vestido con piel de cordero.

Se hizo un silencio y Karen aprovechó para levantarse a por el bote de caramelo, que echó con minuciosidad en su natilla haciendo círculos. Me fijé en sus uñas largas y rojas perfectas. Luego me concentré en mi postre.

—Si te sirve de alivio, ha vomitado —escuché—. Después del puño en el estómago.

Me mordí el labio con la boca llena, haciéndome daño. No sé por qué me sentí muy mal. Ni me atreví a mirar a Karen.

—Van a echarme… —murmuré con dificultad después de tragar, limpiándome una lágrima.

—Si lo dices por los testigos, no van a decir nada.

—¿Cómo lo sabes? —Levanté mi mirada hacia ella.

—Aquí todos somos familia, aunque no nos tratemos. Los que

trabajamos dando el cayo en el complejo nos protegemos unos a otros… A nadie le importa ni pinga lo tú hagas y a ti no te importa ni pinga lo que ellos hagan. Ellos te ven y callan. Tú los ves y callas.

—¿Y si me han visto los jefes? ¿Y si Yon se lo dice a Miren?

—Ahí ya cierro la boca, *mija*. Si el misterioso se lo lanza a la jefa es más negro.

Terminé la natilla casera haciendo ruido con la cucharilla en el cristal, histérica. Karen acabó la suya con ceremonia y luego nos levantamos para recoger. La escuché tararear un bolero entre bamboleos de cadera mientras pasábamos cosas de un lado a otro.

Cuando dejé mi vaso en el fregadero, sus dedos morenos rodearon mi muñeca con suavidad.

—Te voy a dar una tilita y un consejo —susurró con aire místico en su marcado acento—. Si me lo aceptas.

—Claro… —le dije preocupada—, ahora mismo eres a la única persona que escucharía.

Karen abrió uno de los armarios y alcanzó una caja, de donde sacó una bolsita de tila. Luego cogió un cazo pequeño y puso agua a calentar. Me habló mientras esperaba.

—Cuando un pelotudo te hace una canallada, una se cobra la justicia. Eso es así aquí en Cuba… Y si quieres le damos su merecido cuando esto acabe. —Me miró con intensidad—. Pero ahora tienes que pensar si quieres el trabajo. La cosa está muy mal, niña… Tal vez aún estés a tiempo.

Cogió un paño y lo usó para coger el cazo. Vertió el agua humeante en el vaso que le di y por un momento solo se escuchó la cascada.

—Estás insinuando que… ¿le pida disculpas?

—Cuando toca agachar… —Metió la bolsita en el vaso.

—Pero es que no lo siento.

—Ese es mi consejo y yo ahí lo dejo. —Hizo un gesto con las manos como si lo empujara hacia mí—. Y ahora me voy a ver al papasito del número 6, que ha comprado mi ron favorito.

Movió la falda de su vestido con gracia y, cuando quise darme cuenta, se había esfumado.

Vale. ¿Y ahora qué hacía? Pensé en llamar a mi amiga Sara. Ella tenía bastante lógica y era ajena a toda la historia con Yon. Nunca le pedía consejo sobre nada, también es verdad. Pero aquella situación bien se merecía una excepción.

La llamé impaciente, andando por mi minihabitación con el aire del ventilador retorciendo los mechones de mi largo pelo rubio, que volaban como serpientes de papel. Siempre lo he llevado así, largo. Como mínimo a la altura de mis pechos. Aunque en ese momento lo

tenía como cuatro dedos por debajo.

Los tonos se extinguieron sin respuesta de Sara. Lo intenté otra vez y me colgó. Enseguida me llegó un mensaje suyo:

> Estoy preparando el casting. Luego te llamo.

Mi gozo en un pozo. Resoplé y mareé mi pelo. No me atrevía a salir del bungaló porque de pronto me daba pánico cruzarme con cualquiera que me hubiera visto pegar a Yon, y con el mismo Yon. Tuve claro que en unos días iban a salirle moretones. La prueba definitiva que enseñar a Miren, su fan «mira-culo cuando tú te giras» número uno. Para que me echara a patadas.

Me tiré en la cama, agotada y desolada. Supe entonces que lo único que podría alegrarme era una sola cosa: escuchar la voz mi sobrino.

Hablé con él, tumbada en el colchón, y como siempre me hizo reír a carcajadas. Me estuvo contando que había estado haciendo palomitas y que le había escondido el paquete de tabaco a su madre en mi *pack* de tres latas de atún, aprovechando que faltaban dos, y le había dado la vuelta. «Jamás sabrá que está ahí», dijo. Mi hermana nunca comía atún y Noel era alérgico, de modo que el plan era perfecto. Ambos estábamos en plena guerra para que Susana dejase de fumar y Noel se lo estaba tomando muy a pecho. También me dijo que me había hecho un dibujo de los dos cogiendo ranas en el lago gigante donde yo trabajaba, y que llevábamos unas redes de pesca azules que lanzaban grillos, mariposas, moscas y esas cosas que comen las ranas para acercarlas a nosotros y atraparlas. Se le había quedado marcado eso de no poder ir al lago, sí… Me reí al escuchar esa historia tan genial y le pedí que me contara más cosas. Y más y más…

Cuando colgué me di cuenta de que estaba sonriendo y no sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo. La pureza de un niño, antídoto donde los haya. Aun siendo el motivo de mi rabia hacia Yon. Aun siendo tan pequeño. «Noel es feliz…» me susurré mientras me acurrucaba entre las sábanas, sintiendo mis párpados pesados y mi cara hundirse en la almohada esponjosa… Me dolía el puño derecho un poco y un ligero picor volvió a mis tobillos, pero el aire del ventilador era tan suave…

Desperté desubicada, viendo una pared blanca que no reconocí. Me giré con torpeza y estornudé, dos veces. Vale. Un ventilador, nuevas picaduras de mosquito y el puño me dolía aún más. No había sido producto de mi imaginación. Estaba en el complejo, a las puertas de resfriarme, y había golpeado a Yon López. Sin embargo, había algo distinto en mi interior. La larva. La larva en mi estómago no estaba.

Me resultó complicado digerir esa nueva sensación aunque fuese una simpleza, porque era más que obvio lo que me ocurría: había

descargado mi rabia. Como cuando vas a uno de esos sitios a destrozar y romper cosas y sales de allí como Dios. Había hecho lo que sentí que tenía que hacer desde que había pisado aquel sitio. No fue ético, vale. Pero el dolor enquistado no se cura con ética. Hay cosas que se tiran años incrustadas en las vísceras. Y todo lo que consideras que es hacer justicia está mal, muy mal, pero hacerlo es lo único que te la da.

Fui a apagar el ventilador sintiendo que me había quitado de encima un peso colosal y a la vez extraña. Vi el guion allí, apoyado en la cómoda, intacto, sin tocar desde la noche anterior. No quise volver a abrirlo hasta que no supiese si me quedaba.

Me serví un café con el consejo de Karen clavado en la mente. Dejé la cafetera en su sitio y suspiré hondo, incapaz de sentarme. Me bebí el café entero allí mismo, de pie. Dando vueltas y vueltas y vueltas a mi cabeza. Hasta que topé con la taza en la encimera de un golpe seco.

No soy orgullosa. Tengo la dignidad muy alta, pero no soy orgullosa. Me había cobrado mi deuda y… tenía que reconocer que… bueno. Tenía que reconocer que si quería aprovechar la minimísima oportunidad que tuviera de quedarme en el complejo… iba a tener que hacer lo que nunca pensé que haría.

9

No sé si fue la rabia diluida, hablar con mi sobrino, mis ganas de volver a ver a Alberto, o que de pronto quería que mi verano transcurriese en ese pedazo del mundo y en ningún otro lugar… Pero allá iba, caminando por el sendero de gravilla, con el corazón a tres mil, en dirección al bungaló de Yon López.

Sabía que era el número 18 porque Miren lo había comentado cuando repasó nuestros datos el día anterior en su despacho, yo vivía en el 11, así que llegué en nada. En el camino me crucé con un par de chicos a los que no conocía, aunque ellos a mí sí, y me miraron raro. Uno dijo «tía, te has pasado». El otro «se lo merecía». No les hice mucho caso y seguí andando. Todo el mundo había escuchado cómo gritaba a Yon que había dejado embarazada a mi hermana y después abandonado, al igual que visto mi puñetazo.

Pensar no se me da bien y no hace falta que lo diga. Así que no pensé en nada antes de subir al porchecito calcado al del resto de bungalós. Había unos pantalones blancos con la bandera de Brasil bordada sobre la baranda, acompañados por un par de cactus en el suelo que habían vivido tiempos mejores.

Golpeé la puerta tres veces con mis nudillos, pero nadie contestó. Me asomé a la ventana de la izquierda. Entre la cortina vi que Yon y su compañero jugaban a la consola con los cascos puestos, muy concentrados. Me puse nerviosa. No me atreví a llamarlos a voces, así que insistí un poco más en la puerta. Y nada.

No sé por qué los brazos me flojeaban. Me volví y bajé del porche, dispuesta a intentarlo de nuevo más tarde.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —escuché de pronto.

Su voz grave y certera a mi espalda me descolocó por completo. Dios mío. Estaba atacada.

Me volví como a cámara lenta, pasándome el pelo tras la oreja. Él estaba a un par de metros de distancia, en el hueco de la puerta. Tener que pedirle disculpas a Yon era con diferencia lo más surrealista y difícil que iba a hacer en toda mi vida.

—Quería… —dije en un hilo, caminando despacio hacia él con la respiración descontrolada—. He venido a hablar contigo.

—Yo no tengo nada que hablar, Aura. Estoy esperando a que Miren me avise para ir a contarle lo que has hecho. Eso si no te denuncio directamente a la policía.

Tragué, tensando mi mandíbula. Madre mía, qué arañazo tenía

en el pómulo. Me estaba doliendo de verlo.

Controlé mi respiración y subí al porche, imprimiendo mucha prudencia en mi movimiento.

—No debí pegarte… —musité.

—No. No debiste. Sobre todo porque yo nunca dejé embaraza a tu hermana. O al menos ella nunca me lo dijo.

El corazón se me paró. ¿Pero qué… mierda era aquello? No sabía si podría llorar, pero empezaba a sentir que era muy posible.

—No entiendo…

—Pues es lo que hay. —Cruzó sus brazos sobre el pecho con rigidez, marcando distancia.

—Pero…

El labio me tembló de tal forma que no pude ni hablar. Me quedé sin palabras que usar. Yon me miró entonces en uno de sus silencios. La luz dorada del sol empezaba a bajar y le daba en la cara, haciendo que el rojo del arañazo fuese más vivo aún. Intenté mantener la calma y le sostuve la mirada.

—Entonces… —musité—. ¿No la dejaste plantada?

—Nos íbamos del pueblo a Castellón porque habían destinado allí a mi padre. No sé nada más… Susana y yo lo dejamos como un mes antes. No estábamos bien desde que supimos que yo me marchaba.

Clavé mis dientes en el interior de mis labios hasta hacerme daño. Mis ojos se humedecieron y ahora sí, una lagrima resbaló por mi mejilla. Ya sé que lo lógico hubiese sido dudar de su palabra. Pero había algo en el brillo de sus ojos, en su postura, en el tono de su voz… que me indicó que decía la verdad. Simplemente supe que la decía.

—Perdóname —me falló la voz—. Te he tratado fatal desde que te vi y había sido únicamente por eso. Mi hermana me dijo que tú eras el padre de Noel y que…

—No me interesa una mierda la historia, Aura. No has sido nada profesional y no has sabido actuar conmigo en ningún momento. No podías haberme preguntado primero… después de once años te lanzas sobre mí como una desquiciada y me faltas al respeto delante de todos.

—Es verdad… y lo siento, Yon. Lo siento —repetí moqueando.

—No voy a perdonarte, que te quede claro. De hecho ahora mismo no quiero ni verte y esta conversación va a terminarse ya. —Sus palabras eran bloques de hielo—. Pero a diferencia de ti, que eres una arpía maleducada, yo sí que puedo ser profesional.

Lo miré compasiva y desesperada.

—Dime qué quieres que haga, por favor. Lo que quieras.

—Céntrate en trabajar de una maldita vez. Mírate el guion y

apréndetelo, que para eso te pagan.

Asentí esperanzada, limpiando mis lágrimas. ¿No iba a contárselo a Miren? Yon siguió hablando.

—El martes a las 9 ensayamos con puesta en común de todo el texto. No el primer acto ni el segundo. Todo. Si tienes dudas se las preguntas a Miren. Conmigo no cuentes. A partir de ahora, para ti estoy muerto.

Y dicho esto se giró y me cerró la puerta en las narices.

10

Decir que me sentía como un saco de basura se quedaba corto. Me arrepentí tremendamente en ese instante de no haber llamado a mi hermana para contarle que Yon estaba allí. Tal vez así me hubiera dicho algo o retenido de alguna forma para evitar ese desastre. Aunque, lo que más me revolvía el estómago no era que Yon me odiase a muerte. Era la colosal mentira del tamaño de un islote que mi hermana nos había colado a todos. Hasta atrás. Porque era eso, ¿no?

Caminé de vuelta al bungaló con una tremenda desazón en mi pecho, cabreada, desazonada y con un sentimiento de culpa irrefrenable por lo que había hecho a Yon. No veía la hora de hablar con Susana. Y lo peor era que el estado en el que me encontraba no me iba a permitir concentrarme para estudiar mi texto.

Me di cuenta en ese momento de que estaba anocheciendo. Todo el cielo se veía despejado, pintado de un morado rosado precioso. En otro momento hubiera sonreído e incluso paseado hasta el lago para ver bailar los reflejos en el agua y cambiar sus tonalidades. Ahora solo pensaba en meterme en la cama y arroparme la cabeza hasta arriba.

Escuché el sonido de música y, cuando mi porche fue apareciendo ante mis ojos, vi la causa. Karen, Esmeralda, Alberto y su compañero de bungaló charlaban animadamente, con vasos rebosantes de alcohol en la mano. Sonaba *Suavemente*, de Elvis Crespo. No quería que notasen que había llorado y traté de tranquilizarme un poco.

—Vamos, mami —voceó Karen al verme, meneando los flecos de sus pantalones—. ¡Que la noche es joven y hay que calentar motores para la fiesta de bienvenida al verano!

Todos gritaron a coro entusiasmados. Estaba yo como para fiestas… Sonreí forzada. Me fijé en que Alberto estaba muy guapo, eso sí. Guapísimo. Camisa negra abierta sobre camiseta blanca y pantalón negro, con unas Puma clásicas en sus pies.

—¿De dónde vienes? —me preguntó con una sonrisa cuando subí al porche.

—De por ahí… —Moví la cabeza sin señalar a ninguna parte.

—¿Quieres un mojito? Karen me ha enseñado a hacerlos.

—Es que tengo que aprenderme el guion… voy fatal. Hoy no lo he tocado entre unas cosas y otras…

—Joder, ¡es verdad! —subió el tono de pronto—. He flipado cuando me han dicho que le has metido a Yon una a lo *Million Dolar Baby*… ¡Pero si esta mañana en el lago casi ni le has mirado! No sabía

que os conocíais… Y que era un cabrón tampoco.

«No lo es… es oscuro y áspero con las palabras. Estúpido si me apuras. Pero no es un cabrón».

—¿Y va a tener consecuencias? —me preguntó preocupado—. Me refiero… ¿Los jefes no te han dicho nada?

—De momento no…

No quise confirmar que iba a seguir en el complejo porque entonces tendría que revelar que había ido a pedirle disculpas a Yon, vendrían más preguntas y lo último que me apetecía era tener que explicar lo que acababa de ocurrir. Solo quería hablar con mi hermana y que me aclarara todo de una vez.

—Por cierto, este es mi compañero de bungaló —continuó Alberto, sacándome de mis pensamientos—. Teo Vernu, el mago del complejo.

—Ostras… —dije aún noqueada, pero sorprendida.

—Necesitaré voluntarios para el truco del cuerpo cortado a mitad en la caja. —Se acercó y me dio besos—. ¿Te apuntas?

—Mmm… vale.

—Joder, qué fácil… —Se echó a reír.

—Soy aventurera. —Sonreí.

—¿Eso quiere decir que mañana yo podré enseñarte a nadar estilo crol? —intervino Alberto enseguida.

—Me va más eso de darse la vuelta en la piragua —le dije.

—¿Esquimotaje? —Arqueó sus cejas llevándose el vaso ancho a los labios.

—Sí, eso.

—Qué valiente —me dijo tras beber—. Has pasado de vomitar y espiarme a escondidas mientras nado, a hundirle el puño en el estómago a un tío y querer volcarte en el agua dentro un kayak…

—Soy una caja de sorpresas —respondí con un regusto agridulce.

El puño no había sido ninguna proeza a destacar por valentía, precisamente. Eso me recordó que si no entraba para llamar a Susana se haría tarde y no podría hablar con ella hasta el día siguiente.

—Hay comida en la nevera —me explicó Esmeralda al ver que avanzaba al interior.

—Me da mucho apuro que yo aún no haya ido a por comida para vosotras…

—No te preocupes, nos lo cobraremos. —Me guiñó un ojo.

Les dediqué una mirada fingiendo alegría a los cuatro y les dije que iba a llenar el estómago.

Tal y como los dejé pasé a mi cuarto y cerré la puerta. Activé el ventilador y busqué mi teléfono, que estaba apagado. Lo puse a cargar y en cuanto me dejó poner el pin llamé a mi hermana, sentada en el

borde de la cama. Escuché que descolgaba.

—¡Pero si es la chica que me llama y cuelga o solo me llama para hablar con su sobrino!

—¿Por qué me mentiste con lo de tu embarazo?

Un silencio con forma de soga tirada por manos opuestas se hizo en los teléfonos.

—¿Qué? Pero… —susurró—. ¿A qué viene eso ahora?

—Viene a que acabo de descubrir hace apenas media hora que Yon López nunca supo que estabas embarazada, Susana —escupí.

Enseguida oí su respiración acelerada por el auricular.

—Me… me acabas de dejar en shock, Aura… te lo juro.

—Está aquí. En el complejo… —le confesé con amargura y moqueé.

—Dios mío… —se le ahogó la voz.

—¿Le he pegado, sabes? Creí que la historia que nos contaste a papá, a mamá y a mí era cierta.

—No me lo puedo creer… Espera… Espera un momento. No quiero que Noel nos escuche. —Sonó que encajaba una puerta, que supuse la de la cocina—. A ver, cuéntame.

—Ya es tarde… —Me mordí el labio con culpabilidad—. No me han echado de aquí porque él no ha querido. Si vieses como le he dejado la cara, Susana… Le he hecho vomitar, joder…

—¡Pero cómo no me has dicho que estaba allí! ¡Cómo se te ocurre no decírmelo, por Dios!

—¿Para qué? ¡Creí que era el hijo de puta que te había abandonado al saber que estabas embarazada de él, joder! No quería causarte más calvario… —Tragué saliva con una angustia incrustada en los pulmones que creí que me asfixiaba—. Dime que él es el padre de Noel y que nunca se lo dijiste…, que la historia de su abandono la inventaste en un arrebato porque se iba a Castellón y no os ibais a volver a ver…

Silencio.

—Dímelo, Susana.

—Aura…

Me puse de pie de golpe y el cable de carga se soltó.

—¡Vete a la mierda, joder! —grité enfurecida y empecé a andar de un lado a otro—. ¡¿En serio?! ¿La historia que nos llevas contando once putos años es mentira? ¡¿Me estás diciendo eso, Susana?!

De pronto la escuché sollozar con esfuerzo, con quejidos ahogados, como conteniéndose para que Noel no la escuchase.

—La historia es verdad…

—¿Pero…?

—Fue Sergio Trigo.

Me detuve en seco.

—¿Qué? —Mi ritmo respiratorio se volvió histérico.

—Me dio vergüenza decirlo a todo el mundo… —sollozó—. Era odioso. El típico chico popular… Un gilipollas integral que le tiraba a todas… Yo lo odiaba…

—Sergio Trigo tenía novia por entonces, Susana… —le recriminé, aún estupefacta—. Lo recuerdo porque nos burlábamos de ella cuando iba a clase en tacones y se le torcían los tobillos.

—Ya lo sé…

Me senté en la cama, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Engañaste a Yon? —le pregunté conteniendo la respiración, porque de pronto y aunque pasara hace años no quería que lo hubiese engañado, no quería más daño para Yon.

—No… fue justo después de dejarlo con Yon, en la fiesta de fin de curso… él se iba a ir del pueblo en un mes y estaba rabiosa… Bebí más de la cuenta y Sergio Trigo se ofreció a acompañarme a casa. Fue solo una vez… solo una…

—Madre mía…

No sabía si montarle un pollo por hacer creer a su propia familia semejante mentira durante tantos años, si insultarla por implicar a un inocente en aquello y hacerle semejante canallada, o compadecerme de ella.

—Cuando le dije a Sergio que iba a hacerme la prueba se desentendió enseguida, claro —gimoteó—. Incluso me pidió que abortara…

—No sé por qué no me extraña nada viniendo de él…

—Aproveché que Yon se marchaba y que no lo íbamos a volver a ver. No entraba en casa y tú nunca llegaste a tener una conversación en condiciones con él, así que no sabíais si seguíamos juntos o no. Cuando me preguntaste si el niño era de él asentí por inercia y luego vi que era mejor así.

—¿Que era mejor? —le recriminé—. Podías haber dicho la verdad a tu familia, Susana. Te hubiésemos protegido.

—Era una cría —lloró—. Estaba rota… Me daba miedo lo que vosotros pensaseis de mí… y preferí que se creyera que el niño era del que todos conocíais como mi novio… no habría padre de igual modo y Yon jamás se enteraría.

—Pues se ha enterado. Y bien que se ha enterado.

—Lo siento…

—Cómo pudiste hacerle eso al pobre muchacho —le dije decepcionada.

—¡Lloré mucho, joder! No dormía. Pero mamá insistió en que lo mejor era decir a los demás que el niño no tenía padre y ya está. Y eso fue lo que hicimos, lo de Yon solo lo supisteis vosotros.

—¡Pero la gente lo dedujo, Susana! ¡Era tu novio! ¡En un pueblo

las cosas se hablan y con el tiempo todos pensaron que te había abandonado, incluida yo!

—Él se iba a ir de todas formas.

—¡Pero habría mantenido el contacto contigo! ¡Habría vuelto a visitarte! ¡A los dieciocho podríais haberos ido a vivir juntos! ¡Mil cosas, joder!

El tiempo se quedó mudo, sosteniendo unos segundos huecos en el aire.

—Tienes razón… —murmuró mi hermana al fin, afligida—. Seguramente Yon lo habría hecho, sí… Una lástima que no sea el padre de Noel y que eso solo sea una utopía.

Y ahí sí, me toco el corazoncito… su voz contenía bordadas tantas cosas, tantos llantos y preocupaciones que yo había vivido al pie del cañón junto a ella… que me estremecí.

—Ya bastante tengo con mi propia tortura y con que el desgraciado de Sergio nunca respondiera como padre…

No supe qué más decir, la verdad. Solo agaché la cabeza, negando despacio, aún sin poder creérmelo. Era imposible que pudiera asimilar toda esa información en ese momento. Suspiré hondo y fui hasta la cómoda sin despegarme el teléfono de la oreja, con los ojos puestos en el guion. Deslicé la palma de mi mano sobre la primera hoja, solo por el hecho de tocarlo. De pronto sentí que el ambiente se había destensado un poco.

—Bueno… —escuché decir a mi hermana—, y entonces dices que has pegado a Yon…

—Ha sido una odisea que ya te contaré. —Negué con la cabeza, sintiéndome fatal de nuevo—. Pero todo se resume en que no le va a contar nada a nuestra jefa por puros principios profesionales y en que lo considere muerto. Creo que lo que en realidad está buscando es torturarme. Tenerme aquí para amargarme la existencia por completo. Y me lo merezco.

—Dios… pídele disculpas.

—Ya lo he hecho.

—De mi parte.

—A ver cuando siento que no me quiere descuartizar con la mirada y lo intento…

Las dos hicimos un amago de sonreír, que no sonó, pero ambas lo sentimos. Es lo que tiene ser hermanas con solo un año de diferencia y vivir juntas. Aunque seguía enfadada con ella.

—Te dejo que Noel ya se está pasando jugando con la tablet y luego es incapaz de coger el sueño, ya sabes. —Suspiró sonoramente—. Un beso. Y ya me contarás.

—Descansa.

—Y tú.

Colgué el móvil sintiendo un jaleo tremendo en el porche. Acaricié de nuevo el guion y sonreí ilusionada. Me pensé si ir a la fiesta, pero no me hizo falta mucho para saber que no me apetecía. Cogí el taco de folios, decidida, y lo tiré en la cama. Fui a por provisiones y volví a mi cuarto a la velocidad de la luz para empezar a leer. Me daba igual que Karen y Esmeralda intentasen convencerme, que Alberto me llamara para bailar o que cielo ardiese en llamas. Iba a pasarme toda la noche estudiando aquel texto.

11

«La separación es tan dulce pena que diré buenas noches hasta ver el día»… «¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? Niega a tu padre y rechaza su nombre, y si no tienes valor para tanto, ámame, y nunca más seré una Capuleto»…

Descubrí que la adaptación era una mezcla entre la obra original y lo que la propia autora había considerado. 5 actos, 14 personajes, y una duración de 2 horas. El primer acto se centraba en introducir a los personajes y presentar la rivalidad entre las familias Montesco y Capuleto. Julieta no hablaba hasta pasadas dieciocho páginas y era para responder a la llamada de su ama: *«Sí, ama, ¿quién me llama?»*. Imposible no acordarme de Claire y Leonardo en la peli, que he visto como un millón de veces y además obligué a mi ex Simón a comprar una réplica de la camisa azul de corazón llameante que lleva Leo en una escena, que tuve clavada cada noche durante un año. Y qué decir de ella, con esas alas blancas en el baile… sencillamente míticos.

Me organicé para intentar memorizar el cuarenta por ciento de mi texto, lo que significaban unas 25 páginas de las 62 totales en las que hablaba Julieta. Era sábado noche y tenía dos días completos por delante hasta el martes. Quise pensar que me daba tiempo.

Mordía pizza y cerraba los ojos repitiendo una frase tras otra. Bebía Coca-Cola y retenía otra frase. Después toda la hoja. Volvía atrás y repetía. Haber cursado dos años de la carrera de Biología tenía que servir de algo.

Como a la una de la mañana sentí que los alborotadores de la fiesta se iban. Vocearon un «¡aún estás a tiempo!» antes de marcharse, que yo rechacé riéndome. Pero un taconeo rápido en mi dirección y unos toques en mi puerta sonaron justo después.

—Pasa, Karen.

Primero asomó su aclarado pelo afro y después su cuerpo escultural, con un top naranja y los vaqueros con flecos.

—¿Cómo sabías que era yo? —balbuceó.

—Ya te voy conociendo…

—¿Has hablado con Yon? —susurró de forma exagerada, como cualquiera que se beba tres o cuatro mojitos haría.

—Sí. —Sonreí.

—¿Y?

—Le he pedido disculpas y no ha salido bien —me lamenté—. De hecho, ha salido fatal. Pero en principio me quedo en el complejo

porque no se lo va a decir a Miren.

—¡Ayyy! ¡Cómo me alegro!

Correteó cuatro pasos hasta la cama y me dio un beso en la frente, abrazándome, y haciendo que nos cayésemos sobre el colchón. Nos echamos a reír.

La miré tumbada.

—Y otra cosa, Karen… —le pedí—. No se lo comentes a esta gente, ¿vale? Ya lo diré mañana.

—Mi boca está sellada. —Cerró una cremallera en sus labios y luego se incorporó—. Dale duro, nena —dijo antes de desaparecer como el viento.

Seguí y seguí. Me leí y releí mil veces las treinta páginas que tenía de objetivo. A las cinco de la mañana salí a la cocina a dejar el plato con los bordes de pizza sobrantes, la botella de mosto vacía, y el vaso de yogur lleno de cáscaras de mandarina. Regresé arrastrando los pies, con un café entre mis manos y con la esperanza de aguantar dos horas más. Aguanté una. Pero las seis de la mañana me pareció un récord para el día tan abrumadoramente agotador que había tenido.

Cuando desperté a las doce del día siguiente ya me esperaba la venganza de Esmeralda y Karen. Lo supe nada más las vi. Me reí con la escena. Yacían arrebujadas en el sofá como dos marmotas, con la cabeza pegada a los pies de la otra y con una manta de cebra rosa echada por encima. Tenían cara de demonio quemado y cuerpo del que viene de la guerra.

—¿Te encargas tú de traer la comida y hacer la colada? —chapurreó Karen con avidez.

—¿Resaca? —Levanté una ceja.

—Preferiría ser Pinocho…

—¿Qué?

—Que me comiese una ballena, joder.

Me dirigí a por un par de vasos y la jarra de agua entre risas y lo dejé todo en la mesita frente al sofá. Luego fui al baño y les tiré una caja de ibuprofeno a la manta.

Las dos se lanzaron al vaso de agua como leonas, pero sus fuerzas estaban bajo cero y empezaron a soltar lamentos agónicos llevándose las manos a sus sienes.

—Espero que la fiesta mereciese la pena —me burlé un poco.

—Ni te imaginas… Acabamos bailando la conga en ropa interior.

—¿Dónde fue?

—En el Garaje, una especie de almacén con trastos viejos donde básicamente la clase obrera tenemos una vía de escape. Está bastantes casas más arriba —explicó Esmeralda con los ojos cerrados—. En la zona que está más alta, cruzando el riachuelo.

—Ah, sí.

—El cabrón de Alberto nos dejó tiradas —rezongó Karen—. Supo irse a tiempo. Decía que hoy tenía que delimitar los espacios del lago con claraboyas y toda esa vaina… Dios… Y tengo ensayo del número de bachata con Gabriel en dos horas.

—Y yo tengo que rellenar botelleros, no te fastidia —bufó la otra.

—Bueno, voy a hacer la colada y todo lo demás —les informé—. No tardo con la comida.

El «no tardo» fue más de una hora. Porque, punto número uno: había cola en la lavandería, la cual no encontré hasta diez minutos después de lo que la habría encontrado cualquier ser humano medio. Me oriento fatal, al nivel de jugar con mi hermana a señalar ciudades desde Madrid y creer que Zaragoza es dirección Lisboa. Punto número dos: Alberto estaba allí y, claro, enseguida fui a entrar para hablar con él, pero… ¡Tacháán! En la esquina derecha, sacando ropa de la lavadora, con el arañazo haciéndose costra en su pómulo, estaba mi gran compañero y amigo… Yon.

—Ahora vengo —informé a Alberto al segundo, con el corazón bombardeando mi pecho—. Es que tengo que…

Me tropecé con mi pie y caí al suelo de boca.

No me lo podía creer. Toda la ropa del cesto se desparramó en el suelo. Qué ridículo, de verdad. Sacudí las palmas de mis manos intentando ponerme en pie.

—¿Qué haces, Aura? —oí a Alberto.

—Nada…

Un par de chicas que acaban de llegar se quedaron alucinadas al verme. Empecé a reírme como si no hubiera un mañana. No pude hacer otra cosa. Y menos cuando vi por el rabillo del ojo que Yon se había asomado a la puerta para ver qué había sucedido y, sin más, se entró de nuevo. Como si yo no fuese nadie. Justo lo que era para él, claro.

—¿Estás bien? —me preguntó una de las chicas.

Asentí, mientras Alberto me sujetaba del brazo y miraba mi boca concentrado.

—Espera, tienes…

Me quitó una hoja de hierba del labio.

—Iba a por el segundo cesto de ropa —dije en un intento por salvar mi dignidad.

Alberto sonrió de lado.

—Vale, ¿te guardo la vez? Yo recojo el cesto.

Sonreí como gilipollas. Enseguida eché a andar y por el camino empecé a ingeniar la manera de volver con un cesto a rebosar de ropa sucia que no tenía.

Cuando Karen y Esmeralda me vieron aparecer dijeron que era una auténtica máquina haciendo recados. Les expliqué que no había hecho una mierda y lo que me había pasado y las dos se tiraron al suelo entre carcajadas. Luego me soltaron improperios por hacerlas reír porque les estallaba la cabeza.

Volví a la lavandería con una sábana de flores echada al hombro y con la mitad de mi armario de ropa limpia dentro. Me pasé la mano por la cara, al sentir que me picaba un poco. Era tierra. Me miré las rodillas y también tenía. Me incliné a limpiarme, sin detenerme, y me di dos o tres friegas. Cuando levanté la vista…, Yon venía de frente.

Maldita sea. Iba a cruzarme con él. A encontrarme cara a cara por primera vez con el tío que me había pedido que lo considerara muerto. Muerto, joder. Creo que era la peor que me habían dicho en la vida. ¿Qué hacía? ¿Lo miraba? ¿Lo saludaba? ¿Bailaba la *Macarena* para terminar de cavar mi tumba? ¿Y si fingía marearme?

Yon me miró a unos tres metros de distancia. Desde esa altura de una cabeza más que yo, y me intimidó. Mucho.

—Hola… —le dije débilmente.

Y él… pasó de largo. Como quien deja a un lado una papelera desconchada. Ya está. Sin más. Pero como yo me sentía en deuda con él, pues… me volví a mirarlo un poco. Al respirar inhalé el rastro de su colonia en el aire. No supe identificar qué olor era, pero me resultó tremendamente peculiar. Yon llevaba puesta una camiseta celeste que le marcaba los hombros y la cintura, como las usaba ajustadas… En sus piernas unos vaqueros oscuros, algo acampanados. Sonreí porque era un tirillas. Luego me giré y caminé con una sensación bastante extraña a poner el par de lavadoras.

Alberto amenizó la espera del primer lavado, explicándome básicamente cómo funcionaba la recogida de comida mientras me daba repasos de arriba abajo y yo pestañeaba. Aproveché el segundo lavado para bajar mi temperatura y acercarme a los pasillos de cocina. Donde todos los empleados debíamos recoger a diario los menús.

Cuando llegué me di cuenta de que aquello era enorme. Tras unos amplísimos mostradores aguardaba un buffet variado, que según me dijo Alberto nos servían para llevar, y luego cada uno se las apañaba en sus casas. Me parecía buena idea porque así teníamos siempre comida recién hecha y con opción de elegir. También se incluía un enorme cartel muy acertado donde podía leerse: “Por favor, piensa si lo que vas a pedir te lo vas a comer”.

Cogí espaguetis a la boloñesa para tres, una ensalada bastante generosa de espinacas y frutos secos y tres piezas de fruta. Cargué las dos bolsas de papel y las llevé al bungaló, donde me recibieron los ventiladores encendidos y Karen y Esmeralda duchadas y todo.

—Esto ya es otra cosa. —Sonreí.

—Qué remedio.

Las dejé comiendo y volví a la lavandería. Allí teníamos unas taquillas donde guardábamos los productos pero, cuando fui a coger el suavizante para la última fase de lavado, no estaba. Miré alrededor y observé si alguien de los que estaban allí lo tenía en la mano. Pregunté y nadie contestó, hasta:

—Lo ha cogido el chico de actividades acuáticas.

—¿Alberto?

—Sí.

—Ha dicho que era para comprobar algo.

Saqué la ropa limpia (sin suavizante) cuando acabó el programa, la metí en la sábana y eché a andar con el saco a la espalda como Papá Noel. Cuando llegué no había nadie en el bungaló. Tendí la ropa en el soporte que daba al exterior del salón y comí pensando en estudiar el guion y en por qué demonios Alberto me había cogido el suavizante. Y en Yon también pensé. En cómo iba a llevar la situación de verlo fuera del trabajo y tener que hacer que no existía.

Fregué los platos y me metí en mi cuarto a concentrarme en el guion. Tenía solo un día y medio para sumergirme en Julieta y hacerla un poquito mía. El martes a las 9 de la mañana era el primer ensayo con Yon y debía llevar todo el texto estudiado, me lo dijo bien claro el día anterior mientras me apuñalaba con los ojos. Pero antes actualicé el teléfono y hablé un ratito con Sara, que me dijo que no la habían cogido para el *casting*, pero que tenía otra prueba esa tarde. Le deseé suerte y después hablé con mis padres, evitando el tema laboral, con que supiesen que estaba bien era más que suficiente; si les hubiera dicho la verdad habrían venido a por mí y llevado a rastras de vuelta con toda seguridad.

Iba a escribir a mi hermana Susana, pero ella no me había escrito y yo tampoco quise contactar con ella por el momento. Aún estaba bastarte aturdida tras su confesión. Lo cual significaba que no podía hablar con mi sobrino a no ser que él se lo pidiera a mi hermana y lo dejase llamarme.

En el guion tenía subrayado lo que decía mi personaje, por lo que solo me centraba en eso. Lo releí tres veces y repetí en alto todo lo que recordaba. De pronto, tuve curiosidad por ver la primera frase de Romeo y la busqué. *«¿Tan joven está el día?»*. Me imaginé a Yon diciendo esa frase. Luego me lo puse más difícil todavía y me lo imaginé diciendo cada frase que Romeo decía a Julieta en la ficción a mí. Me ponía en su pellejo y no sé cómo lo soportaba. Tener que decirme todo eso odiándome a muerte.

Conseguí retener bastante. Me sabía algo más de la mitad, pero tenía que repetirlo muchas más veces. Se me ocurrió la idea de grabarme y ponérmelo en los cascos del teléfono mientras hacía

cualquier cosa. Esa noche Karen, Esmeralda y yo cenamos juntas y se ofrecieron a ayudarme con mi aprendizaje, haciendo de Romeo. Un rato una y un rato otra. Nos reímos mucho y descubrí que era la mejor forma de fijarlo.

El lunes al medio día tenía retenido casi todo, excepto los párrafos más largos, que no se me quedaban. Repetí decenas de veces el texto final, cuando ella lo descubre muerto, pero no había forma de sacarlo de un tirón.

Salí al porche. Me tumbé en la cama. Fui a los establos. Lo escribí mil veces en una libreta… No había manera. No fluía.

—¡Joder! —Di una patada a la pata de la cama, frustrada.

Quise que Miren me aconsejara, pero la llamé y me dijo que estaba en Zimbra y volvería tarde, que hablara con Yon.

—Él controla bastante. Me comentó que llevaba cuatro años actuando en teatros, que lo combinaba con su trabajo.

—Ahh… —dije sin tener ni puñetera idea de la vida de Yon, claro—. Pues le preguntaré si lo veo.

—Perfecto. El jueves os veo actuar a los dos en el ensayo.

—Hecho —dije a punto de llorar.

—Y recordad que el lunes que viene llegan los huéspedes y empieza oficialmente la temporada en el complejo.

—No se me olvida.

—Mucha mierda.

Tremendísima mierda, sí.

Colgué. Tuve que recurrir a unos vídeos de técnicas de memorización en YouTube. Estuve hasta las tres de la mañana repitiendo frases como un papagayo y el martes me levanté a las 8. Fui sobadísima a por unos bollos calientes para el desayuno. Las palabras me flotaban en el cerebro como corchos en el mar, sin rumbo alguno. Veríamos a ver. Me sentía como en esos exámenes que llevas todo con pinzas y al final suspendes y sabes que te lo mereces. En la carrera me la pelaba porque nunca me importó. Con un Yon encabronado podría perder muchas más cosas.

12

Eran las nueve menos diez y estaba atacada de los nervios de camino la sala multiusos del complejo, la cual Yon había solicitado para nosotros. Hacía media hora que me había tomado una valeriana y crucé los dedos para que empezara a hacer efecto cuanto antes. Recorrí el sendero que me llevaba al ala derecha del edificio, dejando atrás plantas coloridas y zonas ajardinadas preciosas con un par de jardineros podándolas.

Cuando doblé la esquina, entré a una especie de hall y a la derecha encontré la sala. Accioné la manilla y lo primero que me recibió fue una potente ráfaga de luz. Una hilera de ventanales enormes dominaba la parte alta de la pared de fondo. Yon estaba justo debajo, de pie, dejado caer de lado sobre la única estantería que había. Miraba el guion, vestido entero de negro en un estilo entre pijo y raído, que como siempre me recordó a los 70.

Avancé por el suelo de madera oscura a dejar mis cosas, sin decirle nada. Él ya me escuchaba de sobra y ni había levantado la vista de su texto, de modo que me ahorré el saludo. Esa iba a ser nuestra dinámica, estaba claro. Olía a cerrado y la sala básicamente albergaba una estantería enorme al fondo (donde estaba Yon ignorándome), una mesa a su izquierda, a la derecha una pared cubierta de espejos y cuatro altavoces colgados en las esquinas. En el centro del espacio y sobre un trípode…

—¿Qué es esto?

Yon levantó sus ojos del guion como si la cara le pesara tres kilos y me miró sin expresión.

—Una cámara. Creo que está claro que un armario no es.

—Ah… ¿Y para qué? —intenté no ofuscarme, tenía que aguantar lo que viniera, al menos al principio.

—Para grabarnos actuando. Así podremos vernos después y corregir gestos, el lenguaje no verbal, el tono en las frases, la posición…

Me callé y anduve hasta la robusta mesa de la izquierda a dejar mis cosas, que básicamente eran una botella de agua, el guion pringado de pizza y un batido de fresa Puleva que le había robado a Karen como alternativa al café para evitar ponerme histérica.

—¿Qué tal lo llevas? —me preguntó con cierta superioridad, viniendo hacia mí.

—Bueno… —balbuceé.

Su caminar era sigiloso, calmado, sugerente…, intimidante. Giré el tapón de la botella de agua y bebí, escuchándolo hablar.

—¿Nos miramos el primer acto y vamos cerrando? Si vamos uno por uno es más fácil. Como no hicimos el trabajo de mesa, lo vemos ahora y luego pasamos a escenificarlo juntos.

—¿Trabajo de mesa?

—La puesta en común del texto, una lectura inicial que no hemos hecho juntos y no hace falta que explique por qué. —Lo miré callada cuando quedó a mi lado y los ojos se me fueron al arañazo. Él se llevó el puño a la boca con un carraspeo y continuó—. Como ya cada uno lo tiene fijado, lo leeremos para marcar el ritmo. Lo de grabarnos sería lo último, cuando tengamos todo dominado y podamos interpretarlo de seguido, ¿te parece?

—Vale… me parece bien.

Cerré la botella y la dejé sobre la mesa. El guion de Yon aterrizó junto al mío.

—Suéltate el pelo, por fa.

—¿Qué?

Tragué. Lo tenía muy cerca, su brazo izquierdo casi rozaba el mío. Lo miré desconfiada. No sabía si se burlaba de mí.

—Tu pelo. —Levantó sus cejas y señaló mi cabeza casi sin levantar el dedo.

—¿Qué pasa con mi pelo?

—Julieta lo lleva suelto. Me ayuda a meterme en escena. Y creo que a ti también te ayudará a coger mejor al personaje.

Iba a decirle que tenía mucho calor y que me daba exactamente igual lo que nos ayudase a meternos en escena. Pero en lugar de eso alargué mi mano hacia atrás y tiré de mi coletero, haciendo que mi cola alta se deshiciera y el cabello cayera en cascada sobre mi espalda.

—Es muy de Julieta —dijo volviendo a mirar su guion—. Tu pelo, digo.

—Sí.

También miré mi texto, pasando hojas hasta llegar a mi primera frase, señalada con flúor verde. Me estaba quedando un poco descolocada la manera de actuar de Yon después de todo. Pero en el fondo no estaba haciendo otra cosa que tratar normal a una persona con la que trabajaba.

—¿En cuantas páginas intervienes en este acto?

—En siete —le dije segura. Eso lo tenía claro.

—¿Te parece si lo miramos una vez de forma individual antes de ponerlo en común?

—Perfecto.

Media hora después me lo había leído todo y dicho de memoria, consciente de que debía corregir algún pequeño matiz, pero ese

primer acto es el que más fijo sentía. La duda vino cuando…

—Oye, Yon… una cosa… lo del… lo del tema del… del beso. Los besos.

—Dime —dijo con pereza.

—¿Tú cómo lo has hecho otras veces? Es que yo he dado besos como extra en algún que otro espectáculo, pero era suficiente la unión de labios. Y la verdad es que preferiría solo marcarlos, sin llegar a unirlos, me refiero.

—Bueno, no hay una regla explícita y los actores lo hacen un poco como van viendo en los ensayos… Si quieres solo marcarlos me parece bien. Lo único que en el guion se especifica claramente «beso» o «beso intenso». Podemos marcarlo estos días y cuando estemos delante de Miren se lo comentas.

—Lo dices como si supieses que va a decirme que no.

—Es que va a decirte que no. Esta obra no funciona sin besos. Es una historia de amor.

—¿Es que a ti te da igual besarme?

Joder, no pude mantener la boca cerrada.

—Te repito que yo soy profesional y me tomo en serio mi trabajo. Haré lo que tenga que hacer.

Lo miré tensa y él pareció retarme con la mirada. Luego relajé mis hombros y él también. Cogió aire y lo soltó, antes de empezar a caminar por la sala con los folios en la mano. Venía la puesta en común. Me moví por el espacio también con mi guion, intentando controlar mi ansiedad. Yon inició el seguimiento del texto en voz alta, lanzándolo todo de memoria.

—Empieza el narrador y dice eso de: *«Dos familias de igual rango y calidad en la bella Verona, lugar de la acción, renuevan viejos odios con pasión y manchan con su sangre la ciudad…»* bla bla bla… Lo primero que sabemos de Romeo es que, para él, el tiempo pasa lento, que es un joven melancólico y atormentado que sufre por amor y por eso se aísla del mundo. Tiene su primera frase hablando con su primo Benvolio…

Me concentré en escucharlo porque me pareció que introducía muy bien en escena. Y cómo dijo su texto… me quedó pasmada. Pero yo también me tomé muy en serio mi parte cuando me tocó el turno, sintiendo que realmente ambos lo habíamos bordado. Aunque…

—Vamos a repetirlo —me dijo Yon en tono espartano.

Asentí.

Lo repetimos.

—Tienes que hacer tuyo el texto, Aura —inquirió al finalizar la segunda vez.

Y que me llamara Aura me puso más nerviosa aún. Era como tratar con confianza a alguien a quien conocías, pero siendo totalmente consciente de que era un aprecio fingido.

Tercera repetición. Llegamos al final del primer acto, momento en el que Romeo y Julieta se descubren enemigos. Y otra vez el maldito Yon…

—No me gusta cuando dices *«Amor nacido del odio»* —me dijo seco—. Se acaban de conocer y se han enamorado perdidamente. ¡Ha sido un flechazo! El inicio de una de las historias de amor más icónicas de la literatura… Tienes que darle más énfasis. Suena demasiado plano, robótico. Inténtalo otra vez.

Resoplé con suavidad, para que no pareciese que me estaba tocando los ovarios a dos manos, sino que fuese producto del calorcito en la sala.

Cuarta vez que lo repetía…

—*«… pronto te he visto sin conocerte… quiere mi negra suerte hacerme amar a mi enemigo peor».*

Yon chasqueó la lengua con desaprobación.

—Has vuelto a hacerlo, ¿no lo ves? —Me miró frunciendo el ceño.

—Es la primera vez que lo ensayamos —le contesté—. Mañana saldrá mejor. Aún tenemos cinco días por delante.

—Cinco días hasta que lleguen los huéspedes, pero Miren quiere verlo en dos. Y yo no voy a hacer el ridículo porque tú no sepas interiorizar tu texto.

—Aquí no exigen a grandes profesionales. Esto es el Complejo Noriega, no la Metro-Goldwyn-Mayer.

—Pero hay que defenderlo. Y no me gusta ser mediocre en nada de lo que hago.

Me mordí el labio y cerré los ojos, a punto de estrujar el guion entre mis manos.

—Me gustaría pasar al segundo acto —le pedí con toda la educación que pude, abriendo mis ojos—. Luego intento mejorar esa parte. Creo que si la dejo respirar saldrá mejor.

—Está bien.

Me retiró sus ojos y echó a andar de nuevo por la sala para repetir la operación anterior con el segundo acto, que finalizaba con la boda entre los amantes.

Los besos los marcábamos, tal y como habíamos acordado, pero al marcarlos Yon se acercaba a mí, se inclinaba hacia mi cara, y el arañazo que le hice en el pómulo me quedaba demasiado cerca. Tan cerca que, en una de las últimas veces, cuando representábamos la boda en el altar delante de un supuesto Fray Lorenzo y agarró mi cintura, me quedé con los ojos fijos en la herida, ya seca. Sin poder despegarlos.

—Deja de hacer eso —me pidió con voz grave, su aliento me rozó la cara.

—Perdona…

—¡Es increíble!

Me soltó la cintura con desprecio y bufó.

—Te he dicho que lo siento.

—¡Pues ya es tarde! —Subió la voz y me quedé paralizada—. ¡No sé la de veces que me has mirado ya el jodido arañazo! ¡Concéntrate en actuar de una vez!

—Es que me siento mal…

Yon se puso a mirar el texto, como si oyera llover, rascando sosegadamente el codo del brazo que sujetaba los folios y caminando por la sala. Seguí hablando, la culpa me ahogaba.

—He… he llamado a mi hermana Susana y tenías razón… Ella nunca te dijo que estaba embarazada porque tú no eras el padre de Noel…

Tragué cuando lo vi dirigirse hacia mí, echando un poco la cabeza atrás, sin saber qué iba a hacer.

—Vamos a repetir el primer y el segundo acto seguidos y lo dejamos grabado, ¿vale? Sin guion. —Me arrebató el taco de folios de entre las manos y dejó caer ambos en la mesa.

—Mi hermana también te pide disculpas… —seguí—. Ella creyó que jamás íbamos a volver a cruzarnos contigo. Aunque ya sé que no es excusa, yo también estoy enfadada con ella. Por lo que te hizo…

Yon me pasó por el lado y se colocó detrás de la cámara, a la que se le encendió un piloto rojo.

—A ver… colócate un poco más a la izquierda —me indicó. Di un paso lateral con mis manos en el regazo, viéndolo agachado con un ojo guiñado y girando la rueda de control. Suspiré hondo—. Perfecto. Espera, que lo voy a marcar con una tiza en el suelo para que no nos salgamos del encuadre.

Se dirigió a la estantería y sacó una tiza blanca partida del interior de una caja de latón con estética del Paris del siglo XIX. Marcó con unas equis el espacio donde debíamos movernos por escenas y me lo explicó con dedicación y al detalle. Al finalizar me miró desde el suelo, con la tiza en la mano.

—¿Crees que puedes hacerlo a la primera?

—Sí.

Repasé mentalmente uno de los párrafos, que era el que tenía más atravesado. Y me salió. Yon lanzó la tiza bajo el trípode y se sacudió las manos antes de dar al botón de grabar, indicándome que estuviese lista. Paseé mis manos por mi abdomen en una especie de ritual, cogiendo y soltando el aire, y me sumergí por entero.

Lo hicimos bien hasta mitad del segundo acto. Se equivocó él. No le dije nada.

—Perdón. —Se mojó los labios e hizo una mueca antes de

mirarme—. Lo cogemos desde arriba, al inicio de escena.

Asentí concentrada, igual que él, y simplemente fluyó solo. Salió enseguida. Casi no me lo creí de lo fácil que había sido. Un gusanillo de orgullo bailó en mi estómago. Él sonrió yendo a apagar la cámara y yo me contagié de su sonrisa. Pero no quise que me viese sonreír.

—Esta parte la tenemos. Ahora solo hay que interiorizarlo y llevarlo al personaje.

—Vale. ¿Seguimos con el tercer acto?

Yon miró su reloj de muñeca.

—Son las dos y media, es hora de comer. ¿Te importa apagar la cámara?

Caminé hasta ella, rodeándola, y le di al botón de stop. Tuve la tentación de pasar la grabación hacia atrás para ver cómo lo habíamos hecho, pero todo fuese que con mis manazas borrara algo y no quise liarla. Ya lo vería cuando estuviera completo. Al levantar la vista observé que Yon estaba junto a la mesa, de espaldas a mí. De pronto se quitó la camiseta con habilidad, agachándose después para bajar sus pantalones negros.

—¿Qué haces? —le dije cohibida.

—Cambiarme de ropa, ¿no lo ves?

—¿Para qué?

—Voy a darme un baño en el lago antes de comer.

Giré mi cara y me tapé los ojos cuando su culo iba a asomar al descenso de su ropa interior. Estaba más que acostumbrada a ver a artistas cambiarse en mis narices, es algo que aprendes a hacer sin pudor porque forma parte del día a día. Pero con Yon todo me infundía una intimidación y un respeto tremendos.

—Yo también quiero darme un baño —le dije, con la mano aún tapando mi cara.

—Nadie te lo impide, pero conmigo no.

Escuché que se ponía otra prenda y me atreví a mirarlo de nuevo. Su espalda se veía grande y los hombros marcados mientras se ataba el cordón de la cinturilla del bañador, que era tipo surfero y sobre la rodilla, de color verde militar. Guardó su ropa en la bolsa y se ató las Converse agachado. Cuando se levantó, dándose la vuelta, y miré su torso desnudo… Me quise morir.

Dios mío…

Bajé mis ojos al suelo con los dientes apretados y el pecho encogido. En la parte alta del abdomen de Yon reinaba un moretón con forma circular. Y era enorme. La señal de mi puño. Que le hizo vomitar. Mi respiración se aceleró al completo y me pitaron los oídos.

—Sí, agacha la mirada, así el morado se borrará antes… A las cuatro en punto aquí.

Y pasó de largo dejándome allí.

Me sentí un despojo.

13

Entré en el bungaló correteando, directa a coger mi bikini. Sabía que tenía que darme prisa si quería darme un baño y comer para llegar puntual a las cuatro al ensayo. Karen y Esmeralda no estaban allí. En la puerta de mi habitación encontré un pósit pegado: «Tienes un nuevo suavizante en tu taquilla, perdona el robo improvisto. Alberto».

Sonreí. ¿Para qué querría este muchacho eso? Llevaba desde el domingo por la mañana sin verlo. Prácticamente no me había despegado del guion y supuse que él estaba en las mismas de trabajo, porque no me lo había encontrado en mis movimientos por el complejo mientras buscaba el lugar idóneo para que los párrafos se asentaran mejor en mi mente.

Pasé a la habitación y miré el móvil fugazmente, tenía una llamada perdida de mi hermana. Pero no podía llamarla en aquel momento. Agarré mi bolsa de playa a la velocidad del rayo y dentro eché una toalla, crema solar (después de echarme en la cara) y el teléfono dentro de una bolsita transparente. Me introduje mis gafas de sol en el pelo y deslicé mis pies en mis sandalias de plataforma naranjas. Me colé un vestido vaquero por la cabeza y lo arrastré por mi cuerpo de camino a la puerta, haciendo malabares con la bolsa.

Pisé el sendero feliz, con una sonrisa en la boca. Decidí ir directa a la zona de playa Oso, la que caía más cerca del complejo. Cuando llegué me di cuenta de que ya estaban instalando sombrillas y apilando hamacas para cuando llegasen los clientes. Todo se sentía un poco más alterado que cuando llegué. Había mucho más movimiento. Estructuras, equipamiento, mobiliario, provisiones… Todo parecía poco y tenía que estar perfecto. Era un escándalo el derroche que se apreciaba en cada detalle, en cada servicio que el complejo ofrecía. No quería ni imaginar lo que vería cuando llegasen los ricos.

Pisé la arena cálida y me di cuenta de que había un montón de gente. Estaba claro que la zona de piraguas o venir a primera hora era mucho mejor si buscabas calma. Yo, con mi piel blanca, destacaba en mi avance por la arena como un faro de luz, estaba segura. El lago se veía precioso, brillando como si tuviese cientos de espejos diminutos en la superficie. Estaba al completo envuelto en montañas y verde. Había pájaros sobrevolando el cielo y vi a uno estrellarse contra el agua buscando su presa. Me senté en mi toalla embobada e intenté recordar cuántos kilómetros de ancho había dicho Santiago Noriega el primer día que tenía el lago, pero se me había olvidado. Inspiré

hondo, fascinada. De pronto sentí que unas manos calientes me tapaban los ojos desde detrás.

—Ahora sí que no me puedes decir que no.

Sonreí de oreja a oreja. La voz de Alberto era inconfundible, seca y elegante, áspera y certera a la vez.

—Te he visto llegar y aún no te has bañado —siguió.

—Parece que esta vez no tengo escapatoria…

Alberto apareció agachado a mi lado, sin camiseta. Olía a crema solar. Las gafas de sol redondas le quedaban de infarto. Esa piel morena, ese pelo oscuro medio sucio de haberse bañado decenas de veces ya en el día, echado hacia atrás.

—No. No la tienes —me dijo.

Se puso de pie y se quitó las gafas en un gesto arrebatador. Yo hice lo mismo, despojándome de las mías y del vestido, no sé si de forma arrebatadora, pero le gustó porque me lanzó una mirada de reojillo cuando lanzaba sus gafas a mi toalla.

—Bonito bikini. —Me agarró de la mano y echamos a andar hacia el lago.

Me sonrojé. No suelo sonrojarme. Pero Alberto me atraía. Sabía lo que se hacía y yo no sabía demasiado sobre el amor con un chico que sabía lo que se hacía. No me dio la mente ni para explicarle que el bikini me lo había fabricado yo misma con la ayuda de mi sobrino Noel…, era de esos de mil colores vibrantes hechos con pinturas de tela.

—¿Y para qué querías el suavizante?

Mi cerebro soltó esa pregunta en su lugar. Sería que ya la tenía cargada en mi subconsciente.

—Solo quería el envase —explicó cuando alcanzábamos la orilla —. Era para comprobar si me servía para una actividad alternativa que quiero hacer con los niños que no llevo en piraguas cuando tengo grupos grandes. Mi suavizante es de otro formato y no servía para el experimento.

Lo miré con una sonrisa, sin soltarle la mano.

—De modo que eres un ladrón.

—Eso me temo… —Sonrió.

Sentí el agua fresca en mis pies y eso me calmó, hacía bastante calor. O más bien yo tenía bastante calor con los dedos de Alberto entrelazados con los míos. No sabía qué hacíamos con las manos agarradas con la de compañeros que había a nuestro alrededor, pero allí estábamos. Yo no pienso mucho, ya se sabe.

La arena fina cedió esponjosa bajo mis plantas. El agua se veía cristalina y limpia. Me sorprendí de lo bien cuidada y preparada que estaba la zona. De pequeña estuve en un par de lagos y no los recordaba así. Alberto apretó más mi mano y de repente echó a correr,

tirando de mí. Tuve que correr también y los dos no echamos a reír a carcajadas, salpicando todo a nuestro paso. Cuando el lago nos cubrió la cintura nos soltamos las manos y nos zambullimos. Di un par de brazadas de rana y emergí, sintiendo algunas algas y piedrecitas al apoyar mis pies en el fondo. Alberto se acercó a mí en un par de pasos, riéndose relajado.

—¿Sabes que aquí hay nutrias?

—¿Qué? —dije nerviosa.

—Y no les gustan nada los turistas.

—Mientes…

—Mira, ahí viene una.

Chillé y Alberto me cogió en volandas, haciéndome una ahogadilla después. Saqué la cabeza muerta de la risa, salpicándolo. Él me agarró de la cintura y me pegó a su cuerpo… a su cuerpo… Su ombligo quedó unido a mi estómago.

—Bufff —soltó en una especie de gemido ronco, mirándome los labios.

Me puse a mil. Mis pezones duros rozaban su torso escultural. Su amago de erección en mi cadera me hizo dar un saltito y enredar mis piernas en su cintura, cogiéndome a su cuello. Sus manos mojadas acogieron mi cintura. Era guapísimo. De cerca aún más. Parecía un modelo de un anuncio de perfume caro. Lo sabía porque había visto a muchos modelos pasearse por mi agencia. Nunca ninguno me miró así, como si fuese una croqueta de jamón ibérico.

—No sé si… —balbuceé a duras penas, con su nariz rozando ya la mía—. Debería irme a la cocina para…

Un burbujeo ascendió por mi garganta y explotó en el cielo de mi boca cuando Alberto me besó. Sus manos grandes resbalaron por mi espalda, creando formas inconclusas mientras nuestras lenguas se buscaban lentas. Lo lamí despacio y él dio unos pasos, tambaleándose sobre el sitio. Acaricié su pelo húmedo y continué el beso unos segundos más, sintiendo sus palmas abrirse en mis nalgas y agarrarlas con fuerza, hasta separar nuestras bocas.

—Sabes a fresa… —le dije.

—Los famosos batidos del complejo… me he bebido uno antes de venir.

Sonreí. Y me acordé de que ni siquiera había abierto el mío en el ensayo.

—¿Qué hora es? —pregunté tan tranquila.

Alberto miró su reloj de muñeca con parsimonia, recolocando su otra mano en mi culo para que no me cayera.

—Las tres y media.

—¡Joder! ¡No me da tiempo!

Nadé hacia la orilla con los ojos desencajados, dando tortazos al

agua con las manos porque no sé nadar rápido. Algo así como si hubiera entrado en pánico porque me persiguiese un tiburón blanco. Un ridículo, lo de siempre. Alberto debía de estar descojonándose a mi espalda. Pero no pude mirar. Tenía que secarme, ir a la cocina, comer, ducharme y volver a la sala multiusos en media hora. Le dije adiós ya con las chanclas puestas viéndolo salir del agua carcajeándose y le tiré sus gafas en la distancia con una parábola pésima, pero él las cogió al vuelo. Vaya chico, por Dios. ¿Es que se le daba algo mal? Porque besando también era impresionante.

Eché a correr a riesgo de torcerme un tobillo y acabar en la enfermería, que casi era mejor que llegar tarde a un ensayo con Yon. Me detuve en el sendero de madera antes de pasar al interior del complejo. Me sequé como pude y me puse el vestido, al que le brotaron un montón de manchurrones enseguida porque mi bikini estaba empapado. Rodeé el complejo con las gafas de sol escurriéndose por mi nariz.

Había cola en la cocina. Mierda. Y encima de primero teníamos puré de lentejas o garbanzos guisados y de segundo menestra o judías verdes. Soy como los niños para comer, lo reconozco. Al menos la menestra llevaba tacos de jamón. Cogí solo eso. Eran las cuatro menos diez cuando llegué al bungaló. Me colé en la ducha y me puse el *short* y la camiseta de Avril Levine que me había puesto por la mañana y cogí la mochila con el guion. Agarré la bolsa con la comida y me fui a toda leche a la sala multiusos. Llegué a las 16:01 y Yon aún no estaba allí. Suspiré de alivio mientras entraba, limpiándome el sudor de la frente. Me senté a comer lo que me diese tiempo, hasta que él apareciese.

16:20 horas: Había terminado de comer.

16:25 horas: Me bebí el batido de fresa y eructé por los nervios contenidos.

16:33 horas: Busqué mi guion y empecé a leerme el tercer acto.

16: 45 horas: Empecé cagarme en Yon.

16:53 horas: Me cagué en Yon en voz alta.

16:58 horas: Yon aparece por la puerta, silbando.

Lo miré como si quisiese partirle la cara, pero manteniendo mi boca cerrada.

—Perdona… —dijo en su tono lánguido habitual mientras cruzaba la sala.

—¿Perdona? —Fruncí el ceño, echando mi cabeza atrás.

—Es que hemos tenido un problema con las tuberías del baño y teníamos que esperar a que viniesen los de mantenimiento.

—Podías haberme avisado, ¿no? Mi bungaló está siete más abajo que el tuyo.

—Lo he hecho… —Dejó sus cosas en la estantería con toda la

tranquilidad del mundo.

—Ah, ¿sí? —ironicé—. Pues te referirás a tu fantasma, porque a mí no me ha avisado nadie.

—Se lo he dicho a Karen y me dijo que te dejaba una nota.

—No la he visto. —Suspiré con los ojos fijos en mi texto, más relajada, había contado conmigo—. Por poco no me da un infarto viniendo hasta aquí creyendo que llegaba tarde.

—Pues tenías tiempo de sobra. No es mi problema.

Lo he empleado muy mal, pensé, cuando ya no servía de nada, en mi tónica.

—¿Empezamos con el tercer acto?

Asentí y me puse de pie. Ambos comenzamos a dar vueltas por la sala en absoluto silencio, concentrados en leer. Cuando nos cruzamos, Yon levantó la vista hacia mí.

—¿Te importa si pongo un poco de música? Es que me ayuda a aislarme del ruido exterior.

—No, no me importa.

—La pongo a volumen bajo, ¿vale?

—Sí, vale.

Me quedé pillada y lo seguí con la mirada. No entendía muy bien por qué Yon me trataba así… como si fuese una compañera más. Tampoco es que me hubiese puesto una alfombra roja para que la pisara. Vale. Y es cierto que podía ser un poco gilipollas si se ponía, pero era justificable si uníamos su personalidad agria y lo en serio que se tomaba su trabajo. No me odiaba a muerte. No me puteaba. O tal vez era la idea que proyecté en mi mente de lo que creí que sucedería por lo que me sorprendía tanto.

Empezó a sonar *Creep,* de Radiohead, en un volumen bajo. Una canción que siempre me ha resultado demasiado triste y melancólica. Yon retomó de nuevo el paso por la sala sin mirarme.

Estuve patinando con mis ojos por mi texto, pero no leí absolutamente nada porque Yon empezó a susurrar en voz baja la canción, como en un ritual de concentración, pululando a mi alrededor en el espacio, avanzando como si caminase sobre hierba mojada. Me contuve. Me contuve unos segundos, pero… era un tipo tan extraño… no pude evitar posar mis ojos en él.

Ahí estaba, con ese aire de quien disfruta de ser raro. Se le veía tan entregado a lo que hacía. Tan a lo suyo que la energía no le daba para hacer daño a los demás… Además le importaban los detalles. Era de los que se fijaba en cómo llevaba mi pelo para un ensayo. De los que se fijaba en una errata en el texto el primer día y lo comunicaba a su compañera. De los que se quedaba observando a alguien marcharse en la distancia mientras nadaba en un lago solo, para levantar la mano como despedida. Alguien a quien le importaban los silencios y jugaba

con ellos como blandiendo espadas a su antojo. Sin que nadie supiese lo que venía después, creando desconcierto y logrando que el mundo tomase distancia.

Volví un momento con mis ojos a mi guion, no quería que se sintiese invadido. Aunque no pude evitar recordar el niño que fue… siempre creando murmullos, polémica, rechazo y temor a su alrededor por no ser ordinario. Por salirse de los cánones establecidos. Sonaba una canción que hablaba de alguien que se sentía un bicho raro y no podía ser más él. Desde siempre fue distinto.

Lo vi gesticular diciendo frases, apretando el puño, mirando al techo, simulando llanto. Angustia, pasión, dolor, amor, tragedia… todo eso era Romeo. ¿Y Yon, cómo sería ahora?

—¿Ya lo tienes listo?

Hasta que no me preguntó no supe que había vuelto a mirarlo. Sin mucho sentido, le retiré mis ojos y lo miré de nuevo para decirle que ya lo tenía. Lo leímos acercándonos, mirándonos, concentrados en interpretar lo mejor que sabíamos. Me sentí un poco más Julieta, esa chica angelical y débil al principio pero que después se revela contra su familia y piensa en suicidarse ante la idea de que la casen con el príncipe Paris, por amor a su Romeo.

—*«Adiós, mi Julieta, te mandaré noticias desde Mantua en cuanto pueda».*

—*«¿Crees que volveremos a vernos?».*

—*«Sí, y que recordaremos estas angustias de ahora entre lechos de plumas y llenos de dicha».*

Yon cambió el gesto.

—Creo que en esta escena deberíamos tocarnos la cara mientras nos mirarnos de cerca angustiados.

—Tocarnos la cara a la vez, ¿dices?

—Sí. ¿Te parece?

—Sí. Me gusta.

—¿Lo tienes todo memorizado?

—Más o menos…

—Pues vamos a intentarlo sin ayuda.

Sustrajo muy despacio el taco de folios de entre mis dedos, en uno de sus silencios con mirada clavada incluida. Por primera vez no me sentí intimidada.

—Yon…

—¿Qué?

—¿Por qué eres tan considerado conmigo?

Yon estampó los dos guiones contra la mesa, de espaldas a mí.

—Joder… ¿Otra vez? —gruñó.

—Es que… esta mañana he visto tu estómago y…

—Ya basta, Aura. —Se giró muy serio—. Olvídalo. Estamos en

este momento. Ensayando. Concentrados en algo importante. Para ya.

—No me has perdonado… —le dije angustiada.

—Ya te dije que no voy a perdonarte.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—Cuándo va a llegar tu venganza… —le pregunté en un susurro, casi temblando—. Porque sé que lo que te he hecho no se perdona fácilmente, pero además es algo que provoca mucha rabia, y no la has sacado.

Yon bajó sus ojos a sus pies y después arrastró su mirada por el suelo, hasta alcanzarme de nuevo. Suspiró, cansado.

—Yo no tengo ninguna guerra contra ti, Aura…, no eres tan importante. Además, me parece infantil y muy absurdo. Te trato con amabilidad. Eso es todo. No voy a dejar de ser como soy porque tú te sientas mejor si estallo en rabia. Tal vez ese sea tu problema. Das por hecho cosas de los demás sin que te importe nada más que lo que tú esperas o sientes.

—No es eso…

—Ah, ¿no? —Se sentó en la mesa, cruzando los brazos en actitud de escucha.

—Quiero poder estar contigo de buen rollo y que seamos compañeros dentro y fuera de esta sala. Que podamos bromear, sonreír, tocarnos con confianza en los ensayos, porque… porque creo que mereces la pena. —Tragué—. Que eres buena gente.

—Vamos a seguir —dijo sin más.

Me mordí el labio, a punto de llorar. De pronto Yon me despertaba una ternura que no podía controlar. Moví mi cabeza en señal de afirmación y me coloqué para empezar.

El cuarto y quinto acto salieron mal. Estuvimos repitiendo todo desde el principio. Una vez y otra hasta perder la cuenta. Las canciones sonaban de fondo y rodaban por las paredes y el suelo como un ruido blanco que se confundía con la nada. Ya no las escuchaba. Cuando interpretamos la escena de la despedida de los amantes, tocándonos la cara, lo miré y me dieron ganas de abrazarlo. De abrazarlo un año. De pronto, no había otra cosa en el mundo que me importara más que ser su amiga.

14

Nos dieron las diez de la noche. Fuimos a por la cena y regresamos prácticamente en silencio. Yon me dijo que teníamos que aprovechar la sala todo lo que pudiésemos porque ya no volveríamos a disponer de ella hasta el jueves, que era cuando nos veía Miren.

—Creo que necesito un café —le dije a la una de la mañana, notando los párpados pesados como el plomo.

—Vamos a la máquina de recepción —propuso enseguida, yendo a apagar la cámara—. Sabe a aguachirri, pero cafeína lleva.

—Puedo ir yo sola, no te preocupes.

—Es que yo también quiero otro.

—Pues te lo traigo.

—No quiero que me pongas dinero.

—Como quieras —me rendí, haciendo fuerza para que no se me cerraran los ojos.

Escuché a Yon reírse una milésima de segundo. Mira, verme a punto de caer al suelo de cansancio le había hecho gracia.

Abrí los ojos con fuerza y Yon me estudió con gesto dulce.

—Se te ve cansada…

—Qué va… —Negué con una sonrisa burlona—. Yo tengo mucha correa. No lo sabes tú bien. Es por los focos estos de luz fría que me tienen cegada.

Yon me observó unos segundos más, pensativo.

—Cerramos el cuarto acto y dejamos el quinto para mañana, ¿vale?

—Gracias. —Estuve a punto de arrodillarme a sus pies.

Eran las tres de la mañana y el silencio en el complejo era abrumador cuando nos despedimos. Un saludo bastante calmado si lo comparábamos con los que nos precedían. Yon iba con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros negros rectos y yo iba frotándome los ojos, pendiente de poner un pie delante del otro. Entré en el bungaló y me tiré en la cama. Se me hizo ver una nota en el suelo, que supuse era la de Karen con el mensaje de Yon. A buenas horas. Cerré los ojos y mi móvil empezó a vibrar. No podía ser… Arrastré mis extremidades por el colchón de noventa y gateé por el suelo de madera *crunchy* hasta abrir mi mochila. Era mi hermana.

—Dime… —balbuceé.

—Joder, Aura, me tenías preocupada… Te he mandado mil

wasaps. Llevo desde que hablamos sintiéndome fatal y no podía dormir…

—Estaba ensayando…

—¿Qué tal con Yon?

Me quedé dormida. En el suelo. Usando la mochila de almohada. O al menos así es cómo me desperté. O más bien me despertó Esmeralda.

—¿Aura?

—Mmm… —gruñí.

—¿Qué haces ahí tirada, estás bien? He visto la puerta abierta y no sabía si estabas aquí.

—Llama a los de mantenimiento y que me recojan con una pala, por favor.

Se echó a reír y yo cerré los ojos de nuevo.

—Ha venido Yon…

El corazón se me aceleró. ¡Joder! ¿Qué puto respeto se me había infundido a mí con ese muchacho? Escuchaba su nombre y solo quería enmendar mi error, no fallarle, qué sé yo.

—¿Qué quería? —Me removí perezosa y la miré, apartándome el pelo de la cara a manotazos.

—Ha dicho que teníais que ensayar y que lo buscaras en las pistas de tenis.

—Vale…

—Y que había mucho trabajo por hacer y no estabais para perder el tiempo.

Rebufé. Madre mía, qué pesadilla. Yo no salía cuerda de aquello.

—Qué bien que me lo recuerde… qué tío más avispado es este Yon… —Cerré los ojos de nuevo—. Gracias, Esmeralda.

—Nada.

Escuché que cerraba la puerta y me relajé para dormir un rato más, pero no pude porque empezó a sonar Karen cantando. Y luego música, *Sopa de Caracol*. Dios… lloriqueé. ¿Estaba en el infierno y no me había enterado? Me recordó a mi sobrino Noel cuando Susana y yo estamos para el arrastre tras jugar durante horas y él no para de dar saltos como un desquiciado diciendo que quiere más. Luego me acordé vagamente de mi hermana y su llamada intempestiva. Me había preguntado por Yon y me confesó que se sentía mal. Tenía que llamarla en su comida.

Respiré hondo y saqué espíritu para levantarme del suelo.

Duchada, vestida, un café tamaño industrial, una conversación con Karen sobre el poder de los cristales en astrología y casi estaba preparada en fuerza mental para volver a ver a Yon. Sí. El poder de los cristales. Resulta que Karen me había colocado «algo» junto al ventilador y lo vi al encenderlo.

—¿Qué demonios es esto? —le enseñé el pedrusco turquesa en mi palma mientras ella estaba en el baño, dando por hecho que era cosa suya, no sé muy bien por qué.

—Tú deja el aqua aura en su sitio y estate quietecita —dijo en su acento muy segura, peinándose los rizos—. Es un cuarzo. Tiene propiedades mágicas muy potentes.

—No, no, no, no —dije negando—. No quiero magia. Ni amuletos. Ya tengo mi anillo de flecha y mi teoría del color y estoy empezando a pensar que el tema de las energías no sirve de una mierda.

—El poder físico de las piedras existe —afirmó—. Va a ayudarte a liberarte de las malas vibras y a renovar tu aura, que además es tu nombre… suelta el estrés y calma el enojo. Hará que sanes por completo.

—Yo tengo el aura atrofiada. No quiero saber nada —renegué.

Karen me miró con desprecio.

—Bueno, tampoco me molesta —rectifiqué—. La dejó allí. La verdad es que es bonita.

Regresé a mi habitación y la devolví al lugar inicial.

—Así me gusta.

Fui a la cocina y cogí un bollo de pan, lo partí a la mitad y lo colé en la tostadora, luego lo unté con mantequilla intentando memorizar el guion. *«¿Dónde está mi esposo? Recuerdo bien dónde debiera estar y aquí estoy. ¿Dónde está mi Romeo?»*. ¡Dios, qué estrés! No sabía ni qué hora era.

—Por cierto, ayer te vi con Alberto —me dijo Karen.

Ostras… Alberto. El cuerpo se me revolucionó.

—Nos dimos un baño, sí.

—Besándote con Alberto —puntualizó con énfasis.

Me tapé la cara, avergonzada.

—Ten cuidado —escuché.

Arrastré mis dedos despacio por mi rostro.

—¿Por qué lo dices?

—Alberto tiene problemas.

—¿Qué clase de problemas? —Di un bocado al bollo—. ¿No sabe si tiene que nadar o correr para mantener su cuerpo?

—No te conviene. Y el misterioso tampoco.

—¿Yon? —Me descojoné con la boca llena.

—La gente transmite energías. Y tú debes aprender a captarlas para protegerte.

—Qué profunda. ¿Es que sabes algo?

—Me lo dice el halo de vibraciones que desprenden.

—¿Eres bruja? —me burlé.

—Aún eres joven y tienes la osadía de la inexperiencia, pero sé

lo que te digo, Aura… —Cogió su termo y una papaya y envolvió un cuchillo y una cuchara en una servilleta. Me guiñó un ojo—. Me tengo que ir a ensayar.

—Sí, yo también debería.

—¿Nos vemos luego, mamita? —Hizo el gesto de agitar unas maracas.

—Claro. —Sonreí.

Terminé el bollo y recogí las migas de pan pensativa. ¿Qué diablos había querido decir Karen? ¿Me veía tan cervatilla como para hacerme ese tipo de advertencia? ¿Que Alberto tenía problemas? No podía pararme a pensar en ese momento.

En las pistas de tenis hacía un calorazo de muerte. Eran las doce, lo había mirado al salir del bungaló. Yon estaba dentro de la pista leyendo un cómic, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la malla verde metálica, viendo cómo otros dos jugaban. Llevaba puesto un polo retro de rayas y unos vaqueros oscuros, con sus zapatillas de lona desgastadas. Me reí en mi interior solo por haber considerado que Yon sería unos de los que jugaba. Todo lo contrario a Alberto, era un hecho. Me acerqué a su espalda y me agarré a la malla, sin saber muy bien lo que tenía que decirle. No estábamos en «espacio de trabajo».

—¿Qué lees? —Probé con eso. Si le decía «hola» estaba segura de que solo iba a mirarme.

Yon cerró la revista y me enseñó la portada. *Sandman*, de Neil Gaiman. Ni puñetera idea.

—¿De qué trata? —le pregunté.

Yon se puso de pie ayudándose de sus largas extremidades y me habló mientras caminaba hacia la verja de salida, sujetando el cómic en su cadera. Caminé en paralelo a él con la malla metálica entre nosotros y el peloteo sonando de fondo.

—Es una serie de historias. Va de una familia llamada Los Eternos, unos seres que poseen atributos humanos y se preocupan por temas como el amor, el odio, la desesperanza…

—Y el prota es Sandman —deduje.

—Eso es. —Me clavó sus ojos—. Él representa al mundo de los sueños y debe tomar decisiones según distintos sucesos que le ocurren. Es un mundo muy complejo.

—Vaya, qué místico.

Yon esbozó una leve sonrisa de lado y supe que no iba a hablar más.

—¿Dónde ensayamos? —cambié de tema—. Me da un poco igual el sitio.

—Ey, Capo… —Yon llamó a uno de los jugadores, que asocié

con su compañero por recordarlo del día que fui a disculparme—. Me voy a ensayar. ¿Te encargas tú de ir a la lavandería?

—Sí —le gritó el otro entre el resuello del ejercicio—. ¡Por cierto, Aura! Soy Javi, pero todo el mundo me llama Capo.

—Encantada —le dije sonriente en la distancia.

—¡Hostias, Yon! —dijo el otro jugador en tono de burla al mirarme—. ¡¿Eres el compañero de la Chica Aspersor?!

Yon abrió la verja salió de la pista, ignorándolo. Yo también hice como si nada. Echamos a andar.

—Javi hace Capoeira, de ahí lo del apodo.

—Ah… qué guay. —Recordé los pantalones blancos con la bandera de Brasil en su porche—. Siempre me ha llamado la atención ese baile.

—En realidad es una mezcla de danza, acrobacias y arte marcial.

Yon me miró de reojo y yo a él. Me fijé en sus pómulos marcados, en sus pequeños ojos marrones brillando bajo esas cejas gruesas. Me fijé en que me parecía que había bajado un poco la guardia. Y entonces me di cuenta de que, por primera vez, al mirarlo, no había reparado en su arañazo.

Seguimos caminado, con los ojos conectados en silencio.

—Vomité por ti —le confesé sin pensar, al hilo de lo de Chica Aspersor—. Por verte aquí el primer día… No me lo podía creer y mi cuerpo reaccionó solo pensando que eras… bueno, el gilipollas de Sergio Trigo.

—¿Qué?

Dejamos de andar. No supe si me había aventurado demasiado cediéndole esa información por querer ser su amiga. Menos mal que en ese preciso momento apareció Miren.

—¡Por fin os encuentro, chicos!

Venía sendero abajo sujetando una carpeta negra sobre el pecho y vestida con unos zuecos y una especie de kimono. No sé por qué, su cara no me gustó.

—Pues aquí estamos, íbamos a ensayar ahora —le dije—. Solo nos queda dar forma al último acto y repetir y repetir…

—No lo hagáis de momento —soltó con naturalidad.

—¿Cómo? —preguntó Yon.

—A ver… —Miren nos alcanzó, deteniéndose—. Es que ha surgido un contratiempo con la obra.

Contuve la respiración. Yon frunció el ceño.

—El grupo de secundarios ha sufrido un accidente mientras actuaba, por falta de seguridad en las instalaciones. Se les ha caído parte del escenario encima por un vendaval y por lo visto hay varios lesionados y se va a liar una buena con los seguros.

—Pues menuda faena… —se me escapó en alto.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Acabo de hablar con Santiago, vamos a intentar traer a nuevos actores. Pero os voy a ser sincera. No os lo garantizo.

—¿Y si no hay secundarios? —Tragué.

—No representareis *Romeo y Julieta* —y lo dijo bastante convencida de que iba a ser así.

—Pero… ¿no era lo que habían elegido los huéspedes? —preguntó Yon incrédulo.

—No tenemos tiempo de preparar otra cosa —añadí yo al borde del colapso.

—Tendréis el mismo tiempo porque, de darse el caso, empezaríais a interpretar el viernes, no el lunes.

Miré a Yon, que estaba rígido como una piedra.

—Sois actores, ¿no? Interpretáis, ¿qué más da una cosa que otra? Para eso os pagamos.

—¿Y qué tendríamos que hacer?

Miren sonrió con un punto macabro que me dio miedo.

—Sería algo de mímica bastante chulo, pero en lo que tendríais que trabajar de otra manera.

Iba a preguntar a Miren lo del beso. Si me permitía acercar los labios a Yon sin tener que besarlo. Pero no le vi sentido. Casi prefería que todo saliese mal y hacer otra obra en la que cupiese la opción de no tener que acercarme a la boca de Yon. No es que siguiese odiándolo. El concepto de cretino y de desearle todo lo peor estaba diluido en mi interior y quería ser su amiga de forma sincera. Pero seguía sin estar preparada para morrearme con el ex de mi hermana, vamos a ver.

—¿Y cuándo sabremos algo definitivo?

—En dos días. Si entre hoy y mañana no tenemos nuevos secundarios, *Romeo y Julieta* quedará cancelada. —Cerró un ojo, elucubrando—. Pensándolo bien, ensayad. Así os vais haciendo el uno al otro. Cuanta más plasticidad y conexión se perciba entre los dos, mejor. Os aviso en cuanto tenga noticias.

Se dio la vuelta y se fue por donde había venido, colocándose el teléfono en la oreja.

15

Yon y yo iniciamos el paso despacio, escuchando la gravilla crujir bajo nuestros pies. Me había quedado un poco descuadrada que todo se fuese al traste, la verdad, porque con todo el tema de Yon había tenido que aprenderme el guion bastante angustiada y a contrarreloj. Toqueteé el cuello de mi camiseta cuando percibí que de nuevo nos sumergíamos en uno de esos silencios, aunque no sentí que fuera tenso. Por inercia, ambos giramos a la izquierda para ir a la zona de bungalós.

—Se me ha olvidado decirte que había alquilado la cámara para hoy —murmuró Yon—. Hay que ir a recogerla al almacén.

—Ah, vale. Qué bien. —Me mordí el labio—. Si quieres podemos ensayar en mi bungaló… O tal vez ya tenías pensado algo…

—Te iba a decir de ir al mío, pero quizás sea mejor ir al tuyo. Así Capo nos dejará en paz con sus preguntas de cómo funciona cada cosa de la casa y qué botón hay que pulsar.

—¿Qué? —Me reí.

—No sabe cómo funciona la cafetera, ni la vitro, ni la plancha, ni el calentador…

—¿En serio?

—Sospecho que el ventilador lo enchufa y desenchufa porque no entiende ninguno de los cuatro botones que tiene.

—No… —dije incrédula.

—Su madre es la quinta esencia del ama de casa. No les deja hacer nada ni a él ni a sus dos hermanos y este es el resultado.

—Pobre chica a la que le caiga. Saldrá huyendo.

—Una de esas madres que sobreprotege a un tío únicamente por ser su hijo y que no piensa que ese hijo será el compañero o marido de alguien algún día. —Enrolló el cómic y dio golpecitos con el tubo en su muslo.

—Al menos te ha dicho que hará la colada —lo alenté.

—Vivo atemorizado pensando que me traiga todos los calzoncillos teñidos de rosa.

Nuestras risas se cruzaron.

—El rosa mola… —le dije.

—Muy original, sí.

¿Habíamos conseguido bromear?

Yon se encargó de ir a por la cámara y aproveché para organizar un poco el bungaló y llamar a mi hermana, el tema que dejamos

pendiente era importante. La pillé saliendo del trabajo.

—¿Estás enfadada? —me preguntó en tono suave, a modo de saludo.

—¿Se lo has contado a papá y a mamá? —contesté mirando por la ventana, tocando con mis rodillas la mesilla.

—Voy a hacerlo este fin de semana.

—¿Y a Noel? —le pregunté incisiva—. ¿Le has contado ya quién es su padre? Tiene derecho a saberlo.

—Aún no estoy preparada, Aura… Al final es para decirle que lo abandonó, cosa que ya sabe.

Bufé. El tema me crispaba muchísimo y cómo estaba haciendo las cosas mi hermana todavía más.

—Noel quiere conocer su nombre, ponerle cara —le confesé.

—¿Cómo?

—Antes de venir me preguntó directamente que quién era su padre.

Mi hermana suspiró con profundidad.

—Necesito pensarlo…

—Noel tiene ya diez años. Saca conclusiones, su curiosidad es normal y cuanto más crezca, más tendrá.

—Sé que sigues molesta, te lo noto en la voz —evadió el tema.

—No estoy molesta, Susana… —Dejé caer mi hombro en la pared—. Es que me ha resultado muy injusto para Yon. Le he hecho pasar una humillación gratuita siendo inocente. Y al margen de eso, creo que debías habérnoslo contado después. Vale que con dieciséis años tuvieras miedo y dudas, pero joder, no decir la verdad nunca… a tu familia…

Silencio tenso. Para Susana era un tema muy duro, pero para mí también.

—¿Y qué tal con él? —me preguntó en tono sosegado, volviendo a escurrir el tema—. ¿Estáis ensayando?

—No nos queda otra. Hacemos el esfuerzo de ser civilizados.

—Me alegro.

Y poco más hablamos porque me dijo llevaba un poco de prisa. Colgué y dejé escapar el aire contenido en mis pulmones. Como primera conversación «después de» no estuvo mal, pero necesitaba más tiempo para digerir las decisiones que había y estaba tomando mi hermana.

Yon regresó a los pocos minutos con su guion en lugar del cómic, la cámara colgada al hombro y el trípode plegado en su mano.

Lo intentamos desde el inicio del texto. Pero no salía. Estábamos desconcentrados. Falló él, fallé yo. Karen entró, cantó, y luego nos pidió disculpas. Esmeralda llegó a ducharse corriendo y salió gritando perdón. Empezamos a desesperarnos entre suspiros, moviéndonos por

el salón. Lo cogimos desde el primer acto de nuevo y entonces apareció su compañero Capo a preguntar cómo mierda se ponía la lavadora. Yon y yo nos echamos a reír, mirándonos. Me sorprendí, no sé por qué, por la forma en que nos salió. Fue como me hubiera salido con mi hermana o con Sara. ¿Serían los efectos de los ensayos?

Logramos anular el sonido exterior con música, pero nos atascábamos. No había manera. Y ahí sí dejó de hacernos gracia. Sobre todo a partir del tercer acto… cuando yo no era capaz de recordar casi nada.

—Pero vamos a ver, ¡si ayer lo tenías!

—Pues no sé qué pasa, qué quieres que le haga. ¡Más me fastidia a mí!

Le ofrecí algo de beber. Yon bebía Bitter Kas y odiaba la Coca-Cola. Era raro hasta para eso. Obviamente yo no tenía Bitter Kas, así que le ofrecí Fanta de limón. Fuimos a comer a casi las cuatro y lo intentamos de nuevo. Me volví a atascar en *«¡Válgame Dios! ¿Con que Romeo ha derramado la sangre de Teobaldo?»*.

De pronto vi que Yon recogía la cámara, muy cabreado.

—Vamos a intentarlo de otra forma.

Serían las seis de la tarde cuando salimos rumbo al lago.

—Dame el trípode, que lo llevas tú todo.

—No te preocupes —dijo seco, sin dejar de caminar.

—Pero déjame llevar algo —le insistí.

Me pasó los guiones mirando al frente. Volteé mis ojos y los cogí sin hablar más.

Alberto estaba en la zona de piraguas, agachado, arrastrando una hacia la orilla. Nos detuvimos dos segundos literales.

—¿Vais a grabar porno en el bosque?

—Muy gracioso —murmuró Yon.

Alberto me miró con descaro en la distancia.

—¿Te espero para nadar?

—No sé cuánto tardaremos. Tal vez se nos haga de noche.

—Pues mejor.

Me reí y él también, montándose en la piragua. Miré un segundo al frente para no tropezarme, Yon iba ya dos metros por delante. Antes de emprender el ascenso volví mi vista a Alberto una última vez. Me sonreía. Sus abdominales allí sentado, moviendo la pala con suavidad en su avance, un escándalo. Me acordé del consejo de Karen, «Alberto no te conviene», y quise borrarlo de mi mente.

Seguimos el camino hacia el Mirador de las Ninfas, el cual yo ya había recorrido días atrás hasta cierto tramo, y con la euforia de acabar de ver a Alberto, me vine arriba con Yon.

—¿Y en qué trabajabas antes de venir al complejo? —solté sin ceremonia cuando me puse a su altura.

—Era dibujante. Bueno, lo sigo siendo.

—¿Dibujante?

—Sí, de cómics.

—Es verdad, recuerdo que mi herm… —rectifiqué—, que en el instituto tenías fama de buen dibujante.

—Adelante, dilo. Tu hermana.

Tragué y lo miré temerosa.

—¿Ya no te enfada que hable de algo que te recuerde que te he pegado?

—No. No me enfada. Pero no me preguntes más veces si me enfada.

—Vale.

—Ni tampoco si te he perdonado.

—Hecho.

Miré mis pies con una sonrisa y volví a él.

—Pero también hacías teatro mientras trabajabas, ¿no?

—¿Y eso tú cómo lo sabes? —Subió sus cejas sorprendido, ralentizando el paso.

—Bueno, me lo comentó Miren el otro día…

—Pues… sí. Fui a unas clases de interpretación por medio de una amiga y me gustaron. Luego me consiguió una prueba para que entrara en una obra de teatro y la pasé.

Alcanzamos una llanura entre sombras, aun así hacía calor. Olía a bosque y sonaban agradables cantos de pájaros. Yon me pasó la bolsa con la cámara para colocar el trípode y mientras tanto yo abrí la funda y la saqué, acercándome a él para entregársela.

—Puedes ponerla tú —me incitó.

—No sé cómo es.

—Espera —me pidió terminando de ajustar la altura de las patas y se enderezó—. Es muy fácil… Solo tienes que deslizar la base de la cámara en esta plataforma y queda sujeta.

Me concentré en colar una placa dentro de la otra y Yon me ayudó. Sus dedos rozaron los míos y di un respingo.

Yon abrió los ojos mirándome.

—Tranquila. No soy radioactivo.

—Sandman… —le dije nerviosa. ¿Qué cojones hacía?

—Sandman no es radioactivo.

Volví con mis manos a la cámara mientras Yon buscaba colocarse en la distancia para que yo le indicara el encuadre, tal y como lo habíamos hecho el día anterior. Me aseguré de que la cámara estaba bien encajada y di al botón de encender.

—¿Y has estado todos estos años en Castellón? —le pregunté tan normal mirando por el objetivo, para rebajar la cagada.

—Entre Castellón y Barcelona. He vivido los últimos cuatro años

en Barcelona y volví a Castellón hace un par de meses. Dejé el teatro allí y he estado trabajando a distancia hasta que este contrato empezó.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—A través de la agencia en la que estoy en Barcelona.

—Entonces como yo…

—¿Y tú eres…?

—No sé lo que soy. —Lo miré un segundo y luego me concentré en girar la ruedecita de enfoque—. Estudié Biología dos años y lo odié a muerte. No era lo mío.

—¿Estudiaste en Toledo capital? —Dio un paso a la izquierda—. ¿Estoy bien aquí?

—No. Se te corta la cabeza. —Yon caminó dos pasos atrás—. Ahora sí. Perfecto.

Hizo una señal arrastrando el canto de su zapatilla en la hierba.

—Estudié en Madrid y allí sigo —le expliqué yendo a por mi guion a la piedra donde lo había dejado—. Siempre había querido ir a una escuela de artes escénicas, pero nunca lo hice. Mis padres no han apostado nada por mi capacidad artística. No sé si te acuerdas de mis padres, pero… bueno, son tradicionales.

—Sí, los recuerdo.

—Ellos me costearon la carrera y los gastos, pero cuando les dije que lo dejaba su respuesta fue clara: ponte a trabajar o te vuelves al pueblo. Y me puse a trabajar. Estuve en alguna tienda de ropa y franquicias de alimentación… hasta que conocí a mi amiga Sara.

Lo miré sintiendo que estaba hablando demasiado y le pregunté si empezábamos con el texto.

—Vamos a cerrar el último acto, ¿te parece?

Le pedí unos minutos para meterme en el personaje, ya que es cuando Romeo y Julieta se tienen que despedir y sucede la tragedia. Conllevaba sufrimiento, llanto, dolor… propuse la idea de tumbarnos en el césped y él lo vio perfecto. De modo que cuando llegó la escena del final y tras haber ensayado con guion unas cuatro veces, lo hicimos sin texto.

Tenía mis ojos cerrados y sentía a Yon sujetar mi cabeza, introducir sus dedos en mi pelo, acariciar mi cara, mis labios, marcar los acercamientos en los besos. Notaba su cara demasiado cerca y eso me incomodaba. Cuando él moría, yo despertaba, como todo el mundo sabe. Me incorporé en escena y Yon tenía los ojos cerrados, tendido en la hierba. Me incliné sobre él y acaricié su cara diciendo mi texto. Pensé en la muerte de mi perro Robi para alcanzar mayor nivel de sufrimiento. Me metí tanto en el personaje que mi barbilla empezó a temblar. Recorrí con mis ojos su cara. Su frente de piel clara con ligeras líneas de expresión. Sus párpados con diminutas venas moradas. Sus espesas pestañas oscuras. Su nariz de punta elevada. Y

por primera vez le miré la boca de verdad.

Nunca había reparado en los labios de Yon en toda mi vida por razones obvias. Primero por ser el rarito del pueblo, luego por ser el novio de mi hermana, pasando después a ser el intocable ex, y por último y menos aún, cuando fue clasificado en mi mente como el hijo de puta que la abandonó.

Los labios de Yon eran rosados. No muy carnosos, tampoco finos. Aunque sí esponjosos. Tenían la forma de la v bastante marcada y eso me llamó mucho la atención. Eran… bonitos. Eran unos labios bonitos.

—*«Yo aquí me quedaré, esposo mío… ¿Más qué veo? Veneno…».*

Eso decía yo tras comprobar el frasco vacío en sus manos y que fingí que existía. Alcancé la supuesta pistola de su cintura y me pegué un tiro en la sien, dándome muerte y cayendo después sobre él, en su pecho. Cerré los ojos y sentí su respiración tranquila. Mi cara descansó unos segundos sobre la tela de su polo e inevitablemente inspiré su aroma, sin saber aún a qué olía.

Nos incorporamos sentados y Yon me miró.

—Tienes que intentar consumir las frases más lentas, para que impacte más en el público.

—¿Te refieres al quinto acto completo, o solo al final?

—Sobre todo al final. Cuando dices lo de *«¿Lo has bebido todo? Besaré tus labios… quizás quede en ellos una gota de veneno…»*.

Mis ojos se cayeron hasta su boca mientras Yon seguía diciendo mi texto. Se mojó los labios y mis pupilas lo vieron. Zarandeé mi cabeza exageradamente.

—¿Qué haces?

—Nada.

Me puse de pie como un resorte, intentando borrar la imagen de su boca húmeda en mi cabeza.

Yon me miró sin dar crédito, haciendo un gesto de incredulidad con la mano.

—¿A dónde vas?

Cogí la goma de mi muñeca y reaté mi pelo en un moño alto, andando sin ton ni son entre los arbustos.

—Creo que necesito un momento.

Lo escuché chasquear la lengua y cuando lo miré molesta frunciendo el ceño, él miraba hacia el sol. Tenía las manos cogidas sobre sus rodillas y cara de no entender nada, pero se mantuvo en silencio. La luz dorada resbalaba sobre sus facciones masculinas y aniñadas a la vez, sobre su ropa de chico que no quiere encajar en ninguna parte. Con ese polo de rayas azules ceñido que bien podía haber llevado a los once años, o en los setenta, o directamente haber sacado de un contenedor. Con su cuerpo alto, que parecía delgado,

pero se veía fuerte… Era realmente un jodido perro verde.

Los segundos pasaban lentos y me sentí imbécil por haber reaccionado así a algo tan banal como mirarle los labios a la persona con la que ensayaba una escena de amor y a la que tenía que mirar la boca actuando. Que no me atraía en absoluto.

—Ya estoy —le dije sin querer alargar más aquel sinsentido, aunque no me moví.

Yon me miró desde la distancia, apoyando las manos en el suelo tras su espalda.

—¿Repetimos el quinto acto completo y después lo grabamos para poder analizar los fallos mañana?

Asentí y de pronto escuché un zarandeo rápido entre las hojas de la vegetación que me rodeaba. Miré a Yon enseguida.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó poniéndose de pie.

—Ha sonado un… no sé. Un movimiento. Algo por ahí. —Señalé atrás a la izquierda, alejándome del sitio lentamente.

—Bueno… —Yon se sacudió el trasero con aire despistado—. Hay ciervos, pero no creo que vayan a venir a vernos a nosotros.

—¿Cómo que ciervos?

Volvió a sonar el inconfundible movimiento de un animal y Yon me miró al instante, claramente asustado. Tragamos a la vez. El sonido de un gruñido prolongado se escuchó justo después, a pocos metros de mí. Miré de soslayo a mi izquierda, al borde del infarto. Ojos pardos, fauces afiladas, pelaje marrón, negro y grisáceo…

—Es un puto lobo, joder… —dije entre dientes, a punto de gritar.

Yon me llamó con la mano, bastante nervioso. Anduve todo lo rápido que supe sin llegar a correr, hasta colocarme detrás de él, que me protegió abriendo sus brazos. El lobo avanzó con sus pezuñas sucias hacia el espacio donde había estado yo y se detuvo a unos metros, con sus ojos encendidos clavados en nosotros.

—Dios, Dios, Dios… nos va a comer, nos va a comer —mascullé histérica, sin poder respirar.

—Estate quieta —susurró—. No suelen atacar a humanos.

—¿Eso lo has leído en uno de tus cómics?

—Calla…

Temblé clavando mis dedos en su brazo, mientras ambos dábamos pasos cortos hacia atrás.

El lobo echó a correr hacia nosotros a toda velocidad. Yon agarró mi mano veloz y tiró de mí hasta alcanzar la cámara tras nosotros, cogiéndola después en el aire para usar las patas del trípode como defensa.

—Mantente a mi espalda —fue lo último que dijo antes de que

el lobo se lanzara de un salto hacia nosotros.

Grité y Yon movió el trípode con violencia, golpeando al animal en el costado. Ambos caímos al suelo, consiguiendo apartar al lobo, que continuó corriendo hacia delante como una fiera. Una liebre huía desesperada de sus garras, pero no lo logró. Los dos contemplamos, tirados en el suelo y con la respiración desconcertada, cómo mordía ferozmente su cuello y se la llevaba de allí colgando de su boca.

—¿Estás bien? —Yon tocó mi cara con su mano.

—Sí… —dije con el pecho descontrolado y temblando como una hoja—. Tienes sangre en el codo.

—No es nada… —exhaló—. ¿Seguro que estás bien?

Sus ojos brillaban mucho mientras recorría mi cuerpo y mi cara. ¿Estaba Yon López preocupado por mí?

—Creo que me he tropezado con tu pie —susurró.

—Por suerte no has caído encima de mí…

Mantuve su mirada y quise saber qué pasaba por su mente. Parpadeé lento, como si pudiese colarme a nadar en sus ojos y llegar a su cerebro. ¿Solo eres amable conmigo o empezamos a ser amigos?, quise preguntarle. Yon apartó el trípode de nosotros con cuidado y se levantó, ofreciéndome su mano. Le di la mía.

—Gracias… —le dije en trance, mientras me ponía en pie.

—Ha sido por mi culpa. Yo te he traído aquí.

Sonreí un poco, sin liberar mis dedos de los suyos.

—Osea que querías vengarte…

Yon me soltó la mano y miró al suelo con gesto de fastidio.

—Mierda. La cámara se ha roto.

—Vamos a la enfermería a que te curen eso.

Yon se agachó sin responderme y me explicó que iba a comprobar si podía salvar la grabación. La lente estaba rota y un lateral también, tenía roces y el asa estaba partida. Crucé los dedos porque nuestro trabajo no se hubiese ido a la mierda.

—Sí, se ve… —afirmó mirando el visor.

—Menos mal.

—Ahora habrá que pagar los desperfectos.

—¿Crees que nos lo quitaran de nuestro sueldo?

—Seguramente.

Volví a mirar con recelo hacia la zona donde había estado el lobo, ya más escasa de luz. Aún no había asimilado lo que había pasado. Y encima nuestro salario iba a verse afectado.

—Está anocheciendo —me dijo Yon—. Es hora de volver.

—¡Pero si a mí me encanta el bosque al anochecer! Sobre todo cuando hay lobos. Auuuuuu —imité a uno.

Yon se tuvo que reír mientras recogíamos.

—Eso no es lo que has hecho cuando lo has visto a tu

izquierda…

—Me he cagado por la pata abajo. Y tú también —le dije cuando emprendíamos el camino de vuelta.

—No venía a por nosotros. Ha sido por estar entre el lobo y su presa.

—Sí, ya, lo que tú digas… pero menos mal que teníamos el trípode.

Yon se mordió el labio conteniendo una sonrisa preciosa y se guardó la respuesta para él.

16

Lo obligué a pasar por la enfermería. Lo curaron mientras Yon decía que no era nada, mirándome hostigado y pareciendo refunfuñar mentalmente. La enfermera le dijo que se había clavado un par de piedras y que no era grave, mero trámite, pero que había que limpiar bien la herida. Luego fuimos al despacho de Miren para contarle el trágico destino de la cámara. Era la hora de cenar y no sabíamos si la encontraríamos allí. Pero sí estaba. Leía unos documentos de pie, apoyada en la pared, detrás su enorme mesa.

La cara que puso cuando vio la cámara fue un poema.

—La compramos el año pasado… está prácticamente nueva.

Explicarle lo que nos había sucedido, que no nos había quedado otra, y que nos habíamos llevado un susto de muerte con el eco del impacto todavía en nuestra voz… no sirvió para absolutamente nada.

—Lo siento por el susto, chicos… pero tenéis que abonar el importe —dijo dirigiéndose a un archivador rojo metálico, de donde sacó una carpeta.

Me empecé a poner nerviosa. Y más cuando Miren sacó la factura de la carpeta y vi lo que costó la cámara: 2699,10 euros. Dios mío. ¿Es que aquí lo hacían todo a lo grande? Pero si éramos unos aficionados, joder, unos actoruchos. Allí iban los ricos a pasar el rato viéndonos por no saber dónde diablos invertir la pasta. ¡Si tenían dinero e influencia de sobra para ir a la gala de los putos Oscars!

—¿No hay alguna forma de compensarlo? —le dijo Yon desesperado de pronto, apoyando su mano en la mesa.

—¿Trabajos extras, tal vez? —añadí yo en igual tono—. Limpiar cocinas, fregar platos… lo que sea.

—No nos lo quite del suelo, por favor —le pidió Yon suplicante —. Es muy importante para mí conseguir ese dinero.

Lo miré y me pregunté para qué querría él los seis mil euros. Luego volví a Miren, muy preocupada.

Ella arrugó la boca elucubrando algo.

—No hago excepciones en estas cosas —dijo negando con la cabeza—. Hemos tenido muchos problemas con destrozos de material en el resort y Santiago no nos deja pasar la mano. No somos una ONG y permitirlo fomenta el pitorreo en este complejo de prestigio, dice.

Las rodillas me temblaron. Me dieron ganas de llorar. El pecho de Yon se movía histérico arriba y abajo. Por primera vez sentí que le importaba algo de verdad y lo exteriorizaba. ¿Sería por eso por lo que

no había querido liar las cosas conmigo después de pegarle y quiso mantener mejor «lo malo conocido que lo bueno por conocer»? ¿Tanto le importaba este trabajo?

—Sin embargo… —continuó Miren—. Me la voy a jugar y voy a hacer una excepción.

Suspiré de alivio y escuché a Yon soltar algo cercano a un gemido tras la tensión contenida.

—Quiero que os quede claro que esta será la única vez que suceda. Que solo es porque entiendo que no ha sido vuestra culpa y habéis corrido un riesgo real. —Miren nos señaló con el dedo—. Limpiareis las cuadras durante un mes. —Asentimos a la vez—. Además actuaréis en otro hotel cercano, a los que debo un favor. Y por supuesto y ni qué decir tiene, esto queda entre nosotros.

Nos marchamos de allí y casi me dieron ganar de irme de rave, emborracharme a chupitos azules y tirarme al lago con ropa a gritar bajo la luna llena.

—Nos hemos librado —le dije a Yon mientras andábamos.

—Perdona…

—Deja eso ya, Yon… no ha sido tu culpa.

—Ya me lo dirás cuando estemos en las cuadras.

—¿Es que has trabajado en cuadras alguna vez? —Lo miré de reojo.

—Por culpa de mi madre me tragué enterita *The Horse Whisperer*. —Zarandeó su cara—. Perdona, en castellano es *El hombre que susurraba a los caballos*…

Me reí. Pisamos el exterior del edificio principal y nos golpeó el suave aire nocturno. Se escuchaban cigarras y el movimiento de un montón de gente yendo a las cocinas.

—¿Vamos a por la cena? —le pregunté.

Yon pasó sus manos por su pelo corto, dejando rastros del paso de sus dedos, y resopló deteniéndose.

—No sé si quiero cenar… No nos sabemos el texto. Es un desastre. Está todo mal y me estoy agobiando.

—Podemos ensayar esta noche —lo alenté.

—No podemos —rezongó.

—¿Por qué?

—¿Dónde? La sala multiusos está cogida. No tenemos cámara. Nuestros bungalós tienen movimiento constante y no nos concentramos. En el bosque hay jodidos lobos… —Se cogió el puente de la nariz.

—Que no atacan a humanos.

—No me hace gracia, Aura —dijo muy serio.

—¿Y si vamos al escenario exterior? Está lo suficientemente apartado y así llevaremos eso adelantado, practicaremos en el espacio

real.

—Y para colmo ni siquiera sabemos si vamos a representar esta obra…

Nuestros ojos se encontraron en silencio.

—¿Te duele? —Señalé su herida del brazo, ya tapada.

Yon negó sin dejar de mirarme. Mis tripas rugieron de hambre y se escucharon como una tormenta. Me puse roja.

—Está bien —cedió Yon sin reírse—. Lo haremos como tú dices.

Cenamos pollo con patatas al grill por separado y quedamos en vernos tres cuartos de hora después. Yon me aconsejó que me llevase ropa de abrigo y la verdad es que no había caído en que a la intemperie haría un frío del demonio. Karen y Esmeralda me habían dejado una nota en la nevera. Decían que estaban cenando en el número 23, cuyos inquilinos desconocía. Había casi doscientos bungalós, así que tenía asumido que me iría del complejo sin conocer a la mayoría. Les escribí otra nota, diciéndoles que me iba a ensayar sin límite. Hice café y lo metí en mi termo con un chorrito de leche y una cucharada de azúcar. Cogí mi cazadora vaquera y me puse unos pantalones largos amarillos.

Esperé a Yon en el porche de mi bungaló, mientras miraba las estrellas y me acordaba de Alberto.

El hijo de satán debía tener un millón de problemas e hijos ilegítimos por todo el país, no hacía falta que Karen me lo dijera. Tenía que reconocer que no solía implicarme con chicos como él porque, según mi experiencia, que no era mucha a mis veintiséis años, esos chicos no solían traer nada bueno para la salud mental. Yo nunca he sido kamikaze en ese sentido y estallo en llamas al ver cómo en las pelis se romantizan las peores relaciones y la prota siempre se queda con el gilipollas que la hace pasar por las pruebas sentimentales más macabras jamás contadas. Hasta ellas me resultan más idiotas que ellos. Luego se justifica todo con que él cambia y marchando una de toxicidad a la brasa, que tengo hambre. En la vida real esos tíos no cambian. En Sergio Trigo estaba la prueba. Solo una imbécil romantizaría una relación con un chico así. Por eso no le hacía demasiado caso a Alberto, aunque quisiera inventar un rezo por cada uno de sus abdominales.

Escuché un sonido de pasos. Yon apareció con una chaqueta tipo retro de chándal marrón puesta y una mochila negra al hombro. Tenía puestos unos cascos inalámbricos y se quitó uno.

—¿Estás lista?

Bajé los tres escaloncitos de madera blanca con una sonrisa y echamos a andar sendero arriba, dejando atrás los porches iluminados de los bungalós vecinos, el sonido de algunas carcajadas y los reflejos brillantes de los farolillos que bordeaban el camino.

—¿Qué escuchas? —le pregunté, temiendo que fuese demasiado oscuro y me diesen ganas de rajarme las venas.

—A mí.

—¿A ti? —Arqueé una ceja.

—Me grabé el primer día leyendo el guion… así interiorizo mejor el texto.

—Anda. Yo también lo había pensado y me parece un truco muy bueno. Pero no lo he hecho —admití—. No sabía muy bien a qué ritmo grabarme, si tenía que indicar mis movimientos o no…, si debía incluir frases de los otros personajes para que… —La mano de Yon apareció delante de mí con uno de los cascos.

Lo agarré y me lo puse en la oreja derecha. Mi corazón se aceleró como una locomotora al escuchar su voz. Grave, misteriosa, densa, lenta como la miel. Me lamió el cerebro surco a surco en un segundo. Empecé a hiperventilar y quise quitarme el casco de un tirón y estamparlo contra el suelo. Pero si solo llevaba unos meses sin relacionarme con el sexo masculino. ¡¿Qué me estaba pasando?!

—*«No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca una belleza como esta vieron mis ojos»* —le dio un ataque de tos y se cortó.

—Es que al tragar saliva me dio en la campanilla… —Yon me sonrió dulce, lanzándome una mirada de soslayo—. Ahora sigue, espera.

Seguía hiperventilando y menos mal que Yon estaba concentrado en el audio. Me puse nerviosa. La situación no me estaba resultando nada cómoda. A puntito estuve de decirle que nos volviésemos a dormir y que esperásemos a que Miren nos confirmase qué diablos iba a pasar con todo ese puto caos que era nuestro trabajo. ¡Y encima tenía que compartir los días de espera con él para trabajar la dichosa plasticidad! Se me revolvió el estómago y creí que vomitaba. Cerré mis ojos con fuerza. «Aura, cálmate. Cálmate de una pu-ñe-te-ra vez».

El escenario apareció a lo lejos y me quité el casco, fingiendo que controlaba la situación, y se lo devolví a Yon. Le dije que ya me había enterado de cómo debía grabar mi parte.

—De nada… —dijo sin mirarme.

—Perdona. Gracias, Yon.

Nos miramos un segundo.

—No hay de qué, Aura.

Fui apretando los puños y casi sin respirar los metros que restaban. Me fijé en que la hierba estaba salpicada de gotas por el riego y olía ligeramente a tierra mojada.

Cuando subimos por la escalera de piedra trasera nos dimos cuenta que, a la izquierda, ya estaba montado el cubículo para nuestros cambios de vestuario. Ninguno comentó nada. Él porque se

sentía como pez en el agua nadando en el silencio. Yo porque, sinceramente, estaba empezando a sentirme un poco irritada y rarita con mis últimas reacciones.

Una vez arriba, dejamos las mochilas en una esquina y sacamos los guiones. Las luces del gigantesco edificio principal del complejo nos alumbraban a la espalda y a unos metros del escenario un par de farolas nos regalaban su aliento. Decidimos empezar en el quinto acto, que era el único que no teníamos cerrado de memoria debido a los ataques inesperados de lobos y esas cosas corrientes que le suelen ocurrir a la gente de a pie. Ya se sabe.

—Espera, se me olvidaba.

Yon caminó hasta su mochila con ese aire desgarbado que tenía y sacó un bulto peludo.

—Ohh… qué buena idea —le dije al ver que era una manta—. Así no tendremos que tumbarnos en este hormigón horrible.

—Y frío. —Arqueó sus cejas en un gesto encantador.

Expandió la manta en el aire y yo le ayudé a ponerla en el suelo, tomándola por los extremos opuestos y agachándonos ambos a la vez. Era de cuadros verdes y rojos y olía a él.

—¿La has sacado del cajón de los adornos de Navidad?

—Es mi manta favorita. No te metas con ella.

—No es una persona. —Me reí.

—Hay cosas que son mejores que las personas… —Me miró.

—No lo dices en serio —dudé.

Nos pusimos de pie, con la manta entre nosotros.

—Yo las disfruto más —explicó con naturalidad.

—¿Cosas como qué? —Y me sentí extraña por interesarme de esa forma por la soporífera vida de Yon López.

—Como las pelis de Spielberg, como mi taza de Jurassic Park, como…

—Jugar a la consola, ver estrellas en un cementerio en plena madrugada…, escuchar canciones de marginados o que empujan al suicidio…

—Es *punk*.

—Ya… Todo cosas que haces solo. Pues vaya aburrimiento.

—Tú no lo entiendes.

Y eso se me quedó clavado como un dardo en el corazón. No supe por qué. Su mundo era extraño y siempre me había parecido lúgubre y una mierda, pero que me excluyera de él sin pretender ni por un segundo que lo comprendiera, no me gustó.

—¿Empezamos a ensayar?

Yon me miró desafiante y yo a él.

Nos giramos y caminamos hasta las mochilas sin hablar. Agarramos los folios y empezamos con la cantinela introspectiva,

como dos viejas rezando por lo bajo. Como dos idos del mundo, andando por aquel enorme escenario, soltando frases y metidos bajo la piel de los personajes… Hasta que el momento de interpretar sin guion llegó. El quinto acto empieza justo después de la falsa muerte de Julieta. Cuando Romeo, exiliado en Mantua, recibe la fatídica noticia y vuelve enloquecido a Verona en busca de su boticario de confianza para que ponga fin a su sufrimiento. Yo leía a los personajes que interactuaban con Romeo y Yon respondía, gritando rabioso y arrodillado en el suelo. Lo hacía que te cagas, la verdad.

Luego venía el momento en el que visitaba a su Julieta al altar. Yo ya estaba tumbada sobre la manta de Navidad, dentrísimo de la historia, pero cuando Yon tomaba el veneno y yo despertaba e inclinada sobre él decía eso de *«no me has dejado ni una gota de veneno, voy a ver si aún queda algo en tus labios»,* me quedé atascada. Con mi nariz casi rozando la suya. Venía un beso. El más triste, el más profundo, el último que se dan los amantes antes de morir… El personaje y el momento me pedían besarlo. Yon tenía razón. Pero yo le había pedido no hacerlo.

Yon abrió los ojos despacio.

—¿Qué pasa? —susurró—. Por qué no sigues.

—Pues… bueno… es… es que… —Me incorporé con lentitud, hasta ponerme de pie.

Yon se sentó a lo indio, con los ojos puestos en mí. Se mantuvo estudiándome unos segundos.

—Te has dado cuenta, ¿no? El momento se queda corto si solo marcas el beso.

—Sí… creo que sí.

—Podemos probar a darlos sin lengua.

—¿Y eso cómo es?

—Pues usando únicamente los labios. —Se puso de pie.

—Yo no sé hacer eso.

Di un paso atrás.

—Practica con tu mano. Es muy fácil, mira.

Se llevó el dorso de la mano hasta su boca y empezó a mover la cabeza con suavidad, a la vez que despegaba y unía sus labios rosados como a cámara lenta. Mis rodillas flojearon y algo entre mis piernas palpitó un poco. Yon arqueó una ceja.

—¿Ves? Inténtalo.

«No puedo y no sé por qué…».

—Es que me siento un poco estúpida —le dije con una risita asustada. ¿Estaba cachonda? Imposible.

—¿Es que nunca has trabajado técnicas para superar el miedo al ridículo? —me preguntó asombrado.

—No… —balbuceé—. Bueno, sí.

—Vamos a ver. En qué quedamos.

—No específicamente para interpretar, quiero decir. Aunque sí para desenvolverme en el mundo de la publicidad y para lograr una actitud positiva que venza las inseguridades momentáneas que puedan sabotearme.

—Pues es lo mismo. Venga. Quiero ver cómo lo haces.

Resoplé con un gusanillo de nervios en el estómago. ¿Qué diablos hacía jugando a aprender a besar con Yon? Alcé mi mano relajada hacia mi boca y, cuando casi me cosquilleaba en la piel, la dejé caer de golpe.

—No. —Lloriqueé como una cría.

—Haz lo que yo. Fíjate.

Yon dio un beso rápido en el dorso de su mano. Lo imité, dándome un beso yo también. Sentí una vergüenza tremenda.

—Vale, ahora intenta alargarlo un poco. Solo tienes que abrir y cerrar tu boca relajada y cerrar los ojos. Déjate llevar.

Lo hizo. Su boca moviéndose lenta y tortuosa sobre la fina piel de su mano enorme, con los ojos cerrados. Marcó un beso perfecto. Madre mía.

Lo intenté, tras suspirar muy hondo. Dejé caer mis hombros y moví mis pies en el sitio como si tuviese pulgas para colocarme en posición. Pegué la mano a mis labios pero, cuando fui a abrir mi boca, me dio un ataque de risa.

—¡No puedo! —Pateé el suelo.

—¿Por qué? —dijo Yon entre carcajadas.

—¡Esto es una estupidez!

—¡No lo es!

Agaché mi cabeza notando que me sonrojaba.

—Casi prefiero besarte a ti —murmuré para mí en una cruzada de cables.

—Vale.

—¿Qué? —Lo miré y negué súbitamente—. No, no. Olvídalo.

—Eres un poco tonta, no es por nada.

—No soy tonta —subí la voz.

—Un poco sí.

Apreté mis labios rabiosa, sintiendo un calor intenso subir por mi espalda, y eché a andar a toda velocidad hacia él. Agarré su cabeza con fuerza y planté con ímpetu mi boca sobre la suya.

Un segundo, dos, tres, cuatro, cinco, seis…

Me separé de golpe, abriendo mucho los ojos y rígida como el mármol. Tragué, muy confundida.

Yon sonrió de lado, a pocos centímetros de mi cara, y me hundió su intensa mirada.

—¿Has visto? No era tan difícil. No es lo que hay que hacer si

queremos que el público no se asuste porque a Julieta se le haya ido la pinza, pero ya es algo. Vamos a seguir.

Y me dio la espalda concentrado en repetir su texto.

17

Estaba clavada en mi sitio como una estatua de cera. Todo mi cuerpo bloqueado y mi mente a toda pastilla. Me asusté. Me asusté muchísimo y mis ganas de llorar empezaron a brotar. Era el bicho raro de Yon López. Un emo marginado y melancólico. El tío al que había odiado durante once años. El ex de mi hermana. La última persona que en la que yo podría haberme fijado en el mundo… Y estaba sintiendo cosas que me asfixiaban. Cosas que no supe catalogar pero que me estaban agobiando lo más grande. Eran como dinosaurios deformes dando palmas dentro de mi cuerpo.

Di mi espalda a Yon y quise desaparecer. Deseé con todas mis fuerzas que Miren nos dijera algo ya. Que la obra se interrumpiera. Que aquello fuese un sueño. Ver a Alberto y follármelo contra una pared mientras perdía el conocimiento.

—¿Crees que puedes cogerlo desde el inicio?

—¿Qué? —Me volví de golpe.

Yon entalló su labio inferior con sus dientes y frunció el ceño, recorriendo mis ojos en un lento zigzag.

Silencio extraño.

Lo supo. Yon supo que me había quedado noqueada por el beso.

—Que si empezamos desde el primer acto y lo intentamos completo del tirón —dijo en un tono sospechosamente bajo—. ¿Crees que podrías?

Asentí y me coloqué en posición, carraspeando para aclarar mi voz.

Martirio. Si había una palabra que pudiera definir esa noche, esas nubes mentales, esa lluvia ácida de inquietud bajo mi cráneo, esos minutos eternos que yo pasé ensayando junto a Yon, sería martirio.

Al final le pedí que, de momento y hasta que Miren nos confirmara, siguiésemos igual con el tema de besarnos.

—Como quieras —dijo en tono flemático.

El amanecer nos mordía la cara cuando terminábamos el último acto. Lo habíamos repetido infinitas veces, discutido otras tantas, corregido, agotado las reservas de cafeína y burlado al sueño. Nos quedaba pulir alguna cosa. Pero como para representarlo ante Miren estaba decente.

El silencio se adueñó del espacio entre nosotros mientras recogíamos y volvíamos a los bungalós. Mi sensación era la de no

saber dónde estaba. Tuve tal aturullamiento interno que fui incapaz de hacer nada más que avanzar en pasos en aquel mundo naranja. Ni el amanecer logró cautivarme.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Esa fue la despedida. No en un tono tenso, pero sin mucho más que decir. Las cosas raras que revoloteaban en mi cuerpo tenían mala pinta.

Cerré los ojos, encogida en la cama, dando vueltas y vueltas y vueltas. Salí del colchón y cogí la piedra celeste que me había regalado Karen. La desesperación a veces nos lleva a depositar la fe en lo que sea que nos ayude con nuestros demonios. «Renovarás energías», había dicho. La apreté en mi puño y logré dormirme cuando ya se escuchaba el trastear de alguna en el desayuno.

Me desperté a la hora de comer y empecé a vestirme para ir a las cocinas, pero el teléfono me interrumpió, con Miren escrito en la pantalla. Lancé la camiseta a la cama como un rayo y me puse nerviosa. Descolgué cruzando los dedos porque no tuviésemos que hacer *Romeo y Julieta*. Por favor, por favor…

—¡Lo he logrado! ¡¿Te lo puedes creer?! —dijo fuera de sí.

—Anda… pues… no, la verdad. —Amagué un puchero.

—Me acaban de llamar de la misma escuela, ¡la de Madrid! ¡Han conseguido a un grupo de actores a los que les ha fallado el promotor! Dicen que se saben el guion completo. Ha sido pura potra.

—Qué alegría…

—Hija, lo dices como si te llevaran a decapitar.

—No… me hace mucha ilusión, de verdad. Es solo que ya tenía curiosidad por la otra obra que nos propusiste —salí del paso.

—No te preocupes. Es la que representaréis para el Hotel Nevada.

Perfecto. Yupi. Tras colgar me puse mi camiseta de Britney desganada y le hice un nudo en el ombligo. Miren me había dicho que hablara con Yon y me recordó que ensayáramos a saco, ya que al día siguiente nos supervisaba a primera hora en la sala multiusos. El sábado llegarían los secundarios, luego vendría el ensayo técnico y por último el general. Pero yo no iba a contactar con Yon de momento, no sabía si quería verlo.

Fue ponerme a esperar en la cola de la cocina y apareció. No sentí nada extraño al verle y me calmé un poco, lo que me llevó a querer actuar normal y reírme de mí misma por el puntual furor uterino que sentí la noche anterior. Había sido producto de mi sequía sexual, estaba claro. Ni siquiera me tocaba últimamente.

Yon traía puesta una camiseta negra de Nirvana, unos vaqueros oscuros y unas Vans verde botella. Se puso a mi lado, frótandose un

ojo.

—¿Qué tal has dormido?

—¿Has hablado con Miren? —fue mi respuesta.

—Sí… —Bostezó tapando su boca con la mano—. Yo he dormido fatal, las putas anfetas…

Abrí mis ojos como platos.

—Es broma. —Sonrió pletórico, satisfecho del efecto de su chiste.

Volteé mis ojos y luego lo miré de lado.

—De todas formas, vosotros sois más de heroína, ¿no?

—¿Nosotros?

—Bueno… los tristes.

Yon frunció el ceño y me miró serio.

—¿También tienes un amigo imaginario? —insistí sarcástica.

Él continuó callado. Señalé su camiseta de Nirvana para aclararle.

—Ya lo sé, Aura… Kurt Cobain escribía a alguien llamado Boddah y no existía… Pero no entiendo por qué no paras.

—¿De qué?

—De juzgarme.

Avanzamos un paso en la fila.

—Yo no te juzgo —le dije.

—No paras de hacerlo, Aura… Creí que querías que fuésemos amigos.

Joder, eso me sorprendió.

—Es lo que hago con mis amigos, son piques amistosos—le expliqué, dudando de si la había vuelto a cagar.

Yon apretó los labios con desconfianza y miró al frente sin decir nada. Tragué. Sentí que se creaba un vacío entre nosotros. Se escuchó el sonido de los platos y el murmullo de la gente.

—Free Britney —me dijo en un susurro cuando menos lo esperaba. Por mi camiseta también, claro.

Los dos nos echamos a reír, dando otro paso.

—¿Qué tal tu herida? —le pregunté.

—Aquí anda.

—Te has quitado el apósito. —Lo miré y torció su boca.

—Sí. Me da yuyu. Las heridas se secan al aire.

Me fijé en el arañazo de su cara un segundo rápido, cuando no me miraba. Ya era una costra muy fina. Menos mal.

—¿Y qué me decías de Sergio Trigo ayer cuando salíamos de las pistas de tenis? —me preguntó de pronto.

—Ah… lo recuerdas.

—Sí. Miren nos interrumpió y…

Nos miramos a los ojos con profundidad.

—¿De verdad quieres saberlo? —le dije en tono íntimo.

—De verdad.

La señora de pelo rojo y gorrito nos preguntó con el cazo en mano y los guantes puestos qué queríamos de primero.

Yon y yo ni siquiera habíamos leído los cartelitos con el menú en los mostradores. Los dos elegimos gazpacho, paella y una mandarina y avanzamos hacia el final, donde nos entregaban la comida en bolsas de papel con nuestros nombres escritos. Las agarramos y salimos por la derecha hacia el exterior.

Nada más pisar el suelo de piedra vi a Alberto a lo lejos. Supuse que iba a recoger su comida. Llevaba puesta una camiseta blanca y un bañador azul. Me sonrió y le correspondí. Enseguida vino hacia nosotros y soltó con naturalidad:

—¿Vais a comer juntos?

—Pues… —murmuré.

—No, qué va —dijo Yon.

—Si me esperáis podemos comer los tres en un merendero que he descubierto, a la derecha del lago.

Yon me miró y entendí lo que pensaba. Miré a Alberto.

—Es que no podemos entretenernos demasiado. Mañana a primera hora Miren nos revisa toda la obra y tenemos mucho que ensayar.

—Pues hacédmela a mí.

Me eché a reír.

—Tú no entiendes…

—Comemos rápido —insistió socarrón—. O podéis ensayar mientras tanto.

—No sé… —dudé. Yon se mantenía en silencio.

—Algo podré deciros como público, ¿no? —Alberto se pasó la mano por el pelo y me miró con descaro—. Yo con tal de verte un rato hago lo que sea.

Junté mis labios, un pelín excitada. Sentí los ojos de Yon sobre Alberto.

—Hacemos lo que diga Yon. —Apreté el asa de mi bolsa.

—¿Y bien? —Alberto juntó sus manos moviendo sus talones adelante y atrás, esperando la respuesta de Yon.

—Bueno, vale —respondió.

Esperamos a que Alberto regresara en la sombra, apoyados en la pared de piedra del edificio principal. Yon se agachó a su bolsa y sacó de ella su vaso de gazpacho, quitándole la tapa. Sorbió diciendo que estaba muy bueno y frío. Yo me antojé y agarré el mío también. Nos apoyamos laterales a la pared, mirándonos, con el vaso en la mano.

—¿Puedes seguir con lo de Sergio? —Arqueó sus cejas.

—Pues… en resumen, mi hermana nos mintió a todos. Tuvo

miedo y, como lo habíais dejado, aprovechó que te ibas y nunca volveríais a veros para no pasar por el bochorno de estar embarazada del mayor cretino del instituto.

Yon dibujó una mueca. Bebí y me quedé observándolo.

—¿No dices nada?

—Bueno. Es pasado…

—¿No te importa lo que te hizo mi hermana? —le dije ofendida—. A mí es de las cosas que más me han enfadado.

Yon me miró dulce, como la noche del martes cuando estaba agotada y supo ver que no podía seguir ensayando. Descubrí unas ligeras vetas verde oliva en sus ojos marrones.

—Sí me importa —dijo acercándose el vaso a los labios—, pero me imaginé que algo así había ocurrido. Que Susana había mentido, me refiero. Nosotros nos escribimos alguna vez después de mi marcha y nunca me dijo nada.

—Pues fíjate la que lio… —Miré al suelo.

—En realidad me dolió más el puñetazo que me diste.

Levanté mis ojos hasta su cara. Alargué mi mano y le acaricié el brazo en un gesto de disculpa. Yon miró un segundo cómo lo tocaba. Luego se retiró con una mueca.

—Me has dado en la herida.

—Perdona.

—No pasa nada, Julieta.

Sonreímos a la vez. Parpadeé muy lento. Me sentí tan extraña llevándome bien con Yon.

—¿Tienes mejor el moretón del estómago? —musité, sin saber cómo iba a reaccionar.

Yon se mojó los labios y se levantó la camiseta sin tapujos con una mano, sujetando el vaso con la otra. Miré su abdomen plano, su ombligo, del que nacía una tira de vello oscuro que se perdía en la cintura de su pantalón… Ascendí con mis ojos hasta la mancha, que tenía un color violáceo, amarillento y verdoso.

—Parece un círculo de ese cuadro de Kandinsky… —dijo.

—¿Cuál?

—El de cuadrados y círculos de colores. Mira.

Soltó el bajo de su camiseta y echó mano al móvil en su bolsillo, cambiándose el vaso de mano. Desbloqueó el teléfono y cuando me lo enseñó sonreí. Señalé el de abajo a la derecha.

—Yo creo que se parece más a este.

—Sí, estoy de acuerdo.

—He hecho arte en tu cuerpo —le dije.

Yon me miró muy de cerca. Respiré su olor mientras revoloteaba con mis ojos por su cara, muy confusa. Las cosas que me asfixiaban empezaron a brotar de nuevo bajo mi piel.

No podía ser.

—Bueno, ¡pues ya estoy aquí, chicos!

La voz de Alberto me asustó tanto que del respingo me vertí el gazpacho entero en los pies.

18

Después de tener que ir corriendo a cambiar mis sandalias por unas zapatillas y lavarlas rápidamente en la bañera, las puse al sol en la ventana de mi habitación con el peor de los presagios flotando en mi mente. ¿Cómo demonios podía ser? No me podía empezar a gustar Yon. No tenía sentido.

Salí del bungaló irritada. Era obvio que mi cabeza se había desbaratado ante sus respuestas inesperadas, ante su contradicción al actuar. Sus silencios extraños, sus contestaciones sencillas y directas, su falta de pudor conmigo, su forma amable de tratarme, de mirarme, habiéndome gritado días atrás que lo considerara muerto. ¡Era de locos! Por eso sentía ese cosquilleo extraño. ¡Cualquier ser humano se desconcertaría ante eso!

Pero estaba a tiempo de parar la paranoia. Solo tenía que dar por hecho que Yon y yo ya éramos amigos para que nada de lo que hiciera causara estragos en mí.

Dejé atrás la zona de trabajadores y anduve por el camino de asfalto usando mi mano de visera, viendo a Yon y Alberto esperarme con las bolsas en la mano.

—No sabía que causaba ese efecto en ti, Chica Aspersor… —me dijo Alberto con picardía, refiriéndose al susto que acababa de darme.

—No ha sido por ti. —Me reí, cogiendo mi bolsa de su mano—. Ha sido por tu grito a lo Tarzán, listillo.

Los tres echamos a andar.

—Por cierto, ¿vosotros dos no estabais enfadados?

—Bueno… —empecé a decir, sin saber cómo seguir.

—Hemos tenido que solucionarlo —intervino Yon con extrema naturalidad—, por la cuenta que nos traía.

—Sí —añadí, e intenté no rayarme la cabeza por otro nuevo comentario suyo que no esperaba. Yon sonó tan banal.

—Vayamos por aquí.

Alberto se desvió por el camino que llevaba a la salida del complejo y, unos metros antes del desvío a la carretera, giró a la izquierda bordeando el lago por el lado contrario al que íbamos siempre, es decir, rumbo Este. Pasamos un cartel marrón que indicaba «Playa de las Rocas» y empezaron a surgir matorrales y árboles cada vez más altos, pareciendo retorcerse hacia el cielo.

Las suelas de nuestras zapatillas dejaban su marca en la arena del sendero, que cada vez se volvía más inclinado conforme

avanzábamos. Me alegré de haberme visto obligada a cambiar de calzado, era obvio que con las sandalias y mi poca tolerancia a tener «cosas» rozándome los pies hubiera tenido que volver a por las deportivas. Olía a pino y el trinar de los pájaros era muy agradable. Un lagarto huyó del camino al sentirnos y algunas hojas secas crujieron a su paso. Poco después se escuchó el quejido omnipotente de un ave rapaz volando bastante bajo, y cuya sombra se desplazó sobre nosotros. Me dio un escalofrío.

—Cuenta la leyenda que en las noches de luna llena los licántropos atacan a humanos en esta zona, despojándoles de su fragilidad humana y transformándolos en lobos gigantescos.

—Deja de decir tonterías, Alberto. —Me reí.

—Yon tiene cara de uno —se mofó—. Tal vez se ha contagiado de algún personaje manga de esos que lee todo el día.

Yon lo miró de lado, parecía contener un escupitajo en la garganta. Luego desvió su vista al frente, sin decir nada. Flipé un poco porque creí que ellos dos se llevaban bien. O al menos eso me pareció el primer día. Aunque si me paraba a recordar, Yon solo había sido amable con Alberto, como conmigo. Suspiré echando un vistazo a mi alrededor. La naturaleza se mecía con el viento cálido y de pronto reconocí sobre una rama a un pechiazul, algo de lo poco que se me había quedado de la carrera, básicamente porque era precioso y con el pecho azul.

Avanzamos unos minutos más por el camino de tierra y enseguida aparecieron varias mesas y bancos de madera. Estaban cubiertos de algunas hojas y colocados de manera ordenada, bajo la tupida sombra de los árboles. Dejamos la comida sobre una mesa y seguimos a Alberto hacia la derecha, donde la vegetación desaparecía y se intuía la costa, una zona rocosa que formaba un enorme acantilado al que no quise acercarme mucho. Sentí que el aire soplaba con mayor intensidad, aunque no era desagradable. Mi pelo suelto se removió.

—Eso que veis ahí abajo es la tercera playa propiedad del complejo y la única que no tiene forma de media luna. —Se giró y señaló a su espalda—. Unos kilómetros más hacia el interior están las Lagunas de Cristal, famosas por sus aguas cristalinas, pero de muy difícil acceso. Es muy peligroso ir si no vas con alguien que sepa lo que hace.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —Lo miré de lado, sonriente—. Me habías dicho que este era tu primer año aquí, ¿no?

—Porque ya he ido. He recorrido toda la zona al completo con Teo, el mago.

—Claro, ha hecho uno de sus trucos y habéis podido acceder a esas lagunas imposibles, solo alcanzables para unos pocos

privilegiados de condición física inigualable…

Alberto se río con mi ironía, su sonrisa era perfecta. Dientes blancos y alineados pero naturales. De nacimiento, vaya. Ni Invisaling ni mierdas, que era así, perfecto todo él.

—Aquello pequeñito y de colores que veis al frente son mis piraguas.

—Es verdad.

—Y playa Oso, la principal, no se ve desde aquí porque queda escondida a la izquierda.

—¿Comemos?

Yon no abrió la boca hasta ese momento.

—Sí, claro —le dije.

Caminamos hasta la mesa con las bolsas sumidos en un silencio absoluto. Yon no era de hablar y Alberto había hecho un comentario un poco (bastante) desafortunado hacia él, con el que me sorprendió que no se hubiese defendido, por lo que su mutismo estaba servido. Alberto y yo simplemente íbamos concentrados en comer.

Nos sentamos en el mismo lugar en que estaban dispuestas las bolsas, lo que dejó a Alberto frente a mí y a Yon a mi izquierda, sin nadie al frente. Creo que se sintió aliviado.

—Vaya, se nos ha pasado el arroz —solté para relajar el ambiente, mientras abría mi cajita de paella.

Alberto se rio, Yon no.

—Me lo voy a comer igual —comentó el primero.

Nos sonreímos y luego me dirigí a Yon.

—¿Estás pensando en el guion? —le pregunté pinchando arroz. No sé por qué lo hice, estaba bastante abrumada con los sucesos paranormales que llevaban ocurriéndome las últimas 24 horas con él, pero también tenía asumido que había algo en su forma de actuar que me causaba una compasión incontrolable.

—No… —me respondió en tono bajo, clavándome sus ojos brillantes—. Estaba pensando en que tal vez podríamos ir a mirar el vestuario, por si hay algún problema y que podamos comentarle a Miren mañana.

—Ah… qué buena idea.

—¿Y vais vestidos en modo Shakespeare?

—No —respondí a Alberto—. Es un Romeo y Julieta con ambientación entre moderna, roquera y estrafalaria.

—Joder. Como mola.

—La ropa es bastante chula —comentó Yon, concentrado en comer.

—Y qué decir de las canciones que sonarán. Aerosmith, Bon Jovi, Scorpions…

—Ostras, pues tendré que ir a veros. Eso no me lo pierdo.

—Es a bajo nivel… —murmuró Yon, y pareció que pretendía esquivarlo de cualquier espacio en el que él estuviese.

—¿No decías que nos ibas a supervisar ahora? —Levanté mis cejas, apremiando a Alberto—. Así podrás vernos.

Miró su reloj deportivo.

—Tengo una horita antes de ir a preparar la ruta de esnórquel que quiero hacer para la recogida de residuos.

Yon y yo terminamos la mandarina y Alberto su par de plátanos. El mismo Alberto recogió la basura y fue a tirarla a los cubos de reciclaje que había a unos metros de distancia. Aproveché el momento para girarme hacia Yon, apoyando el codo en la mesa y mi mano en mi sien.

—¿No quieres ensayar con él? —le pregunté.

—Lo que quieras. —Rascó su mandíbula con las cejas levantadas.

—Hace bastante calor. Si lo prefieres podemos darnos un baño y ensayar nosotros donde sea.

—En nuestros bungalós no podemos concentrarnos y calor va a hacer en todos lados…

—¿Entonces lo hacemos una vez y luego vamos a ver lo del vestuario?

—Vale… —Yon me miró el pelo.

Sonrió y alargó su mano para tocarme. Mi respiración se aceleró cuando me di cuenta que no era mi pelo lo que miraba, sino mi pecho. Ni pude moverme de los mismos nervios. Sentí que cogía algo del cuello de mi camiseta y me lo mostró sobre la punta de su dedo, como si fuese un pequeño tesoro valioso. Era un vago de arroz.

—No sabes comer, Aura. —Achicó sus ojos, sonriéndome.

—Sí sé… —susurré a duras penas.

Yon se metió el vago en la boca como si nada, chupando un poco la punta de su índice después. Parpadeé. ¿Pero qué demonios había sido eso?

¿Estaba yo jadeando?

Lo seguí con mi mirada totalmente turbada mientras él se ponía de pie, sin preocupación alguna.

El sonido de los pasos de Alberto me desconcentró.

—¿Ya estáis listos?

Y entonces me di cuenta de que mis manos temblaban.

19

Ensayar con ganas de querer gritar y dar patadas a todos los troncos de los árboles de tu alrededor no es la mejor forma de meterse en la piel de un personaje, no hace falta ser Einstein para saberlo. Cuarenta minutos de ensayo y no daba pie con bolo. Alberto no paraba de reírse por culpa de mis cagadas, y eso que ni siquiera teníamos guion, era por mero sentido común.

—Has dicho lodo, en vez de odio… —me corrigió en la vez tropecientas.

—¿Pero qué estás haciendo, Aura?

Yon me clavó una mirada severa, alucinando con todos los fallos incoherentes y con mi verborrea sin sentido alguno.

—Serán los nervios. He dormido poco —murmuré resoplando de calor y dando unos pasos atrás, intentando soltar mis músculos como hacen los deportistas.

—Así no es…

Alberto se posicionó delante de mí. Zarandeó sus brazos y piernas con el estilo de Mireia Belmonte y luego dio unos saltitos con los pies juntos diciendo que así iba a descargar toda la tensión.

Yo era un pato mareado.

—Estoy flipando… —soltó Yon, malhumorado.

—Joder… son cosas del directo —le dije con una gota de sudor en la frente, intentando no mirarlo mucho. Me gustaba. ¡Me gustaba! Quería llorar, de verdad. Quería llorar muy fuerte.

—Venga, empezad desde que Julieta dice eso de *«No es la luz de la aurora…»*. —Hasta Alberto se lo sabía ya.

—*«No es la luz de la aurora»* —empecé a decir mirando a Yon, que me tocaba la cara—. *«Te lo aseguro. Es un meteoro que… que…* —Solo podía pensar en la milésima de segundo en que la punta rosada de su lengua lamía la yema de su dedo—. *Que… desprende de su… de… su…*

—¡No me jodas, Aura!

Yon se agachó de pronto y bufó, pasándose las manos por el pelo con brusquedad.

—¿Lo estás haciendo adrede? —Alberto levantó una ceja.

—¡No! ¡Cómo lo voy a estar haciendo adrede, joder! —me indigné.

—¡¿Pues entonces qué cojones te pasa?! —Yon se puso en pie de golpe.

—No me grites.

Yon agachó la vista con las manos en la cadera y suspiró sonoramente. Luego levantó la vista hacia mí.

—Estoy teniendo mucha paciencia contigo. Pero estás empezando a cansarme. Mañana tenemos que enseñárselo a Miren, ¿entiendes?

—Lo sé de sobra. —Apreté mis dientes y mis puños con rabia—. Y lo voy a hacer bien.

—Eso espero.

Echó a andar con decisión, pasando por mi lado sin mirarme, y emprendió el camino de vuelta. Se despidió de Alberto ya dándonos la espalda y me dijo que en diez minutos nos veíamos en la sala de vestuario.

Me sentí fatal. Aturdida, confusa, con un malestar interno demoledor y con un sentimiento de decepción conmigo misma tremendo. Yo también me despedí de Alberto, dándole las gracias, y me di la vuelta.

—Pss… eh…

Me agarró la camiseta por detrás con suavidad. Me giré para preguntarle qué quería y sin más ceremonia, Alberto atrapó mi boca con la suya. Cerré los ojos aliviada. Solo quería poder evadirme de todo por un momento. Le hundí mi lengua en la boca y sentí sus manos en mi culo. Acaricié su espalda y continué un poco más. Sabía a plátano y eso me recordaba a mi sobrino Noel, está literalmente obsesionado con esa fruta.

—Tengo que irme… —le dije al separarme.

—Y yo…

Nos dimos otro beso y Alberto sujetó mi mano cuando ya me giraba. Lo miré a los ojos al sentir que iba a hablar.

—Si tienes hueco ven a verme. Me da igual que sea al lago, que a mi bungaló, que a mi cama… tú eliges.

—Lo tendré en cuenta.

Nos besamos de nuevo y eché a correr sendero abajo.

Cuando me aproximaba al porche de piedra anterior a la recepción del complejo, vi que Miren hablaba con Yon de forma… extraña. Yon me daba la espalda, así que no pude saber qué cara ponía él, pero la de ella era la de «quiero sentir tu cuerpo». Una punzada muy desagradable correteó por mis tripas. Mierda.

Estuve a punto de desviarme hacia el lago e inventar una excusa como que acababa de picarme un bicho y me había desmayado y no podía ensayar más por ese día. Pero tal vez eso fuese mejor, ver a Yon liarse con cualquier otra. Así se me pasaría la tontería.

—Es mejor que no… —le decía Miren con suavidad cuando los

alcancé.

—Sí, llevas razón.

—Hola, Aura. —Miren me sonrió, recolocando su camisa un poco—. Le estaba diciendo a Yon que prefiero que aprovechéis el día de hoy para ensayar y ya mañana miráis lo del vestuario. No quiero que perdáis tiempo en eso ahora.

—Perfecto, como quieras —le dije.

—¿Cómo lo lleváis?

—Yo he fallado un poco en el último ensayo —reconocí, ante todo sinceridad—. Pero mañana lo clavo.

—No esperaba menos.

Miren me guiñó un ojo. Yon me echó una mirada que perfectamente podría haber sido la de Satán envuelto en llamas antes de darte un golpetazo con el tridente. Vaya, qué poquito había durado nuestra amistad.

Lo bordé. Bueno, lo bordamos. Esa tarde la dedicamos al completo a ensayar y me obligué a concentrarme por entero en ello. Aunque antes tuve que pedirle a Yon que me dejara darme una ducha, hablar con mi sobrino para que me hiciera reír y concienciarme muchísimo de que era una actriz profesional tanto como él para aislarme de lo que fuese que estaba sintiendo por su rareza. Obviamente no pude ir a ver a Alberto. No era plan con la incertidumbre que tenía encima ante la posibilidad de que el texto no me saliera con Miren al día siguiente.

Y el problema no fue ese. Ese sábado por la mañana Miren estaba encantada con nosotros. Yon clavó los diálogos de Romeo con su primo. Yo clavé mis diálogos de Julieta con su madre y su ama… Todo perfecto hasta que los amantes se encuentran en el baile de máscaras y… tienen que besarse.

—¿Qué sucede? —nos preguntó Miren con los brazos cruzados muy risueña, estaba flipando con nuestra interpretación y no lo ocultaba.

—Bueno… —dije temblorosa, agarrando mis manos. Yon me miraba fijamente y muy de cerca porque acabábamos de marcar el «no primer beso»—. Es que yo quería comentarte una cosa…, sobre el tema de besarnos.

Miren se rascó una ceja con toda la tranquilidad del mundo.

—Sí, claro, dime.

—No sé si cabe la posibilidad de no hacerlo. Es decir, solo marcar los besos con un acercamiento, o juntar los labios.

Miren echó la cabeza atrás, arrugando un ojo.

—Estarás de coña…

Tragué con exageración. No supe decir nada. Miren dio un paso hacia nosotros con una mirada incisiva.

—¿Pero por qué eso ahora, Aura? Quiero decir, ¿existe algún motivo de peso para que una obra en la que dos actores con semejante química como la vuestra, que actúan con rigurosa profesionalidad, metidos en la piel de dos de los personajes más aclamados e interpretados de la historia del teatro, no se besen ante la gente más rica de este país?

Agaché mi cabeza sintiendo un volcán estallar en mi interior. Mi cara ardía.

—Realmente no… no existe. Era una simple pregunta.

—Pues haré como que no la he oído. Venga. —Dio dos palmadas volviendo a su posición—. Colocaos desde la escena anterior. Quiero ver ese beso.

—Pero no lo hemos ensayado —le dije.

—¡Pues improvisad! —exclamó entre carcajadas irónicas— ¡Sois artistas, por el amor de Dios!

Me iba a dar algo. En total tenía que darme nueve besos con Yon. ¡Nueve! Dos cuando se conocen y se profesan su amor, uno en la boda, tres en la despedida y dos en el lecho de muerte. Creo que haber huido de eso había sido mucho peor. Si lo hubiese practicado antes al menos habría podido evitar hacer el payaso ante mi directora de obra con aquella propuesta absurda y tan impropia de mi carácter aventurero e intuitivo.

—¿Lo cogemos desde *«si con mi mano he profanado…»*?

Asentí. Y el primer beso llegó. Era un beso casto, en el que Julieta huye un poco entre risas, por lo que no le di demasiada importancia, o no me permití dársela. Vino el segundo, en el que Romeo agarra la cara de Julieta y la mira a los ojos, sonríe y entonces la besa durante unos segundos.

El calor de sus labios suaves se posó sobre los míos y poco después Yon abrió su boca, moviéndola relajado y sin lengua, tal y como habíamos ensayado con la mano. Fui yo la que usé mi lengua. Porque me resultaba más cómodo y porque yo jamás en mi vida había dado morreos sin lengua, vamos a ver. ¿Qué era eso de dar besos como un pez boqueando?

Sabía a galletas danesas. Lo había visto comerse una al entrar. Era… un sabor delicioso.

Cuando terminamos el beso Yon albergaba pudor en su mirada.

—Perdona… no sabía si íbamos a… —Puso su mano en su boca avergonzado—. Me lavé los dientes antes y… no hubiera comido nada.

—No te preocupes. —Mantuve su mirada, hipnotizada por completo por su forma de hablarme.

—¡Perfecto, chicos! —gritó Miren aplaudiendo con intensidad—. Pasamos al siguiente acto.

20

No fue fácil luchar contra esas sensaciones contradictorias que me recorrían la piel mientras miraba los ojos de Yon. Mientras besaba la boca de Yon. Mientras tocaba al ser que más había odiado en toda mi vida y que había sido un completo desconocido para mí, incluso cuando fue novio de mi hermana, hasta hacía ocho días.

Conforme los actos se iban sucediendo Miren nos iba corrigiendo. Yo interpretaba sin pensar. Y había descubierto que se me daba bien si me concentraba de verdad en lo que hacía. Había una parte de mí que fluctuaba hacia la incertidumbre y la duda de lo que sucedería si Yon descubriese que mis arrebatos y bloqueos eran consecuencia de lo que me sucedía con él. Me pregunté mil veces si realmente me gustaba o no. Todas acabé diciéndome que no. Mi cuerpo rechazaba esa opción como si de un virus se tratara. De hecho, tenía muy claro que era una confusión por culpa del cero contacto con el sexo opuesto desde Simón. En cuanto Alberto y yo llegáramos al bamboleo todo terminaría.

Cinco horas de ensayo. Concluimos a las dos de la tarde. Habíamos pasado la prueba, aunque Miren nos corrigió varias cosas. Nos dijo que el ritmo de las frases debía ser más lento en la escena final. También nos aclaró que debíamos tomar conciencia de nuestra postura corporal y nos corrigió varios gestos innecesarios, sobre todo a mí, que no tenía ni idea de por qué no paraba de poner una mano en mi cintura una y otra vez. Por último, nos avisó de que a las cinco llegaban los esperados actores secundarios.

—Los recibiremos y luego tendremos el ensayo técnico a las seis.

Después recogió su carpeta y se marchó bastante estresada, hablando por el móvil con los del montaje de atrezo y soltándonos frases a nosotros mientras tanto.

—La recepción de los secundarios será en el porche junto a recepción. —Habló unos segundos por teléfono—. Y se me olvidaba deciros que podéis pasar a ver el vestuario a partir de ya. He dejado también listo el de los secundarios, decidme si falta algo —dijo atropelladamente y desapareció sin cerrar la puerta.

Yon y yo nos miramos. De pronto él apretó una sonrisa torcida preciosa y me tendió la mano.

—Lo has hecho que te cagas.

Me mordí el labio y sonreí, ofreciéndole mi mano también, que él agarró tirando de mí hasta estrecharme contra su pecho en un

abrazo. Cerré los ojos y lo envolví entre mis brazos, sin concederme la opción de sentir nada más que agradecimiento.

—Hacemos buen equipo —le dije.

—Perdona por lo de antes…

Nos separamos despacio.

—¿El qué?

—No sé por qué esta mañana al despertar estaba seguro de que ibas a convencer a Miren con lo de no besarnos. Al menos en el ensayo de hoy.

—No te preocupes, de verdad… —Fuimos a recoger nuestras cosas a la mesa. Lo miré agarrando mi mochila y arqueé una ceja—. ¿Estabas seguro de que iba a convencerla?

Yon me miró de lado como respuesta.

—¿Por qué? —Me reí.

—No lo sé… hay veces que los actores llegan a acuerdos con sus directores de obra o ellos les ofrecen alguna alternativa.

—Ya, claro…

Me sentí decepcionada con su respuesta. Esperaba que su argumento tuviese que ver con una habilidad especial para convencer a Miren que Yon hubiese descubierto en mí, sin embargo solo era una vaga explicación técnica que podría haber dado a cualquiera. ¿Y para qué quería yo que Yon me viese de ninguna manera? Era mejor así.

Salimos de la sala multiusos y decidimos comer antes de ir a revisar el vestuario. Aún hacía eco en mis labios el sabor de su boca. Nos habíamos besado un montón. Y Yon besaba, al menos actuando, muy bien. Me hacía sentir cómoda y no sentía que me invadiera en ningún sentido. Era muy respetuoso. Pero era trabajo. Fingíamos concentrados en actuar y con Miren delante corrigiendo cada paso que dábamos, sintiendo la presión de sus ojos sobre nosotros. No podía permitirme concentrarme en otra cosa que no fuese interpretar. La verdad es que para tener todo ese remolino extraño de miedo en mi interior porque aquello se me fuese de las manos con Yon, había tenido un resultado en actuación más que aceptable.

Canelones de atún, ensalada de aguacate y un yogur de coco cada uno. Lo engullimos a la sombra de unos árboles en la explanada principal, donde corría un airecito increíble, muy cerca de donde vomité el primer día, que prefiero no recordar. Por unas horas se había escondido el sol entre nubes y lo agradecimos. En aquella localización, a unos cuarenta kilómetros de la frontera norte de Portugal, no hacía un calor estival como el que puede hacer en Madrid, que no te deja salir a la calle. Pero si estabas expuesto al sol durante unas horas necesitabas refugio. Cuando terminamos de comer Yon se descalzó y se tendió en la hierba, colocando su antebrazo tras su cabeza.

—Diez minutos. Lo prometo —dijo cerrando los párpados con carita de placer.

—O sea que eres del equipo siesta… —me burlé.

—Sí. —Yon sonrió con los ojos sellados—. Un montón. Y en verano es imprescindible… no necesito más de diez o quince minutos, lo juro. Pero tengo que dormir para recargar pilas. Llevo varios días sin hacerlo y…

—Si quieres puedes dormir un poco más —le ofrecí, sentándome a lo indio a su lado.

—Quince minutos. —Abrió un ojillo, mirándome—. No me dejes más.

—No, tranquilo. —Jugueteé con el césped.

—Júralo por Julieta Capuleto —fingió voz grave en una especie de broma.

Me puse una mano en el corazón y levanté la otra.

—Lo juro por Julieta Capuleto.

Yon dibujó una sonrisa tan amplia que me tuve que fijar en ella. Sus labios rosados hacían que su dentadura clara destacara más. Tenía los colmillos ligeramente más bajos que el resto de dientes y me encantó esa particularidad. Me mojé los labios sin pensar. Estaba tan guapo ahí tumbado.

—Me fío de ti… —dijo, dándome un par de toquecitos con su mano en mi muslo, y cerró los ojos relajado.

Las sombras de los árboles bailaban en su cara por el efecto del viento. Estuve los quince minutos completos mirándolo. Me pregunté qué movería su mundo. Pensé si tendría a alguien en Castellón a quién dejó por ir al complejo. En su vida en Barcelona. En todos los años que habían pasado. En sus inquietudes y sueños. En qué le daría miedo. Si tuvo alguna clase de trauma infantil… Decenas de preguntas bombardeaban mi cabeza y empecé a asustarme de nuevo.

Me puse de pie y empecé a caminar por la línea de arboladas, buscando guarida en las sombras. Me esperaban tres meses al lado de Yon, joder… Tres. Me mordí el carrillo, preocupada. Una angustia enorme se agarró a mi garganta. Era el pavor que recorría mis venas apuntando al destino que me esperaba. Todo problemas. ¿Cómo diablos iba a evitar colarme por un tío al que tenía que besar durante un maldito verano entero? Estaba aterrada.

Regresé y desperté a Yon dándole una patadita en la pierna. Me fijé en que era… alto. No sé cuánto de alto, pero más que ninguno de mis novios o ligues, que tampoco habían sido muchos, tampoco pocos. Se removió y yo aproveché para ir a tirar la comida a la papelera.

—He soñado que visitábamos un cementerio de brujas en una isla y que el tío que nos llevaba con su barca nos abandonaba allí antes del anochecer —escuché a mi espalda.

—Vaya. Qué bonito sueño. La historia que toda chica quiere vivir…

Yon se rio sonoramente cuando lo miré, mientras se levantaba del suelo.

—Nos caía una tormenta increíble y empezaban a suceder fenómenos paranormales —siguió, avanzando hacia mí.

—¿También crees en fantasmas, además de en superhéroes?

—No creo en superhéroes. —Se plantó delante de mí con gesto serio—. Me gusta leer sobre ellos, que es distinto.

—Cosas de niños… —le repliqué, perdida en sus ojos.

—No tienes ni idea de la cantidad de gente adulta que sigue esas «cosas de niños»… —me susurró—. Ni de la cantidad de millones de dólares que genera.

—Es que el mundo friki mueve mucho dinero —quise ofenderlo —. Ahí tienes a los de *Big Bang Theory*, forrados todos.

Yon se rio de mi comentario como respuesta, cruzándose de brazos.

—No te rías porque te estoy llamado marginal y… ¡y mierdón! —rabié.

—Pero me dijiste que eso lo hacías con los amigos, a modo de pique cariñoso, ¿no?

—No lo recuerdo —mentí.

Yon se mordió el labio risueño y se inclinó hacia mí, muy despacio, clavándome su mirada misteriosa.

—Y a ti qué te gusta leer, a ver… chica sabelotodo.

Le miré la boca. Luego arrastré con lentitud mis ojos hasta los suyos con el corazón a mil. Al instante Yon frunció el ceño confundido. Joder. ¡Me había vuelto a pillar en trance por culpa de sus labios! Sentí que me derrumbaba por completo.

Lo aparté de mí de un empujón.

—Vamos a ver los trajes —le dije.

El camino hasta el almacén de vestuario fue por separado.

Yo llegué primero y me colé sin más, llorando y con muchas ganas de llamar a mi hermana, en la que siempre encontraba consuelo. A ver qué cara iba a poner cuando le contara el pastel. Pero necesitaba desahogarme y echar fuera todo aquello, escuchar sus palabras. Algo. Yon había vuelto a flipar en colores al darse cuenta de que le miraba la boca, como cuando le di el primer beso ensayando de noche en el escenario. Qué bochorno. ¡Y ahora me tocaba besarle durante el ensayo técnico! Me puse roja de pensarlo, tocando uno de los trajes de cuero.

—Ese es el de Mercucio —lo escuché de repente.

Me asusté y me llevé la mano al pecho.

—Ahhh… es verdad… —Moqueé—. Creí que era el de Benvolio.

—¿Estás llorando?

—Sí… —No tuve escapatoria, mi cara estaba empapada—. Es que estaba pensando en el ensayo técnico, en la escena final… intentaba la técnica del Método…

Yon me miró incrédulo. Aquello no se lo tragaba ni el más tonto de los tontos. Se hizo un silencio del tamaño del lago que teníamos a escasos trescientos metros. Caminó unos pasos a mi derecha con sigilo, hacia los trajes, colgados en un burro de metal donde podía leerse «Baile de máscaras». Su olor suave me golpeó. Sentí su cuerpo al lado del mío, grande, moviendo las prendas de un lado a otro, revisándolas. Me mordí el labio inferior e intenté hacer lo mismo. Un segundo después nos giramos de golpe, buscando al otro con un traje en la mano.

—Este el de…

—Este es…

—El de Julieta.

—De… Romeo.

Nos intercambiamos las perchas. Yon y yo teníamos varios cambios de vestuario y tres ternos de ropa. El principal, uno para el baile y otro para la boda. Nos volvimos a los trajes de nuevo y localizamos el otro par en silencio.

—Deberíamos probárnoslos —sugirió.

—Yo me lo pruebo esta noche en mi bungaló —contesté enseguida.

—No sé si Miren nos dejará sacarlos de aquí.

—No creo que le importe…

—Tenemos sanción por lo de la cámara. No deberíamos sacar los pies del tiesto ahora…

—Tienes razón —admití, muy a mi pesar—. Ya nos contó que tenían muchos destrozos de material.

—Me voy al almacén de atrezo, no te preocupes —dijo.

Me dio cosa porque nunca había tenido que hacer eso con mis compañeros de trabajo. Siempre hay colegueo y confianza y es una de las partes de este oficio, no existe pudor y el cuerpo es tratado como lo que es, lo más natural del mundo.

—No pasa nada… —le dije en un murmullo.

—¿Estás segura?

Asentí. Yon se quitó la camiseta y se agachó para quitarse los pantalones. Su atuendo principal constaba de un pantalón de cuero negro, una camisa roja estampada y una chaqueta de cuero, que dependiendo de la escena se quitaba o ponía. El mío era un top y un pantalón rosa palo con un estampado que me resultó familiar. Miré la etiqueta y abrí los ojos como platos. Era Versace.

—Joder…

—Sí —dijo Yon concentrado en abrocharse la camisa. No quise ni mirar—. Me comentó Miren que el Complejo Noriega colabora con las grandes marcas de lujo. Y no solo en esto. Sábanas, mantelería, toallas… todo lo que te puedas imaginar. Esta gente es toda lo mismo que Santiago Noriega, pero de diferentes sectores.

—Bueno, tampoco me extraña, la verdad.

Me probaba un vestido con tachuelas doradas en las hombreras, dándole sutilmente la espalda a Yon para que mi cerebro no hiciera cortocircuito, cuando unos nudillos llamaron a la puerta. Miren asomó justo después.

—Vuestros compañeros de obra han llegado. Acaban de bajar del autobús —dijo con una cara muy rara.

De camino al porche de recepción y justo antes de doblar la esquina, Miren nos dejó caer una ligera advertencia.

—No os dejéis llevar por las apariencias. Son buenos, os lo prometo…

Parecían La banda del patio. Menudo cuadro de comedor. Uno iba vestido del Coronel Tapioca, con su barriga peluda viéndose bajo la camisa de explorador. Tres eran la versión hortera de *Upa Dance*, que ya es decir. Dos *punkys*, con sus crestas y todo. Otra con toda la ropa manchada de barro, a saber por qué. Un doble de Freddie Mercury. Y el resto entre raperos arrastrando pantalones y rastafaris, incluido un enano, que parecía el más loco de todos. Todo un abanico de ideas carnavaleras.

—Dieciocho años… —siguió Miren, apurada—. Al final el grupo de actores al que les había fallado el promotor han resultado ser los estudiantes de primero de la escuela… es lo que hay.

Yon me miró de reojo, cogiendo aire con inquietud.

—Saldrá bien —lo alenté.

No contestó. Pero supe ver en su expresión que no lo tenía nada claro. La que no tenía claro lo que iba a hacer si a mi corazón seguía sucediéndole lo mismo con el brillo sus ojos…, era yo.

21

Miren nos presentó a la panda de supuestos artistas explicando después que irían a dejar su equipaje y que a las seis todos debíamos estar en el escenario exterior. Eso y que nos preparásemos mental y físicamente para tener que repetir la obra hasta la hora que hiciese falta, que además también debíamos escenificar en el salón interior.

—Vosotros dos, venid conmigo —nos ordenó a Yon y a mí y echó a andar a toda mecha—. ¿Habéis notado alguna anomalía en vuestro vestuario?

—Bueno, aún no nos ha dado tiempo a probarnos el disfraz del baile de máscaras —dije casi corriendo detrás de ella.

—Y el de los secundarios tampoco los hemos revisado —añadió Yon apresurado.

—Mañana es el ensayo general y eso tiene que estar solucionado. Vosotros dos tendréis la ropa lista en el cubículo para vuestros cambios. La llevaréis vosotros, claro. Y ni que decir tiene que esos cambios de ropa se harán con la mayor fluidez posible, ¿entendido?

Me empecé a poner nerviosa. Aquello no era de alto nivel, pero la gente que nos veía sí. Eran los peces gordos del país y me estaba empezando a entrar de todo por el cuerpo. Si a eso le sumábamos que iba a volverme loca en mi lucha contra mis reacciones hormonales ante el tío por el que más rechazo había sentido durante toda mi vida, la exaltación estaba servida.

—¿Y a qué hora actuamos el lunes? —pregunté inquieta.

Miren continuó caminando, colándose a toda velocidad en el interior de la sala de vestuario. Una vez allí chasqueó sus dedos con brío y nos pidió que rápidamente nos probásemos el traje que nos faltaba. Nunca me contestó.

—¿Actuaremos en el escenario exterior la primera vez? —le preguntó Yon dando saltos, intentando quitarse las zapatillas.

Miren no le quitaba los ojos de encima. Yo estaba ya en sujetador y bragas buscando mi vestido.

—Primero vamos a ver cómo sale el ensayo general mañana y valoraremos si está listo para representar el lunes… —A Yon sí le respondía, por lo visto.

—¿Y si no?

—Lo haréis el martes. No pasa nada. Hay mucha oferta de actividades para los clientes y, aquí en confianza, no me fío mucho del

recién llegado reparto. Prefiero asegurar.

Escuché a Yon resoplar de alivio.

Mi vestido era de gasa celeste y con motivos dorados preciosos, así como celestial, y llevaba una diadema de halo religiosa, todo muy virginal y acorde con el personaje. Yon iba de una especie de guerrero bastante chulo.

—Espera, que te ayudo a ponerte la armadura. —Miren se acercó a Yon, girándolo en mi dirección para atarle a las correas a la espalda.

A mí se me acababa de enredar la diadema en todo el pelo y no veía una solución rápida, pero ¡qué más daba! Empecé a tironear de la aureola y emití un quejido inevitable en uno de los intentos fallidos por desenredar mi pelo. Me estaba agobiando un montón porque tenía pinta de ser muy cara y solo me faltaba romperla y tirarme hasta septiembre limpiando mierda de caballo. ¿Pero cómo se había liado eso así en un maldito segundo?

Yon atrapó mi mano de pronto.

—Para. Déjame a mí —me dijo.

Me solté de su contacto enseguida.

—Ya lo hago yo.

¿Que me tocara el pelo mientras yo inspiraba su olor y sentía su respiración en mi cara? No, gracias. No iba a consentir que cruzara límites raros de los suyos para que luego arrugase la cara. Porque, si lo pensaba, eso de que frunciera el ceño cuando le miré la boca… qué te parece, ¡si se había acercado a dos jodidos centímetros para preguntarme qué leía, casi no me quedó otra! ¿Y lo de darme toquecitos en la pierna para que lo despertara? Y ese rollo que se traía de profesional dándome lecciones de besos a lo «puedo hacer cualquier cosa, chata, tú eres la problemática», se iba a acabar. Solo tenía que hacer algo radical. El momento de intentar ser su amiga para redimir mi mala actuación con él había expirado. Ya éramos amigos. Así que distancia de amigos, guapito.

Yon me miró mal, pero sus miraditas a lo X-Men ya no me afectaban. Me giré y anduve unos pasitos hasta un espejo ornamentado en la pared mientras Miren murmuraba un «¿qué os pasa?» concentrada en terminar de atar la armadura. Ninguno contestó. Con suma paciencia empecé a tirar de mechones finos de mi pelo largo hasta deshacer el entuerto, que una vez tuve forma de visualizarlo en el reflejo, no fue para tanto.

Miren nos pidió que nos colocásemos juntos porque estábamos increíbles y quería hacernos una foto, que la esperásemos un momento. Abrió la puerta del almacén de atrezo y desapareció entusiasmada.

Mientras tanto, Yon y yo nos posicionamos al lado, a punto de

tocarnos, pero sin hacerlo, dando la espalda al espejo. Mirábamos al frente, bastante rígidos.

—Eres una estúpida.

—Y tú un metomentodo.

—Tienes un nudo de pelo detrás del tamaño de un nido.

—Y tú tienes la espada metida en la entrepierna. Ten cuidado a ver si te vas cortar cierta zona sensible, Espartaco.

—Eso no es de tu incumbencia, Aura.

—Mi pelo tampoco es la tuya, Yon.

—¿Te ha molestado que quisiera ayudarte? —Cambió el tono a más relajado.

—Deja ese rollito condescendiente conmigo, por favor.

—¡¿Qué?! —Me miró con expresión X-Men.

—¿Lo ves? —dije ofendida.

Yon parpadeó, observándome con detenimiento. Luego aclaró su garganta para hablar.

—Perdona mi atrevimiento, pero… he… he notado algunas cosas extrañas en ti… ¿Qué pasa, te… te gusto? Porque eso sería un enorme probl…

—¡Qué me vas a gustar, por Dios! Si eres igual de sexi que un cubo.

—Pues mejor.

Miren apareció con la cámara de fotos en la mano y ambos cerramos el pico. Al notar que la luz era escasa nos pidió salir a la explanada principal, donde el sol pegaba de lleno. Pero antes le pedí que revisara mi pelo y enseguida se hizo de un peine y me lo preparó, mientras Yon y yo nos dedicábamos miradas hiladas de rabia y él se recolocaba la espada disimuladamente. Ya en el exterior, Miren nos posicionó de forma que los frondosos pinos donde habíamos estado comiendo se apreciaran de fondo.

—Cógela de la cintura, Yon —le indicó—. Y tú apoya las manos en su pecho, Aura. Y miraos el uno al otro.

Lo hicimos. Yon no paraba de mover sus ojos sobre los míos con lentitud y yo simplemente hice mi papel.

—Perfecto.

Nos soltamos como si quemáramos.

El resto del tiempo lo empleamos en revisar el vestuario restante y, excepto un par de cosillas, todo estaba en orden. Media hora después el equipo al completo estaba clavado en el escenario de piedra exterior, llamado Arena, ese en el que Yon y yo nos habíamos tendido sobre su manta navideña tres días atrás. Todo el nuevo reparto traía las mismas pintas horripilantes que a su llegada menos la chica del barro, que al menos se había puesto ropa limpia.

El decorado estaba en plena en fase de montaje debido a la

incertidumbre sobre la puesta en marcha de la obra hasta el día anterior, lo cual significaba que íbamos a ver a gente en movimiento constante mientras estábamos allí.

Lo primero que ensayamos por orden de Miren fue el baile. Se mezclaban dos canciones, al principio coreografiábamos *Crazy,* de Aerosmith, y después venía *Still loving you,* de Scorpions, en la que Yon y yo tendríamos los diálogos de nuestro primer encuentro mientras el resto bailaba de fondo. La escena musical completa duraba unos cinco minutos. Recordé cual era mi texto allí y sonreí en mi interior al comprobar que lo tenía bastante claro. Era el final del primer acto y una escena que había repetido en mi cabeza mil veces.

Los técnicos de sonido esperaban la señal de Miren para poner la pista de audio en marcha. Los focos parpadeaban con sus luces suaves y en mi mente me imaginé la escena por la noche, con todos ya vestidos, y me recorrió un escalofrío.

Más de dos horas intentando cuadrar solo el baile. ¿Y por qué? Pues porque Aura Peña García, osea yo, se desconcentró a los veinte minutos y empezó a pisar a todo el mundo. ¿El motivo? Yon y yo nos tocábamos fingiendo estar enamorados, pero la realidad era que seguíamos furiosos.

Su contacto visual agarrando mi mano, cogiendo mi cintura, haciéndome girar… sin dirigirnos la palabra, me encendía. Bombillas de euforia y rabia enredando mis costillas. Y como no entendía cómo esa persona me estaba haciendo sentir aquello, me cabreaba. Cambiábamos de pareja y todo se apagaba… y cuando volvíamos a tocarnos me encendía de nuevo. Y mi mente empezó a desbaratarse… Mi cuello ardía con aquel baile de san Vito que mi cuerpo marcaba vergonzosamente, incapaz de interiorizar nada.

Íbamos por el octavo intento cuando pisé por segunda vez al Coronel Tapioca, que encima olía a estiércol.

—Pero tía, ¡concéntrate de una maldita vez! ¡Eres un desastre!

—Lo siento…

Un silbido ensordecedor nos detuvo a todos. Miren me miraba con un infierno en los ojos. Se giró hacia el técnico, situado a lo lejos en la zona del público, y con la cara desencajada le indicó que quitara la música con el gesto de cortarse el cuello.

—Sal de ahí —me ordenó tajante.

—¿Qué?

—Abandona el escenario.

—Pero…

—No permites avanzar al grupo. Ya conoces los pasos y estás bloqueada. En tu tiempo libre te pones con ello y mañana será otro día… Date una vuelta y cuando empecemos con el texto te incorporas.

—Déjame intentarlo una última vez, Miren, por favor.

Su forma de plegar los labios me aclaró la respuesta.

Agaché la cabeza y eché a andar con lentitud hacia la escalera trasera, sorteando materiales en el suelo.

—Bueno, chicos, seguimos… lo estáis haciendo muy bien. Vamos a cogerlo desde el giro.

La música empezó a sonar de nuevo. Iba a echarme a llorar, pero no podía permitirme eso, no era el momento. Por la noche ya me desahogaría lo que hiciera falta. Me colé en el cubículo que habían montado a modo de camerino a la derecha y cerré la puerta. Un espejo rodeado de bombillas sobre un mostrador y un par de sillas plegables reinaban al frente, un burro vacío y un armario de metal en la pared derecha, y un biombo con motivos japoneses cerrado en la esquina izquierda. No era ni grande ni pequeño. Cabían dos personas de forma holgada.

Me senté en una de las sillas, apoyando mis codos en el tocador, y agarré mi cabeza con mis manos. Me di cuenta de que era una lerda inexperta en gestionar sentimientos, y es que todo en mi vida me había salido bastante rodado emocionalmente. Casi ni estaba segura de haberme enamorado nunca.

Intenté bloquear mi mente para poder trabajar y desempeñar mi papel. No podía volver a cagarla. Toda la ebullición de cosas por dentro tenía que ser aislada porque me la estaba jugando. Me acordé de uno de los vídeos que había visto en YouTube y una chica decía que la mejor forma de salir de un bloqueo era poner la mente en blanco y respirar de forma ordenada y constante durante al menos cinco minutos seguidos. Me puse a ello. Al tercer intento, lo logré.

Cuando me sentí tranquila salí del cubículo y anduve un poco para tomar el aire, escuchando la música retumbar al fondo. El sol aún proporcionaba una magia amarilla envolvente y cautivadora. Me acordé de que Karen tenía ensayos duros también ese día y solo deseé que los clientes llegaran y todo se pusiera en marcha de una vez para que pudiésemos relajarnos un poco.

Unos dedos me llamaron por la espalda. Me giré. Era una de las chicas Upa, con dos cocas en la cabeza con cintas de colores y cascabeles, vestida de Beatriz Luengo en versión pastillera.

—Miren me ha dicho que te avise. Vamos a pasar al texto.

Le di las gracias y suspiré, siguiéndola. No quise preguntarle nada. Cosa que hubiera hecho en otro momento para afianzar confianza con la que iba a ser mi compañera de trabajo durante tres meses si todo salía bien. Pero debía llegar con la concentración al máximo.

Subí al escenario y todo el mundo estaba en completo silencio y formando un semicírculo atendiendo a Miren. Nadie me hizo ningún caso y todo continuó con normalidad. Me coloqué en un hueco que vi

libre, cercano a un extremo. Miren se cercioró de que los micrófonos que colgaban de la estructura del techo estaban activados y luego nos indicó las colocaciones por actos. Yo debía situarme entre bambalinas hasta que mi ama (la chica del barro), me llamase y entrara en escena, y eso hice.

Yon y yo cruzamos un par de miradas en ese proceso, en la misma tónica vasta y seca anterior a mi «gran baile». Veríamos cómo acababa yo el día.

Gracias al cielo solo tuvimos que repetir el tercer acto y no era una escena de Julieta. Era en la que Teobaldo (uno de los raperos) mata a Mercucio (otro de los raperos). Miren estuvo a punto de echarlos, como a mí, pero en la cuarta lo clavaron. Luego pasamos al otro escenario, el del salón dentro del edificio principal del complejo. Miren nos dijo que haríamos dos vueltas completas a la obra y entre ellas dispondríamos de media hora para cenar. Le gente empezó a protestar muy alterada argumentando que no daba tiempo y ella hizo oídos sordos. Yon y yo hilamos las pupilas otra vez en ese momento.

Habíamos estado interpretando y como siempre que me concentraba por entero en lo que hacía, no sentía ni padecía. Era mera actuación y además con presión doble para no fallar, de modo que casi ni recuerdo nada de aquel ensayo con él.

El salón estaba totalmente modificado con respecto al primer día. Era un espacio para cenas que se transformaba en pista de baile y, en ese momento, decenas de mesas redondas de mantelerías impolutas y montadas a la perfección ya esperaban listas a los futuros clientes. Vi pasar a Esmeralda llevando una bandeja y la saludé con la mano. Ella me devolvió un gesto que vino a decir «estoy para que me tiren a los leones». Vamos, que andábamos todos agotados. Me acordé de mis padres y de qué hubiesen dicho ante eso. Mejor no lo pensaba.

Primer ensayo correcto. Un foco fundido, un par de confusiones y poco más. Aunque nos saltamos el baile para aligerar. Eran las once y dieciocho minutos. Miren tuvo piedad y nos cedió hasta las doce para cenar. La gente echó a correr a las cocinas como fieras.

—Menudas horas de cenar —iba cantando el doble de Freddie Mercury, que hacía de Benvolio, mientras bailaba un vals con otra saliendo del salón.

Apreté mis labios.

—Esta gente está chalada… —nos susurró Miren a Yon y a mí en *petit comité*—. Pero son buenos. —Se llevó la mano al pecho aliviada. Luego me señaló—. Y tú ponte las pilas.

—Sí —contesté.

Después Miren miró a Yon con ojitos.

—Lo has hecho increíble, sigue así. —Le tocó el brazo y se marchó a hablar con uno de los técnicos.

—Tiene razón. —Yon se dirigió a mí.

Lo busqué con gesto incisivo, cruzándome de brazos.

—¿Cómo?

—Miren… —aclaró serio—. Tienes que ponerte las pilas.

—Habló el experto… Gracias, Yon, muy perspicaz.

—No me gustaría que te echaran.

—Ahh… ¡claro! Es que a mí sí —lancé con ironía—. Justo estaba pensando ¡voy a bloquearme y a pisotear a todo el mundo en el ensayo, qué gustazo!

—Es que ya te ha pasado unas cuantas veces…

—¡No lo controlo!

—Tampoco hace falta que me grites —murmuró calmado—. Somos compañeros y solo intento echarte una mano.

—Pues deja de hacerlo, ya me las apaño.

Eché a correr como el resto del elenco y lo dejé atrás sin miramientos. Muy cabreada conmigo.

No sabía qué me fastidiaba más. Si que el Recorre cementerios de Yon López me gustara. No ser capaz de aislar eso de mi trabajo para perseguir mi sueño por encima de todo. O lo que es peor y más desconcertante…, que Yon me viese como mera, simple y llana compañera de reparto.

22

En cuanto pisé las cocinas apretando los puños y vi a Alberto mirándome con fantasía supe que iba a hacer algo drástico. Me llamó en un gesto con la mano para que me pusiera junto a él en la fila. Fui controlando los borbotones de furia en mis venas. Desconocía cómo diablos iba a llegar a dar con la dosis justa de armonía, acuerdo y compenetración con Yon y aquello estaba empezando a resultarme un problema enorme.

—¿Cansada?

Alberto sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—No lo sabes bien… —Cogí aire y lo solté, para bajar mi alteración, dejando caer mis hombros—. Y para colmo no paro de bloquearme una y otra vez.

—Ya, claro…

—¿Ya, claro? —Arqueé una ceja y le di un codazo.

—Es que sé por lo que es.

—Vaya, también eres clarividente… —Me reí lanzándole una mirada furtiva. Estaba guapísimo—. A ver, ilumíname.

—Tienes que soltar tensión. Ya sabes… —Me guiñó un ojo.

Me reí más y él también. Avanzamos en la fila.

—¿Acabarás muy tarde? —me preguntó.

—No lo sabemos. Nos queda un último ensayo que como mínimo serán dos horas… ¿y tú?

—Yo también tengo trabajo. Tengo que diseñar algunas actividades adaptadas, pero estaré en mi bungaló. ¿Te pasas luego?

—No sé… —Me mordisqueé una uña—. Es que será muy tarde y no quiero molestaros… —Agité mi cabeza—. Olvídalo. Sí. Me paso.

—Buena chica… —Alberto clavó sus ojos oscuros en los míos—. Dejo la llave bajo el felpudo.

—Perfecto.

—Bungaló 8.

—Lo recuerdo. —Sonreí.

—Mi habitación es la del centro. Por si estoy dormido.

—¿Y te despierto?

—Sí.

—¿A cualquier hora?

—A cualquier hora.

Me sentí eufórica. Como cuando ayudé a mi sobrino Noel a conseguir decir la palabra «helicóptero». Deduje que, llegados a ese

punto, lo mejor y más práctico que podía hacer era darle un meneo a mi cuerpo y al menos intentar cambiar cómo me sentía. No podía quedarme con esa sensación de fracaso dentro que parecía seguirme como un perro a su amo. Demasiada frustración enquistada que tenía que liberar.

Uno de los actores secundarios se acercó a mí y me dijo que habían acordado comer todos en el escenario del salón, donde ensayábamos. Me uní a la propuesta y todos fuimos llegando en cuentagotas, sentándonos aquí y allá. Yo lo hice junto a la chica del barro, mi ama en la obra. Yon no se sentó junto a nadie, en su tónica habitual de siempre, aunque vi que uno de los rastafaris se acercaba a él.

La chica del barro se llamaba Alicia y me comentó que estaba flipando por haber sido contratada en el complejo, que era un sueño para ella solo por llevar aquel vestuario. Después me contó que había venido llena de barro todo el viaje porque se ganaba la vida precisamente haciendo peleas de barro. Sus compañeros le habían robado la ropa limpia en una broma y el conductor del autobús la había dejado entrar básicamente porque era su padre. Flipé.

Miren empezó a dar palmadas diciendo que teníamos diez minutos para terminar de comer. Acabé mi sándwich de cangrejo a la velocidad de la luz y los aproveché para marcar en mi mente los pasos del baile. Un, dos, tres, cuatro. Giro mientras uníamos las manos en el centro con nuestra pareja. Palmada. Paso derecho, paso izquierdo. Y hacíamos de nuevo lo mismo hacia el otro lado. Luego cambio de pareja y repetíamos.

Cuando empezamos el ensayo y llegamos a la parte del baile le rogué a Miren que me dejara hacerlo y me lo permitió. «Dos intentos», me advirtió. Lo hice sin equivocarme ni una sola vez. Sonreí por inercia al terminar, cuando Yon ya empezaba su diálogo, agarrando mi mano con suavidad: *«Si con mi indigna mano he profanado tan divino altar, perdonadme…».*

Tres y media de la mañana. Mi alma tumbada en el suelo clavando las uñas en la gravilla y yo tirando de ella hasta casa de Alberto. No sabía si quería que estuviese despierto y empecé a dudar de si lo despertaría en el caso de que durmiese. Quizás dejara que mi cuerpo se escurriera hacia el suelo y me hiciera la muerta. Me abracé la cintura sintiendo un poco de frío con la camisetita que llevaba puesta, que además olía raro de todo el día batallando, pero no sé por qué sospechaba que a Alberto eso le daba igual. No iba a ponerme ninguna excusa para no ir a verlo porque mi desesperación por salir del pozo en el que empezaba a sentir que me caía sin ver el fondo era descaradamente mayor.

Subí los dos escaloncitos al porche débilmente iluminado y me

agaché para levantar el felpudo donde pude leer «Mierda, ¿otra vez tú?». Cogí la llave entre risas dudando si habría sido idea de Alberto, tampoco lo conocía tanto.

El interior del bungaló estaba bañado por la luz añil de la luna. Un par de ventanas abiertas en el salón hacían que las ligeras cortinas blancas se zarandearan con la brisa. Estaba estructurado exactamente como el nuestro. Enseguida puse mis ojos en la habitación central y anduve con cuidado de no hacer ruido, alargando mi mano en el avance para sujetar la manilla.

No me dio tiempo. La puerta se abrió sola y Alberto apareció sin camiseta, con su torso moreno esculpido, pidiéndome silencio con el dedo y una sonrisa de infarto.

Pasé dentro y cerró la puerta con sigilo. Dejé la llave sobre su cómoda, donde también tenía un ventilador, que estaba apagado. Hablamos entre susurros.

—Estoy muerta —le dije desprendiéndome de la mochila.

—Y yo…

Sonreímos.

Había un flexo rojo encendido en la mesilla y la cama estaba llena de papeles. Alberto los recogió amontonándolos en una mano y los metió dentro de un cajón en la cómoda, moviéndose con sus pies descalzos por la habitación.

—Siéntate… —me ofreció—. ¿Quieres algo de beber?

—No… he bebido agua al terminar el ensayo—. Sonreí señalando mi mochila en el suelo, donde tenía la botella.

—He flipado al escuchar la cerradura —afirmó Alberto cogiendo una camiseta tirada de mala manera en la única silla de la habitación y se la puso.

Eso me sorprendió. Me pareció que Alberto, de pronto, al estar frente a lo que había deseado desde que me vio, echaba un poco el freno. No consideré por ningún momento que fuese porque le imponía mi presencia, timidez, ni nada por el estilo. Más bien que así haría mejor el nido. Reconozco que me gustó. Yo ya iba allí a eso, de modo que no había motivos para ponerse prendas con objetivos persuasivos, sino más bien para ceder comodidad al momento.

Alberto se dirigió a la cómoda y cogió algo.

—¿Jugamos al Reloj? —Me enseñó una baraja de cartas.

Me reí sonoramente y él aleteó una mano para que bajara el tono, riéndose también. Se acercó a la cama y los dos nos acomodamos sentados frente a frente, doblando una rodilla sobre el colchón. Había jugado mil veces con mi sobrino al Reloj, a ese y al de La Mona. Creo que eso ayudó otro poquito más a aclimatarme al entorno de Alberto.

El movimiento de sus manos morenas barajando con habilidad

ya me hizo querer tocarlo, aunque no lo hice. Él fingía estar muy concentrado en lo suyo, pero sabía de sobra el efecto que me causaba. Se respiraba una tensión evidente en el aire.

—El mejor preliminar del mundo… —murmuró.

Me reí por la nariz. Alberto tenía un punto encantador e irresistible que dominaba a la perfección.

—No negaré que es el más original que nunca he practicado —admití—. Y encima este, que hasta aprendo a contar horas y todo.

—Lo hago con los niños de las extraescolares a veces.

—Al menos no me has propuesto algo del tipo atrevimiento o verdad… O peor. Una mamarrachada de esas americanas como lamerse partes del cuerpo con comida o hacer un *striptease* bochornoso para sepultar la libido del otro.

Alberto agachó la cabeza riéndose bajito, sacando los comodines de la baraja.

—Para ser actriz tienes un alto sentido del ridículo…

—No soy actriz. Bueno, quiero decir que no tengo formación sobre ello. Más bien, mi representante Débora supo que estaba a punto de berrear en su despacho por conseguir un trabajo y le di mucha pena.

—Osea que has hecho un Jennifer Lawrence… —dijo empezando a repartir.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté sorprendida.

—Wikipedia. —Negó con una mueca muy sexi—. No, qué va. Mi hermana Blanca es muy fan de *Los juegos del Hambre* y de esa actriz. Me dijo que no había estudiado interpretación y que aprendió observando a la gente.

—La diferencia es que ella convenció a sus padres para que la llevaran a una agencia con catorce años. Yo a los míos no los habría convencido ni volviendo a nacer —dije colocando las cartas bocabajo en mi mano—. Tuve que dejar mi carrera y hacerlo todo sola.

—Y querías ser artista, ¿no?

—Quería que un agente me llevara y ganarme la vida con mis habilidades, haciendo publicidad, sobre todo. No necesitaba formación, solo una oportunidad… Tengo compañeras que fueron Mises de alguna provincia y ahora viven de ser modelos.

—Ya… a veces el talento no requiere formación para ser demostrado a un nivel profesional. Tú eres la prueba. Seguro que tu jefa se arriesgó dándote el trabajo porque sabía que lo harías de miedo.

—Esto es a nivel *amateur*, es distinto. Y que sepas que mientes fatal. —Me reí—. Sabes que cuando nos viste en el merendero me equivoqué mil veces…

—Eso era porque yo te ponía nerviosa.

Sonreí. Si él supiera que era por el maldito Recorre cementerios…

Los dos ajustamos nuestras cartas bien apretaditas en la mano y empezamos a jugar. Fue la primera vez que sentí emocionante un juego tan simple. Al terminar esparcimos las cartas sobre la cama para que se desordenaran y nuestros dedos se rozaron. Primero sin intención, luego con un lenguaje propio. Barajé en mi turno y, mientras repartía, nuestras miradas se encontraron. Me pareció que todo se espesaba un poco.

En la tercera ronda a Alberto se le cerraban los ojos y bromeó con jugar tumbados para estar más cómodos. Yo creí que era claramente para endiñarme la cebolleta, pero resulta que cuando nos tumbamos no fue así… El agotamiento era compartido.

—Hueles muy bien… —dijo en estado de duermevela, con su cara pegada a la mía y su mano sobre mi cadera.

—Qué va… si ni he pasado por mi casa —murmuré dejando caer mis párpados. Estaba a punto de entrar en fase REM, pero era muy consciente de que olía a tortuga.

Nos quedamos dormidos como troncos, tendidos sobre un improvisado lecho de cartas.

Me despertó la nariz de Alberto, hundida en mi cuello. Mi reacción fue removerme abriendo lentamente mis ojos y cogiendo su cabeza con suavidad, internando mis dedos en su espesa mata de pelo. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la claridad del amanecer bañaba ya la habitación.

La palma derecha de Alberto bordeó mi silueta, arrastrando un poco mi camiseta. Su mano decía una cosa sobre todas las demás: experiencia. Sabía colocar a una mujer en el lugar idóneo, a la temperatura adecuada, con las palabras precisas y la mirada cautivadora justa para no hacerla marchar y que a su vez no deseara otra cosa que quedarse… Ahora sí, la cebolleta me apuntaba.

Me dejé llevar. Hundí mi lengua en su boca cuando él se acercó con la suya y nos besamos, envolviéndonos con los brazos, girando hasta que el peso de su cuerpo perfecto quedó sobre el mío. Las prendas fuera, los ojos abiertos, las sonrisas cálidas y las ganas de un poquito de euforia matinal disparadas.

Diez minutos después estaba dentro de mí y yo disfrutaba de sus embestidas expertas, voraces a veces, otras sinuosas como el mecer de las olas. Me balanceé y puse todo mi empeño en disfrutar. En que los ojos de Yon no acecharan por sorpresa en mi mente y aumentaran mi rabia.

No sé si lo conseguí…

Cuando Alberto me pidió que me tocara mientras se hundía en mi interior con ritmo constante y potente, lo logré. Me corrí. Muy

excitada. Él enseguida también. Pero experimenté una sensación totalmente nueva para mí. Estaba segura de que Alberto me gustaba, me atraía un montón y me apetecía hacer lo que acababa de hacer. Sin embargo, no supe distinguir eso de la forma en la que me gustaba Yon en aquel momento. Creí que mi frustración iba a calmarse si daba mecha a mis deseos primarios, permitiendo que la confianza aumentara con Alberto. Que no intimidad. Yo no intimo con un perfil de chico como Alberto y lo aprendí hace tiempo. Yo tengo orgasmos con un perfil de chico como Alberto y quedamos como los mejores amigos. Un proceso en el que normalmente ellos seguían insistiendo para atraparme emocionalmente, pero yo cortaba. Aunque como digo, mi frustración no amainó y al terminar de jadear tras mis palpitaciones, más bien… sentí que me ahogaba.

La única diferencia que supe ver con respecto a otras veces, fue que nunca lo había hecho con ese perfil de chico gustándome otro en ese momento, o al menos no al nivel de obligarme a tener que meditar sobre ello. Y eso me angustió hasta el punto de cortarme la respiración. Porque me corroboró que, lo que fuese que Yon había despertado en mí, no iba a abandonarme tan fácilmente.

—Debería ir yéndome, Alberto… —le susurré embotada, con la cabeza sobre la almohada.

—¿Ya? Solo son las ocho y media.

—Hemos quedado a las diez para ensayar y tengo que ducharme, desayunar… —y descansar un poco más si puedo. Pero eso no se lo dije. Me sentía exhausta.

Salí de allí sintiendo que mis rodillas no me sostenían y creí que me caía redonda al suelo. ¿Era una bajada de azúcar?

Mi vista se volvió borrosa y tuve que apoyarme en la baranda del porche del bungaló 11, incapaz de respirar. Me sentía como cuando me hacía una analítica y veía el tamaño de la jeringuilla. Tragué, angustiada y desorientada. «Acabas de tener un orgasmo, Aura, ¿qué es lo que te pasa? Vale, sí, no te ha hecho levitar hacia nubes brillantes, pero ha sido un buen orgasmo. Vibrante. Correcto. Placentero. Poderoso. Liberador…». Todos esos términos eran positivos, ¿no?

El aire matinal fue un bálsamo de miel. Esperé un poco hasta que sentí que el malestar se diluía y en cuanto pude aclarar mis ideas supe que tenía que pedir consejo. Me había resistido a hacerlo y no podía más. Necesitaba llamar a mi hermana.

23

Salí corriendo a toda velocidad y en cuanto pisé mi habitación la llamé, hiperventilando. Susana me colgó. Insistí con dedos trémulos. Volvió a colgar. Miré la hora. Mierda. Ni había caído en que algunos domingos mi hermana tenía esas dichosas jornadas.

Susana.

¿Qué pasa? Estoy en la conferencia
de gestión administrativa que te dije.
Hasta la hora del desayuno
no puedo hablar.

Intenta que sea antes de las 10, por favor.

Voy a ver si puedo escaparme.

Tiré el móvil en la cama lloriqueando y abrí el armario blanco para coger lo que me pondría para el ensayo general entre suspiros. Pensé en los cambios de vestuario y elegí ropa interior medio decente. Unas braguitas de algodón verde menta con encaje gris y un sujetador a conjunto. Me acordé de los calzoncillos de Yon en el cambio del día anterior, de tela burdeos, y apreté mis ojos con fuerza. No eran nada atractivos. Me refiero a que no se pegaban a su cuerpo, no marcaba paquetón, ni culito prieto, y por supuesto Yon no tenía ninguna intención de provocarme una reacción perturbadora. Sin embargo, en la ducha, mientras enjuagaba mi pelo, un burbujeo serpenteaba en mi estómago y la imagen seguía incrustada en mi cabeza. Iba a volverme loca. ¿Qué clase de embrujo era aquel? ¿Tan fácil de conquistar era?

Salí del plato de ducha y a la altura del pecho enrollé la toalla, que dejé caer sin secarme y empecé a vestirme a trompicones. Camiseta, shorts, zapatillas… Todo empapado al segundo y mi pelo chorreando. Abrí la puerta sin mirar y me choqué con alguien, a quien pisé. Ostras. Karen lanzó un alarido y empezó a saltar a la pata coja, sujetando su pie descalzo.

—¡Perdona! —exclamé llevándome una mano a la boca.

—¡Mija… ten cuidadito de cómo vas por el mundo, que mis pies son mi instrumento de trabajo…!

—Lo siento. Espera, te pongo hielo. —Fui veloz a la cocina.

—No, mujer, ha sido un pisotón tonto. Ya se me pasa… —Apoyó el pie en el suelo con cuidado y fue directa a la cocina, cojeando un poco, envuelta en una bata liviana estampada. Cogió la cafetera

preguntándome—. ¿Dormiste anoche aquí?

—Sí.

Karen se volvió hacia mí de golpe, con el ceño fruncido.

—No —rectifiqué.

Silencio tenso. Rellenado por el sonido del líquido marrón cayendo en un par de tazas.

—¿Con quién? —escuché después—. ¿Con el prohibido número uno, o con el dos?

—¿Qué? No sé cuál es el uno y cuál el dos… —murmuré con malestar, bajando la vista al café que Karen me servía.

Fui a por la leche.

—¿Alberto?

—¿Cómo lo sabes? —La miré sin poder sonreír.

—Es mucho más descarado. Simple descarte.

Serví la leche en las tazas con la mente queda.

—Voy a salir a por dónuts y bollos de pan calentitos, ¿te traigo? —le ofrecí, en un intento por escapar del trance.

—Trae también mermelada de uvas al ron.

Volteé los ojos y de pronto oí sonar mi teléfono en la habitación. Mis latidos se dispararon. Era mi hermana. Miré a Karen suplicante, uniendo mis manos a modo de rezo y añadí un puchero.

—Tengo que cogerlo. Te importa si…

—Vaaale… yo voy. Pero la colada te toca a ti.

—Gracias.

Corrí hasta el sonido del teléfono como un preso hacia la libertad.

—Susana… —musité al descolgar, cerrando la puerta.

—¿Qué ocurre? Me has asustado.

—Es… —Me senté en la cama, derrumbada de pronto, haciendo fuerza para no llorar—. Estoy… mal.

—¿Por qué?

—Me siento rara. Muy rara…

—¡¿No te encuentras bien?! ¿Te han hecho algo? ¿La has vuelto a liar? ¿Vamos a por ti? —lanzó en un segundo.

—No… —gimoteé, restregando el talón de mi mano en un ojo.

—Es… ¿por Yon? ¡¿Te ha pegado?! —gritó enloquecida—. Porque si te ha pegado te juro que…

—No, joder… —me puse seria, deteniendo el llanto—. No me ha pegado… ¿acaso tú lo crees capaz de eso?

—Pues… no. No lo creo. Pero como me contaste la que tenéis liada… Pero no. Claro que no. Al menos de adolescente era lo más inofensivo que te podías echar a la cara…

—Y poco hablador…

—Sí —dijo risueña—. Estaba todo el día en su mundo. Leyendo

esos tebeos y cómics con los que perdía la noción del tiempo.

—Ahora también lee manga.

—Puagg… te cagas. Recuerdo que tenía un dragón morado de mascota al que puso Donatello, como el de las *Tortugas Ninja*.

—Y visitaba cementerios.

—Era para ver estrellas… —Susana se rio.

—Pero eso no lo hace cualquier adolescente, no me jodas…

—Eso sí. Le encantaba estar solo en la oscuridad.

—Y se automarginaba —moqueé en silencio, para evitar que me oyera.

—Ahora que lo veo en la distancia… sí que era raro. Mucho.

—¿Entonces, por qué me gusta?

—¿Qué?

Me eché a llorar.

—Madre mía, Aura… —dijo compasiva—. ¿En diez días?

—Me di cuenta al sexto… —berreé.

—Pero qué… ¿qué habéis hecho? ¿Qué…?

—Él, nada… Yo, el idiota… Tenemos que interpretar a dos enamorados y besarnos en la obra… Es que no te lo he contado, hacemos *Romeo y Julieta*.

—Vaya… —Se hizo un silencio enorme—. No sé qué decir… me dejas bastante sorprendida.

—¿Te molesta? —le dije preocupada.

—¿El qué?

—Que me guste.

—Cómo me va a molestar… No, mujer…

—Fuisteis novios —musité.

—Hace mil años, éramos unos críos. Lo siento del Pleistoceno. Me dejas sorprendida porque creí que Yon… al margen de que lo hayas tenido que odiar por mi culpa durante estos once años…, no era tu tipo. Hasta llegué a pensar que te parecía repulsivo.

—Y me parecía… —Me angustié de nuevo, sin poder creerlo.

—¿Y por qué lloras de esa manera?

—Eso digo yo… —Limpié mis lágrimas y me acomodé en la cama, mirando al techo entre suspiros—. Es que… creí que se me pasaría… que era una gilipollez. Empecé queriendo resarcir el haberle pegado, pero pasamos mucho tiempo juntos. Estamos todo el puto-día-juntos —escupí con rabia, apretando mis dientes—. Y es… muy amable conmigo. Demasiado para haberle hecho vomitar de un puño. Creí que quería vengarse de mí y me descuadró cuando hizo todo lo contrario.

—Eso sí…

—¿El qué…?

—Que sería un friki, un marginado y todo lo que tú quieras…

pero no era nada rencoroso. Y por lo que veo eso no ha cambiado. Es… una buena persona.

Un gusanillo de nervios me arañó las tripas. Confirmar que Yon era bueno de la boca de mi hermana me produjo aún más atracción hacia él.

—Tal vez lo que te ocurre es que no aceptas el cambio —siguió Susana—. Es normal que te sientas desconcertada. Llevas mucho tiempo con un concepto de Yon impreso en tu mente y eso ha cambiado en muy poco tiempo. Y en varios sentidos…

Asentí en silencio, mordiéndome el labio. Eso debía ser, sí.

—Qué tengo que hacer —le pedí desesperada—. Dime si tengo que volverme a Madrid y dejar el trabajo y me iré.

—Pero… Aura, cariño… ¿te estás escuchando? —me dijo con extrema ternura—. Nunca me has pedido, en tus veintiséis años, consejo sobre absolutamente nada… Tienes una madurez y valentía sorprendentes para tu edad, luchas por lo que quieres. Yo te llevo un año y mira mi vida —resopló—. ¿Y de pronto ahora dejas una decisión tan importante en mis manos? Es tu sueño. Quieres vivir de lo que te hace feliz y con lo que te sientes viva.

—Es que tengo miedo. —Me encogí tiritando.

—¿De qué?

—De no saber pararlo.

—¿Y para qué quieres pararlo?

—Porque no le gusto —me lamenté—. Yon solo me ve como la coprotagonista de la obra.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque me lo ha dicho! Se ha pispado, joder… me ha dejado caer que sería un problema enorme que él me gustase.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí.

—Vaya… ¿Y tú qué le has dicho?

—Que ni de coña, que dejara de flipar…

—Ah, muy bien —ironizó—. Un tío que huye de la gente, que por sistema traza alambradas a su alrededor y tú lo espantas aún más…

—Ha hecho esto mil veces, lleva años actuando en teatro… Soy una compañera de las muchas que habrá tenido. ¿Te imaginas la de actrices buenorras con las que se habrá cruzado?

—Deja de dar por supuesto cosas que no sabes… Oye, te voy a tener que dejar. Son las nueve y media, tengo que volver.

—Sí. —Me incorporé apesadumbrada—. ¿Cómo está mi niño?

—Tú qué crees… Echa mucho de menos a su tita. —Las dos sonreímos—. Luego te mando una foto con él y me cuentas qué tal.

—Vale.

—Un beso. Tú puedes con todo.
—Te quiero.
—Y yo a ti.

El ensayo general estuvo lleno de expectación y nervios. Miren nos aclaró que según saliera la obra por la mañana nos confirmaría la fecha de actuación. Cuando nos pidió silencio tras la segunda vuelta con cara de concentración y nos comunicó que sería el lunes, como inicialmente estaba previsto, porque éramos un equipazo… todos los secundarios empezaron a chillar y a aplaudir. Yo los seguí entre risas. Cristóbal, el enano rastafari y narrador en la obra, cogió la mano de uno y se pusieron a bailar claqué como chiflados mientras los demás marcaban el ritmo chasqueando los dedos. Una de las chicas Upa hizo una pirueta cogiéndose la pierna en el aire y gritando «ay, ay, ay» cual mariachi. Estaban como verdaderas cabras, la verdad. Yon agachó un poco la cabeza y luego me miró y sonrió de lado, colando sus manos en los bolsillos de su pantalón negro. Le devolví la sonrisa.

Los ensayos continuaron el resto del día. Dando forma a los personajes, a los que cada vez cogíamos más cariño. Estaba empezando a encontrarle el punto a eso de interpretar. Admiré a los actores de Hollywood, con esos rodajes de meses y meses, con la de imprevistos que les debían de surgir y pese a todo actuaban impecables. A mí aún me resultaba muy complicado aislarme de mis asuntos personales y era obvio que necesitaba un poco más de rodaje, pero era lógico. Miren nos explicó cada detalle de nuevo y recalcó lo importante que era que nos mantuviésemos en la línea delantera del escenario para que se nos viera y escuchara a la perfección. También nos pasó unas fotos de cómo debíamos maquillarnos, buscando ese concepto que ella pretendía entre rock moderno y lujo con un punto excéntrico.

Nos recomendó empezar con tiempo a preparar todo y que fuésemos ajustando a medida que actuáramos.

—La experiencia os dará el mejor aprendizaje —dijo.

En el ensayo de la mañana Yon y yo estuvimos hablando de cómo colocaríamos nuestras prendas en el cambiador. Descubrimos que todo era mejor y mucho más rápido si nos ayudábamos en los cambios de ropa. Él subía mi cremallera, yo ajustaba su armadura… Me pregunté en qué estaría pensando mientras me daba la espalda y yo intentaba no volverme loca por tenerlo tan cerca, por sentir su altura, su cuerpo delgado pero fuerte, su maldito olor extravagante y raro. La persona que más desconcierto me había causado en toda mi vida.

—¿Está bien así? —le pregunté, interrumpiendo mis cavilaciones, refiriéndome a la armadura.

—Ajusta un poco más esta…

Echó mano a la correa lateral y tocó mis dedos con suavidad. Por primera vez no me aparté de un respingo a su contacto.

—Espera, que la aprieto… —Me concentré en lo que me dijo—. ¿Mejor así?

—Perfecto. —Y chocamos nuestras manos.

Estaba todo listo. Todo preparado para que llegaran los clientes y la obra fuera un éxito. Pero yo continuaba abrazada a la incertidumbre de no saber cómo saldría parada de aquello y no quería albergar esperanzas huecas en mi interior.

Mi hermana me escribió a eso de las ocho, como prometió, y me envió la foto de mi sobrinito Noel con cara de enfadado y sosteniendo un folio amarillo entre sus manos que decía: «Ven ya, con mi madre me aburro». Me eché a reír.

Luego Susana me envió otro mensaje diciendo que por la mañana se había olvidado de lo más importante, darme el consejo:

> Sé tú siempre y no esperes nada. Pero si tienes que confesarle lo que te ocurre a cierto chico un poco tétrico, hazlo. Tal vez te sorprenda.

Desde la barrera todo se ve tan fácil…

24

20 de junio. Nuestro contrato remunerado empezaba oficialmente. Aquello era una algarabía tremenda. Movimiento por todas partes. Llegadas de coches. Descargas interminables de equipajes en la entrada principal. Decenas de botones atendiendo a los distinguidos huéspedes…, algunos venían directamente con chófer, otros permitían que los chóferes del complejo llevasen sus impactantes coches al aparcamiento Este, a unos metros de las pistas deportivas y donde tendrían vigilantes las 24 horas. Todo un despliegue de lujo y derroche. ¿Tipos de rico? Todos. El nuevo, el que no necesita demostrar que lo es, el hortera a lo «me flipa llevar pantalones de cebra y camisa de leopardo abierta para que todos vean mi colgante de oro macizo con cabeza de animal», el moderno, la pija, la *influencer* de turno grabando todo…

Karen y yo habíamos ido juntas a por el desayuno. Estábamos detenidas con las bolsas en la mano en la esquina del edificio principal, desde donde podía visualizarse todo a la perfección sin ser vistas. Las dos en bata y ella con los rulos puestos.

—Ya están aquí, dejando claro quiénes son y listos para dar la vara…

—Algún día seremos uno de ellos —soñé.

—El del tigre en el pecho no, por favor.

Nos reímos y emprendimos el viaje de vuelta al bungaló, Esmeralda nos esperaba para comer churros con miel y canela. Llegaban los clientes y empezaban a aparecer nuevos alimentos en nuestro menú, mejor para nosotros, aunque tampoco tenía ninguna queja de cómo nos habían alimentado esos diez días atrás.

De fondo se escuchaba a un *speaker* enumerando las actividades que darían comienzo lanzando silbidos impertinentes entre frases. Juegos recreativos en la explanada sur, bailes latinos en la caseta, hípica, tenis, golf… Mindfulness en plena naturaleza. Piragüismo y natación en el lago. En la terraza clase de pintura. Fútbol en el campo norte. Al escuchar que en el escenario Arena habría teatro al aire libre, sonreí. Esa era la nuestra.

El cielo era una fantasía celeste brillante atravesada por hilazas blancas. La temperatura cálida, pero nada que agobiase. El olor a naturaleza hacía crepitar tus pulmones de gusto. La clase obrera parecía estar de mejor humor, impaciente y expectante por empezar, por demostrar lo que sabíamos hacer… Y porque pasara el primer mes

y recibir los primeros dos mil pavos, también.

Antes de subir al porche divisé a Yon a los lejos, sentado en las escaleras de su bungaló y dejado caer en la barandilla, concentrado en leer lo que supuse uno de sus mangas. Llevaba puesto un polo negro y unos pantalones grises de chándal. Me apeteció lo más grande acercarme a saludarlo. Pero mejor entré en mi casita tralará-tralarita y llamé a mis padres mientras mordisqueaba un churro medio frío y me quejaba del estado de mi esmalte.

Mis padres me hicieron la misma pregunta de siempre. «¿Qué tal todo?», a lo que yo respondí mi habitual «Muy bien», porque si me quejo del trabajo siempre me sueltan que oposite y me dan arcadas. Luego yo les hago la misma pregunta y entonces se explayan hablando como dos cacatúas hasta las cejas de cafeína. Es el truco.

Diez minutos después salí de la habitación y me topé de sopetón con Teo, el mago y compañero de Alberto, saliendo del cuarto de Esmeralda. Me quedé cortada, no me lo esperaba.

—Ho… Hola… —saludé.

—Bueno, yo… he venido a…

—A tirar los cohetes, sí —intervino Karen riendo—. Aura ya se hace una idea.

—¡Por cierto! —intervino Esmeralda con sorna desde la cocina —. Qué calladito te lo tenías.

—¿El qué? —Me acerqué a la isleta y alcancé un churro.

—Teo y yo te escuchamos entrar antes de anoche en su bungaló… en el dormitorio del centro.

—¡¿Estabais en la otra habitación?!

—Muy buen ritmo, eh… —murmuró Teo divertido.

—Y lo del cabezazo en la pared… —siguió Esmeralda—. No pude reírme más cuando empezaste a pedirle una y otra vez que mirase si tenías sangre… ¡en pleno polvo!

—Soy muy aprensiva… —Mi corazón se aceleró.

Qué vergüenza. Y encima ni siquiera me había parado a analizar aún cómo me sentía con respecto a Alberto.

—Eso sí… —siguió Teo, alcanzando la miel—. Tú sabes cuál es la situación de Alberto, ¿no?

—¿La situación?

Al instante Karen me miró como diciendo «ahí viene», su advertencia sobre Alberto iba a hacerse tangible.

—Creí que lo sabías —murmuró Teo, mirándome.

—¿Saber qué? —Contuve la respiración.

—Mejor que te lo diga él…

—¡No! ¡Decídmelo ya y dejaos de este jueguecito porque no sé si lo voy a poder ver en todo el día y lo último que necesito ahora es ir nerviosa al estreno de la obra! —farfullé con el estómago cerrado—.

¡¿Tiene una enfermedad contagiosa?! ¿Es un mafioso? ¿Acaba de salir de la cárcel?

—Está casado. Y tiene dos hijos.

—No… —Negué con la cabeza.

Teo y Esmeralda me miraron apurados, sin saber qué decir.

—Joder… —Me tapé la cara—. Dios mío…

—¿Tú no le has preguntado?

—¡Pues no! —me indigné—. Di por hecho que era un golfillo, pero no hasta ese punto… Mierda.

—Es él quien debía haberle dicho a ella que no podía pasar nada, ¿no crees, Teo? —le increpó Karen enseguida.

—Bueno, sí, es verdad.

—A ver si encima va a ser Aura la culpable.

—Alberto no lo oculta… va así por la vida —lanzó Esmeralda—. Hay gente a la que eso le da igual…

—¡Pues a mí no! Debió decírmelo, ¡joder!

Me sentí una pardilla. Luego me dije que ya no tenía nada que hacer y que la responsabilidad de no engañar a su mujer, en última instancia, no era mía. Supe en ese instante que si dejaba que aquello me afectara no iba a poder desempeñar mi papel de Julieta como deseaba, y no iba a permitir que mis situaciones personales me influyeran de nuevo en el trabajo. De modo que bloqueé mi mente, consciente de que Alberto y yo nos debíamos una conversación, y los miré suplicante.

—Por favor. Que esto no salga de aquí.

Centenares de sombrillas impolutas de franjas blancas y turquesas. Todo el mobiliario de madera decorado con tejidos de alta calidad en tonos blancos y negros. Las explanadas verdes que antes permanecían vacías ahora habían tomado forma de pista de voleibol, clase de yoga o relajación, pequeños espacios creados para descansos o donde tomar algo, soláriums… Observaba todo atónita mientras me dirigía al ensayo de las once. El único que haríamos ese lunes antes del estreno.

Dejé atrás el arco que separaba la zona de trabajadores y anduve por el camino asfaltado viendo a un coche detenerse en la rotonda de entrada que me hizo lanzar un exabrupto. Era morado y con un alerón que buscaba ser el de una nave del espacio, con el *Chicken Teriyaki* de Rosalía puesto a todo volumen. La puerta del conductor se abrió y un zapato de tacón Valentino rosa apoyó en el suelo. Había visto unos cuantos como ese en mi agencia.

—Parece que nos espera un verano divertido… —escuché a mi espalda. Mi pecho se llenó de mariposas.

Giré mi cara sorprendida.

—Yon…

—El mismo —dijo en tono jocoso, colocándose a mi altura.

—Vas a… —Señalé en dirección al escenario.

—Claro. Son las once menos diez.

La música se detuvo y a los dos se nos fueron los ojos hasta el Lamborghini morado, la conductora iba a salir. Eso me cedió unos segundos para bajar mi frecuencia cardiaca y así poder hablar normal con Yon. Una chica morena, con un mono enterizo de estampado de medias lunas que me sonaba haber visto a alguna famosa en redes, se puso de pie agarrando la puerta. Al instante cuatro botones se apresuraron a atenderla.

—¿Sabes quién es? —me dijo Yon.

—No.

—La hija pequeña de Santiago Noriega.

—Ah… pues no la había visto en mi vida.

Ralentizamos el paso y nos miramos un segundo. Quería hacerle miles de preguntas, pero a la vez mi sentido común me gritaba que cuanto más lo conociese más daño me provocaría.

—¿Y tú de qué la conoces? —le pregunté sin poder evitarlo—. No te veo muy puesto en prensa rosa.

—No… —Yon se rio suave—. Es que Vega Noriega se ha declarado públicamente fan del manga. De hecho Tim Scott, un dibujante y trazador estadounidense muy famoso, se inspira en su estilo para crear heroínas.

—Vaya…

—Sí.

—¿Como la Viuda Negra y esas?

Yon apretó sus labios.

—Sí… como la Viuda Negra y esas. —Agachó su mirada—. Creí que no entendías de frikadas…

—Y no entiendo. Eso es cultura general proporcionada por la fascinante sabiduría de mi sobrino de diez años.

—Ya…

—¿Y cuál es tu heroína favorita? —volví a preguntar.

—Ufff… —Yon pasó una mano por su pelo en un gesto encantador—. Eso derivaría en una larga e intensa conversación que no sé si estás preparada para tener, señorita.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Rascó su nariz respingona—. ¿Yo qué?

Me puse nerviosa y agarré con fuerza el asa de mi mochila. ¿Para qué le hacía tantas preguntas? Demasiado tarde.

—Que si tú te inspiras en algo para dibujar…

—Sí, claro. Me encanta esbozar líneas sin buscarles un sentido, luego siempre llega solo. Suelo tumbarme bajo los árboles y observo el cielo desde esa perspectiva, apreciando la envergadura abrumadora de

bosques centenarios. Cielos grises, verdes fundidos a negro en la lejanía de las ramas… —Sentí que se perdía en sus palabras por primera vez estando conmigo, se le notaba cómodo. Peligrosamente cómodo—. A veces cojo mi coche y me voy a descubrir parques naturales. Por el camino siempre escucho algo ambiental en el equipo, el sonido de una tormenta, el arder de una chimenea. Y dejo que eso me vuele la mente. Después abro mi cuaderno de dibujo y todo sucede. Dibujar me evade de mí… Quiero poder diseñar mis propias historias de manga y hacer un nombre en el mundillo. Es mi sueño. Voy a hacer un máster para ello.

—¿Para eso quieres el dinero que ganes aquí? —le pregunté bajando el tono de pronto, era evidente, por la enorme cantidad de palabras usadas, que eso era importante para él.

—Sí.

Primer misterio resuelto.

Dejamos la entrada a playa Oso a la derecha y seguimos bordeando el edificio principal, hacia la izquierda, caminando entre la gente distinguida que se movía por todas partes. A lo lejos de la explanada oeste se veían ya a algunos compañeros divididos en grupos salteados, colindantes al escenario Arena.

—¿Y tú?

—¿Qué? —Miré a Yon perdida.

—El dinero —aclaró con voz lánguida—. ¿Para qué lo quieres?

—Bueno… —Reí toqueteando mi pelo—. Yo lo quiero básicamente para sobrevivir y pagar el alquiler del piso en el que vivo con mi hermana y mi sobrino.

—¿Cómo me dijiste que se llamaba? —preguntó con naturalidad.

—Noel.

—Y te ama profundamente…

—Sí. —Bajé mi vista al suelo sonrojada—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque eres ese tipo de chica —dijo calmado.

—¿Qué tipo de chica? —le sonreí y nos miramos.

—Esa a la que los niños adoran…

—¿Y por qué deberían adorarme los niños, según tú?

—¡Aquí están mis chicos! —escuchamos a la derecha de la boca de Miren, rompiendo por completo el momento.

Yon se quedó con una media sonrisa en la boca, a apunto de explicarse.

Todo marchó según lo previsto. Después del ensayo al solito y del que disfruté mucho, Miren nos dijo que solo quedaba que nos relajáramos y confiáramos en que todo iba a salir bien. Era la una y media y alguien propuso irnos a dar un baño antes de comer, pero Miren

advirtió enseguida que eso ya no era posible. «Os recuerdo que solo podréis beneficiaros cuando los huéspedes no hagan uso de la zona y debéis solicitármelo con antelación», dijo. Se nos acabó el chollo. A comer cada uno a su maldito bungaló. Ni merenderos con preciosas vistas del lago ni comer tendidos al césped bajo el cobijo de los densos árboles. Ahora sí empezábamos a sentir cual era nuestro lugar allí.

La verdad es que me vino bien porque así podría descansar y organizarme como es debido para la tarde. Me había quedado muy intrigada con la respuesta que Yon iba a darme sobre esos argumentos que según él hacía que los niños me adoraran. Pero tendría que esperar porque no habíamos vuelto a estar solos ni un segundo.

Aproveché para cruzar unos mensajes con mi amiga Sara y me contó que la habían cogido en un nuevo musical. Luego me dijo que me deseaba toda la suerte del mundo para el estreno y que si me había pasado algo interesante. Preferí no contestar.

Salí del cuarto y fui a comer junto a Karen, que andaba sentada con un vestidito de tirantes y falda de vuelo tipo años 50 en la isleta de la cocina. Ella acababa de terminar.

—¿Lo has visto? —me preguntó.

—¿A quién?

—A Alberto.

—No y mejor. Prefiero verlo esta noche. O mañana.

—¿Y el misterioso? ¿Qué pasa con él?

—No te andas con rodeos…

—¿Para qué?

—Es mi compañero de reparto —intenté concentrarme en pinchar macarrones. Pero un pálpito, después de la sorpresita de Alberto, me llevó a ser más cautelosa esta vez—. ¿Es que sabes algo?

—¿Algo de qué?

Karen empezó a desmenuzar mi tarta de manzana con su cuchara. Le retiré el plato enseguida.

—Algo de Yon.

—¿Yo? —Se señaló el pecho con la cuchara—. Pero si ese chico es un agujero negro. ¡No habla con nadie! Capo dice que se lleva bien con él, pero…

—¿Capo?

—Es su compañero de bunga.

—Ya sé que es su compañero de bunga —la interrumpí y luego me reí—. ¿Qué pasa, quieres que te enseñe a hacer capoeira en versión horizontal?

—No te vayas por las ramas, bonita —dijo exagerando el acento y dejando la cuchara en la mesa, esperando atenta mi respuesta.

—Es tímido… —lo excusé.

—No, si yo no lo digo porque tenga la misma capacidad de

socialización que un frijol. También hace unos dibujos que te hacen vibrar el corazón…, ser genial y extraño es guay.

—¿Entonces? ¿Por qué dijiste que Yon no me convenía?

—¡Porque lanza llamaradas kilométricas de «no estoy disponible ni en tu mayor fantasía»! Que por cierto es un género que le encanta leer… ¿Es que no lo ves? No tiene dotes para la seducción. Es un cactus. Me da que es virgen.

—¡Qué va a ser virgen, por Dios! ¡Tiene veintisiete años! Corrijo, veintiocho —rectifiqué, pero cerré un ojillo—. Ahora no estoy segura. Pero ¡cómo va a ser virgen!

—Perdona que haga explotar tu pequeña burbuja, Aurita, pero aquí influye la personalidad, no la edad.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? ¿Te lo ha contado Capo? —contraataqué.

—Algo así… —Se removió en su asiento.

—¿Algo así? ¿Te lo has tirado?

—En mi cultura no existe esa palabra… —Se rio mirando sus uñas—. Tengo que irme, me toca enseñar el mambo toda la tarde. Aunque sigo teniendo hambre…

Se levantó de la banqueta en un arrebato y abrió la nevera, que cerró. Luego abrió un cajón, que también cerró. Después un armario. Alcanzó una bolsa sonriente y empezó a tararear como si nada.

—¿Ahora quién es la que se va por las ramas?

—¿Sabes que han traído plátano deshidratado al súper? —Me enseñó la bolsa—. Justo me encontré ayer con Yon cuando la compraba… ¿sabes qué compraba él?

—Me da igual —mentí.

—Es verdad, no me acordaba de que solo es tu compañero de reparto… —Y se vertió la bolsa en la boca caminando hacia su habitación.

A los pocos segundos salió con un macuto rojo colgado al hombro y al pasar por mi lado me miró masticando, abandonando después el bungaló sin decir una palabra. Eso es lo que yo llamo el arte de escurrir el bulto, sí señor.

25

Después de dormir una siesta de casi dos horas, me duché y me fui a la sala de vestuario para coger el maquillaje. Luego pasé al espacioso camerino del reparto, que estaba justo al lado. Solo debía pintarme la raya en el ojo con *eyeliner* y darme *glitter* en parpados, excepto en el cambio final, donde tenía que pegarme un par de lágrimas en la cara. Yon tenía que llevar los ojos pintados de negro pero sin pasarse, cosa que le pegaba mucho. Tenía que ponerse rímel en las pestañas de abajo y luego mojárselo para que cayeran hileras negras por el rostro desde el momento en que descubre que Julieta está muerta. Nosotros éramos los que más sencillos íbamos en cuanto a estética, el resto iba mucho más agresivo, recordando a las míticas bandas de rock de los 80.

Allí nos encontramos ya unos cuantos y lo primero que hice fue maquillarme para estar tranquila. Aparté después mi ropa junto a la de Yon en el burro donde ponía Romeo y Julieta, que pertenecía al cambiador del escenario, y lo llevé hasta allí con ayuda de una compañera, como Miren me había indicado. Cuando regresamos al camerino Yon estaba sentado, en manos de una de las chicas Upa, dejándose maquillar. Me puse un poco (solo un poco) celosa. Quería ser la única que tocara su cara con mis manos.

Me miró de reojo como si estuviera sufriendo una tortura china cuando me acerqué. Cogí aire de sopetón y me quedé congelada. Yon parecía un panda. La chica, inclinada sobre él, estaba superconcentrada dando brochazos aquí y allá, sumergida en su «fabulosa» obra de arte. Supuse que Yon no se había mirado al espejo.

—Eh… oye, Mariana… —me dirigí a la chica con suavidad—. Te llamas así, ¿verdad? Eso no es exactamente lo que Miren ha pedido. Dijo que para Romeo quería algo sutil, la raya dentro y con el mismo lápiz difuminar un poco a ras de pestañas…

—¿Tú eres maquilladora? Porque yo sí —lanzó con voz estridente mirándome por primera vez. Tuve que contener una carcajada. Cómo se había puesto de colorines y brillantes, madre de Dios, parecía una guiri drogada en el Coachella.

El resto estaban medio arrinconados, huyendo claramente de aquella alegoría al esperpento artístico. Uno murmuró que prefería pintarse él y el resto pareció relajar los hombros, dando un paso al frente y cogiendo los diferentes utensilios que Mariana había acaparado en su zona.

Lo siguiente que hice fue ir al armario a por algo para desmaquillar y arreglar el desastre que era la cara de Yon.

—Gracias… —me susurró con los ojos cerrados mientras yo paseaba la toallita húmeda por su rostro pálido. ¿Siempre había sido así de guapo?

—¿Por qué no le has dicho nada? —le susurré también.

—No me estaba viendo… Sabiendo cómo va ella y lo que estaba tardando iba a hacerlo. Y entonces has aparecido.

—Para salvarte…

—Para salvarme…

Abrió los ojos muy despacio y me sonrió.

Tragué y quise besarlo. Allí, en mitad de todo ese desconcierto de gente recitando versos, calentando la voz, abrazándose, algunos hasta rezando…, locos artistas histéricos ante su primera función, consciente de que Yon no se sentía atraído por mí. Pero iba a hacerlo. Iba a agarrarlo del cuello de ese polo anticuado que llevaba y… menos mal que pensé por un segundo.

—Ya está. —Me incorporé, con el corazón a todo tren.

—Voy a intentar maquillarme yo, no se ve muy complicado. Cercano a Jared Leto. Creo que puedo hacerlo.

—Sí… será lo mejor.

A las nueve y media de la noche todos estábamos vestidos, maquillados, nerviosos y eufóricos tras el escenario. Las mesas de manteles negros estaban dispuestas al otro lado, con los huéspedes trajeados empezando a llegar, pidiendo sus cócteles o aperitivos bajo las hileras de bombillas, mientras una musiquita sonaba de fondo. El aforo era de ciento cincuenta personas y había que reservar plaza, además Miren nos dijo que también asistiría gente que Santiago invitaría y que no se hospedaban en el complejo, por lo que, si éramos medianamente buenos, se llenaría cada noche.

Al las diez menos dos minutos la música se apagó y las luces también. El resplandor del crepúsculo otorgaba al espacio un aire tan alucinante que tuve que contenerme para no gritar.

Me mantuve muy quieta entre bambalinas, repasando mi primera escena a la velocidad del rayo. Cogí aire y lo solté. Volví a coger aire y lo solté. Las manos me temblaron un poco cuando sentí que las pesadas cortinas negras se abrían.

Cristóbal salió al escenario y empezó a hablar:

—*Dos familias de igual rango y calidad en la bella Verona…*

Sabía que Yon estaba a mi izquierda y lo miré en la distancia, no pude evitarlo. Su cuerpo alto estaba envuelto en la luz morada con los ligeros focos que teníamos a la espalda. Concentrado. Mirándose los pies con la mandíbula apretada, esperando su turno para salir. Con sus pantalones de cuero negro ajustados y esa camisa roja estampada

semidesabrochada. Estaba increíblemente guapo. Suspiré.

Supe en ese instante que lo tenía incrustado.

Me lo sabía de memoria. Me lo había aprendido como esa canción extraña que escuchas sin hacerle ningún caso y que de pronto un día te descubres tarareando y buscando en tu móvil.

El tono de su voz habitualmente bajo, denso, algo lánguido y grave. Su forma de sonreír, que recordaba a los volcanes, casi siempre inactiva y de pronto estallaba en lava. Sus pestañas… largas, espesas, rizadas. Quería besar sus pestañas. Quería perderme entre sus manos de raro, de perro verde, morder su boca sin tener que fingir interpretar nada. Hundir mi nariz en su cuello e inspirar hasta que la calada de su olor se incrustara en mis tripas, tramo a tramo. Mirar sus labios, libre de excusas. Tenerlo… dentro. Muy dentro.

Zarandeé mi cabeza cuando me di cuenta de que lo estaba mirando demasiado. Me ruboricé y entonces me obligué a bloquear mi mente. Era lo que tenía que hacer a partir de ahora, ¿no? Ser amiga del chico que me gustaba, qué típico. ¿Podría haber tenido peor suerte?

La obra fue un éxito. Pero eso no fue lo destacable. Lo inaudito fue que, cuando el telón se cerró y aún escuchábamos los aplausos del público entre nuestros saltos y gritos de júbilo, Yon me cogió en volandas, y al dejarme en el suelo agarró mi cara con decisión…, y me besó. En la boca. Después se dio la vuelta cuando el grupo lo vitoreó y yo me quedé petrificada, incapaz de moverme del sitio, llevándome la mano a los labios.

26

Un beso de euforia como se estaban dando algunos de nuestros compañeros, ya está. Eso había sido. Una práctica muy habitual entre los artistas y que había visto hacer mil veces.

¿Y ahora qué hacía? ¿Lo llamaba en plan normal? ¿Le proponía cenar juntos? ¿Celebrarlo bebiendo algo? ¿Qué se hacía después de un estreno con tu coprotagonista? ¿Estaba paranoica?

—Ey… —me dijo Cristóbal—. ¿Vienes al bungaló 82 a celebrarlo? Vamos a ir todos.

—Ehm… —Miré a Yon, que ya me miraba. Frunció el ceño negando levemente y me puse nerviosa. Ya no sabía si era por el beso o qué diablos—. ¿Nos pasamos? —le pregunté en un tono más débil de lo que pretendía.

—Bueno, todos menos Yon —aclaró enseguida el enano—, que dice que mañana tiene que ir a limpiar cuadras.

—Ah… sí —le dije aliviada y no supe por qué—. Es verdad, tenemos que ir a limpiar cuadras. No me acordaba.

—¿Tú también? ¿Qué habéis hecho?

—Es una historia muy larga, con ataques de lobos y esas cosas surrealistas que nadie se creería.

—Yo sí. Soy un enano rastafari que aspira a ser actor de Hollywood. —Se señaló y me reí. Yon también apretó su sonrisa.

La gente empezó a descender la escalera de piedra y los focos del escenario se apagaron, dejando que las farolas habituales nos alumbraran.

—Has estado muy bien —me dijo Yon entonces.

—Y tú.

—Creí que te habías bloqueado justo antes del primer beso del segundo acto.

—No, qué va… —Fue porque me moría deseando que quisieras besar a Aura y no a Julieta—. Sabía lo que hacía, solo ha sido para aportar más dramatismo al personaje.

—Al final va a ser que sí que aprendes rápido.

Bajamos las escaleras colocados al final del grupo y por inercia nos colamos en el cambiador. ¿Como si huyésemos para no ir con el resto? ¿Como si quisiésemos estar solos? De pronto, mientras los dos nos movíamos en la semipenumbra, me pareció que ese pequeño espacio de pocos metros cuadrados era solo nuestro. Sentí como si se creara una atmósfera de confianza tácita que nunca antes había

percibido. O tal vez fuese simplemente que la tensión creada ante la posibilidad de que todo saliese mal en el estreno se había evaporado.

Mientras lo observaba desabrochar su camisa quise decírselo. «Yon… creo que me gustas». No soy una persona paciente. Me va la aventura y pensé que, una vez aclarados mis prejuicios ante el Yon del pasado, ahora solo quedaba ese Yon. El que me gustaba. El de ahora. Y que él conociese mi verdad solo me iba a traer ventajas, así podría actuar en consecuencia sin llevar a equívocos. Era lo más maduro si contaba con que tenía que soportar tres meses mirándole la boca y besándolo.

Di un paso hacia él cuando colgaba su camisa en la pared. Su espalda desnuda con los rastros de luz acariciando sus formas era una fantasía. Mi respiración se volvió abrupta.

—Yon…

—Dime.

La puerta se abrió de un golpe.

—¡Magnífico! ¡Habéis estado increíbles! Venga, terminad de cambiaros que os voy a presentar a Gregorio, el dueño del Hotel Nevada, donde actuareis en agosto.

Miren. Joder. Estaba claro que esa mujer tenía el don de la oportunidad. Maldita sea. Le dijimos que enseguida estábamos. Cuando desapareció empecé a desnudarme, con todas las palabras que iba a confesar a Yon retenidas en mi boca. Sentí que Yon se desabrochaba los pantalones a mi derecha.

—¿Qué decías, Aura?

No quise mirar. Di unos pasitos torpes con mis pantalones por las rodillas y busqué nerviosa una de las sillas plegables, con tan mala suerte que no calculé bien y planté medio culo fuera, cayéndome al suelo. Al segundo Yon vino a ayudarme.

—¿Estás bien?

Mis ojos a la altura de su paquete. Qué calor, madre de Dios. De la misma vergüenza me eché a reír a carcajadas, mientras intentaba levantarme. Yon se contagió y me tendió su mano, elevándome con fuerza del suelo en cuanto le di la mía. Quedamos de pie, muy cerca, uno frente al otro con las manos agarradas. Yo con el top y los pantalones por las rodillas. Él solo en calzoncillos. Estaba tan cerca que me asusté.

Miró mis ojos con los suyos muy brillantes.

—Qué me decías…

—Yo… yo…

Se me revolvieron las tripas de tal forma que creí que me iba de varilla. Estuve a punto de abrocharme los pantalones y echar a correr como una desquiciada en busca del tronco de un pino. Pero quiso el destino que a los pocos segundos mis vísceras se calmaran.

—Era una tontería. —Solté su mano—. Del tema de las cuadras. Para saber qué ropa te ibas a poner…

No fui capaz de decírselo. No lo vi claro y tampoco era cuestión de ponerme más en evidencia, ya había tenido suficiente por el momento. Y de su olor, y de su piel. Ya había tenido suficiente.

—Miren me dijo que nos daban unas botas y una camiseta. Y abajo pues… un vaquero cualquiera, ¿no?

—Sí…

Cuando Miren nos presentó a aquel señorote algo casposo de pelo cano y bigote, él nos felicitó, ofreciéndonos además una noche gratuita en su hotel, y soltando unas risotadas después que no entendí muy bien. Luego se dirigió a Yon palmeando con brusquedad su hombro y, con aires de grandeza, le confesó que su hija se había enamorado de él.

—En realidad no sé si de ti o de Romeo.

La hija, una adolescente de pelo lila, ojos pintados de oscuro, rellenita y con pinta de que le encantara Damiano David, se ruborizó. Yon se rio de lado como respuesta, mirándola con increíble respeto, como si la entendiese a la perfección.

¿Quería tirarme al cuello de Yon? El test ha dado positivo.

Limpiar cuadras. Qué bonito oficio. Qué maravillosa sensación la de levantarte a las seis y media de la mañana para ir a limpiar mierda de caballo. Qué increíbles los olores, la paja pegándose en tus botas y la sensación de pisar lo que no debes porque suena *puaghh*.

Dos horas de reloj. Dieciséis boxes, cada uno con su caballo correspondiente. Mauricio, el señor de mediana edad encargado, nos explicó que él sólo asumía la limpieza de los animales, su alimentación, vigilar el establo… y que el trabajillo extra que íbamos a hacer le venía de perlas. Sacaba a los caballos de siete a nueve y nosotros debíamos limpiar lo que nos decía en ese tiempo. Los superhéroes del rastrillo, la pala y la carretilla.

—De aquí puedes sacar unas viñetas para tus cómics. El estiércol es la mar de inspirador… —le dije a Yon cuando casi acabábamos el tercer box, llevando paja sucia a la carretilla.

Yon soltó una risa preciosa. Creo que le encantaba que empezara a considerar su mundo entre nosotros.

—El héroe se llamaría algo así como Mierdaman —me siguió la bola mientras también cargaba paja.

Me eché a reír.

—Y la heroína podría tener el superpoder de limpiar cuadras con los ojos en forma de chorro de agua a presión.

—Sería increíble. —Me miró—. ¿Y qué diría para usarlo?

—Pues… ¡Manguetrón!

Los dos lanzamos una carcajada, mirándonos de reojo, sin dejar de recoger paja del suelo. Nuestras risas se desvanecieron en el aire y solo se escuchó el sonido de los rastrillos. Nos miramos un segundo y pasamos al siguiente box en silencio.

Retirar paja sucia, echarla en la carretilla, vaciar la carretilla y llenar el box con paja limpia. No era difícil, pero cansaba como un demonio. Aunque bueno, como Yon no dejaba de sonreírme, se hizo más ameno.

Casi dos horas después, por fin llegamos al último…

—¿Por qué los niños deberían adorarme? —le lancé de pronto.

—Vaya… aún lo recuerdas…

—Fue ayer.

—Ya sé que fue ayer…

Los dos fuimos a entrar a la vez por la puerta y nos chocamos.

—Yo… perdona. —Pasé dentro retirándole mis ojos, nerviosa porque no notase mis ganas, y los clavé en el «regalito» del suelo—. El caballo se ha quedado bien a gusto, sí.

—Por tu pelo.

—¿Qué? —Lo miré con el rastrillo en el aire.

—A los niños les fascina un pelo así. Largo, rubio… Les hace fantasear.

—Bueno, tampoco creo yo que un niño vaya a ponerse a…

—Lo hacen. Como con las princesas en los dibujos.

—Ah, creí que solo éramos las chicas las que imaginábamos tonterías con el príncipe azul. —Salí a echar el excremento a la carreta y volví.

—Pues también hay chicos que fantasean…

—¿Como tú? —le sonreí al cruzarnos.

Yon congeló su expresión. Salió del box, soltó la pala y desapareció empujando la carretilla, sin contestar. Me cago en…

—¡Deja de hacer eso! —le grité de pronto.

No dijo nada. Solté el rastrillo y salí tras él.

—Estábamos hablando. —Me puse a su altura caminando.

—Ya sé que estábamos hablando…

—¿Y? Me has dejado con la palabra en la boca.

—No. Simplemente me has hecho una pregunta y no he querido responder.

Volcó el carro en la zona destinada.

—¡¿De qué vas?! —enfurecí—. Un día estás conmigo increíble, me cuentas tus cosas, me das confianza para que me abra a ti y sostienes una conversación propia de amigos de verdad, me besas tras la representación, y otro día…

—¿Qué? —Se rio sarcástico.

Tragué. No tenía que haberle dicho lo del beso.

—Pues eso —murmuré temblorosa, mientras él soltaba los mangos de la carretilla para escucharme—. Que no hay manera de entenderte. Que tienes unos cambios en tu forma de actuar que no comprendo. Me desconciertas, Yon. Me miras raro de pronto, guardas silencios sin más.

—Nunca me has entendido… tampoco es nuevo.

—Sí, eso. Ahora dale la vuelta a la tortilla.

—Me has estado juzgando desde que iba a 6º de Primaria —dijo con un punto de odio—. ¿Por qué tendría yo ahora que revelarte mis intimidades?

—¿Que me digas si fantaseabas con princesas de pequeño es una intimidad? Pues perdone usted, señorito. De aquí en adelante hablamos de lo que concierne al trabajo y se acabó. No te preocupes.

Me quité los guantes en dos tirones bruscos y salí echando leches hacia el último box. De pronto escuché los pasos apresurados de Yon a mi espalda y al segundo sus dedos se cernieron a mi muñeca, haciendo que me girara.

—Aura…

Lo agarré de cuello y lo besé. Oliendo a mierda. A las nueve menos cinco de la mañana. Se me fue la olla. Me puse de puntillas y dejé caer mis párpados. Abrí mi boca cuando sentí el calor de la suya, hundiendo mi lengua en su interior. Mi cuerpo vibró entero. Yon sujetó mis hombros enseguida.

—Para, por favor… —susurró y echó un poco la cabeza atrás, manteniendo mi mirada.

—No quiero parar… —le susurré también.

—Esto no… —Se mojó los labios—. Es una liada.

—¿No te gusto?

—No lo sé…

Parpadeé con amargura. Tampoco era algo nuevo, ¿no? Ya lo sabía. Di un paso atrás y él apretó su mandíbula. Otro de sus gestos que a saber qué cojones significaba. ¿Que estaba nervioso? ¿Que le dolían los pies? ¿Que se aguantaba un pedo?

—Vamos a echar paja limpia en el último box —sentencié.

Él se quedó observándome unos segundos, pensativo, pero no habló. Hicimos lo que quedaba sin cruzar palabra. El señor de las cuadras apareció silbando un minuto después y tras comprobar un par de cosas nos dijo que podíamos marcharnos. Recogimos todo, nos cambiamos de ropa y dejamos la sucia allí, donde la recogían para lavarla. Por último, limpiamos las botas usadas y las dejamos sobre una estantería de madera para la próxima vez. Yon y yo seguíamos sin hablar. Pero ya me daba igual.

Al regresar y cuando casi alcanzábamos el edificio principal, lo escuché de pronto en un murmullo.

—No lo hago para fastidiarte…

No busqué contacto visual con él. No le pregunté. Ya que había empezado a hablar, que siguiese explicándose si quería y si no pues nada.

—Lo de actuar extraño —siguió—. Soy así, de verdad. No busco provocar esa reacción en ti, te lo juro. Siento si te he dado a entender que te despreciaba… Aunque admito que al principio aproveché mi personalidad para regocijarme un poco.

—¿Al principio? —musité, eso en el fondo ya lo sabía. Me quedé callada. Luego le pregunté—. Hasta cuándo…

Yon cogió aire y lo soltó.

—Hasta que me preguntaste de qué trataba *Sandman*.

—¿Eso te gustó? —susurré.

—Sí. —Me miró—. Me hizo pensar que tal vez quedaba algo de empatía en tu personalidad de bruja.

—No soy bruja. Es que te odiaba. Y eso no se fue de un día para otro.

—Yo también te odié a ti.

—¿Me odiaste? ¿En pasado?

Yon se quedó callado.

Bufé y luego negué con una mueca. En fin. ¿Qué más podía hacer? Aunque no pude quedarme con la pregunta que me reconcomía aún por dentro.

—¿No me has perdonado?

—Te dije que no me volvieses a preguntar eso.

Me mordí el carrillo, esta vez muy enfadada. No pensaba hablarle más en todo el camino.

—Sí —contestó cuando menos lo esperaba.

Me reí mirándome los pies. Yon me había perdonado. Sentí un alivio infinito y mariposas volando por mi tráquea. Oí su risa tranquila a mi lado. Noté que me miraba y busqué sus ojos.

—¿Desayunamos juntos? —me preguntó mientras nos deteníamos en la zona de recepción.

—No podemos ir a ninguna parte con los huéspedes pululando por todos lados. —Me encogí de hombros.

—Ya… —Hizo una mueca y pateó una piedra—. Mi bungaló está libre…

—¿Estás haciendo esto porque te sientes mal por haberme rechazado? —quise saber.

—No te he rechazado. Te he dicho la verdad.

—Vaya, qué forma tan bonita de enfocarlo. Al final te voy a tener que dar las gracias y todo. —Le retiré mis ojos.

—Pero tienes razón. Me siento mal… No por eso. Sino por haberte hecho sentir confundida.

—No sé si me convence lo suficiente ese argumento como para que te regale mi grata compañía en un desayuno… —Me crucé de brazos y lo miré de soslayo.

—Tengo consola —intentó el soborno.

—¿Qué juego? —lo reté, acordándome inevitablemente de mi sobrino.

—*Sonic, Fifa, Mortal Kombat, Ocarina of Time*…

—Al *Mortal Kombat* te machaco —lo reté.

Yon elevó las comisuras de su boca y parpadeó despacio, mirándome los labios. Me temblaron las rodillas.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Me has mirado aquí. —Señalé mi boca.

—Ah, ¿sí? —Zarandeó su cara—. Estaba recitando mentalmente un verso de Romeo y se me habrá ido…

—No juegues.

—Yo no sé hacer eso.

Echamos a andar, que a ese paso nos cerraban las cocinas para el desayuno. Acordamos pedir un montón de cosas porque el ansia viva nos atacó. Ya he dicho que limpiar cuadras es agotador. Yon dijo que iba a pedir bacon para prepararlo muy crujiente, y a eso añadiríamos huevos revueltos, bollos de semillas, zumo de naranja y café. Me propuso que me adelantase para ducharme y dijo que él lo recogería todo y me esperaría en el 18.

Me pareció buena idea. Me marché lanzándole una sonrisa y con unas ganas tremendas de meterme bajo el chorro de agua y que el olor a cuadra se esfumara de mi piel de una vez. Pero el camino al bungaló no fue tan placentero como esperaba…

Alberto.

Un tsunami de rabia me hizo crujir las tripas al segundo y quise salir corriendo a darle un tortazo. Pero no podía hacer eso. No era una guerrillera y la experiencia con Yon me había servido. De mucho. Por cómo me miró supe que Teo había cumplido mi petición de no decirle nada. Me clavé las uñas en mis palmas.

—¿Cómo está mi Chica Aspersor? —dijo en tono jocoso, deteniéndose delante de mí.

—Eres un mierda.

—¿Qué? —Echó la cabeza atrás.

—¿Por qué no me dijiste que estabas casado? —le grité sin rodeos, con la respiración abrupta.

Alberto miró alrededor, asegurándose de que estábamos solos. Luego dejó escapar un suspiro, volviendo a mí.

—Pues… porque… —Se pasó una mano por la nuca y tragó—. La verdad es que no tengo excusa.

—No, no la tienes. ¡¿En qué estabas pensando?! ¡Tienes mujer y dos hijos, joder! —Me incliné hacia él.

—No estamos bien, Aura. —Me miró reticente.

—Ya… Pues no me lo creo. Y además me da igual porque no fuiste sincero conmigo.

—Lo entiendo.

—¿Qué? —Solté un bufido, negando con la cabeza.

—Que te entiendo…

—¡Es increíble! ¿Te entiendo? ¿Eso es todo lo que vas a decir? —Lo miré sin sorprenderme. Conocía el perfil de Alberto, aunque no imaginé que fuera el marido de alguien, la verdad—. A mí no vuelvas a acercarte en ese sentido, ¿te queda claro?

—Está bien. —Se mordió el labio.

—Dios… Y te quedas tan tranquilo. Ni una pizca de remordimiento. —Lo miré mal—. En fin. Me voy a duchar.

—Lo siento.

Eché a andar sin contestarle.

En cuanto me colé en mi apartamento empecé a quitarme ropa y tardé nada en ducharme y salir por la puerta de nuevo. El hambre me pone de un mal humor horrible y darle vueltas a lo de Alberto me ponía aún peor.

Cuando llegué al apartamento de Yon lo primero que advertí fue su olor. A gel de ducha, a su perfume y a bacon. La tele estaba encendida con uno de esos programas matinales en los que sacan temas a debate y supuse que Yon la había encendido para poner la consola. Confirmé que, definitivamente, todos los apartamentos eran iguales. Yon andaba liado con las pinzas y el bacon en la cocina, vestido con una camiseta morada, pantalón de chándal gris con calcetines blancos encima y chanclas. ¡Calcetines blancos y chanclas! Me pareció tremendamente especial y sexi.

—¿Te gusta muy crujiente?

Me pilló mirándole el culo y moví mis ojos sin ton ni son por los muebles para disimular mientras afirmaba.

—¿Te ayudo? —me ofrecí después.

—No te preocupes, tú toma asiento en el sofá.

Tras sentarme agarré el mando y empecé a hacer *zapping*, miroteando las puertas blancas y cerradas de las habitaciones. ¿Cuál de las tres sería la de Yon? ¿Y cómo sería por dentro? ¿Qué tenía en su cuarto un aspirante a dibujante de manga? ¿Escondería algo oscuro y sórdido en el cajón? ¿Condones?

Dos platos preparados y humeantes aparecieron en la mesa. Después los zumos y por último el café. Yon miró la tele.

—¿Discovery Max? —Sonrió al sentarse.

—¿Qué pasa?

—Que me encanta.

El programa iba de una misteriosa condesa que cometió múltiples asesinatos en un castillo. Nos lo tragamos entero mientras nos zampábamos todo aquello con ganas, comentando cada cosa como dos superentendidos. Que él lo era un poco más que yo porque me dijo que se tragaba todos los documentales de asesinos en serie en *streaming*.

—Pues me ha gustado —comenté al terminar.

—A mí me flipa —dijo él embobado en la pantalla.

—Mi hermana y yo es que con el niño no vemos mucho de eso. No sea que lo escuche y le dé por agarrar un cuchillo.

—Y luego la sangre de vuestros cuerpos chorree por las paredes y esas cosas…

—Tienes que dejar el manga. —Lo miré de reojo.

—Eso es más gore. —Yon se rio con ternura—. ¿Quieres más café?

—No, está perfecto. Todo buenísimo. Los huevos revueltos estaban como… suaves.

—Les echo un poco de leche. Secreto de mi madre.

—Me lo apunto. —Me reí.

—¿Jugamos esa partida?

Después de jugar tres rondas al *Mortal Kombat* y acabar perdiendo porque Yon era un viciado, le pedí la revancha. Así que echamos una cuarta a todo o nada y…

—¡Joder, Raiden, déjame pegarte la patada en la cabeza!

—¡De eso nada, Sonya!

Nos echamos a reír con los mandos en la mano y pensé en lo bien que estaba allí. Me gustó su forma de compensarme por sus posibles desplantes, cosa que no tenía por qué hacer. Me gustaba lo respetuoso que era, que tuviera una parte muy vulnerable de él escondida en algún rincón, muy íntimo, y que no me mostrara así como así. Me gustaba el fondo de Yon, que no tuviera picardía en un sentido maligno, que sin duda podría haber usado para perjudicarme después de lo que le hice. Eso fue lo que más adoré de él, lo que hizo que todo cambiara. Y sobre todas las cosas me gustó que fuera sincero en su respuesta… no sabía si yo le gustaba. Eso quería decir que en su cabeza ya se había planteado esa pregunta, ¿no? Junto a él me sentía como dentro de una pompa gigante que nadie lograba estallar y eso era peligroso. Su respuesta me enviaba directa a una forma extraña de tortura de la que, de pronto, descubrí que no quería ser partícipe.

Dejé el mando despacio sobre la mesa baja al terminar de sufrir mi cuarta derrota consecutiva.

—Pues dado que eres invencible… me voy a ir —le dije con una mueca de aceptación—. Quiero pasarme por el súper a comprar

algunas cosas. Muchas gracias por la invitación.

—Gracias a ti por dejar que me regodeé como campeón indiscutible al *Mortal Kombat*. —Nos reímos y él jugueteó con el mango del tenedor—. Se me hace un poco raro que no tengamos que ensayar…

—Y a mí… ¿qué vas a hacer ahora? —le pregunté.

—Dibujar.

—¿Una historia?

Yon asintió.

—¿Y de qué trata?

—Pues… es una distopía. Una especie de submundo construido bajo una gravedad semilunar, con un estilo de trazo cercano a Urasawa. De demografía *seinen*. Aunque a mí no me gusta que se distinga entre géneros.

—No me he enterado de nada. Pero me parece increíble.

Yon se agarró las manos y se mordió el carrillo, como dudando de algo.

—Un segundo.

Se levantó y abrió la puerta de la tercera habitación, luego salió con un cuaderno en la mano. Me puse nerviosa y tragué. Confirmé en ese segundo que debía irme de allí porque aquel chico, aquel espacio que había entre nosotros, todo lo que nos rodeaba, llevaba un cartel enorme con la palabra «dolor» iluminada. Pero… es que Yon iba a enseñarme sus dibujos.

27

Yo con los ojos pegados a las viñetas de un cómic. Yo escuchando a Yon López Roy, que lo vi escrito en la primera hoja del cuaderno porque no recordaba su segundo apellido, hablar sobre los distintos tipos y formas de contar historias, totalmente seducido por esa forma de arte secuenciado. Sus ojos, sus gestos, su voz… eran la definición gráfica de pasión. Y mi cara debía ser la misma definición de pasión, pero por él. Porque fui consciente de lo mucho que me flipaba ver a alguien obcecado con su arte.

—Es fascinante, Yon. Has hecho un trabajo increíble…

—Qué va —susurró negando—. Aún me queda mucho por aprender.

—Pero ya vives de esto… —Lo miré conmovida. Me parecía muy llamativa esa forma suya de defender quien era ante todos y que a su vez tuviese ese punto humilde—. Algo harás bien, ¿no?

—Bueno…, para poder vivir de esto tuve que marcharme a Barcelona y trabajar para el extranjero, mercado americano y francés, sobre todo. Aquí en España no hay industria, es complicado. Además, le dedico muchísimas horas.

Seguí pasando hojas allí sentada a su lado, resbalando mi mirada sobre los llamativos trazos. Me fijé en los bocadillos, con la letra de Yon, perfectamente lograda y escrita en inglés americano, que lo manejaba a la perfección, claro. Luego aparecieron los personajes de la historia, titulada *The free prisoner*, dibujados en hojas completas. Él me contó que esa era una historia que ya estaba en el mercado y se estaba vendiendo muy bien en Francia, pero que era más cercana al cómic americano que al manga. Y que la distopía en la que estaba inmerso actualmente, aún era confidencial. Me lo imaginé concentrado, apretando los labios y con el ceño ligeramente fruncido, creando todo aquello con alguna canción oscura y desconocida sonando a toda leche en su habitación. Poniendo allí su alma.

—¿Esta es la heroína?

Señalé uno de los personajes. Su pelo rojo ardiente se esparcía en el aire, llevaba un mono blanco y una especie de armadura chulísima que cubría sus hombros y cruzaba sobre su pecho.

—Sí. Kenza.

—Qué nombre tan bonito… ¿y en qué te inspiraste?

—En el fuego. En el coraje femenino. En la pureza y heroicidad de alguien con principios.

Lo miré y le sonreí con admiración. Me di cuenta de que mi respiración se había acelerado. Me sentí tan especial porque me enseñara su arte. De pronto todo lo que lo rodeaba me parecía una fantasía y sus cualidades propias de unos pocos privilegiados. Ya no me parecía tan emo cortavenas. Yon me contó que para aprender a dibujar tuvo que estudiar proporciones anatómicas y hacer un curso de escritura y guion. Que descubrió que era ambidiestro en 3º de la ESO, al notar que con su mano izquierda realizaba trazos más precisos que con la derecha, su mano dominante para todo lo demás.

—Estudié el Bachillerato de Bellas Artes semipresencial y luego seguí formándome a distancia —explicó con aire triste, pero no me atreví a interrumpirlo por miedo a que no quisiera seguir hablando—, mi objetivo siempre fue ser mangaka.

—¿Mangaka?

—Artista de cómics. Es un término japonés que en realidad es lo mismo, pero se asocia más al manga.

—¿Y cuál es la diferencia entre manga y cómic?

Un estruendo nos sobresaltó de pronto y la puerta de la entrada se abrió a toda velocidad, golpeando contra la pared. En el hueco aparecieron Capo y Karen enganchados con la boca y metiéndose mano por todas partes. Yon y yo nos quedamos de piedra, con los ojos muy abiertos.

Karen nos miró de soslayo al sentirnos mientras ambos avanzaban a trompicones.

—¡Coño! ¡Qué susto! —gritó separando a Capo de ella con empujoncitos.

—No somos tan feos —ironizó Yon.

—¿Tú sabías esto? —Lo señalé.

—No —respondieron Capo y Karen a la vez.

—Es… acaba de suceder —aclaró Karen revolviendo su pelo.

Me reí y Yon desvió la vista a su bloc, que descansaba en mi regazo, conteniendo la risa también. Le devolví el cuaderno.

—Bueno, pues… yo me voy a ir ya —le dije sonriendo—. Nos vemos luego para actuar.

—¿Queréis veniros esta noche al lago? —propuso Capo.

—¿Al lago? —le pregunté.

—Unos cuantos vamos llevarnos la cena allí. Pero tiene que ser a partir de las doce, que es cuando no hay huéspedes. Ya lo hemos solicitado.

—Luego iremos a bailar un poco al Garaje. —Karen sonrió.

—Vale, a lo de cenar me apunto —les dije risueña—. Y a bailar también.

—Yo no sé… —comentó Yon cerrando el cuaderno—. ¿Puedo deciros cuando acabemos la actuación?

Vaya. Había estado desde las siete de la mañana con Yon, iba a actuar con él esa noche, me había invitado a un desayuno en su casa que se había alargado y, no había mirado el reloj, pero como mínimo debían haber pasado tres horas… sin embargo, me fastidió sobremanera que no se apuntara a un plan conmigo. Tuve que recordarme sus palabras y repetirme internamente que lo mejor era no compartir espacios fuera de los imprescindibles con él.

El resto de la tarde lo pasé regular. Estaba deseando poder tocarlo. Olerlo. Besarlo. Aunque fuese en la ficción. Aunque fuese bajo los focos y sobre aquel escenario. Porque por ese instante su cuerpo era mío.

Me vestí abstraída, atrapada en esa aura taciturna y silenciosa que envolvía a Yon y que siempre se quedaba pegada a mí. Recordé el tono dejado y decadente de su voz, hilando explicaciones técnicas y haciéndolas fáciles para que yo las entendiera. Ese halo melancólico con el que a veces hablaba y que hasta asustaba. Aunque no quería pensar cosas raras más allá de la extrañeza que Yon albergaba en sí mismo. Me maquillé escuchando el murmullo de los compañeros secundarios de fondo, intentando calmarme. Repasé mentalmente mi texto y releí el guion un par de veces, dejándolo después en un cajón del armario del camerino. ¿Era normal que me apeteciera Yon de aquella forma? No entendía ese nivel de atracción hacia alguien como él.

Las nueve y media nos alcanzaron y el espectáculo dio comienzo. Primer acto… Segundo acto… Estaba realmente concentrada en lo que hacía porque mis constantes errores de novata me habían llevado a automatizar ya muchas acciones. Aunque no pude evitar sentir escalofríos cuando mis manos lo tocaban.

Y entonces llegó la quinta escena del tercer acto, cuando Romeo, ya desterrado de Verona por el Príncipe, visita a Julieta a su habitación para despedirse. Ambos recorríamos la estructura semicircular de la segunda planta mirándonos con devoción, con las frentes casi unidas mientras yo hablaba.

—*«No es esa luz la de la aurora, te lo aseguro. Es un meteoro que desprende el sol para guiarte en el camino a Mantua».*

Yon se acercó a mí girando su cara, sujetando mi rostro entre sus largos dedos, y encajó su boca con la mía. Relajé mis hombros y quise que el beso se fundiese con lo eterno. El sabor de su boca era todas las cosas extrañas pero bonitas de este mundo. Era salsa agridulce, resolver un sudoku nivel experto, era ceviche de gambas y palomitas de maíz, era aprender lenguaje de signos, era ese sueño increíble que nunca recordaba.

Ese beso lo marcábamos siempre igual. Era corto. Nuestras lenguas ni siquiera tomaban contacto, pero en ese instante sí lo

hicieron. Contuve la respiración. Mi miente implosionó como en un estallido. ¿Estaba Yon realmente actuando? Después venía otro beso similar, labio sobre labio, que él alargó de nuevo.

—*«Quédate. ¿Por qué te vas tan pronto?»* —decía yo.

—*«¡Que me prendan, que me maten! Mándalo tú, poco importa… Más que partir, permanecer ansío. Ven, muerte, pues Julieta así lo quiere»*.

Se lanzó a mi boca y su lengua volvió a lamer la mía. Oh, Dios mío… Era delicioso. Cuál fue mi sorpresa cuando atrapó mi labio inferior entre sus dientes.

Eso no estaba en el guion. No estaba.

El corazón se me iba a salir del pecho. Lo busqué con mi mirada y mis ojos revoloteando sobre los suyos con absoluto desconcierto, buscando una respuesta que obviamente no iba a llegar en aquel momento. Yon siguió con su interpretación.

—*«¡Amor mío, hablemos que aún no amanece!»* —dijo.

—*«Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera. Maldita ella que me aparta de ti. Vete que ya clarea el día»*.

—*«¡Un beso, adiós, y me voy!»*.

El tercero era el último beso de ambos amantes con vida y el más intenso. Ese no me pilló desprevenida porque estaba en el guion. No sé por qué lo sentí distinto a todos los demás besos que habíamos ensayado. Las piernas me temblaban cuando seguí mi texto con el sabor de su saliva nadando en mi boca, mientras él descendía por mi ventana.

Recité los últimos versos viéndolo abajo y me pareció el ser más hermoso que jamás había visto. Con los focos de luz pálida alumbrando su cara y su cuerpo, con esa camisa roja desabrochada…

Me sentí perdida. En la escena final bloqueé mi mente por miedo a quedarme en blanco.

Al finalizar, con los aplausos ensordecedores colmando nuestros tímpanos y nosotros abrazados sonriendo, me pregunté a qué habría venido esa intensidad en su interpretación. Deduje que, si algo había cambiado con respecto a lo que me había dicho por la mañana, sin duda Yon se apuntaría al plan con Karen y Capo para compartir más tiempo juntos. Eso me daría la respuesta.

Nunca vino.

28

No fue hasta entrado julio, dos semanas después, cuando las cosas empezaron a cambiar un poco entre Yon y yo. Miren nos llamó a su oficina y quiso explicarnos el funcionamiento de la nueva obra muda en la que teníamos que sumergirnos en el Hotel Nevada.

—Tenéis que representar una historia sin diálogos, junto a otras tantas, en un edificio de varias plantas en el que el público está en movimiento. ¿Habéis visto algo parecido alguna vez?

—Sí —murmuró Yon, tomando asiento a mi lado—. Hay una obra en Nueva York que funciona así, pero llevan máscaras.

—Esa en la que los asistentes pueden seguir la historia que quieran, ¿no? —dije.

—Exacto. En realidad esto se inició en Londres —explicó Miren acomodándose en su silla, tras beber de su café con hielo—. Es un concepto que ahora está en boga. El edificio está apartado del hotel y va gente de todo el país a ver el espectáculo sin necesidad de alojarse en el Nevada. Está a tres cuartos de hora de aquí. ¿Teneis medio de transporte para desplazaros?

Negué.

—Sí. Mi coche —respondió Yon.

—Perfecto. La gasolina corre a cuenta nuestra. —Unió sus manos sobre la mesa—. Actuaréis todos los domingos de agosto y obviamente ese día no haréis vuestra función en el complejo. Además, a partir de ahora tendréis un día libre a la semana.

Por fin días libres. Yon y yo nos miramos con complicidad. Era obvio que no quería nada de mí en el sentido amoroso, pero la amistad crecía cada vez más entre nosotros. Sentí que empezábamos a ser amigos estables. Tampoco podía culparlo porque yo no le gustara.

Miren nos entregó el nuevo guion y suspiré angustiada con solo tocar las hojas grapadas. Miré mi anillo de flecha, como símbolo generador de buenas energías, e imploré a lo que sea que exista en el cielo que no hubiese más roces de lengua con Yon.

Era *Juana la Loca*. Loca me iba a volver yo.

Tener que asumir que Yon le había dado la vuelta completa a nuestra relación me costó mucho. Fue… humillante y muy confuso al principio. Después casi se había trasformado en un acto de penitencia en el que yo respetaba la relación que teníamos por encima de todas las cosas, incluida la desesperante impotencia que me mataba cada día

por no ser lo que él deseaba. Y eso se complicaba aún más con nuestros besos sobre el escenario.

En las funciones de esas dos semanas Yon no había variado sus acciones; a veces me besaba con más intensidad, otras más casto. Por lo que deduje que dedicar pensamientos a interpretar sus «señales» era una pérdida de tiempo. A ver si Karen llevaba razón e iba a ser virgen… ¡Eso era una tontería! Lo que me daba por pensar con tal de no asumir que Yon pasaba de mí.

—¿Te parece que veamos si la sala multiusos está ocupada y miremos allí el guion? —me preguntó levantando un segundo la vista del texto cuando bajábamos de la oficina de Miren.

—Sí, vale.

Fue un horror. Exasperante. Ridículo. Una pantomima gigantesca. Fue un tachón encima de un cuadro terminado, que éramos nosotros siendo amigos, claro, al estilo de Dalí, porque aquello estaba todo derretido.

Yon quiso practicar una técnica que había aprendido, *Contact* no sé qué. Decía que así íbamos a poder conectar mejor con el público y que estaba pensada para las actuaciones gestuales, no verbales. ¿Y qué pasaba con la dichosa tecniquita? Había que tocarse. Qué digo tocarse. ¡Magrearse! Yon me explicó que teníamos que mantener unida una parte cuerpo y recorrer el espacio sin despegarnos. Cuando sentí su mano grande y sus dedos clavarse en mi costado para acercarme a él y empezar el ejercicio…

—No creo esto que sea necesario. —Me aparté.

—¿El qué?

—Restregarnos como perros en celo.

Yon se echó reír, hundiéndose el dedo índice y el pulgar en los ojos.

—Deja de reírte, no me hace gracia.

Y lo decía muy en serio porque me estaba excitando solo con mirarlo, con esa camiseta gris oscura con los hombros cortados de Gotham y las alas de Batman. Estaba empezando a pasarlo realmente mal y sentí que no me entendió en absoluto. Que me tocara con sus manos estaba directamente relacionado con una tragedia húmeda entre mis muslos.

—Sí que es necesario… —insistió.

—¿Pero tú eres tonto o qué te pasa? —rabié, muy a mi pesar—. ¡Me gustas, joder! Somos amigos. O eso creo. ¿No puedes tener un poco de piedad? Esto me resulta muy incómodo, Yon… ¿es que no lo ves?

—¡Es que tú no ves que es trabajo! —me recriminó—. ¡Que sigues sin saber distinguir una cosa de la otra! ¿Qué diablos te pasa, Aura? ¡Y no me insultes! —Me encaró.

—¡Vete a cagar! —Me incliné hacia él.

—Vete tú a darte una ducha, que se te ve muy tensa —me dijo casi en la boca.

Lo miré furibunda por ese comentario. Estuve a punto de estamparle mi guion en la cara. Yon suspiró exasperado, separándose de mí, y continuó voceando.

—¡Esto lo hacen todos los actores del mundo! Trabajar la expresión corporal, desinhibirse y despegarse de la realidad es la base para cualquier logro en interpretación. Si no puedes lograrlo, es que simplemente no vales para esto.

—¡Yo no quiero valer para esto!

—¿Pues por qué hostias aceptaste este trabajo? —Zarandeó el guion en su mano—. ¿Me lo puedes explicar?

—¡Necesitaba el dinero! ¡Vivo con mi sobrino y mi hermana y no puedo permitirme marcharme de un trabajo para hacer un máster como tú!

Nos retamos con los ojos en la distancia y los rostros en tensión. Entonces Yon suavizó su gesto y cogió aire un par de veces.

—Vale. Pues vamos a intentar trabajar solo con la mirada.

«No puedo…» pensé, pero quise mantenerme fuerte. Apreté mis puños. Me molestaba que actuase tan frío, sin ponerse en mi lugar ni un ápice, y encima mandando.

—Así no, Aura —me replicó la tercera vez mientras nos dirigíamos a la zona de la mesa. Señaló con dos dedos mis ojos y luego los suyos—. Mantén tu mirada fija en la mía mientras caminamos.

—Deja de darme órdenes. Es el primer día, lo aprenderé.

—Pero ¿cómo lo vas a aprender si nadie te dice que lo estás haciendo mal? ¡Me tienes harto, joder!

Lanzó el guion a la mesa.

—¡Tú sí que me tienes harta a mí! ¡Y no tengo por qué aguantar esto!

Atrapé mi mochila del suelo y salí corriendo por la puerta a toda velocidad.

—¡Dios, no lo aguanto! —grité tras entrar como una osa en mi bungaló—. ¡¿Quién diablos se ha creído que es?! ¿El jodido Clint Eastwood? ¿Del puto reparto de *The Walking Dead?*

Karen me sonrió sarcástica sentada en una banqueta en la cocina, mientras sorbía su naranjada en una pajita. Los labios pintados de rojo y un turbante de estampado étnico en la cabeza.

—¿Qué? —le dije.

—Nada, mami. Que creo que necesitas un bailecito —que en su acento sonó *bailesito*.

—Dame una de esas. —Señalé su naranjada desesperada.

—Tienes una jarra preparada en la nevera. Pero te advierto que lleva magia extraída de la caña de azúcar… ya tú sabes.

—Pues si lleva ron mejor. ¡Mil veces mejor!

—Y del bueno… pega bien en la cocotera…

Agarré la jarra y quise echármela a chorro en la boca, no sé muy bien por qué no lo hice. Cogí un vaso y lo llené hasta el borde, a rebosar. Me agaché a sorber el líquido a punto de desbordarse con tanto ímpetu que me atraganté y empecé a toser.

—Me ha dado en el gallito —farfullé con los ojos a punto de explotar.

—Lo que te ha dado en el gallito es otra cosa… —susurró Karen.

La miré sin querer ni poder contestarle. Y tosí un rato más.

Al guardar la jarra en el frigo sentí que Karen se levantaba de la banqueta y al poco empezó a sonar música saliendo a todo volumen de su habitación, con los primeros acordes de *Mi tierra*, de Gloria Estefan.

—Ven. —Karen me hizo un gesto con la mano, meneando sus caderas.

Me eché a reír, negando.

—Yo no tengo ni idea de bailes latinos. —Bebí quietecita en mi sitio, junto a la nevera—. Si me pones alguna de Dua Lipa o me pides hacer *twerking*, me defiendo.

Karen se agachó colocando sus manos en las rodillas y empezó a mover el culo como partiendo nueces, en un estilo increíble. No he visto cosa igual en mi vida.

—Ufff… —Anduve hacia ella—. Casi prefiero que bailemos latino. Por lo menos así hago el ridículo con algo que no sé.

—No bebas demasiado, que tienes que actuar esta noche, Aurita. —Cogió mi mano con destreza.

—Y tú.

—Pero yo controlo.

—¿Quién te ha dicho que yo no?

Llegó el momento de actuar y ya me estaba esperando lo de siempre. Yon y yo tensos como espadas. Todo el elenco mirándonos. Tener por obligación que relajarnos y ser profesionales. Él besándome con pasión fingida en la función. Yo derritiéndome como loncha de queso. Y mi posterior rabieta por fantasear con un imposible mientras me cambiaba de ropa junto a él en aquel cubículo diminuto, cagándome en todo en silencio.

Pero esta vez…

Estábamos en la transición del segundo al tercer acto, lo que implicaba el telón cerrado y modificaciones importantes en el escenario. Yon y yo hacíamos el cambio de la ropa de la boda por la

principal, un cambio extra que Miren nos introdujo a última hora. Él se quitó su traje de pantalón y chaqueta gris ochentero y su camiseta roquera y yo lo esperé junto al tocador, dándole la espalda. Como siempre. Con mi vestido blanco de dibujos religiosos y roqueros pintados, que me recordaba al que llevó Angelina Jolie en su boda, pero más sencillo, claro. Yon tenía que desabrochar el par de botones de mi espalda y bajar mi cremallera.

No nos habíamos dirigido la palabra desde nuestra discusión y el silencio era absoluto. Sentí que se colaba con habilidad su camisa roja y se acercaba a mí.

El solo tacto de sus yemas en mi piel ya me hizo estremecer. Deslizó mi pelo hacia un lado y sus dedos acariciaron mi nuca. Algo nada habitual, pero no quise tomarlo como nada más que un roce casual. Lo cierto es que todavía estaba un poco enfadada. Pero entonces me pareció sentir que se inclinaba hacia delante y noté su respiración más cerca. ¿Qué diablos hacía? Su mano derecha acarició mi brazo y de pronto sus labios suaves se posaron sobre mi cuello, dejando un beso. Un beso de verdad, en el que se detuvo a olerme y donde su boca insistió unos segundos sobre mi carne, provocándome un escalofrío, hasta despegarse muy despacio de mi piel sensible.

—Qué haces… —musité.

Contuve la respiración, mirando en el espejo su cuerpo alto sobresalir tras el mío, aunque no podía ver su cara. Un silencio muy extraño nos invadió. Me giré despacio, sintiendo aún la piel erizada en mis brazos. Nos quedamos mirando. Yon se mordió el labio y tragó.

—No iba a… ¿te ha molestado? —me susurró—. Yo… no he pensado. Es que…

Me quedé tan sumamente paralizada que ni las palabras me salían.

—¿Lo estás haciendo por la discusión de esta tarde?

—No… —Me retiró la mirada y volvió a mí—. Tal vez.

—¿Tal vez?

—Me he sentido muy mal después…

Acercó su cara a la mía con una leve sonrisa. Cogí su mano, a la altura de su muslo. Estábamos tan acostumbrados a tocarnos que nos salió solo.

—¿Y eso qué significa? —le susurré.

—No debí haberte dicho lo de la ducha… Perdona…

—No… perdóname tú por llamarte tonto.

Solté su mano y subí con mi palma abierta a su pecho. Lo acaricié, apartándole un poco la camisa desabrochada. Miré su piel blanca muy excitada. Era delgado, pero existían volúmenes en su cuerpo. Me pareció tremendamente tentador. La respiración de Yon se agitó y jadeó levemente. Nos miramos y, sin pensarlo mucho, ascendí

con mi mano y la introduje en su pelo corto. Él se retiró unos pasos atrás en respuesta, que yo repliqué a su ritmo, siguiéndolo, sin soltar su cuello. Hasta topar con la pared.

—Aura… Esto no puede ser —me suplicó.

—¿Por qué?

Le miré la boca hipnotizada, con una ansiedad que creí que los pulmones me explotaban, y me puse de puntillas. Yon no se apartó. Nos besamos intensamente y nuestras respiraciones nasales se escucharon a todo tren. No entendía nada. Las manos abiertas de Yon recorrieron mi espalda hasta alcanzar mis nalgas, donde abrió sus palmas y hundió sus dedos después. No me lo podía creer… Un cosquilleo me invadió entera, haciendo palpitar mi sexo. Gemí en sus labios. Escuché de pronto que la escena de la muerte de Mercucio se desarrollaba.

—Te toca. —Lo besé de nuevo con desesperación, hundiéndole mi lengua en su boca—. Tienes que subir.

—Sí… —Yon me miró preocupado.

Un segundo después desapareció para subir al escenario.

No tenía ni idea de a qué se refería con que lo nuestro no podía ser y no aguantaba más para que terminara la actuación. Se me estaba haciendo eterna. Aunque tampoco quería mostrarme demasiado ansiosa. Por nada del mundo quería echarlo todo a perder ahora.

29

Al finalizar me fui directa al cambiador. Luego entró Yon, que se había quedado hablando con uno de los del reparto. De nuevo los dos solos. Nos miramos muy raros, sin decir nada. Tragué mientras me vestía en silencio. Yon me sonrió un poco. Yo le respondí igual. Terminamos de vestirnos sin pronunciar palabra. Yo por miedo a romper lo que fuese que hubiésemos avanzado. Él por lo de siempre, el silencio era su planeta. Acabábamos de colocar las perchas de nuestro vestuario en el burro, cuando me miró.

—¿Quieres que vayamos a cenar al lago?

—No lo hemos solicitado —le dije como la gilipollas que soy, arriesgándome a perder una oportunidad con él.

—Se lo diré ahora a Miren, no creo que nos ponga problemas.

—Miren, ya… —murmuré.

Yon se rio.

—Venga.

Salimos de allí y por supuesto que Miren permitió que fuésemos al lago. Seguro que Yon le pedía que se hiciese una reconstrucción facial para ponerse la cara de una hiena de pelaje morado y ella asentía sin más.

Pillamos un par de porciones de pizza cada uno y unas patatas con salsa de yogur que tenían una pinta tremenda para compartir. De postre un montón de sandía troceada que la señora de pelo rojo de la cocina informó que había que aprovechar. Por lo visto a los ricachones les había dado por jugar a partir sandías y el premio para quien lograra que ambas partes pesaran lo mismo era una descomunal suma de dinero. En fin. Dejamos la zona de playa Oso a la derecha y continuamos hasta la zona de canoas. Solo esperaba no encontrarme allí a Alberto, el encantador de serpientes, y para mi gran alivio no estaba.

Nos sentamos frente a frente sobre una piragua amarilla que giramos bocabajo, colocando las cosas en el espacio entre nuestras piernas abiertas, paralelos al lago. La luna aparecía y desaparecía entre las nubes y corría una ligera brisa, pero no invitaba a ponerse nada encima. Cogí una porción de pizza de la caja y, como no sabía muy bien qué decirle y estaba bastante nerviosa, me uní a su extraño planeta del silencio. Observé a Yon enrollar la pizza en forma de tubo con expresión taciturna. Sonreí un poco.

—¿Una pizza-fajita?

—Siempre la como así —dijo con desgana.

Tragué. Pensé en lo complejo que era todo con Yon y en que no sabía muy bien en la que me estaba metiendo.

—¿Estás bien?

—Bueno…

Dio un bocado a la masa y masticó abstraído.

—Es… ¿por nosotros? ¿Por… el beso?

—Es por todo… —Posó sus ojos en la pizza.

No le vi con mucha intención de querer seguir hablando, de modo que cerré mi boca unos minutos. Nos concentramos en comer, con las rodillas casi rozando, mirando el lago, donde el agua azul y plácida brillaba. Empecé a valorar la idea de que detrás de Yon no solo se escondiera una mente singular, sino un alma realmente torturada. Quise alentarlo.

—Puedes contarme cualquier cosa —susurré.

—Yo… es complicado de explicar.

Nuestros ojos conectaron un segundo. Sentí que invadía una parcela muy íntima y delicada de él y simplemente dejé que tomara la iniciativa por sí mismo. Algo me dijo que lo haría. Lo cierto es que me moría de ganas por tocarlo, abrazarlo, besarlo… pero no podía lanzarme a él sin más. Suspiré con suavidad, ocultando mi intranquilidad mientras esperaba su respuesta. Yon devolvió su porción a la caja sin terminársela. La expresión de su rostro cuando me miró me puso descompuesta.

—En principio no me conviene tener nada con nadie, Aura… —dijo en un hilo.

—¿Cómo?

—Por el tema de la estabilidad emocional.

Parpadeé y mi respiración se disparó.

—Aunque Paloma, mi psicóloga, me ha dicho que estoy prácticamente recuperado. Me dará el alta cuando vuelva, si todo va bien.

—¿Recuperado? —Se me secó la garganta—. ¿De qué?

Yon agachó su mirada.

—No me apetece hablar de eso…

Se me encogió el pecho. Que no quisiera hablarlo ya me decía que era un tema muy duro para él. Por unos segundos no supe qué hacer. Escuché el suave mecer del agua al alcanzar la orilla y el cantar remoto de algún grillo. Eso hizo que me relajara un poco. Entonces Yon me miró la boca, cargando tristeza y deseo en sus ojos. ¿Esa combinación era posible? Parecía que en él sí. Escaló con su mirada hasta la mía muy despacio. Sus pupilas oscuras brillaban como una noche estrellada. Muchísimo.

Aparté la comida de entre nosotros y la dejé en el suelo sin

despegar mis ojos de los suyos, afligida. Su pecho se movía arriba y abajo y eso me dio alas. Me deslicé sobre la piragua hasta él y Yon respondió estirando sus piernas para permitirme colocar las mías sobre sus muslos, sin llegar a tocarlos. Cuando tuve su rostro a pocos centímetros del mío dibujé un puchero, sin poder evitarlo, congelada en su mirada.

—Qué te ha pasado…

Yon negó muy lento, con la mandíbula apretada. Se me rompió un poco el corazón.

—¿Puedo tocarte? —Y mi voz sonó totalmente desesperada.

Yon sonrío de lado, tan dulce que creí que me deshacía. Alargué mi mano y acaricié su mejilla, trazando líneas con mi mirada sobre su rostro, que tantas veces había visto actuando bajo focos. Por sus pequeños ojos de pestañas espesas, por sus oscuras cejas pobladas, por su boca rosada con la forma de uve marcada, su nariz de punta elevada, por su barba afeitada y piel clara que bajo la luz de la luna se acentuaba aún más. Sin poder evitarlo miré su cuello. Terso, largo, con una nuez marcada pero no prominente. Sentí una necesidad irrefrenable de tocarlo y bajé mi mano. Yon tocó mi pelo a la altura de mi pecho, manoseando un mechón con delicadeza. Mi estómago hormigueó. Luego sin más nos acercamos el uno al otro y nos abrazamos, acoplando nuestros cuerpos al otro. Sentí su calor, sus brazos rodeándome, apretándome contra él en ese lenguaje críptico suyo que me hacía estremecer. Inspiré su olor en su polo azul marino y besé su pecho sobre la tela. Noté que Yon besaba mi pelo y sonreí. Dios… era increíble. Todavía no daba crédito. ¿Cómo me podía hacer sentir así? En un mes escaso.

Deshicimos el abrazo y Yon besó mi frente, luego mi nariz, haciendo que sonriera de nuevo, y después buscó mis ojos, mojándose los labios. Imploré en silencio que me besara. Yon se acercó hasta casi posar su boca en la mía y, con voz ronca, preguntó:

—¿Quieres sandía?

Asentí mirando sus labios. Él se inclinó sobre mí para alcanzar la cubeta tras mi espalda. Su peso sobre mi cuerpo y su mano en mi muslo aceleraron mis latidos. Introduje mis dedos en su pelo y besé su hombro. Él volvió a su postura y abrió la caja con una sonrisa preciosa. Arqueó sus cejas un par de veces y sacó un trozo de fruta, que me ofreció. Le di un bocado y él se comió el sobrante. Me preguntó si quería más y asentí masticando, notando mis mejillas arder. Repitió la operación y mordí. Entonces Yon me miró de soslayo y tragó, haciendo que el tiempo se detuviera.

—Estás preciosa cuando te sonrojas —me dijo.

—Al contrario que tú… que estás precioso siempre.

Yon se rio abiertamente por primera vez en todo el día. Sus

carcajadas hicieron que mi cuerpo palpitara entero y mi alma se encendió. ¿Por qué? No debía sentir esas cosas. No debía. Aún había muchas partes de Yon de las que no tenía ni idea.

Le arrebaté el cubo, colocándolo en mi regazo, y cogí sandía. Me la comí mirando a Yon. Él entrecerró los ojos con una mueca sarcástica.

—Muy bonito, toda para ti…

—¿Quieres más? —Me reí burlona.

—Las patatas están siendo devoradas por toda clase de insectos nocturnos… creo que sí.

—Puedes cogerla tú. —Le ofrecí el cubo.

Él lo empujó de nuevo hacia mí.

—Yo ya lo he cogido antes y he compartido cada trozo —susurró.

Pestañeé despacio, mirando sus ojos.

—¿Por qué eres así?

—Así cómo.

—De especial.

—No soy especial. Nadie lo es, o todos lo somos… Esa atribución es producto del ego humano.

—Es cierto, pues corrijo… eres poco común, Yon López, y eso me encanta.

Arrastramos la mirada hasta la boca del otro y el cubo se me cayó de entre las manos, volcando. Toda la sandía se desparramó sobre la arena pedregosa.

—Perdona. —Pasé mi pierna por encima del kayak y me agaché a recoger.

—No pasa nada.

Yon se inclinó para ayudarme. Recogimos las porciones de fruta sucia en silencio. Escuché su respiración crecer en intensidad y me mordí el labio, resistiéndome a hacer lo que en realidad quería. Retozar con él por la arena.

No lo toqué. Aunque no duré mucho quieta. Al terminar teníamos las manos mostosas y sucias. Yon caminó hasta la orilla del lago y lo seguí. Sus manos se hundieron en el agua cristalina cuando se puso de cuclillas y, mientras me agachaba también, mis ojos no lograron despegarse de ellas. Las movió con suavidad y de paso aprovechó para mojarse los brazos. Y qué brazos. Había pasado de ignorar a Yon por completo a admirarle al completo. El movimiento de sus palmas deslizándose por su piel y humedeciéndola me puso cachonda. Se le marcaron los músculos de los antebrazos y un poco el bíceps y el de detrás. Era un enclenque fuerte, el jodido Yon. Y estaba tan guapo concentrado en lo que hacía. De pronto me miró de soslayo y me sonrió relajado, a gusto conmigo. Bajo la luz de la luna estaba

espectacular.

—Quiero besarte… —le solté—. No lo soporto más.

Yon detuvo su mano en el brazo y tragó.

—Todavía no he decidido si puedo hacer esto.

—Nos vamos a seguir besando todo el verano…

—Pero actuando. No es lo mismo.

—Y para qué me dices que venga a cenar contigo… —rezongué.

—Porque no creo que esto vaya a cambiar nada. Prácticamente pasamos todo el día juntos… ¿qué vamos a hacer, no dirigirnos la palabra para tener que interpretar y ensayar de nuevo al día siguiente? —Miró el agua—. Prefiero esto.

—¿Y qué es esto?

—Respeto. Compañerismo. Amistad… Tenemos que gestionar esta situación a pesar de tenernos que ver cada día.

—Pero para mí esto es excepcional. —Saqué mis manos del agua y me cogí las rodillas—. Yo… nunca he tenido que gestionar la falta de espacio con alguien que me gustara. Estamos siempre pegados y eso me aturulla.

—Pues por eso —dijo sin más.

Me sentí decepcionada. No porque Yon cuidase tanto de sí mismo y fuese tremendamente racional, yo también podía actuar con madurez y poner límites, sino porque en su argumento no había dado un respaldo que diera pie a que sucediera una historia entre nosotros.

—¿Respeto, compañerismo, amistad? —murmuré mirándolo de soslayo—. Eso no explica el beso que me has dado en el cuello hace unas horas… Ni tampoco que hace unos minutos me hayas dicho que estaba preciosa… No tiene que ver con que me mires la boca, ni con que tu pecho se acelere al hacerlo…

Yon conectó con mis ojos, pero no dijo nada. Un agujero muy desagradable se abrió en el fondo de mi estómago. Me puse de pie despacio, notando cómo mis ojos se humedecían. No quería meterme en una de esas historias ambiguas y viciosas. Era a lo que más miedo le tenía del mundo. Acabar enganchada a una nube de humo. Tal vez le gustara algo a Yon, pero era obvio que no lo suficiente.

Me volví a la piragua y empecé a recoger en silencio. No me apeteció verbalizar que quería marcharme ni quise hacerle más preguntas. Le acababa de decir que no soportaba no besarle y que me gustaba. Por segunda vez. Y él no había hecho nada. Tampoco dijo nada. El silencio era su gran amigo. Murmuramos cuatro cosas para ponernos de acuerdo en dar la vuelta a la piragua y poco más.

Emprendimos el sendero de vuelta. Yo cargaba la bolsa e iba con los ojos puestos en la zona iluminada del fondo, playa Oso, con ganas de llegar. Ya ni siquiera iba enfadada, no hay que enfadarse con la verdad, hay que aceptarla. Simplemente iba a actuar en consecuencia.

Yon caminaba a mi derecha. Se escuchaban nuestros pasos sobre la tierra y algún búho que deduje andaba cerca. Las tablas de madera del suelo que daban acceso a la playa ya se veían a lo lejos y aceleré el paso.

—Espera… —lo escuché decir.

—Es tarde y mañana temprano tenemos ensayo de la nueva obra, Yon…

Agarró la bolsa que llevaba en mi mano para detenerme, pero yo solté el asa, continuando mi camino sin ella. Sentí que Yon corría y al instante apareció delante de mí, interceptándome el paso. Dejó caer la bolsa al suelo.

—No te vayas, por favor… —Acarició mi brazo.

—No, Yon, ¡ya está bien! ¡No quiero que esto se convierta en un…!

Sus labios chocaron contra los míos y sus manos sujetaron mi cara con fiereza. Gemí cerrando los ojos mientras nos movíamos en pasos torpes sobre el sendero, hasta dar con un árbol. Yon apoyó su mano en el tronco para amortiguar nuestra llegada y yo acomodé mi espalda en la corteza. Empuñé el cuello de su polo y Yon despegó su mano del árbol para introducir ambas en mi pelo. Apretó mi cara contra la suya, inspirando con alivio, colando su lengua en mi boca con ansia.

Estuvimos besándonos durante minutos y minutos, sin despegar nuestras bocas para absolutamente nada. Luego Yon se separó jadeando, agarró mi mano derecha y la llevó a su abdomen plano. Descendió muy lento sobre la tela de su polo hacia la cintura de sus vaqueros, hasta asegurarse de que mi palma tocaba el bulto bajo su cremallera. Mis mejillas se encendieron.

—No solo es amistad, Aura… —murmuró de pronto con la mirada puesta en mi mano. Luego buscó mi oído sin mirarme—. No me dejas dormir por las noches y no puedo con la ansiedad que me produce esperar todo el día para volver a lamer tu boca y tocarte sobre el escenario… Pero necesito pensar porque tengo miedo de estropear todo lo que he conseguido hasta ahora.

Mi boca estaba entreabierta, jadeante. Solo quería que me tocara por todas partes… Yon se despegó de mi cara y me miró de cerca. Sus ojos se movieron sobre los míos entre las sombras nocturnas, esperando no sé qué por mi parte. Y yo continuaba con la mano en su paquete. Tenía una erección que… válgame Dios. En un par de segundos y tras mi sorpresa, dilucidé que Yon había querido quedarme claro que yo le gustaba, mucho, y que además se la ponía dura. Y eso lo cambiaba todo porque me dio a entender que mis sentimientos le importaban. Aunque seguía cargando preocupación en sus ojos.

Deduje que para que quisiese parar, en el estado de excitación

en el que estaba, debía esconder una razón de peso.

—Bésame más —le pedí retirando mi mano de su bragueta—. Despacio…

—Vale… —Acarició mi pelo con un suspiro y dejó un besó suave en mis labios.

—Muy despacio…

30

Qué bien sabía Yon. Qué combinación de respeto hacia sí mismo, vulnerabilidad, ternura y misterio llevaba consigo. No hay nada en el mundo que me parezca más sexi que una persona con principios. Selectiva. Que use su poder cuando debe hacerlo y en los momentos precisos.

Los besos fueron dulces, lentos y cálidos. A fuego lento. Su erección seguía ahí, pero nosotros la ignoramos. Acaricié su espalda y su pelo denso y corto con manos certeras pero contenidas. A veces Yon atrapaba mi labio inferior y cuando creía que iba a liberarme de su boca, me embestía con nuevos besos. Qué miedo me daba enamorarme de él. Qué pánico me producía descubrir quién era y no saber manejarlo… Las únicas referencias que tenía del amor eran mi hermana, que no era el mejor ejemplo a seguir, mi amiga Sara, que se estaba planteando seriamente cambiarse de acera, y mi pasado, que no incluía a chicos melancólicos y marginales en tratamiento psicológico.

Yon acarició mi brazo con sus nudillos y sus labios se despegaron de los míos para besar mi hombro. Hundí mi nariz en el arco de su cuello, sujetando su nuca. Respiré profundamente, olía a gloria. Rocé mi cara con la suya y lo atraje con la mano que tenía en la parte baja de su espalda, apretándolo contra mí. Cerré los ojos y deseé ver su pecho desnudo, palpar cada centímetro de su piel. Quería más y no podíamos seguir. Me sentí un poco sobrepasada de pronto. Lo liberé de mis manos y me separé un paso al lado. Lo miré, un poco perdida.

—No sé muy bien qué tengo que hacer ahora…

Yon se pasó una mano por el pelo mirándome fijamente.

—No tienes que hacer nada.

—Pero… soy incapaz de estar así, en vilo. No quiero tener que estar esperando a que tú te decidas y ser la parte que no se entera de hacia dónde vamos…

—Te entiendo —murmuró acercándose a mí y pasó su pulgar por mi labio inferior—. Pero tengo que pensar, ya te lo he dicho. Es importante que lo haga.

—Está bien —claudiqué.

Se inclinó, pero antes de que sus labios rozaran los míos se detuvo buscando mis ojos, como pidiéndome permiso. Alcé mi barbilla y me besó. Los brazos empezaron a picarme. No supe si eran mosquitos de nuevo o la angustia de que todo se fuese al traste y Yon

reculara para decirme que todo había sido un error. Mi corazón se disparó cuando su boca se abrió y su lengua rozó la mía. Deslizó sus manos grandes por mi espalda, llevándome hasta él, pegándome contra sus caderas. En ese mismo segundo sentí que tenía que ceder si de verdad me importaba saber quién era.

—¿No puedes contarme algo más? —le pregunté una última vez sin dejar de besarlo—. Quiero conocerte…

—Ya lo estás haciendo.

—No del todo.

—Yo tampoco te conozco a ti.

Suspiré y lo miré rendida, dejando caer mis hombros. Yon sonrió de lado.

—¿Regresamos?

Me ofreció su mano y le di la mía. Era evidente que de momento las cosas iban a seguir así. Un cosquilleo de incertidumbre me recorrió las tripas. Apreté mis dedos entre los suyos y Yon respondió mojándose los labios con una mirada entre lobuna y asustada, agachando la cabeza. Mi sangre bombeó muy deprisa, me moría por saber todo de él. Recogí la bolsa de basura del suelo sin soltar su mano y no pude evitar sonreír, recordando el instante en que Yon la había dejado caer justo antes de besarme. Al menos un paso sí que habíamos dado. Lancé la bolsa a una papelera y seguimos caminando.

—¿Te has enamorado alguna vez? —Agité mi cara al segundo, muy arrepentida—. Lo siento. Es una pregunta fuera de lugar. No quiero agobiarte…

—Tranquila. No lo haces.

—Pues muy mal. —Me reí.

—¿Qué?

—Que ahora vas a tener que contarme… cosas.

Yon besó mi mano.

—Qué quieres saber.

—¿Alguna chica te ha robado el corazón, Yon López? —Lo miré apretando una sonrisa.

—No… —contestó a media voz—. No de esa forma en la que te pierdes a ti mismo.

—¿Porque no podías implicarte emocionalmente?

—Sí. Porque no podía… —dijo esquivo—. ¿Y tú?

—Yo tengo mis dudas.

—Vaya, qué panorama más alentador —murmuró sarcástico—. Y por qué tienes dudas, a ver.

—Te advierto que esto tienes sus bases y es una historia larga —le dije resuelta, mientras dejábamos la playa en semipenumbra a la izquierda.

—Tenemos tiempo.

Su pulgar acarició el dorso de mi mano y sonreí de pura emoción.

—Pues… a ver, porque tuve una especie de novio en 4º de la ESO, si se le puede llamar novio a un chico que me dio tres besos cuando íbamos a la estación de tren a verlos pasar mientras imaginábamos a qué parte del mundo nos llevaban… Luego conocí a Andrés, en primero de carrera, ya en Madrid, porque para tu información, Yon, empecé Biología, como te dije. ¿Por qué? Nadie lo sabe.

Yon se rio sonoramente.

—No te aburro, ¿verdad?

—Al revés. Sigue con Andrés, por favor… —me pidió sin detener el paso y sin soltar mi mano (que es lo importante).

—Andrés era un chico un poco estrafalario que me encandiló gracias a sus teorías sobre la igualdad de sexos y su concienciación sobre el reciclaje. Lo acabé dejando con él porque no pasábamos tiempo juntos y me pareció una idiotez que nuestra relación se basara en hablar por el móvil. Después vino Fran, que creo que es el que más me ha gustado de todos, me pillé bastante, lo admito. Tenía los ojos más impactantes que nunca había visto y entendía un montón de música. Lo conocí en la primera agencia en la que me inscribí. Y por último Simón, íntimo de mi amiga Sara, con el que lo dejé hace ocho meses y viví en el piso que mantengo ahora, pero lo veía más como amigo.

—¿Y cómo sabes que no te enamoraste de Fran?

—Mmm… —Miré al cielo—. No lo sé. Pero por lo que he visto a mi alrededor y en esos amores en las pelis… me da que no. Nunca me sentí como Romeo y Julieta, ni de coña. No como para llegar a dar la vida por él.

—Bueno, la obra que representamos es un ejemplo de amor fatídico. —Me echó una mirada.

—Con Fran fue euforia hormonal —dije negando—, estoy casi segura. No lo conocía tanto como para que fuese amor real, aceptar todo lo que es una persona al completo, ¿entiendes?

—Sí. Ahora mejor.

Suspiré sonriente.

—El resto han sido rolletes por descarte, ya sabes, estos chicos que ya los ves venir pero que son muy agradables a la vista…

—Al estilo Alberto.

—No me lo recuerdes.

Me revolví el pelo con la mano libre y revoloteé con mis ojos alrededor, dándome cuenta de que ya habíamos pasado el edificio principal del complejo y estábamos a unos metros del arco de la zona de trabajadores. Todos los porches blancos se veían iluminados entre

árboles y verde y me pareció una estampa preciosa y bucólica. Luego me puse tensa, al descubrir que Yon había sacado el nombre de Alberto en la conversación por un motivo.

—¿Ha pasado algo con él? —me preguntó en un murmullo que pretendió ser discreto.

—Algo… sí —dije un poco cohibida, dudaba de si eso podía molestarle, así que añadí la verdad completa—. Pero resulta que es el marido de alguien.

—Lo sé.

—¿Tú también? —Arqueé una ceja exageradamente.

—Claro… él lo ha comentado por ahí.

—Ya me dijo Esmeralda. —Miré mis pies desencantada—. Joder. ¿Es que era la única en todo el complejo que no tenía ni idea?

—La verdad es que dudé de si lo sabías y me sorprendió un poco tu forma de actuar con él.

—¿Y cómo actuaba con él?

—Como si nada. —Encogió un hombro y me miró de soslayo—. No me cuadraba mucho que tragases esa situación con lo fiera que te ponías conmigo…

—Debiste decírmelo.

—Aún no teníamos mucha confianza. Me preocupaba más que emplearas tus energías en los ensayos.

—Ya…

Accedimos a la zona de trabajadores y los bungalós empezaron a surgir.

—Además, hay a tíos a los que eso les funciona —añadió con naturalidad—. Van así, con sus músculos a lo Hulk por la vida y las chicas caen rendidas a sus pies. Aunque sepan que están comprometidos, que mienten… El problema es de él, ¿no? —lanzó al aire.

—Pues yo no soy de esas chicas.

—Tampoco te iba a juzgar.

—No es por eso… en el sentido de que me influya lo que digan de mí por liarme con un tío casado, quiero decir. Nunca me ha influido lo que opine la gente. Y podría hacerlo si no conozco mucho al chico y es de manera puntual —aclaré—. Es porque no me implico con tíos que tienen una bandera roja del tamaño de Saturno brillando en su cara. Eso solo lo haces cuando no te quieres a ti misma, como le pasó a mi hermana con el gilipollas de Sergio Trigo. Pero yo me quiero.

Cuando alcanzamos mi bungaló nos detuvimos con lentitud, girándonos frente a frente.

—Has aprendido muy pronto la lección, ¿eh?

—Y sin necesidad de tener que sufrirlo en mis carnes —le guiñé

un ojo.

—Toda una ventaja. No debe de ser nada agradable vivir esas experiencias amorosas tan traumáticas.

—Hay otras experiencias traumáticas que también nos hacen perdernos a nosotros mismos, y que no son amorosas, ¿no?

Yon tragó retirándome los ojos.

Balanceé su mano, sin saber qué decir. Había tocado hueso. Y como quise correr un tupido velo y cambiar radicalmente de tema y no las pienso pues…

—¿Y eres virgen? —le solté.

—¡Claro que no! —Yon se echó a reír, poniéndose la mano libre en el pecho. Estaba tan guapo confiando en mí—. ¿Qué te ha hecho pensar que lo soy?

—No quieras saberlo. —Me reí pícara, pensando en Karen.

—¿Es que te he dado alguna señal clara de que no he follado con nadie en mi vida?

—Si hasta dices follar…

Nos echamos a reír como dos tontos. Él tiró de mi mano con suavidad y nos abrazamos, acomodándonos despacio al calor del otro. Besé su pecho y él olió mi pelo.

—Eres raro —seguí, removiendo mi nariz en la tela de su polo, luego levanté mis ojos hasta los suyos—. Y callado. Tienes aficiones… extrañas. Y te apartas de la gente. Eso no lo puedes negar.

—No tengo muy claro si me gusta la socialización en general. Me siento invadido la mayoría de veces. Creo que mucha gente no respeta los espacios de los demás. Y a los demás en general.

—Eso es cierto. —Pasé mi dedo índice por el borde de su mandíbula—. Y me parece que tu forma de actuar es muy buena. Con tu personalidad seleccionas, no te regalas… Y eso hace que mucha gente que no merece la pena caiga en el camino de conocerte.

—También gente que merece la pena —dijo algo abstraído, besando mi nariz.

—¿Te ha pasado?

—¿El qué?

—Perder a alguien que merece la pena.

Yon asintió deshaciendo el abrazo y lanzó un suspiro.

—En Barcelona. —Me miró con desesperanza.

—¿Cómo se llamaba?

—Amanda. Era compañera de un proyecto que tuve con General Comics —dijo en un inglés americano perfecto, como nativo que era.

—¿Y qué pasó?

—Que nos empezamos a conocer y me di cuenta de que no estaba listo.

Parpadeé despacio. El miedo atroz de que conmigo tampoco lo

estuviera me atravesó de cabeza a pies como un rayo.

—Bueno, pues… —dije señalando mi porche encendido.

—¿Toca la despedida?

Agarré su muñeca con brío y miré su reloj, que no siempre llevaba, de esfera cuadrada y correa de cuero.

—Son la una y veinte de la mañana. —Levanté la vista hacia su cara.

—Sí… —Me dedicó una sonrisa plácida.

—¿Quieres un sándwich?

—¿Qué? —Arqueó sus cejas.

—Prácticamente no hemos comido nada de pizza… —Lo agarré de un par de deditos y tiré de él, empezando a subir al porche. No se resistió—. A las patatas no les hemos hecho ni caso y la sandía la he caído. Te lo debo. Además, estás muy delgado.

—No siempre me apetece comer.

Tragué por el tono alicaído de su voz.

—Eso es porque no has probado mis increíbles sándwiches de dados de jamón, atún y dos quesos, chico raro.

La risa de Yon vibró en su pecho y mi sonrisa se ensanchó. Era un hecho que estaba empezando a gustarme demasiado y no paraba de darle vueltas a lo que fuese que le sucediera. Pero a riesgo de que al día siguiente tuviese tiempo de pensar y las cosas no fueran favorables para mí… tenía que aprovechar.

31

Cenamos en silencio mirándonos a los ojos, escuchando el crujir del pan en nuestras mordidas. Yon me habló de música a petición mía. Me dijo, en un tono de voz bajo y grave, que lo que más escuchaba era a un grupo indie-rock estadounidense con auge en los 2000 del que no recuerdo el nombre, y que para dibujar siempre oía música clásica japonesa. Yo lo escuchaba hablar muy atenta. Desconocía casi todo su mundo y eso me atraía más de él. Sentí que tenía mucho que enseñarme. Luego pasamos a hablar de cine y series, le dije que mi película favorita era *Moulin Rouge* y que me habían gustado series como *Fleabag* o *Gente normal.* Él me contó que la última que había visto era *Obi-Wan-Kenobi*, que le fascinaba el cine gore de los 80, y que al menos una vez al mes veía una peli de Spielberg. Resumen: nada que ver el uno con el otro.

Cuando nos despedimos Yon no me besó. Nos abrazamos durante tiempo, bastante tiempo. Minutos tal vez. Los pies me pesaban y mi corazón latía lento de agonía. Tal vez al día siguiente todo acabara.

No recuerdo haber entrado en mi habitación, haber puesto el ventilador en velocidad uno ni haberme colado mi pijama. Solo sé que agarré el cuarzo turquesa que me había regalado Karen por segunda vez en mi puño y lo apreté fuerte, aferrándome no sé muy bien a qué. Yo creía en las energías, en los comienzos, en la belleza de la inocencia y en resetear la frustración y la rabia de malas experiencias para hacer resurgir la ilusión, en la parte que no se ve del mundo. Pero me sentía tan extraña…, tan desnuda. Mi relación con Yon empezaba a preocuparme a ese nivel en el que lo que deseas te hace vulnerable. Me había sucedido eso con Fran, el chico por el que más pillada he estado en mi existencia. Sin embargo sospechaba que la intensidad de lo que venía después en un chico como Yon, que callaba tantas cosas, se multiplicaba por tres. No creí que agarrarme a un cuarzo fuese a salvarme. Aun así, no lo solté. Tal vez porque la parte de mí que quería creer con fe ciega en las cosas intangibles solo fuese esperanza.

Me desperté al alba con la luz naranja del sol pegando en la pared de mi cuarto, ligeros mocos y los pelos revueltos. Intranquila. Abrí mi puño y tenía la señal del *aqua aura* marcada en mi palma, me dolía un poco. No me molesté en apagar el ventilador. Llamé a mi hermana enseguida con una necesidad enfermiza de hablar, pero no

con ella.

—Joder… —balbuceó como saludo, la había despertado.

—Pónmelo —le susurré—, necesito escuchar su voz.

—Dame un segundo, cabrona… —Escuché que Susana se removía en la cama y dejaba escapar un resoplido con improperios incluidos. No me reí como respuesta y eso la alertó—. Qué has hecho, maldita…

—Nada.

—¿No te estarás enamorando de Yon?

—No de momento… —dije muy confundida.

La escuché suspirar hondo y sus pasos arrastrar por el suelo en mitad de un silencio absoluto.

—Noel… mira. Tu tía te llama por teléfono a las ocho de la mañana de un miércoles de julio, en tus vacaciones y el comienzo de las mías… así está…

—No me acordaba —le dije con una ligera sonrisa.

—Tita… —murmuró Noel adormilado con su vocecita.

—Hola, cariño.

—¿Quieres que te prepare los Chocapic? —le preguntó mi hermana y enseguida se escuchó la persiana. Ella era así, en cuanto Noel abría el ojo ya lo estaba martirizando con luz y comida. La costumbre del colegio.

—Sí… —respondió el niño.

—¿Cómo estás? —quise saber—. Qué bien que mamá ya esté de vacaciones.

—Mal… —dijo enfurruñado—. Todavía quedan setenta y seis días para que vuelvas.

—Es que ha hecho un calendario titulado «Días para ver a tita Aura» y va tachando los días que pasan —explicó mi hermana de fondo.

Sonreí maravillada. ¿Cómo se podía querer tanto a un sobrino?

—Luego te mando una foto del lago, ¿vale? —le dije abstraída —. Hay un montón de piraguas, ¿sabes?

—Claro. Es un lago.

—Y los niños van en barcas de pedales y juegan a un juego con botellas de suavizante y una pelota —murmuré por inercia, con Yon anegando mi cabeza.

—Se llama *suavibol*.

—¿El qué? —pregunté.

—El juego. Te dije que lo habíamos hecho en clase de Educación Física.

—¡Qué te pasa, Aura! —escuché a mi hermana de pronto con voz estridente, tras robarle el teléfono al niño.

Suspiré hondo y rasqué mi cuero cabelludo.

—No lo sé… que… —Me callé y supe que no iba a contarle el verdadero problema. Para eso debía darle información personal de Yon y sentía que era algo muy atesorado por él y que me había cedido solo a mí. A mí. Opté por contarle otra cosa—. Que resulta que ahora tengo que limpiar cuadras con Yon y representar *Juana la Loca* en mudito. Ah, y me he liado con un casado.

—¡¿Con un casado?! —Puso el grito en el cielo—. Eso es… Tú no… Es impropio de ti.

—Lo sé.

—Esquivas muy bien a los dañinos —apuntó—. Aunque luego tienes ese punto de ingenuidad y sinrazón que… no sé.

—Me enteré tarde.

—De verdad que las cosas se dan la vuelta muy pronto y te muerden el culo, Aura —murmuró con tonito—. No tientes a la suerte.

—Bueno… no todos los que cometemos errores tenemos que acabar como tú —lancé.

Se creó un silencio tenso y al instante suavicé mi tono.

—Ya sabes a lo que me refiero —añadí.

—Sí. —Escuché que se encendía un cigarro—. Sé que no todo el mundo termina siendo madre soltera por un error de elección adolescente. Pero sí que acabas dañado. O peor, sin autoestima y perdiéndote a ti misma.

—Te lo repito. Me enteré tarde, Susana.

—Vale, Aura.

—Eso está cerrado —le aclaré.

—¿Como con Simón?

—Sí.

—Mmm… tu voz sigue rara. ¿Qué sucede? ¿Te ha pasado algo con tu jefa? ¿Es déspota y rematadamente imbécil?

—No. —Enterré la cabeza en la almohada.

—¿La comida que te sirven es todo verduras rancias y al vapor?

—No.

—¿Tus compañeras de bungaló tienen olores corporales desagradables y dejan el baño asqueroso de pelos?

—Qué va…

—¿Confirmamos que es por Yon?

Dejé escapar el aire contenido.

—Confirmamos.

—Esto me huele mal.

—¿Por qué? —dije temerosa.

Escuché que Susana daba una calada y expulsaba el humo.

—Porque Yon es muchas capas, Aura… es… una persona difícil. De las que nunca llegas a conocer del todo. Esas que sin querer te arrastran hasta ellas. Estuve un año y medio con él y creo que lo

conocí un cuarenta por ciento.

—Erais muy pequeños…

—Perfecto. Lo que faltaba —rebufó.

—¿Qué?

—Lo estás excusando.

—Tengo que irme al ensayo. —Me removí en la cama.

—Con él.

—Dios… —Aparté las sábanas de mi cuerpo a tirones.

—Y lo peor es que ya estás abocada a lo que sea que tenga que pasar.

—Pero yo no he elegido estar así —le dije si querer ahondar, con un cosquilleo en el estómago.

—Aura…

—¿Qué? —Tragué saliva.

—Siempre hay un momento para decidir no enamorarse y ese momento ya pasó, cariño. Piénsalo. Ya has decidido que, sean cuales sean las consecuencias de no conocer a Yon, vas a vivir lo que sientes.

Y probablemente fuera así. Tal vez solo necesitaba que alguien en quien confiaba lo confirmara desde fuera.

Tras despedirme de mi sobrino y reprender a mi hermana por ser incapaz de dejar de fumar, salí de la cama y fui a la cocina. Tocaba ensayar la nueva obra con Yon. Y descubrir más de él. Y saber qué diablos había decidido de lo que nos traíamos entre manos, ¿no? A lo que ya estaba abocada según mi hermana. El bollo del desayuno se me quedó atascado en la garganta al pensarlo y Esmeralda tuvo que ofrecerme su zumo de melocotón, que bebí como si se acabara el mundo. De vuelta en mi habitación, me puse mis cangrejeras de goma rosas y un vestido-pantalón de cuadros vichy y eché a andar sendero arriba con el nuevo guion en la mano.

Cuando entré en la sala multiusos Yon no estaba y me zurré. No sé por qué. Se me pasaron toda clase de tragedias por la cabeza. Que le hubiese pasado algo, que me dijera que olvidase todo lo que había ocurrido la noche anterior. Que se hubiese marchado del complejo. Todo se escurrió como leche derramada cuando lo escuché carraspear a mi espalda al segundo siguiente. Mi corazón en la garganta.

—Buenos días… —escuché en tono espeso y me giré.

Yon caminaba hacia mí y me miraba a los ojos con una sonrisa de inquietud que no supe interpretar. Llevaba puesta una camisa de cuadros marrón corte setentero y un pantalón oscuro, con sus Chuck Taylor bajas.

—Hola… ¿qué tal? —dije nerviosa y le sonreí un poco.

Cuando me alcanzó se detuvo delante de mí y, manteniendo mi mirada, dejó en el suelo la bolsa negra que llevaba colgada. Luego introdujo sus dedos infinitos en mi pelo suelto y me miró la boca.

Parpadeó lento y me cosquillearon las tripas. Se inclinó hacia mí con suavidad y pegó sus labios suaves a los míos. Coló su lengua con sabor a pasta de dientes en mi boca y estremecí. De pronto sentí algo nuevo en su forma de besar. Era… electricidad. Las dudas me atacaron como pirañas. ¿Quién era Yon? ¿Llegaría a conocerlo de verdad? Aquella intensidad me apabullaba.

Me separé lo mínimo de su boca para poder hablar.

—Qué es esto… —le pregunté en un hilo con la mano en su pecho.

—Nos estamos besando, ¿no?

—Sí… —susurré—. ¿Estabas pensando en una frase de Romeo otra vez?

Yon se rio de lado y negó, mirando mis labios.

—No… estaba pensando en ti. En Aura.

Sujeté su nuca perdida en su mirada y me subí de puntillas para volver a besarlo, sintiendo sus brazos largos rodearme con ansia. Era la primera vez que sentía que Yon no ponía límites a sus impulsos. Sus manos viajaron abiertas hasta mi trasero y sus dedos presionaron mi piel. ¿Volvía a estar excitado? El gruñido que escapó de su garganta me lo confirmó. Gemí bajito, sin creerme ni saber qué había provocado que se transformase de ese modo. La atmósfera pareció cargarse de partículas lumínicas. Solo quería que la habitación empezase a dar vueltas y el mundo desapareciera.

La intensidad aumentó y los dedos hábiles de Yon buscaron colarse dentro de las perneras del pantalón de mi mono. Nunca me habían tocado así. Nunca había sentido nada parecido con el roce de los dedos de alguien. Jadeé sin poder evitarlo. Mis manos se deslizaron solas por su pecho hasta el bajo de su camisa, terminando por subirla para tocar su abdomen liso.

Yon agarró mi muñeca.

—Espera…

—Qué. —Gemí frustrada.

—Quiero contarte algo… —dijo controlando su respiración.

Se sentó en la mesa y yo en una silla. Cogí aire y lo miré sin que se notase mucho que estaba excitada y de los nervios a un nivel en el que dudaba de si echaría la pota. Nuestros pies casi se tocaban. Cuando nos relajamos un poco él empezó a explicarse, agarrándose un codo de manera inconsciente.

—He estado hablando con Paloma.

—Paloma era tu…

—Mi psicóloga. Le he contado cómo me sentía… He vuelto a hablarle de ti —explicó visiblemente nervioso—. Le he dicho que después de lo que me hiciste has cambiado y que… estaban pasando cosas, ya sabes.

Fruncí el ceño y empecé a sentirme muy confusa.

—Un momento —le pedí—. A ver si lo he entendido. ¿Paloma me conoce?

—Sí.

—¿Y por qué? —Parpadeé.

—Porque conoce toda mi vida —respondió en un tono indescifrable.

—Ya… toda tu vida.

—Eso es.

Lo inspeccioné con la mirada.

—¿Y desde cuándo sabe toda tu vida?

—Desde hace mucho. —Sentí que empezaba a recular.

—Mucho… ¿años?

—Sí.

—¿Y qué más?

—Pues… lo que te dije ayer… que tenía que pensar, lo he hablado con ella. De hecho acabo de hacerlo hace unos minutos. Y me ha dado el visto bueno —dijo con un gesto de satisfacción en su cara.

—El visto bueno a… —quise aclararme.

Yon nos señaló con la mandíbula un poco tensa, pero era de contención sexual. Esta vez lo vi claro.

—¿En serio? —dije sorprendida.

—Sí.

—¿Y no puedes decidir tú solo esas cosas?

—No aún… hasta que no me dé el alta. —Se bajó de la mesa.

Subí la mirada hasta su cara y lo vi así. Tan alto. Delgado de cintura pero de hombros anchos. Acarició mi pelo con timidez y no pude evitar el escalofrío que vino después. Lo atraje hacia mí y eso le dio seguridad. Mi cara quedó a la altura de sus caderas. Yon sujetó mi barbilla entre sus dedos e hizo que me pusiese de pie a cámara lenta. Nos besamos.

—Quiero saber más cosas… por favor… —le susurré colando mis manos en sus bolsillos traseros, embriagada al completo por su olor.

—¿Qué cosas? —murmuró en mis labios.

—Todo.

Volvimos a besarnos y estrujé mis manos en su culo. Estaba duro y se me escapó un gemido. ¿Qué clase de atracción era aquella? Me sentí inexperta. Y no porque pensase que Yon me daba mil vueltas. Que no me las daba. O ya veríamos. Es que lo que sentía hacia él me posicionaba ahí. Necesitaba más de él.

—Y cuántas novias has tenido…

—Dos —dijo a media voz sobre mi cuello, subiendo después sus labios hasta mi boca.

—¿Y una fue mi hermana?

Yon asintió cohibido. Sabía que mezclar temas personales que parecían tan trascendentes para él no era la mejor forma de ponernos cachondos, más bien de que la libido se nos cayera a los pies. Pero la curiosidad y esa repentina forma de abrirse de Yon me superaron.

—¿Y has tenido rolletes?

—Claro que sí… —Lanzó una risa críptica.

Sonreí y ascendí con mis palmas en su espalda.

—Y… —Me lo pensé un poco, pero lo solté—. ¿Por qué empezaste a ir a la psicóloga?

—Eso es mejor que te lo cuente sin que tengas que preguntármelo, ¿no crees? —Levantó sus cejas.

—¿Tan profundo crees que va a ser esto como para que dé tiempo a que te salga contármelo? —Sonreí.

Yon detuvo sus manos, en mi cintura y mi cara, y me miró frágil de pronto.

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—No… pero me gusta que lo consideres.

Nos besamos de nuevo y mi palma fue directa a su bragueta. Me mordí el labio cuando noté el bulto de su erección. Mi temperatura subió tres grados. O cinco. Empecé a subir y bajar mi mano. Yon pegó su cara a la mía y jadeó ronco, sujetando mi cintura con delicadeza.

—Hacía mucho que no… —confesó en mi oído con voz entrecortada, dejándose hacer.

—¿Qué?

—No se me dan bien las chicas.

—Se te dan mejor de lo que crees.

Nos miramos. Detuve mi mano al ver que tragaba.

—Yo… no tengo un cuerpo fuerte, Aura… ni tengo habilidades de seducción…, ni sé conquistar nada más allá de un papel en blanco, ni soy lanzado, ni…

Le tapé la boca hundiéndole mis ojos.

—Eres increíble para mí.

Sus ojitos se achicaron al sonreír y liberé su boca.

—Y no tendrás un cuerpo fuerte —añadí—, pero el culo lo tienes muy bien puesto. Miren te mira con un descaro cuando te giras, que…

—No me gusta Miren —me confesó sin despegar sus ojos de los míos.

Y me gustó tanto que me lo aclarara en la primera frase que le lancé sobre el tema, sin que mi intención fuese más que la de animarlo. No sé cómo nos empezamos a toquetear otra vez. A mordernos la boca, hundirnos las manos en la piel. Jadeamos dando pasos sin rumbo en la sala. Me dio por mirar de reojo al espejo.

Yon me tocaba los pechos, muy concentrado. Sentí mis pezones

duros y bajé mi vista para ver cómo lo hacía. Sus manos grandes amasando mis tetas con ese ahínco me hicieron sonreír de placer. Los guiones estaban muertos de risa, el mío en la mesa y el suyo en su bolsa.

—Tenemos que ensayar… —le dije. Y follar. Y hablar. Y reírnos a carcajadas. Y mil cosas más.

—Un poco más… —me pidió, agarrando la tiranta derecha de mi vestido.

Bajó el tirante con la mirada febril puesta en mi escote. Agarré su cabeza y le pedí que me lamiera. Jadeé cuando las puntas de sus dedos deslizaron el borde de la copa de mi sujetador blanco y mi pecho salió fuera, empujado hacia arriba por la tela. Yon dejó un beso suave primero y luego mordió un poco mi pezón, dejándolo escapar después. Le rogué que lo repitiera. Lo hacía todo tan en pequeñas dosis que me volvía loca. Pasó al otro y me quedé prácticamente sin parte de arriba.

—Si nos pillan nos echan —le dije, hundiendo la nariz en su pelo corto.

—Para esto está la zona de trabajadores y los bungalós, ¿verdad?

—O tu coche. —Sonreí excitada.

—O mi coche.

—¿Y qué coche es?

—Un Jeep antiguo, negro —susurró en tono oscuro sin dejar de manosear mis pechos y dejando besos húmedos acá y allá—. Era de mi padre y se lo trajeron de Estados Unidos cuando nos mudamos a Castellón…

Quise hacerle de nuevo mil preguntas. Pero mi mente estaba bastante más ocupada en saciar mis deseos primarios y me fue imposible.

Cuando desabroché su pantalón oscuro y metí la mano dentro Yon me mordió labio inferior.

—Joder… —exhalé.

—No podemos seguir… —dijo a duras penas.

—No…

—Vamos a ensayar.

—¿Y si nos tomamos la mañana libre?

—No podemos, tenemos que trabajar sobre esto. —Señaló mi guion en la mesa.

—Pues para.

—Un poco más…

—Eso es lo que has dicho antes. —Me reí—. Estate quieto.

—Eres tan suave… ¿quieres que comamos juntos?

¿De verdad aquello estaba pasando? Yon era una fantasía.

—Sí.

—Podemos ir a unas cascadas muy chulas que hay a unos veinte minutos de aquí. Y luego darnos un baño.

—¿Unas cascadas? —Arqueé una ceja—. ¿Y cómo sabes tú eso?

—Me lo ha soplado Miren. —Se encogió de hombros—. Dice que no se lo comente a nadie porque se llena. Es secreto.

—Sí… esa clase de secreto que las chicas solo cuentan a los chicos por los que les chorrea la baba —lo piqué.

Yon rascó su cabeza y me miró complacido, pero no contestó.

—¿Nos ponemos a trabajar? —pregunté.

—Qué remedio.

32

Ensayar con Yon contacto corporal, grados de intensidad en la mirada, la conexión en los movimientos, expresión gestual… se había transformado en un tobogán. Fluía como la seda y todo parecía tener un color brillante y singular. Porque Yon había empezado a quitarse capas y yo estaba empezando a aprender la de prejuicios que llegamos a tener los seres humanos con ciertas personas por el simple hecho de no actuar como la mayoría. Me declaro culpable de llamarlo «emo rajavenas» durante su adolescencia solo por visitar cementerios para ver estrellas por la noche. Ahora lo pensaba y… en fin.

A la una y media regresamos a los bungalós y nos cambiamos de ropa impacientes por ir a esas cascadas. Cogimos su coche del aparcamiento al lado derecho de la entrada al complejo, justo donde me dejaron mis padres el primer día. Si hubiera sabido que era suyo le habría pinchado las ruedas en aquel momento. Ejem.

—Me encanta el coche, parece sacado de esas urbanizaciones junto a las playas de California.

—Es sacado de esas urbanizaciones junto a las playas de California…

Era descaradamente grande, elegante a la par que deportivo y bien mantenido a pesar de que me dijo que era un Cherokee de 2012. Dejamos nuestras bolsas en el maletero y nos colamos en el vehículo a la vez. El coche olía a él un montón, mezclado con el aroma de un ambientador de pino que colgaba del espejo retrovisor y ligeramente a usado.

—Tú vivías en Santa Mónica, ¿no?

Dejé la neverita de bebidas a mis pies y me acomodé en mi asiento.

—Eso es.

—¿Y qué hacías allí?

—No lo recuerdo mucho… —Giró la llave en el contacto.

La dimensión de sus manos, el vello de sus brazos duros de enclenque… calor.

—Algo recordarás, ¿no?

—A mi *grandma*. La echo mucho de menos —dijo con voz rasgada y melancólica—. Todos los viernes por la tarde íbamos a ver el Pacific Park y nos quedábamos horas y horas mirando la noria girar al atardecer, mientras ella me contaba que la vida era un poco eso. *«Life is a big wheel, my sweety»*, decía. Y al día siguiente siempre me

llevaba a mi sitio favorito.

—¿Cuál?

—Las tiendas de cómics. —Metió la marcha atrás.

—Y de ahí viene tu obsesión por ese mundo.

—Afirmativo —dijo pasando el brazo tras mi cabecero para mirar atrás. ¿Sería posible que estuviese otra vez cachonda?

Agarré una cerveza de la neverita azul que tenía entre mis pies y la abrí. Le di un trago generoso, sintiendo el frío en mis yemas.

—Eh… —protestó Yon mirando mi bebida. Me reí.

—Toma.

Detuvo el coche con suavidad y agarró la lata. Vi su nuez viajar de arriba abajo y apreté mis rodillas. Me la entregó, pero se arrepintió.

—Un poco más…

Y puso su mano en mi muslo para que se la diese yo. Bufff… veríamos a ver si no me daba por hacer alguna cosilla entre sus piernas antes de salir de allí.

Con los nervios le vertí cerveza encima y él se rio diciendo que todo iba a apestar a rancio, sin limpiarse ni nada, mirándome a la cara. Lo besé sin poder evitarlo.

Salimos dirección Ponferrada, cogiendo un par de carreteras autonómicas, que en muchos tramos carecían de arcén. El paisaje era espectacular y abrumador. Zonas rocosas entrelazadas con mucho verde. Bajé un poco la ventanilla para oler la naturaleza y saqué una mano fuera, que hice volar creando ondas contra el viento. Mi pelo se movía libre y veloz. Respiré cerrando los ojos. Se me hizo escuchar que Yon tarareaba la música de fondo y lo miré de reojo. Estaba con el ceño fruncido y cantaba moviendo la cabeza al ritmo. Tan sexi… La mano se me fue sola hasta su pierna. Enseguida Yon, sin dejar de cantar, entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Y a ti qué es lo que más te gusta hacer? —me preguntó de pronto.

—¿Hacer? ¿Cómo hacer? —dije despistada.

—Qué haces en tu tiempo libre. —Me miró un segundo—. Te pega algo como karate.

Me eché a reír.

—Hago encaje de bolillos —me burlé—. Qué va. Lamento decepcionarte, querido Yon, pero no tengo hobbies. Bueno, no es que no los tenga, es que todo mi tiempo libre lo paso con mi sobrino. Siempre.

—¿Te sientes responsable de él?

—Sí. Mucho —le confesé—. Quiero cuidarlo. Darle la mejor educación. La mejor diversión. Todo lo que esté en mi mano, junto a mi hermana. Somos un equipo. Los tres.

—Eso es muy bonito.

Esbocé una sonrisa y luego volteé mis ojos.

—¿Karate? Qué ocurrencia… ¿Y a mí por qué me pega llevar un kimono blanco y dar patadas, si puede saberse?

—Porque eres luchadora. Fuerte… valiente —dijo en tono áspero.

—¿Y eso te pone? —Apreté su mano entre mis dedos.

Yon se mojó los labios, concentrado en mirar el asfalto.

—Un poco…

—¿Solo un poco?

Se rio entre dientes.

—Era yo el que preguntaba ahora, marisabidilla. Déjame seguir y no me interrumpas —dijo riendo.

—Trato hecho.

Me soltó la mano y agarró el volante para coger una curva.

—¿No sales por ahí? —preguntó—. De fiesta, con amigos…

—Sí, bueno. Los fines de semana hago algún hueco para amigos y fiesta. Pero te aclaro que tampoco tengo tantos amigos.

—¿Y eso?

—No puedo gestionarlos. —Jugueteé con la lata y puse los ojos en ella—. Ya te he dicho que Noel ocupa todo mi tiempo ahora mismo. Al menos hasta que sea un poco más mayor… Está Sara, que es mi mejor amiga, y luego están Vicky y Borja, con los que no quedo tanto porque viven en Navalcarnero, tienen trabajos muy absorbentes y nos cuesta cuadrar quedadas. Y… y ya. Tres amigos. Sí.

—¿Tu hermana no tiene pareja?

—No. —Negué—. Si la tuviese tal vez las cosas cambiarían en cuanto al tiempo que invierto en Noel. O no. Quién sabe. El caso es que ella también me vino como anillo al dedo a mí hace ocho meses…

—¿Qué pasó? —investigó. Me tenía muy sorprendida para bien.

—Que se me ocurrió la genial idea de decirle a mi exnovio Simón, cabreada como una osa, que me quedaba con nuestro piso. Y no tengo donde caerme muerta…

—¿Cabreada por qué?

Resoplé y pasé mi pelo a un lado.

—Me ponía enferma —resumí.

—¿Y ya está? —Rascó su mejilla—. ¿Solo eso?

—A ver, cómo te lo explico… —Bebí cerveza y aproveché para elegir bien las palabras que iba a usar, cosa que no practico mucho—. Cuando una chica se decanta por un chico bueno, hay veces que no atina y el chico es un jodido tostón. No sé si me explico. Que no sabe medir los espacios que te da y hace que se pierda la tensión sexual y todo eso que tiene que revolotear alrededor. Que pasa a ser un compañero de piso. Un amigo al que quieres contarle tu día, pero no que te toque.

—Entiendo…

—Y me cabreé porque le llevaba diciendo un mes que no quería seguir con aquello y que cada uno debía hacer su vida, pero se ponía muy pesado, insistiendo una y otra vez… Hasta se me puso de rodillas. Estuvimos casi dos años y no pude más. Cualquier cosa que me molestara un poco de él la quería cambiar por mí, no tenía personalidad… Demasiado complaciente.

—Es que eso no le gusta a nadie, creo yo.

—Mata todo el misterio y la atracción, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo.

Sonreímos y miré al frente cuando sentí que Yon reducía las marchas. Habíamos llegado. Enseguida la vegetación se volvió más frondosa. Reconocí robles, castaños, abedules… Tomamos un camino amplio y de tierra a la derecha, que bajaba en cuesta. Dos minutos después surgió un cartel en el que se indicaban las Cascadas de la Luz en un desvío a la izquierda. Yon pasó de largo.

—Es por ahí. ¡Te lo has saltado!

—No son esas —dijo tan tranquilo—. Ahí seguramente haya gente…

—¿Entonces?

—Hay que buscar la bolsa morada y coger ese camino.

—Vaya… me tienes totalmente sorprendida.

—¿Por qué? —Me miró un segundo.

—Pues porque creí que…

—Que los frikis no sabían de nada más que de superhéroes, *cosplay* y *Star Wars*. Ni hablaban con normalidad. Ni tenían vida. Ni se liaban con gente. Ni decían follar… ya. Lo he oído antes.

—Y que su corazón era negro y su alma oscura —expliqué sonriente—. Bueno, eso es más bien de los emos. Porque también eres un poco bastante emo…

Yon no me miró. Ni se rio. No supe por qué y eso me inquietó. Me dediqué a mirar por la ventanilla, arrepentida de haberle dicho eso. No quería cambiar el tono de confianza que habíamos tenido durante el camino por nada del mundo, de modo que…

—¿Has estado alguna vez en Pamplona? —solté sin venir a cuento.

—No…

—Uno de enero, dos de febrero, tres de marzo, cuatro de abril… —canturreé levantando mis hombros alternativamente con sonrisa de chiflada—. Cinco de mayo, seis de junio, siete de julio San Fermín.

Yon se echó a reír.

—¿Qué es eso, Aura?

—¿No la conoces?

—¿Te has puesto nerviosa? —me preguntó intentando aparcar

en una pequeña explanada bajo la sombra de un árbol.

—No.

Cogí otra cerveza.

—Sí —afirmó de una forma que me obligó a responder.

—Es que tus silencios me confunden un poco —le confesé.

—Pues no entiendo por qué —dijo en tono cálido.

—Pues es muy sencillo. Porque sé que callas cosas.

Yon tragó y no dijo nada más. ¡Maldita sea! Era un sarcófago, joder. Y para colmo abrí la cerveza y me saltó un chorreón de espuma al ojo. ¡Qué escozor, Dios!

Bajamos del coche rápidamente. Yo gimoteando y creyendo que tenía veneno de cobra achicharrando mi córnea y Yon muerto de la risa rodeando el automóvil por detrás. Se acercó a inspeccionarme muy atento, colocando sus pulgares en mis mejillas.

—Está un poco rojo, pero no es nada. Se te pasará enseguida.

—Me pica —lloriqueé.

Yon me besó en la boca.

—Ahora menos. —Sonreí.

—No seas llorica. —Paseó su dedo en mi pómulo—. Te creía por una karateka.

—No soy llorica, solo un poco hipocondriaca.

Yon besó el párpado de mi ojo maltrecho.

—Sabe a cerveza. —Rio.

—Ni siquiera sé por qué he salido espantada del coche, me lo podías haber mirado dentro.

Nos reímos y Yon negó mordiéndose el labio. Ay, qué vida esta…

33

Después de descender el sendero con los bártulos a cuestas, que se resumían en dos mochilas y la neverita azul, alcanzamos una zona donde la tierra pasó a ser más oscura. El olor a plantas se volvió más intenso y denso y la vegetación cambió a riparia, que viene a ser la que crece entre el medio terrestre y acuático; otra cosa que retengo de la carrera. Escuché el sonido del agua caer cada vez más cerca y me emocioné. Yo con Yon López en dirección a una cascada retirada del mundo. Claro…, ¿cómo iba a ser si no? Si este chico era un solitario nato.

Mi mente se disparó hacia cosas calenturientas cuando vi la cascada. No por la cascada en sí, que era de bastantes metros de altura y más ancha de lo que esperaba. Sino porque tras la cortina de agua cristalina una cueva enorme nos miraba. Cueva a la que Yon y yo quisimos acceder en cuanto la vimos. Y mi carne no es de hielo. Nos imaginaba allí dentro y se me ocurrían mil y una cosas que hacerle. Pero era una zona rocosa y no tenía pinta de fácil acceso.

—Espera, voy a ver si podemos entrar.

—Vale.

¿Estaría Yon preparado para el sexo, o necesitaría otra de sus pensadas? Suspiré hondo y no quise darle vueltas. Me dediqué a ojear el espectacular entorno, sintiendo en mi piel la humedad que desprendía. No se escuchaba nada más que el sonido del agua. Los pájaros se veían negros volando tan alto y todos los árboles tenían pinta de milenarios. Solo esperaba que no nos saliese otro bicho con cara de querer mordernos o me daría algo.

—¡Aura! —Yon me llamó a unos metros de distancia, subido a una especie de montículo.

Me hizo un gesto con la mano para que fuese y sonreí. Íbamos a entrar. Apreté mi puño sin que me viese en señal de victoria. En realidad me hacía mucha ilusión conocer sitios nuevos y lanzarme a la aventura. Había hecho un montón de rutas en los dos años de carrera y la verdad es que lo echaba de menos. Y más con este tipo de sitios privilegiados que no aparecen en internet y que solo conocen unos pocos. ¿Se puede ser hipocondriaca y aventurera a la vez?

El acceso era como una prueba perpetrada por Satán. Pero soy habilidosa, más que Yon me pareció a mí, tampoco es que él fuese un patoso. Digamos que yo poseía más cualidades para esa actividad en concreto.

Lo primero que hice al entrar fue asegurarme de que no hubiese ninguna serpiente, murciélago, ni nada con dientes. Luego me pregunté cómo habría sido esa zona antes de haber quedado tan erosionada y la cantidad de años que habían tenido que pasar para que eso sucediese. La temperatura descendió ligeramente y parte de la luz natural se perdió. Pero me pareció un lugar mágico.

—¿Te gusta? —la voz de Yon rebotó en las paredes.

—Me encanta.

Cuando nos sentamos a comer sobre nuestras toallas (negra y de estampado de frutas) miramos la hora para tenerlo en cuenta; las dos y media. A las seis debíamos estar de vuelta para prepararnos para la representación de esa noche. Qué bien me iba a sentar estar en el escenario y besar a Yon así, con todo ese caudal de chispas, anticipación, tensión sexual y de todo lo bonito mezclado en la saliva del otro, con los focos apuntándonos la cara.

Sacábamos la comida de las bolsas cuando me sonó un mensaje en el móvil. Era Sara:

> Tengo varias teorías sobre tu desaparición a lo *Cuarto Milenio*:
> 1. Te has olvidado de mí.
> 2. Los ensayos te tienen frita.
> 3. Has muerto.
> 4. Eres una zorrupia de montaña y te estás triscando
> a alguien que te pone mirando a la hierba.

Mi carcajada resonó en forma de eco en toda la cueva. Ya estaba con su jueguecito de *¿Quién quiere ser incendiario?* Mi risa captó la atención de Yon. Le expliqué que era mi amiga Sara y él, contrario a lo que cualquier persona un poco echada para adelante haría con alguien que le atrae, no me preguntó qué ocurría.

—Cree que tengo un ligue —le dije yo, a ver qué decía.

Él sonrió y los dos nos acurrucamos, muy remolones de pronto, olvidando la comida. Dejé el móvil por ahí. Enredamos nuestras piernas y quedamos frente a frente, con las caras muy cerca. Me perdí en sus ojos color café y el zumbido del agua.

—¿Sara sabe quién soy? —me preguntó en un murmullo. Enseguida me puse en alerta—. Me refiero a la versión que inventó tu hermana y que tú has creído toda la vida.

—No… —mentí y me arrepentí al segundo—. Sí, lo sabe.

A Yon le cambió la cara. Me temí lo peor…

—¿Y qué le has contado de mí exactamente?

Sí. Justo eso.

—Es que le he hablado muchas veces de ti… —le confesé acariciando su pelo oscuro, empezando a sentirme mal.

—¿Pero qué le dices? —insistió.

—No me hagas esto, Yon —le supliqué con las tripas un poco

revueltas—. Me siento fatal. Esas cosas las pensaba cuando te odiaba a muerte. Cuando creí que habías dejado a mi hermana embarazada y huido después.

—Pero quiero saberlas.

—Es que no quiero parecerte una arpía despiadada. —Seguí acariciándolo—. Ahora tú eres otra persona para mí.

Yon deshizo el abrazo con expresión ceñuda y, sin más, se giró para concentrarse en abrir su mochila. Vale. Pues estábamos de putísima madre.

Hice lo mismo y empezamos a sacar comida de las bolsas. Empanada de pollo y bechamel, gazpacho y macedonia de frutas. Yon se puso a comer sin dirigirme la palabra ni la mirada, con los ojos enfocados en el caer del agua. Abrí la tapa del vaso de polietileno con dedos trémulos y le di un trago al gazpacho. Estaba riquísimo y frío. Como Yon.

—Solo tienes que pensar en lo peor que te podría decir… —le dije para intentar aliviarlo cuando terminábamos de comer—. Pues eso.

—Ya… —musitó enredando con el tenedor entre la fruta partida con desgana.

No hice nada. Preferí dejarlo así. Aunque en ese instante el aire supiese a agridulce y sus ojos cargasen trazos de rencor. No quería llamarle hijo de puta, ni cretino de mierda, ni friki marginado, ni emo rajavenas ni nada de eso ni una sola vez más. No quería y no iba a hacerlo por mucho que me lo pidiera.

Recogí mis envases en silencio y los metí en la bolsa, que eché en mi mochila para tirarla después. Luego agarré mi teléfono, cruzando mis piernas, y contesté a Sara:

> Sabes de sobra que la respuesta es 4, zorrupia,
> pero luego te cuento. Y de comer hierba nada, guapa.
> ¿Y tu vagina qué tal baila? ¿Sola, o ya ha conocido
> a nuevas amigas?

Sara llevaba exactamente desde las Navidades pasadas diciéndome que tenía serias dudas sobre su orientación sexual. Había quedado con varias chicas y estaba en el camino del autodescubrimiento vaginil, aunque aún no tenía claro dónde encajaba porque era incapaz de desarrollar emociones por las chicas. En fin. Una movida.

Sentí que Yon recogía su comida y lo miré de soslayo. No sabía qué hacer, así que dejé mi móvil sobre la toalla y lo ayudé. Abrí la bolsa blanca de papel del complejo y él echo los utensilios usados dentro. Pero no quería estar así. De modo que atrapé su muñeca con suavidad, deteniéndolo, y busqué sus ojos.

—No te enfades, por favor… —le supliqué en un susurro.

Yon se apoderó de la bolsa y la coló en su mochila haciendo caso omiso. Me encogí sobre mí misma y envolví mis rodillas con mis brazos. Estaba empezando a hartarme de esa forma suya de actuar porque, si no se explicaba, no podía entenderlo del todo. Aunque esta vez la hubiese provocado yo por ocultarle mi deplorable definición de él en el pasado. ¿No podíamos correr un tupido velo y ya está? Quise meter la cabeza en la cascada.

—¿Nos bañamos? —escuché de repente en tono apagado a mi lado.

Sonreí como una tonta y me puse de pie.

Nos quitamos la ropa y quedamos en bañador. Como no teníamos escarpines, porque una en Madrid no pensó que se iba a pegar un baño en una cascada oculta con su amante bandido de corazón hermético, tuvimos que contentarnos con lo que había. Nuestros pies de suela blanda como los del resto de la humanidad excepto los *hippies*. Salimos de la cueva y en los primeros tres metros ya nos tuvimos que dar la vuelta con el rabo entre las piernas. No había quién pisara aquello. Ni Mowgli. A no ser que quisieras partirte la crisma o perforarte el hueso de un pie. Ramas retorcidas, piedras con salientes diabólicos, rocas resbaladizas…

Ya cayeron algunas miraditas y risitas mientras nos poníamos las zapatillas. Éramos unos personajes, no hay duda. Salimos en la segunda envalentonada y rodeamos el torrente de agua y el pequeño lago hasta dar con la orilla contraria. Hice el amago de quitarme las zapatillas para entrar al agua, pero me arrepentí. Yon también se las dejó. Compensaba volver con los pies mojados de vuelta, ya se secarían. Allí era todo muy salvaje y virgen y eso era lo maravilloso y lo malo a la vez.

Me acerqué a la orilla en pasitos cortos y me quedé con las punteras rozando el agua, que era limpia y clara. El fondo se apreciaba perfectamente. Unos pececillos nadaron asustados aquí y allá, pero se veían inofensivos. Yon pasó por mi lado y se introdujo en el agua sin pensar. Mejor. Así podía ver su cuerpo largo y su culo duro, y cómo su columna le hacía esa curva tan bonita en la zona lumbar. Suspiré viendo al agua engullir su piel, sin que ninguno de los dos hablase.

¿Y si en realidad Yon era un asesino y quería matarme? ¿Ahogarme en el aquel lugar recóndito donde nadie encontrara mi cadáver? Definitivamente se me estaba yendo la olla.

Cuando se giró con el agua cubriendo la mitad de su abdomen y me sonrió de oreja a oreja antes de mojarse los labios, supe que estaba perdida. Lo que fuese que tuviera que pasar era mi destino.

Me zambullí en el agua de un saltito uniendo mis palmas, dando un par de brazadas de abuela hasta donde intuí que estaba Yon. No

me había dado tiempo a sacar la cabeza cuando sentí sus manos firmes colarse bajo mis axilas, elevándome. Abrí los ojos con el agua cayendo a borbotones por mi cara para encontrarme con la suya. Apoyé mis pies a tientas y sus manos descendieron hasta mi cintura, pegándome él por completo. A su cadera. A su inicio de erección. Mi reacción fue sujetar su cuello. Yon me subió y bajó de forma tortuosa, haciendo que mi cuerpo se rozara con el suyo por el borde de un delirio. Aproveché una de las subidas y enrollé mis piernas en su cintura. Su polla tocó mi sexo. Nuestras respiraciones se agitaron y mi sangre bombeó desconcertada. Ay, Yon…

Apartó los mechones mojados de mi cara con una ternura que me hizo tragar. El alma me iba a explotar. Sus dedos bordearon la goma de mi braguita bajo el agua, sobre mis glúteos, y su mirada brillante se clavó en mis pechos, que la verdad no tengo muchos, pero ese bikini turquesa me los hacía de muerte. Moví mis dedos en su pelo con deseo y tensión entre mis piernas.

—Me gustas mucho, Yon López.

Su boca se posó en mi cuello, arrancándome un gemido ahogado. Su lengua salió lánguida en busca de mi piel, dejando un reguero de besos húmedos y excitantes en dirección ascendente, hasta encontrarse con mis labios. Todo mi cuerpo vibró de placer. Moví mis caderas, balanceándome con timidez, sin estar segura de qué seguiría a esa calentura que empezaba a ser infernal. Los besos eran cada vez más ávidos y empezaba a sofocarme a un nivel en el que no sabía si podría parar.

Yon hincó sus manos en mis nalgas de pronto, apretándome contra su erección con fuerza y dejando escapar un gemido ronco… Mi piel quemaba dentro del agua. Sus dientes mordieron mi labio inferior con tal ahínco que casi se me corta la respiración. Empezaba a descubrir que Yon también era de poco hablar en el sexo, al menos en los preliminares. Una de sus manos rodeó mi cintura por detrás y la otra pasó a mi pecho. Me eché atrás para permitirle tocarme. Jadeé sin miedo, viendo cómo bajaba la copa de mi bikini. Y encima el sonido de la cascada lo hacía todo más erótico si cabía. Lamió, succionó y mordió mis pezones hasta hacerme volar. Le clavé las uñas en los hombros.

—Quítamelo —le supliqué refiriéndome al bikini.

Yon movió su mano a tientas sobre el broche en mi espalda. Pero segundos después me miró negando con cara de apuro, en un gesto encantador.

—No sé hacerlo…

Me eché a reír mirando al cielo, sujetando su cara. Quería comerme a Yon, en serio. No me podía volver más loca. Lo besé sin parar de reír y lo contagié.

—No me tortures así —dijo besando mi clavícula.

—¿Así cómo?

—Esto no se me da bien…

—Que sí se te da, no seas tonto. Me pones como una moto.

Se separó de mí y me miró desconfiado, con la boquita hinchada.

—¿De verdad?

Lo besé con entrega, dejándole claro con mi lengua mi respuesta, y me restregué un poquito más, frotando mi pecho descubierto contra su pecho. Su erección era ya bastante generosa. Pero Yon detuvo el beso, tragando, y apoyó su frente en la mía con una sonrisa tímida.

—Qué te pasa. —Acaricié su cara.

—Que me impones mucho… —dijo moviendo sus manos en mi espalda—. Y me siento… no sé cómo explicarlo.

—Pero ¿por qué? —Reí nerviosa, con mariposas en los huesos.

—No sé, porque… has debido de estar con muchos chicos. Porque la mayoría de vosotras preferís a los tíos como Alberto.

—No me gusta Alberto. —Le hundí mis ojos.

—Porque la ha cagado.

—No… Yo solo veía a Alberto para divertirme. Siempre lo vi así, desde el primer día. Después se unió el agravante de que me mintió y no va volver a pasar nada. Pase algo entre nosotros o no. Ni siquiera hemos vuelto a hablar desde que lo supe hace dos semanas.

De pronto me sentí teniendo una conversación con Yon que no sabía muy bien dónde encajaba. Nos quedamos extrañamente callados, mirándonos, con el retumbar de la cascada de fondo, y ninguno hizo nada. Ya conocía un poco a Yon, lo suficiente como para saber que la ausencia de palabras le hacía sentir más seguro. La cuestión era por qué lo necesitó. Pero no quise invadirle con preguntas. Sus ojos ardientes y silenciosos me susurraron que quería seguir.

Paseé mis palmas sobre sus hombros torneados hasta hundirle la punta de mis dedos en su piel y lo atraje hasta mi boca. Abrió la suya, recibiéndome con anhelo. Nuestras lenguas se acariciaron como en un baile de fuego. Una oleada de calor me recorrió por dentro y estalló entre mis piernas. Empecé a balancearme sin control, mordiendo su cuello, con los pezones duros de desesperación. Yon gruñó agarrando con fuerza mi culo, inspirando en mi clavícula.

—Hueles tan bien…

Deshice el nudo de mis piernas jadeando y apoyé mis pies en el suelo, arrastrándolo un poco más a la orilla. Deslicé mis manos por su pecho salteado de vello, su abdomen sutilmente marcado, los músculos en forma de embudo que me llevaban directos hacia su imponente erección…, que era de un tamaño normal, pero es que era

la primera vez que veía a Yon en todo su esplendor. Las puntas de mis dedos tocaron la goma de su bañador verde. Yon se removió, inquieto.

—Déjame tocarte… por favor. —Lo miré, bajando la mano en el interior.

Atrapó mi muñeca, deteniéndome, y me clavó sus ojos marrones.

—No he traído… protección.

—Solo quiero tocarte —le supliqué.

Se mordió el labio y echó la cabeza atrás cuando mis dedos retiraron su bañador y tocaron su piel, tirante y sensible. Lo llevé más hacia afuera, hasta que el agua quedó a mitad de sus muslos. Con un movimiento de muñeca cerní mi palma en su erección. Comencé a subir y bajar. Gemí cuando se sujetó en mis hombros y su boca se pegó a mi sien. Lo miré abajo. Lo miré y me sorprendí por estar gozando de esa perspectiva por primera vez, cosa que no me había ocurrido nunca. Mirar penes a la cara para buscar colarlos en mi boca era un mundo turbio para mí. He follado mucho, pero eso de tener un tronco dándome en la campanilla con la intención de descoyuntarme, como que no. Pero en ese momento, mi mano era la causa de los jadeos roncos de Yon López…, la energía que propulsaba que sus caderas me buscaran con leves inclinaciones… No me lo pensé. Me agaché con la única intención de lamerle un poco, de probar su sabor sin llegar a introducir nada en mi boca.

La mano de Yon me sujetó del pelo.

—Aura —masculló.

—Qué. —Me detuve.

—Quiero confesarte algo…

Me incorporé despacio manteniendo su mirada y extraje mi mano del bañador, dejándola sobre su abdomen.

—Lo que quieras.

—Yo… no soy ese chico raro que luego resulta ser muy experimentado y una bomba en la cama —murmuró muy preocupado —. No quiero que tengas altas expectativas de esto… Me refiero a… soy torpe en el sexo. Mucho.

—Has estado con chicas…

—Muy pocas. Y me lo hacían todo.

Me eché a reír. Después sujeté su cuello y pegué mi cara a la suya.

—Esto se aprende —le susurré—. Además, la mayor parte es instintivo… primario. No me preocupa eso, Yon.

—Entiendo más de construir relaciones amistosas que de conquista y de sexo. Quiero que lo tengas claro.

—Ya me hacía una idea. Pero vale.

Yon estiró sus labios.

—Eres preciosa… te lo había dicho, ¿no?

—Una vez solo —le dije con la boquita pequeña.

Se rio entre dientes, acariciando mi pelo con deseo.

—Quiero seguir… ¿y tú? —me preguntó con ojos brillantes.

—Claro que quiero. —Sonreí excitada—. No pienso en otra cosa desde hace semanas.

Puso su palma caliente sobre el mi pecho aún desnudo y mi cuerpo se aceleró.

—¿Aquí? —Arqueó sus cejas.

—Aquí solo podremos aliviarnos con las manos. Has dicho que no tienes preservativos… yo tampoco.

—A mí me vale. ¿Y a ti?

—Vamos a la cueva.

Y atrapé su mano para salir del agua.

34

Aliviarnos en la cueva no fue fácil. Yo no quería de pie. Yon no quería tumbados. Se le clavaba el suelo en todas partes y no es conocido por ser un *musculeitor*, precisamente. Al final fue sentados. Y lo que se dice alivio no fue lo que conseguimos, sino despertar a un monstruo enorme por cuyas venas corría deseo líquido y abrasador. Fue mecánico porque estábamos más concentrados en alcanzar el orgasmo que en carantoñas y monerías. Logré que él llegase primero y después, tras limpiar todo con las servilletas que llevábamos, me tocó a mí. Ayudé a Yon, indicándole cómo debía hacerlo, pero al final vi más práctico finalizarlo yo con mis manos. Él no se sintió de menos porque me vio sonreír mucho, mirando su torso desnudo y mordiéndome el labio. Supo ver que ese era solo el principio.

Cuando alcanzábamos el coche, Yon me cogió por sorpresa atrapándome entre su cuerpo y la puerta del copiloto y empezó a darme besos por todas partes, metiéndome mano, de nuevo excitado. Lo besé escandalizada por esos impulsos que no relacionaba con él hasta hacía una hora escasa. Supuse que advertirme de que era pésimo en el sexo le cedió la libertad que necesitaba para hacer cualquier cosa sin decepcionarme. Aunque, si lo pensaba, ya era la segunda vez que me advertía de su «ineptitud» seductora.

—Tenemos que irnos… vamos a llegar tarde… —gimoteé a punto de bajarle de nuevo el bañador.

—Sí…

Fuimos todo el camino de vuelta dados de la mano y recitando nuestro texto de *Romeo y Julieta*.

—*«Las paredes salté con las alas que me dio el amor, que supera muros de roca. Ni siquiera a tus parientes temo»* —recitó él mientras yo lo miraba conducir embobada.

—*«Si te encuentran aquí, te matarán»*.

—*«Más homicidas son tus ojos, diosa mía, que las espadas de veinte parientes tuyos. Mírame sin enojos y mi cuerpo se hará invulnerable»*.

—*«Yo daría un mundo porque no te descubrieran»*.

No parábamos de sonreír. Estábamos ansiosos por actuar libres por fin. Me sentía eufórica. Era como cumplir un sueño con la persona que te gusta, pero además habiendo recorrido el camino con ella desde el inicio, sufrido cada parte, cada progreso, superado cada piedra en el camino. Juntos. Nos miramos con profundidad y me pregunté si aquello no sería demasiado para mí.

¿A dónde nos llevaba todo eso? ¿Tenía sentido en dos personas como nosotros?

Aún seguía sin conocer muchas cosas de Yon y al salir de la cueva había tenido la sensación de que habíamos traspasado una línea que nos llevaba sin remedio hacia otra parte. Una parte que desconocía. Desde que había llegado al complejo no había deseado otra cosa que vivir esa experiencia al máximo. Pero ahora que tenía esa oportunidad ante mis ojos, empezó a darme miedo.

Cuando llegamos al complejo el aparcamiento de Yon seguía libre, algo lógico dada la franja horaria en la que nos habíamos ausentado y que esa zona estaba destinada a los trabajadores; no iban a situar en la entrada los carros de los huéspedes, a la vista de algún maleante, mafioso o de nosotros mismos, no fuera a ser.

Bajamos del coche y caminamos tomando el sendero asfaltado hacia la zona de bungalós. Llevábamos la ropa y los pies mojados, el pelo apelmazado y además se unía que nuestras partes íntimas habían expulsado líquidos retenidos. Tenía unas ganas de ducharme que no veía la hora.

—¿Te apetece que después de actuar cenemos en mi casa? —pregunté a Yon.

—Creo que esta noche toca en la mía…

—¿Y me enseñarás tu habitación? —le dije pícara.

—No tiene nada del otro mundo. —Se encogió de hombros.

—Ah, ¿no? —insistí insinuante.

—Estamos aquí de prestado, no podía traerme todo el material y colecciones que tengo en Castellón.

Sonreí cortada. Yon me dio una respuesta que claramente estaba fuera de mis intenciones deshonestas en su habitación, pero ya me había advertido. Iba a preguntarle si tenía preservativos, aunque mejor me llevaba uno por si las moscas y así no tenía que hacerle sentir que dudaba de que tuviese condones. Que lo dudaba, lo confieso. Culpable de todos los cargos.

—¿Pero de dónde vienes, de coger truchas en el lago? —lanzó Esmeralda al verme llegar.

Karen salía del baño con una toalla en la cabeza y atándose su bata de flores.

—Esta ha roto el huevo —soltó—. No me digas más…

—Será el cascarón —la corrigió la otra.

—¿Qué? —Me reí.

—Distintos términos para lo mismo. Que ha desvirgado al silencioso.

—Yon no es virgen —respondí a Karen.

—Y eso te lo ha dicho él…

Me callé. No quería habar de Yon en esos términos de guasa porque… porque no, ya está.

—¿Y tú con Capo? ¿Has hecho ya muaka-muaka? —contraataqué.

—*My happy place* es su pechito cuando me abraza. —Se sentó en una banqueta de la cocina y agarró el quitaesmalte en la isleta.

—Sí, cuando te abraza… sobre todo eso. —Me eché a reír.

—Yo también tengo problemas, Aurita —bajó el tono.

—Ya… para elegir postura mientras se hunde en ti.

Un silencio se hizo de pronto y Esmeralda me miró raro desde el interior de su habitación. Fruncí el ceño y miré a Karen, concentrada en pasar un algodón por sus uñas naranjas.

—¿Qué pasa? —pregunté bajito.

—Tengo un hijo. En Cuba —confesó con naturalidad, pero sin mirarme—. Tiene cinco años y debo enviarle todo el dinero que gane aquí para que pueda comer.

Me quedé petrificada, arrepentida de haber sido tan bocazas. Maldita sea.

—Perdona… yo…

—No te preocupes. La vida es dura, niña, y me consta que ya lo sabes. Aunque yo lo aprendí mucho antes que tú, desde bien pequeña… Con que me vayas a por la cena durante un mes me basta.

Esmeralda salió riendo de su habitación y diciendo que se iba a currar y yo caminé hasta la mía tomando a Karen por una loca de atar. Pero lo del hijo era cierto.

El cuarto de baño estaba lleno de vapor y resoplé, menudas duchas de agua hirviendo se daba esta mujer para ser de La Habana, madre mía, con el calor que yo traía encima. Me había quedado con ganas de preguntarle más sobre su hijo, pero tenía que ir trabajar, no era el momento. Cuando acabé escapé de aquella sauna del inframundo y corrí al ventilador de mi habitación mientras escuchaba a Karen decirme no sé qué de una fiesta que se celebraba siempre en julio.

—La Luna de ciervo. Este año cae en 13, mañana. Los ricachones hacen subastas de beneficencia, apuestan en el casino, y hacen uno de esos bailes horteras con *dress code* donde se pavonean con sus operaciones estéticas y en los que te dejan claro que tú no perteneces a su mundo.

—Ahh… —murmuré sentada en la cama, secándome.

—Pero nosotros no hacemos eso. Vamos al Garaje a liarla parda. —Abrió la puerta sin llamar y asomó su cabeza—. ¿Vas a venir?

—Tendría que ver si puedo cambiar el ensayo de *Juana la Loca* del día siguiente.

Su cara desapareció veloz.

—¡Vas a venir o te rapto, tú decides! —gritó alejándose—. ¡¡Y el virginal también!! —se despidió.

Cuando salí ya no estaba. Karen siempre desaparecía como un hada. Miré el móvil y vi que eran ¡más de las siete! ¡Dios mío!

Corrí hasta el camerino y cuando llegué estaba sudando como un pollo. Mierda. Tiré de un par de pañuelos de la caja sobre el tocador y me los puse en las axilas, solo me faltaba sudar la ropa del vestuario y que Miren acabara estrangulándome. Vi a Yon hablando con Julián, uno de los raperos. En cuanto me sintió me miró en la distancia. Las tripas me cosquillearon y la pizca de miedo que se había instalado en mi interior hacía unas horas se agudizó. ¿Por qué?

La actuación fue la mejor que Yon y yo habíamos interpretado hasta ahora. Nuestra química era palpable ya desde bambalinas. Es algo que solo había visto en series y películas y que no siempre se da entre los actores. Pero descubrí que cuando sucede no solo lo percibe tu entorno, uno lo sabe. Estaba tan concentrada, tan metida en lo que hacía. Como si todo lo ensayado se hubiese trenzado dentro de mí y ahora cobrase más fuerza porque Yon me correspondía.

Los aplausos resonaron como un tsunami al terminar y cuando bajamos al cambiador, Miren nos preguntó entusiasmada si ya teníamos dominada la siguiente obra y nos puso fecha para verla en la sala multiusos. No la teníamos dominada, pero no quise que nadie enturbiase mi felicidad con Yon en ese momento. Nada podría hacerlo porque me sentía flotar, era nave surcando el espacio. A nuestro alrededor se había creado una red de electricidad estática que de pronto se me antojaba irrompible.

En cuanto Miren nos dejó solos y cerró la puerta caminamos el uno hacia el otro y estampamos nuestras bocas, envolviéndonos con los brazos con pasión desenfrenada. Solo quería estar a solas con él. Que sus manos nervudas me tocaran, que sus ojos pequeños y fulgurantes me miraran, que su lengua me hiciera despegar con el néctar de su saliva. Lo necesitaba y me dolía en los poros de una forma que asustaba. Me molestaba todo el que se acercaba a felicitarnos. Los secundarios ofreciendo planes alternativos. Cualquier cosa que no fuese Yon y yo. En ese instante, con los ojos cerrados y mientras nuestras gargantas expulsaban ligeros gemidos, fui consciente de que Yon no iba a ser como el resto de chicos buenos con los que me había cruzado.

Fuimos a las cocinas y recogimos la cena, después de que yo me negara en rotundo ante varios platos de verduras medio crudas que me daban repelús y Yon se riera de lado. Luego fuimos a su bungaló lanzándonos miraditas. Era tan guapo. Le sentaban tan bien los colores nocturnos. Se lo dije y agachó la cara, avergonzado, le costaba asimilar los piropos.

—Mírame —le pedí.

Lo hizo, de soslayo. Trabé mis ojos y lanzó una carcajada.

A mitad de camino nos cruzamos con Karen y Esmeralda, que se aseguraron de que asistiésemos a la fiesta del día siguiente (Karen agarró a Yon de la camiseta y le dijo que si se negaba lo obligaría a bailar mambo delante de todo el complejo). Yon frunció el ceño sin hacerle ningún caso, Karen y él tampoco se conocían tanto y de primeras Yon era rancio con todo el mundo.

Acordamos no suspender el ensayo de la mañana siguiente a la fiesta porque todo dependería de la hora de llegada y la resaca, que en mi caso estaba asegurada porque dos vinos ya me instalan un taladrador en la cabeza al día siguiente.

Cuando llegamos a su bungaló Capo estaba allí, con unos gayumbos negros y dorados en cuya cinturilla podía leerse «Papi». Nos saludó de camino al sofá, arrastrando sus pies descalzos y sujetando un plato con una montaña de panninis grasientos a punto de caerse. Yon me miró apretando los labios y se rascó la sien. Capo nos dijo que iba a salir a ver la luna y que su comida era toda nuestra (frotándose la entrepierna con placer). Nos negamos y él salió tocando las palmas y haciendo un soniquete rítmico con la boca.

—Es un poco extraño —murmuró Yon muy bajito cuando abría la puerta de su cuarto.

—¿Más que tú?

—Yo no diría tanto.

Me reí acariciando su brazo y pasamos dentro. Estaba oficialmente pisando la habitación de Yon López. Que era como las del resto del complejo. Pero esta además albergaba una mesa plegable, que supuse que usaba para dibujar, y un par de láminas chulísimas sobre la cómoda, por las que ya le preguntaría después porque tuve necesidad de preguntarle por sus sábanas, negras y de nubes rojas. Resulta que eran de *Naruto* y que las nubes rojas representaban la lluvia de sangre derramada durante las Guerras Ninjas. Me reí, estaban bien chulas. Luego cerré los párpados e inspiré. Ohh… qué olor. Era tan particular y narcótico, solo quería respirarlo todo el rato.

Escuché la risa de Yon y abrí los ojos.

—¿Qué haces, Julieta?

—¿Qué perfume usas? Y no me digas que no es conocido porque ya me lo imagino.

Ambos dejamos las bolsas sobre la cómoda blanca y Yon se mojó los labios.

—Me lo hacen en una botica en Castellón. Lleva ámbar, musgo, sándalo, nuez… —Puso el ventilador y mi pelo empezó a moverse. Yon me miró embobado—. ¿Te lo sujeto?

—¿El pelo? —Levanté mis cejas.

—Sé hacer coletas.

—Hacer coletas es lo más fácil del mundo —lancé sin pensar, pero al segundo me arrepentí de ser tan frívola—. Aunque me encantaría que me la hicieses tú.

—Una. —Levantó el dedo índice y me lo puso en los labios, mirándome con brillo en los ojos—. Solo te haré una.

Besé su dedo y sonreí un poco excitada.

Miré mis muñecas, rebusqué en los bolsillos de mi *short* (en uno de ellos estaba el «condón suplente»), pero nada, no tenía goma del pelo y no me apetecía ir a mi bungaló.

—Espera.

Me acerqué a las bolsas y di un tirón al asa de una.

—Pero qué…

—Ya está. —La sostuve en el aire y esbocé una de esas sonrisas mías en las que entro el labio superior hacia dentro.

—Me das miedo. —Se rio cogiendo la tira de papel—. Anda, date la vuelta.

Su tono suave y delicado ya produjo una respuesta en mí. Sentí el vello de mis brazos elevarse como girasoles hacia el sol. Sus manos, lentas y cuidadosas, empezaron a atrapar mis mechones largos y rubios. Relajé mis brazos a los lados de mi cuerpo. El sonido del ventilador era increíblemente sedante.

—De pequeño siempre le hacía esto a mi madre —me explicó mientras tanto—, justo cuando yo terminaba de comer…, mientras ella leía en el salón a Lucía Berlin bebiendo Tab y se fumaba un cigarrillo de hierbas aromáticas.

Mis comisuras se elevaron a cámara lenta.

—Qué singular… —murmuré—. ¿Y de qué trabaja tu madre?

—Ahora de nada… en Santa Mónica era agente de seguros.

Noté que ataba con habilidad mi pelo en la parte baja, rozando con sus dedos largos mi nuca. Un escalofrío me recorrió la espalda. Cuando terminó sentí que se inclinaba y su boca se posó en mi cuello, dejando besos calientes y sensuales. Una bola de calor se formó en mi vientre. Alcé mi mano y deslicé mis uñas en su pelo rapado de dos dedos, ya más largo que cuando llegó, que me encantaba.

—¿A ella también la besabas en el cuello? —Sonreí.

Yon negó en silencio, rozando su barbilla un poco rasposa contra la piel fina de mi clavícula. Sus palmas se posaron a los lados de mi cintura, acomodándose a mi forma recta, y luego cruzaron sobre mi estómago, levantándome la blusa corta y suelta que llevaba atada. La punta de sus dedos se paseó por el borde de mi sujetador mientras seguía dejando un sendero de besos en mi cuello. Contuve la respiración y Yon emitió un ligero gruñido cerca de mi oreja.

Me giré hacia él y quedé enganchada a sus ojos ardientes. Miré

su boca rosada y volví de nuevo a sus ojos.

—¿Ya no tienes hambre? —susurré.

—No…

Llevé mis manos hasta el nudo de mi camisa blanca y lo deshice, desabroché un par de botones y la saqué por mi cabeza, tirándola a la cama, sin dejar de mirar a Yon. Su nuez viajó de arriba abajo al verme. Dio un paso hacia mí y me pegó totalmente a su torso, sujetando mi cadera con vehemencia. Sentí su erección contra mi vientre. Llevé mis manos tras mi espalda y me desabroché el sujetador. Las tirantas blancas se deslizaron por mis brazos pero la prenda quedó entre ambos, atascada. Lo miré, esperando que me soltara. Un segundo, dos, tres… Yon seguía sujetándome contra él, en tensión absoluta. Aceleró su respiración, nervioso, y yo tragué saliva, sin saber muy bien qué hacer.

—Ahora es cuando se suponía que yo debía apartarme con suavidad para que tu sujetador cayese al suelo —dijo cortado.

Me eché a reír y llevé mis manos hasta las suyas, que mantenía como estatua de piedra en mis caderas, con las yemas incrustadas en mi carne. Las despegué despacio y Yon dio un pasito atrás temblando, permitiendo así que el sujetador cayera.

—Ya está. —Acaricié su cara—. Mira qué fácil.

—Soy un palurdo…

—No eres un palurdo. Eres hermoso.

Nos besamos con delicadeza, amasándonos con las manos con una naturaleza que desconocía. Jamás había sentido nada parecido al estar con alguien, disfrutando cada paso del sendero hasta su esencia. Empuñé el borde de su camiseta marrón y me separé de su boca para extraer la prenda por sus brazos, que él acabó tirando por ahí. Acaricié su pecho de formas suaves y lo lamí despacio, elevando mi temperatura y la suya. Bajé mis dedos hasta el borde de sus pantalones negros, donde una línea de vello oscuro muy sexi descendía, y desabroché el botón. El abdomen de Yon empezó a subir y bajar. Sus manos trémulas fueron directas a mi pantalón para hacer lo mismo.

—Esto sí sé desabrocharlo…

Me mordí el labio bajando mi palma hasta su entrepierna, recreándome en el movimiento. Su erección era impresionante. Él hizo lo mismo y me reí silenciosamente, muerta de ganas. Desabroché lo que quedaba de sus pantalones y él bajó la cremallera del mío. Los dos cayeron al suelo y, al agacharnos para quitarnos los zapatos, nuestras cabezas chocaron.

—Oh… joder… mi frente —mascullé apretando los ojos.

—Mierda.

Yon se dobló en dos tocando su ceja.

—¿Estás bien? —Me asusté.

—Mañana chichón asegurado para la función. —Arrugó la cara, enderezándose.

—«Romeo y Julieta descalabrados», ¡vengan a ver la nueva versión desastre!

Me senté en la cama riendo y Yon apoyó sus puños en el colchón, inclinándose hacia mí.

—¡Lo nunca visto en pantomima, señores!

Se mordió el labio y se hizo un silencio. Alargué mi mano y deslicé mi pulgar por su boca, haciendo que soltara el labio entre sus dientes. Le colé el dedo dentro. Su lengua lamió mi yema y me estremecí entera. Necesité tumbarme y él, ayudándose de sus manos, se acopló encima de mí. Dios mío. Solo existían dos ligeras telas entre nosotros.

—Parece que venimos del baño, con los pantalones por los tobillos… —dije nerviosa.

Yon salió de la cama y en dos movimientos certeros se desprendió de sus zapatillas, los calcetines y los pantalones. Luego hizo lo mismo conmigo, mientras yo lo miraba intentando contener todas las sensaciones que sus gestos extraños y rápidos me provocaban. Para cuando volvió a tenderse sobre mí, un poco sudado, ya estaba empapada.

—Joder… —gemí.

Yon sonrío entre dientes.

—Se me dan mejor las partes de abajo. —Osciló su cadera contra la mía.

Me retorcí bajo su cuerpo. Nos movimos como dos conejos en celo durante minutos, pero Yon no daba el siguiente paso. Jadeábamos desesperados, hasta que no lo soporté más. Le di la vuelta sujetando sus costados y me coloqué encima suya, sentada a horcajadas. Le bajé los calzoncillos negros de tela sin ninguna ceremonia. Nunca había tenido un papel de guía en el sexo, mis relaciones sexuales siempre habían sido recíprocas, pero no me sentía cohibida, sino ante una nueva aventura. Solo puedo decir que cuando su erección asomó no sentí rechazo al pensar en metérmela en la boca. Con eso lo digo todo.

Yon alargó el brazo hasta el cajón de su mesilla, pero no pudo abrirlo. Enseguida bajé de la cama, abrí el cajón con celeridad, le pasé la caja de preservativos del interior y volví de un salto al colchón, sorprendiéndome por haber visto otra más. Dos cajas, vaya. Me sentí ridícula por haber llevado mi gomita de extranjis. Coloqué mis manos inquietas en su abdomen mientras él me miraba de cuando en cuando, abriendo la caja con dedos crispados. Sacó una tira plateada y cogió un paquete. Me removí y me subí de pie en la cama, quitándome las braguitas mientras se ponía el condón.

Plof. Se rompió.

—Lo que me temía —masculló con los dientes apretados.

—Espera.

Me dejé caer de rodillas en el colchón y saqué otro de la caja, abriéndolo. Él se quitó el arrugado de la base de su erección y tomó el que le di fuera del paquete. Los dos temblamos viendo cómo se lo ponía. Y esta vez sí.

—Ven… —me dijo.

—Si tú me dices ven lo dejo todo —farfullé con los nervios.

Yon entalló su labio inferior por dentro y acarició mis rodillas y mis muslos cuando me colocaba encima de él.

—Tengo la sensación de que voy a vomitar… —le dije sorprendida.

—Y yo…

Mi respiración se agitó cuando agarré su pene y lo coloqué entre mis piernas. Allí no hubo tocamientos de genitales ni nada para calentar, serían los efectos de nuestra ineptitud, o que ya estábamos demasiado listos. Su punta rozó mi sexo y Yon invadió mi interior de la forma más deliciosa que nadie lo había hecho nunca. Fue exquisito. Delirante. Él funcionaba despacio, a pequeñas dosis. Tuve miedo de que fuese como esa lluvia que parece que no es nada pero te cala hasta la médula. Mi vientre palpitó de deseo cuando entró del todo, acogiéndolo. Me sentí llena. Gemí y nos balanceamos tímidamente, pero no vi clara esa postura.

Me incliné hacia delante muy excitada, apoyándome en su pecho, y extendí mis piernas sobre la cama, dejando las suyas entre las mías. Era abrumador sentirlo dentro, su grosor expandiéndome, nuestros pechos desnudos rozándose. Yon me miró con iris de fuego y sujeté su cabeza. Iniciamos un movimiento de bamboleos lentos. Sonreí un poco.

—Pues tampoco somos tan malos, ¿no, Romeo?

—Somos peores… —jadeó.

Pegué mi frente a la suya y lo besé con ansia.

Se salió de mí tropecientas veces. No nos coordinábamos en ritmo y al final, tras reírnos como descosidos y temiendo que se le bajara, misionero. Sencillo y para toda la familia. Le pedí que se separara un poco para poder tocarme y a la vez admirar su cuerpo de tirillas entrando en mí. Aceptó riendo y me besó los hombros y los pechos diciendo que quería que acabase yo primero.

Cuando terminamos nos miramos fijamente a los ojos, jadeando y riéndonos de nuestra propia torpeza. Me sentí enorme y asustada.

35

No quise decirle que estaba flipando con las mariposas de mis tripas y mucho menos que temía lo que estaba sintiendo por él, a pesar de que nuestro primer encuentro en la cama había sido un garabato sexual. ¿Qué me sucedía? ¿Por qué lo sentía tan diferente a mis historias pasadas? Solo había sido un polvo con alguien que me gustaba desde hacía un mes.

Tras recuperarnos nos dimos un beso corto y sonreímos en silencio. Tuve la sensación de que sus ojos me miraban distinto, pero no supe descifrar el motivo. Aún me ardía la cara, el sexo, las manos… sentía el sabor de su boca serpenteando en las paredes de la mía. El eco de sus gemidos graves y secos al correrse iba a perseguirme durante meses, estaba segura. Quise preguntarle si le había gustado y todas esas cosas que se dicen en conversaciones manidas poscoitales, pero me daba que no le apetecía mucho hablar de lo que acababa de pasar, y tampoco sabía si su percepción era buena.

Yon besó mis rodillas justo antes de salir de la cama y, poniéndose un pantalón liviano, me dijo que iba a calentar la cena. Ya me habían rugido las tripas dos o tres veces, todo sea dicho, y como a él le daba igual comer que no… Recogió todo el tinglado de los preservativos antes de desaparecer con una sonrisa.

Suspiré, un poco aturdida. Técnicamente había sido…. una mierda. La peor follada de mi vida con diferencia, aunque no me sentía frustrada. No era eso. Estaba turbada justo por lo contrario. Practicar sexo torpe con Yon había sido mejor que ningún otro sexo anterior, y eso me descolocó por completo.

Removí mis piernas entre las sábanas negras y me tendí en su cama a remolonear, aprovechando para oler su almohada. Eché otro vistazo a su habitación con una sonrisa tonta. Confirmé que excepto el par de láminas, sus sábanas y la mesa de dibujo, era el mismo copia y pega del resto de habitaciones del complejo. El sonido de unos pasos me asustó y me incorporé en un espasmo, tapándome las tetas con las manos.

—Soy yo… —susurró Yon.

—Ay, es que como no has cerrado la puerta pensé que… ya sabes, Capo.

—Podría haber sido, no te creas.

Dejó la bandeja que cargaba a los pies de la cama y se sentó al lado, apoyando su espalda en la pared.

—Y me hubiese visto en tetas —bromeé.

—Te hubiese visto en tetas de pleno, sí, porque has sido bastante lenta…

Me reí y salí del colchón a por mi blusa corta y mis braguitas, que cogí en el suelo y me puse con rapidez, bajo la atenta mirada de Yon.

—¿Te hubiese molestado? —le pregunté sin más.

—¿Que otro tío te mire las tetas? —Parpadeó.

Asentí sintiéndome ridícula, no sé qué diablos pretendí con ese comentario, sabía la respuesta. Yon negó lento con la cabeza.

—No… no me molestaría.

—Sí, ya… —Fingí concentración abrochándome la blusa—. Perdona, ha sido una estupidez preguntarte eso.

—¿Y a ti? —me lanzó de pronto—. Te molestaría que, no sé…, por poner un ejemplo, ¿Miren me mirase el culo con ojos golosones mañana tras la actuación…?

—Eso no es un ejemplo. —Me reí tomando asiento en la cama—. Es lo que hace siempre. Siempre que te giras y no miras.

Yon sonrió de lado con cierto regocijo.

—Ya está —le confesé—, ya te he respondido. Estoy atenta a cuando Miren te mira el culo. No me roba el sueño, pero no me gusta verlo… y a la vez no puedo evitar fijarme. Lo siento.

—No pasa nada. —Me miró con ternura y señaló la bandeja—. Come algo…

—¿Y tú?

—No tengo mucha hambre.

Cogí el zumo de manzana y le di un par de buches antes de alcanzar el burrito, sintiendo su silencio.

—¿Quieres que hablemos de otra cosa? —le pregunté.

Yon negó muy despacio y tragó con expresión entristecida, mirándome a los ojos con profundidad.

—Quiero que me digas que lo que ha pasado no te va a hacer huir de mí.

Un hormigueo muy intenso me recorrió la barriga. Le sonreí dejando el burrito en el plato, me limpié y coloqué mi palma en su mandíbula, atrayéndolo hasta mí. Hasta quedar muy cerquita de su boca para susurrar:

—Ni de coña. Ahora solo quiero repetir y repetir.

Nos besamos. Primero suave y luego con intensidad.

—¿Te ha molado el sexo torpe? —Se mordió el labio negando, muy sexi—. Porque puedo ser aún más patoso si me lo propongo.

Me eche a reír. Oh, Dios… me gustaba demasiado. Lo besé de nuevo y hundí mis ojos en los suyos.

—Ha sido la mejor experiencia sexual que he tenido. Sin

presiones ni expectativas. Nunca me he sentido más libre.

Yon acarició mi pierna y recorrió con su nariz mi mandíbula, hasta dejar un beso dulce en mi barbilla. Luego se separó, tendiéndome el burrito delante. Lo cogí con gusto y le di un bocado. Y otro y otro…

—Me gusta verte comer.

—¿Y qué tengo de especial yo comiendo? —le dije con la boca llena.

—Ganas.

Tragué sonriendo y bebi más zumo.

—Mi sobrino Noel también es un poco así, como tú, come poco. Y está como un palillo.

—También como yo. —Apoyó la cabeza en la pared.

—Tú estás más formado. Tienes tus hombros y tu culo…

—Algo es algo.

Sonreí y miré de nuevo las láminas de tamaño A3 sobre la cómoda, realizadas con rotulador, me pareció.

—¿Esos dibujos son tuyos? —Los señalé con la barbilla.

—Sí.

Limpié mis manos con la servilleta que me había traído Yon y descrucé mis piernas para acercarme a verlos.

—¿También para un proyecto?

—No… —Yon apareció a mi lado—. Estos los hice por placer… hace un par de años. Estaba en Las Ramblas y quise delinear una réplica del paseo en blanco y negro, pero cruzado por un río rosa. Eso del fondo es Montjuic. Y ese soy yo.

—Sentado en la montaña. Con una camiseta de *Parque Jurásico*.

—Admirando la ciudad.

—Qué original. ¿Y por qué el río es rosa?

—¿Y por qué no?

Pasé la mano por el cristal. No daba crédito a que Yon dibujase así de increíble. Era capaz de lograr armonía en un entramado de trazos aparentemente desordenado, aportando limpieza y elegancia. Me fijé en su firma en la esquina baja derecha, aparecía como «YLópezR». La otra lámina representaba el barrio Gótico con un cielo rosa y en conjunto las dos tenían sentido como un todo. Lo miré con timidez y admiración y me giré lentamente hacia él.

—Yon…

—¿Qué?

—Tengo que serte sincera —le dije sin rodeos, bajando mi tono de voz—. Me gustas de manera peligrosa… quiero decir que lo que empiezo a sentir va a ir creciendo. ¿Eso te da miedo?

—No… —susurró.

Sonreí ilusionada. Y no quise invadirle a preguntas que no iba a

responder, pero sí contar con sus necesidades.

—Si tienes que consultarlo con Paloma o…

—Está todo bien.

Nos servimos unos tés helados en vasos enormes de cristal grueso y salimos al porchecito de su bungaló. Yon puso su altavoz *bluetooth* a un volumen mínimo sobre la mesa destartalada que Capo había sustraído de alguna parte del complejo, y yo me senté sobre él, acomodándome entre sus brazos. Eran las dos de la mañana y se estaba de lujo, aunque tuve que ponerme una de sus sudaderas, que olía mucho a él. Se escuchaba el murmullo de gente en las casas y el sonido del Garaje a lo lejos, donde casi todas las noches había fiesta. Hablamos un poco de música y, cuando le pregunté qué era eso tan deprimente que sonaba, Yon me amplió su registro de gustos musicales.

—Esto es Garage Blood, aunque también me gustan Blacker than you y More Angels Band…

Me pareció que hablaba en suajili. Ni siquiera eran artistas lánguidos universales, tipo Kodaline o Lana del Rey.

—¿No te gusta Billie Eilish? —probé en mi intento de reconocer alguno—. Es un alma en pena, no dirás que no.

—No sé quién es…

Parpadeé estupefacta. ¿En qué mundo paralelo vivía este hombre? Yon habló al ver mi cara.

—En el primer ensayo sonó Radiohead —quiso librarse.

—Sí, ya ves, *Creep*, una canción que habla de un bicho raro y cuyo cantante tiene una cara de peluche triste que te dan ganas de envolverte la cabeza con *film* transparente y dejar de respirar.

—Habla de un chico que no encaja en los cánones y que se siente inferior ante la chica de sus sueños.

—Ay, Yon… —Suspiré acariciando su pecho.

—Y si no te mola ¿por qué conoces el video?

—Me obligó a verlo mi amiga Sara. —Volteé los ojos—. Pretendía hacer un cunnilingus a una chica que amaba esa canción y al ver el videoclip se quedó espantada con esas caras de cera.

Yon apretó los labios con ternura, deslizando una mano en uno de mis muslos, y perdió su mirada en la nada.

—También suelo escuchar música japonesa, o bandas de *rock* alternativo ya pasadas de moda o que están emergiendo.

Le dediqué una sonrisa plácida. Era tan él que no podía sorprenderme. Lo conocía desde los once años.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Bueno, mis gustos musicales son bastante eclécticos, pero no extraídos de la versión tétrica del bolsillo mágico de Doraemon. Me encanta Coldplay y Black Pumas, por ejemplo.

—Vaya, conoces a Doraemon. —Me miró de medio lado y entrecerró los ojos—. ¿Tu sobrino?

Me reí.

—Pues claro. —Acaricié su cara, aunque a Doraemon lo conoce todo el mundo creo yo, pero le hizo ilusión acertar y a mí eso me hacía feliz—. Oye, ¿y con qué edad llegaste tú a Bilgo?

—Con doce.

—Ah… es que tenía mis dudas. Pero ibas al mismo curso que mi hermana… a sexto.

—Sí, mis padres lo consideraron mejor así.

Se acercó a mi cuello y dejó un beso allí. Apretamos el nudo del abrazo.

—O sea que tienes veintiocho.

—Desde el 24 de mayo —musitó relajado.

—Entonces perdiste un año…

—Sí. —Me miró.

—¿Ibas mal académicamente?

—Estaba siempre dibujando y no atendía a los profes.

—¿Desde tan pequeño? —Levanté las cejas, entrelazando mis dedos tras su cuello.

—*Flash* me tenía fascinado.

—Flash… ah, sí, es verdad. —Por unos segundos fingí suma sabiduría en mi expresión—. ¿Y ese qué diablos hacía?

—Joder. —Agitó su cara sorprendido y apretó mi cintura con su brazo—. No me lo puedo creer…

—¿Qué?

—¿En serio no sabes lo que hace Flash? A ver, piensa un poco… Flash —repitió haciendo un gesto con la mano para que relacionara el concepto.

—¿De luz parpadeante? —Guiñé un ojo.

—¡De velocidad!

Nos echamos a reír.

—¡Es capaz de atravesar paredes y violar las leyes de la física!

—Uuhhh… qué diversión. —Moví mis deditos delante de su cara.

—Calla… —Se rio agarrando mis dedos.

—Cállame tú.

Mi susurro se perdió en el interior de su boca cuando Yon posó su mano en mi mejilla y me besó. Tan lento que me derretí. Era tan sensual. Todo mi cuerpo lo buscaba como una planta al agua. Sonreí cuando se separó.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que te deje algo más de ropa?

—No —le respondí—, ya me pones tú bastante a tono…

Su dedo pulgar descendió hasta rozar mis labios y los dos nos

miramos.

—¿Y el máster cuando lo empiezas? —le pregunté.

—En octubre. Por eso tuve que dejar mi anterior trabajo.

—¿Y dónde es?

—Es en Tokio.

—¿En… en Japón? —Contuve el aliento.

No me había esperado para nada ese destino, y si lo pensaba era lo más evidente del mundo. Quería ser mangaka, Aura. De pronto un tropel de preguntas me atropelló la mente.

—¿Y cuánto dura?

—Dos años.

—¿Dos años? —Abrí mis ojos. No pude evitar que el gesto me cambiara.

—Sí.

—Ah… —dije con la respiración acelerada.

—¿Qué pasa?

Me quedé mirándole, sintiendo una honda decepción en mi pecho.

—¿Y después qué tienes pensado hacer?

—Después voy a trabajar allí, que es el sueño de mi vida y donde he querido vivir desde que tengo uso de razón.

—No… no lo sabía —murmuré.

—Pues es mi sueño desde niño. —Paseó sus dedos en mi cintura —. Es que en el instituto me dirigiste la palabra dos veces.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pero si eras un rancio. —Me reí, aún noqueada.

—Era el nuevo, extranjero, poco común para un pueblo tan pequeño. Tuve que adaptarme a otra cultura, a otra casa, a otra gente, y menos mal que di clases de español desde pequeño…

Tragué. Dios, ahora que lo miraba desde esa perspectiva me sentía una gilipollas integral por todo que dije y dejé que dijeran de él. Puse mi mano en su cara. Luego volví a lo de Japón.

—No me lo contaste cuando me hablaste del máster…

—No me preguntaste.

—Ya, bueno… es que di por hecho que sería en Barcelona. O al menos en España.

—Perdona. —Acarició mi pelo.

—¿Por qué?

—No lo pensé… —Miró el vaso y dio un trago, que se me hizo eterno, dejándolo de nuevo en la mesa. Después buscó mi mirada—. ¿Hubiese cambiado algo?

—No. —Me separé un poco, mordiéndome el labio—. O quizás sí.

—¿En qué sentido?

—No lo sé, Yon. Hasta hace nada no me había planteado que pudiese pasar algo entre nosotros, y…

—¿Y ahora que lo sabes? —Me miró expectante.

Le retiré mis ojos y me pasé el dorso de la mano por la frente confundida.

—Siento que has jugado con ventaja —confesé—. Debiste decírmelo. Tal vez hubiese preferido que no pasase nada…

—¿Crees que podíamos haber evitado que esto sucediera? —preguntó incrédulo.

—Pues a lo mejor —respondí en un murmullo.

—Te acabo de decir que lo siento, Aura. En ese momento las cosas eran muy distintas entre nosotros.

No pude evitar coger su cara entre mis manos y mirarlo angustiada. ¿Aquello ya tenía fecha de caducidad y casi ni habíamos empezado? Tuve un miedo atroz a que se marchara. Lo que sentía por él era precioso y tenía que ser la antesala del amor, estaba segura. Me di cuenta en ese instante de que nunca me había enamorado de nadie. Lo abracé despacio, apretándolo contra mí con todas mis fuerzas, inhalando su aroma aterrada.

—Quédate a dormir… —me pidió en un hilo.

Asentí sin poder decir nada. En el fondo era lógico, ¿no? Cada uno tenía su vida antes de llegar allí y él debía seguir su camino.

No pegué ojo en toda la noche.

36

Escapé del calor de los brazos de Yon y me escurrí a los pies de la cama, abandonando la habitación en silencio. Me puse los *shorts* en el porche y quise dar un paseo a la luz del alba. Había ido a su bungaló con lo puesto y tenía todas mis cosas en el mío, ni siquiera sabía qué hora era, pero necesitaba pensar un poco antes de volver a ver a Yon de nuevo y no me detuve. Todo el complejo se ahogaba en un naranja rojizo precioso y cautivador. Empezaba a haber movimiento, pero allí siempre lo había. Me crucé con un par de compañeros madrugadores, que ya iban a por el desayuno, y seguí dirección al lago, pero antes de coger el desvío cambié de opinión y quise probar otra cosa.

Los caballos estaban tranquilos cuando llegué. Olía fatal, como siempre. Buscaba que alguno estuviese a tiro en su box para poder mirarlo de cerca y, si me atrevía, también acariciarlo. Fue el cuarto de la derecha, una yegua de pelaje marrón y blanco, muy bonita. Pegué mi cara a la ventanilla y suspiré, pensando en lo feliz que era sin tener que quebrarse la cabeza porque se estaba enamorando de un chico, del que jamás creyó poder hacerlo, y de pronto recibiese la noticia de que iba a marcharse a más de diez mil kilómetros de distancia. Mis ojos se humedecieron. Maldita sea. Di una patada a la puerta y la yegua se asustó. Levantó sus patas delanteras en un salto y relinchó como una desquiciada. El corazón se me subió a la boca y me aparté del susto.

Una voz grave y madura me llamó la atención de pronto y me giré, controlando mi pecho. Era Mauricio, el hombretón de las cuadras. Enseguida me reconoció y corrió hasta mí preguntando si estaba bien. Le dije que sí y le pedí disculpas por asustar al animal. Me explicó que la yegua estaba alterada porque la habían separado de su cría para llevarla al complejo. Me dio mucha pena. Después añadió que no era martes y no debía estar allí.

—Lo sé.

—¿Y tu amigo?

Mi amigo ya no es tan amigo, es más bien un problemón como la yegua que tenemos al lado, pensé.

—Es muy temprano, aún duerme —le dije.

—¿Y tú qué haces aquí?

«Intentar pensar, cosa que se me da igual que construir aviones». Lo miré sin decir nada, pero él era un hombre sabio y supo ver algo que no me dijo.

—¿Quieres dar de comer a Shakira? —me ofreció.

Sonreí de oreja a oreja. Aquello me iba a alegrar el día.

No pude pensar mucho mientras la boca de la yegua atrapaba heno y alfalfa de mis manos… la acaricié durante un buen rato y hasta pude cepillarla. Sin duda fue la mejor terapia. Pensar está de más cuando las emociones entran en juego, y te atrapan las venas y la carne. ¿Qué podía razonar a esas alturas? ¿Debía continuar con esa historia? ¿Hasta qué punto podía evitarla estando desde que amanecía hasta que anochecía junto a él? Concluí que debía esperar a ver a Yon y atender a mi reacción para dar el siguiente paso.

Di la gracias a Mauricio y me volví a casa. Me colé en la ducha y procrastiné el cierre del grifo para no enfrentarme al resto del día, pero la voz de Karen cantando *Guantanamera* me hizo reír y salir del plato.

Me serví un café sintiéndome un poco extraña. Había dormido con Yon, joder, sintiendo su calor, sus besos suaves que pasaban a ser escandalosos y picantes cuando menos lo esperaba, rodeada por su mundo, dejándome atrapar por la red de sus rarezas. Habíamos tenido dos orgasmos en un día y desenvolver las horas con él había sido lo mejor del mundo para mí. Era una persona increíble, fascinante, buena, distinta a todo lo que había conocido… Pero de pronto todo estaba empañado por esa información inesperada que me había dado. Cogí aire recogiendo el desayuno y me fui al ensayo de *Juana la Loca*.

Yon apareció a los pocos minutos, con el pelo húmedo y tal y como le habría quedado tras restregarse una toalla, vestido con un polo estrecho verde musgo, con borde de cuello y de mangas azul marino, y un pantalón vaquero. Lo saludé, sin moverme de mi sitio junto a la mesa, y no pude evitar sonreír al ver su cara de dormido. Caminó despacio hacia mí.

—Te has ido —saludó.

—Sí… es que tenía que… pensar.

—¿Pensar? —dijo en su habitual tono decadente, dejando sus cosas en la mesa—. Por lo que te conozco no me ha parecido que te vaya mucho el mundo reflexivo.

—Y no me va. —Sonreí triste. Me gustó que hubiese observada eso de mí—. Las reflexiones son pensamientos a menudo contaminados por quien pretendes ser o por tus experiencias personales. Prefiero las conclusiones.

—Sin reflexión no hay conclusión. —Me miró.

—Y sin hechos no hay ni lo uno ni lo otro —le refuté.

—Estoy de acuerdo. —Sonreímos y Yon suspiró—. ¿Y qué has concluido? Porque supongo que el hecho del que partimos tiene que ver con lo que te dije ayer…

—Sí. Y no lo sé, Yon. Te he visto entrar y… —Me dirigí al

equipo de música y fui incapaz de mirarlo cuando le confesé—: Me apetece besarte y a la vez mantenerme alejada de ti.

Sentí que se acercaba y se colocaba a mi izquierda. Di al *play* y la música lenta habitual empezó a sonar de fondo.

—Ayer no pude evitar sentirme decepcionada y no sé muy bien cómo encajar las cosas. Es… una sensación muy extraña.

Me volví hacia él. Yon bajó su mirada y contuve la bola de temor en mi garganta. El silencio se apoderó del tiempo y quedamos en un punto muerto. Entonces su mano tomó la mía con suavidad y Yon levantó su mirada, acongojado, hundiéndola en mis ojos.

—Es que… ¿no quieres seguir con esto?

Qué dolor más grande sentí cuando lo miré tras esa pregunta. Apreté mis dedos ente los suyos y arrastré mis pupilas hasta su boca, rosada y húmeda, llamándome. Necesitaba tocarlo, acariciarlo, tenerlo dentro de nuevo. Di un paso corto hacia él y no pude hacer nada por evitar que nuestros labios se rozaran. Un latigazo eléctrico atravesó mis vísceras, encogiéndolas como a un bicho bola. Nos besamos de manera desesperada y a una velocidad tan lenta que resultaba tortuosa y dañina. Estaba realmente desesperada por él y saberlo me hacía desesperar aún más. Deslizaba mi lengua sobre la suya como si nunca más pudiese volver a hacerlo.

—Eres deliciosa —musitó sobre mis labios.

—No me digas eso…

—Y qué quieres que te diga.

«Que no te vas a ir a Japón, joder».

Moví mis ojos sobre los suyos y me sentí atada, atrapada en lo que yo misma había perseguido. ¿Qué iba a hacer? Una esfera de angustia se instaló en la boca de mi estómago, instándome a protegerme. Me separé de él y caminé de vuelta a la mesa, cogiendo mi guion y cerrando los ojos para intentar centrarme.

—Vamos a ensayar —le dije.

Terminamos y cada uno expuso que iba a comer en su bungaló. Bueno, lo dije yo y él estuvo de acuerdo. Me había sentido distante, supongo. El resto del tiempo libre del día me lo pasé hablado por teléfono con todo el mundo que pude para evitar rayarme la cabeza. Primero con mis padres, que me lanzaron la fascinante pregunta de si tenía gripe o no en la foto de la orla de bachillerato, a saber qué diablos hacían mirando eso, después me soltaron que el último sello que habían adquirido en su colección era de García Lorca y, por último, que el pimentón era el ingrediente estrella de las albóndigas de pescado. Mi hermana me contó que tenía enterrada la uña del dedo gordo del pie y que se había comprado un Vaper sabor a mango sin nicotina, a ver si le funcionaba en su intento de dejar de fumar (con

Noel gritando de fondo que no iba a durar ni dos horas). Y Sara que acababa de tirarse a un chico y había flipado en colores brillantes, que no sabía lo que era y estaba agotada de intentar clasificarse, que simplemente la llamase Sara.

Los secundarios empezaron a beber cerveza ya desde que terminamos la actuación de *Romeo y Julieta* y yo me uní a ellos, que ya era hora de hacer algo juntos. Yon también lo hizo. Cada uno por su lado. No estábamos enfadados, pero supongo que fue una consecuencia de ese efecto que se había creado desde que entre nosotros se coló la palabra «fin». Habíamos prometido ir a la fiesta de la Luna de ciervo y eso hicimos.

Una hora después ya había estado con la chica del barro y una de las Upa en su bungaló, nos habíamos bebido chupitos de melón a manta e iba camino del Garaje, esa buhardilla-trastero en la que todos bailaban y bebían sin límite ni medida. Una mala idea. Malísima. Me emborraché como una desgraciada y, cuando miré a mi alrededor y no vi a Yon, quise irme a casa.

Cuando llegué supe que tenía que comer si al día siguiente no quería convertirme en algo parecido a un estropajo. En la nevera había quesitos en porciones y pepino. Eso me valía. Mientras engullía como una cobaya, mi mente empezó a desvariar y se me pasó por la cabeza llamar a Yon. Nos habíamos dado el numero días atrás por tenerlo para cualquier cosa, trabajo, imprevistos, a Aura se le cruza el cable y busca su chat de WhatsApp a las cuatro de la mañana…

Yon no tenía foto de perfil y su estado era un guion. ¡Un guion bajo! Me colé otro triángulo de queso en la boca y miré al techo, contemplando la posibilidad de llamarlo. Lo vi demasiado. Lo cual me dio a entender que no estaba tan borracha, aunque sí lo suficiente como para escribirle:

> Ya sé que hoy no ha sido el típico día posterior que
> vives con alguien con quien conectas y por fin
> te has acostado. No sabes las ganas que tenía. Pero
> no sé cómo puedo aclararme después de saber que te irás.

Yon López llamando…

—¿Dónde estás? —balbuceó cuando descolgué.

—En casa… —contesté yo más allá que acá.

—Ven a buscarme…

—¿Dónde estás? ¿Has bebido?

—Acabo de vo-mi-tar…

—Joder. —Bajé de la banqueta en un salto y correteé hacia a puerta—. Voy a por ti.

—Ya está aquí Capo. —Y colgó.

Mierda.

Intoxicación etílica grave, dijo el médico. O lo que es lo mismo,

al borde del coma etílico. Mientras Capo y Karen lo llevaban al bungaló perdió el conocimiento y por un momento todos perdimos los nervios. Y me incluyo porque los vi llegar mientras los esperaba en el porche, al deducir que lo llevarían allí. Me enfadé con él porque estaba segura de que no había cenado y lo que le ocurrió fue precisamente por no tener nada en el estómago.

Lo pasé fatal y no me despegué de él en toda la noche, sentada en una silla junto a su cama, cogiendo su mano y sintiendo mis pulmones comprimidos.

Cuando al fin abrió los ojos estaba muy debilitado y pálido. Acaricié su cara.

—Me has dado un susto de muerte —le dije acongojada.

—Perdona… —musitó con voz lánguida—. Es que se me olvidó cenar.

—¿Pero a quién se le olvida cenar? —Me incliné hacia él, pegando mi frente a la suya.

—No te acerques, debo de oler fatal…

—Me da igual —dije en un hilo.

—Perdona…

—Deja de pedirme perdón, por favor.

Lo abracé. A veces me parecía tan sumamente vulnerable que no lo entendía.

No tuvo resaca porque ya le habían puesto la dosis de vitaminas del grupo B necesaria para que despertara sin ella, aunque estaba cansado y lo de los olores era cierto.

Cuatro horas después se encontraba como nuevo y había comido como un elefante, según me dijo cuando vino a verme a mi bungaló.

—No puedo ni andar de lo lleno que estoy. —Se acercó a mí en la cocina.

—Pues mejor. —Lo miré.

—¿Están Karen y Esmeralda?

—Se han marchado…

—¿Y entonces? —Me cogió de la cintura, obligándome a dejar el plato que sostenía en la isleta.

—¿Entonces qué? —Me reí, sosteniendo su mirada.

—Qué hay de nosotros…

—No lo sé.

—Quieres besarme más que huir de mí, no digas que no. —Y dibujó una sonrisa preciosa y descarada.

—Eres un listillo. —Acaricié su cara y su pelo.

—Venga, bésame ya de una vez.

—No quiero tener que despedirme de ti… —dije medio en trance, mirando su boca de fantasía.

—¿Y por eso no lo vas a vivir? Menuda aventurera de

pacotilla… —Coló su mano bajo mi falda-pantalón.

Gemí cuando tocó mis braguitas. Yon estaba cada vez más lanzado y confiado y eso me ponía a mil. Al instante la atmósfera se cargó de electricidad. Agarró mis nalgas con sus manos abiertas e hizo chocar mi cadera contra la suya. Bufff…

—Estate quieto —jadeé.

—¿O qué?

Yon repitió el movimiento, haciéndome estremecer.

—He dicho que pares… —Miré sus labios.

—No quiero.

Nuestras bocas se estamparon con una fiereza descontrolada. Casi nos hacemos daño. Jamás me había nacido ese instinto tan primitivo con nadie. Todos mis intentos de raciocinio se esfumaron por la punta de mis dedos y se colaron en su carne.

Durante unos minutos solo nos besamos, mordiéndonos y abandonándonos al otro. Sabía a pasta de dientes y olía a jabón y a perfume. Tironeamos de nuestras ropas y nos frotamos como dos animales contra todos los muebles y paredes que encontrábamos, hasta que mi espalda topó con el tabique de la puerta de mi cuatro. Clavé mis uñas en su culo y Yon me sujetó la cara con una mano.

—¿Tienes condones?

Y el tono espeso con que lo preguntó me hizo perder el control por completo.

Cuando entramos en mi habitación desesperados cerré la puerta con el pie y Yon la terminó de encajar, sin despegarnos de la boca del otro. Hacía un calor horrible y asfixiante pero no pude poner el ventilador porque mis manos no se levantaban de su cuerpo. Acabamos tirados en la cama, enredados de placer, chocando manos, piernas, labios y saliva. Sentí que levitaba.

Tal fue la cosa que cuando nos desnudamos por poco no me agacho y se la chupo. Pero dudé por no saber hacerlo bien y el momento pasó muy rápido. Yon se puso el condón y cuando quise darme cuenta estaba sentada con las piernas abiertas sobre sus muslos y él había agarrado mis muñecas contra la pared y colado su erección en mi interior. Tan lento… Agonicé. Subió y bajó con un movimiento de cadera exquisito y una de sus manos bajó a mis pechos.

—Quiero aprender a follarte. Dime si te gusta…

—Así… sí. Me encanta.

—Eres tan bonita…

—Más… sigue… sigue…

Me arqueé, relajando mis hombros y echando mi cabeza atrás sobre la pared, con su mano sujetando mis muñecas encima. Yon lamió mi boca y mi cuello. Un ronroneo escapó de mi garganta mientras lo hacía. Abrió la mano que sujetaba las mías, liberándome,

y arrastró ambas palmas bordeando mi figura hasta tirar de mi cadera, haciendo que la curva de mi espalda se acentuara más. Entró hasta el fondo. Dios mío.

—Qué te está pasando… —Gemí.

—Que estoy un poco menos nervioso.

Nos besamos sudorosos y empezamos a movernos. Y sí. Ahí no hubo coordinación ninguna de nuevo, tampoco hay que ir ahora de magníficos, vamos a ver. Tras varios intentos y al estar a punto de salirse de mí, Yon sujetó mis costillas con sus manos.

—Estate quieta… quiero intentar que nos salga en esta postura. Déjame a mí.

Detuve mi movimiento y lo dejé menearse, al principio con balanceos poco amplios y después con más y más recorrido, experimentando. Empezó a moverse como creando una onda, en la que adelantaba su pecho, su abdomen y después su cadera, dándome en ese punto sensible y haciendo que un cosquilleo crepitante se desparramara por mi cuerpo. En la cuarta penetración me encogí de placer y mordí su hombro, sujetándome a su espalda.

—¿Qué ha sido eso? —Rio excitado.

Jadeé sonoramente cuando repitió el movimiento, sin poder contestarle.

—Soy bueno… ¿verdad?

Arrastré mis labios hasta su boca y lo besé como ida. Él se detuvo un segundo para acariciar mis pechos y mi cara. Entonces bajé mis manos y clavé mis yemas en su culo con todas mis fuerzas, llevándolo contra mí otra vez, notando su grosor en mi útero. Lo quería más y más dentro.

—No pares, por favor…

—Ojalá pudiese hacerte esto toda la vida.

Apoyé mi barbilla en su hombro y sentí rabia. No quise dar mecha a la disyuntiva que planeaba sobre nosotros y cerré los ojos, dejándome llevar por completo. El colchón empezó a rebotar y me esforcé por sonreír cuando Yon me buscó con sus ojitos brillantes, como si estuviera regalándome vida, y lo estaba haciendo. Nos fundimos la boca con ferocidad y sujeté su cara entre mis manos. Él luchó por alargar el tiempo hasta el orgasmo, que intuí próximo por la forma en la que apretaba su mandíbula.

—Córrete… —le pedí.

Él no pudo decir nada que no fuesen gruñidos y jadeos roncos, unidos a empellones brutales y potentes tras los que se liberó un minuto después. Me dejó besos por todas partes descendiendo el ritmo de sus embestidas y, al salir de mí, coló su dedo en mi interior, suave… Me susurró que lo guiara y agarré su mano, imponiendo un ritmo y presión. Me removí para acomodar las rodillas más abiertas e

hice círculos con mi cadera.

—¿Llegas así?

Asentí, estaba a punto. El calor abrasador de mi cara y el hormigueo bajo las yemas de sus dedos me lo dijo.

Cuando terminé nos besamos durante minutos, olisqueándonos como si fuésemos perros en celo. A Yon ya se le había bajado y tenía el condón arrugado y le dio igual. Yo no sabía cómo me sentía, la verdad. La presión descomunal que tenía en mi pecho me estaba devorando.

Nos vestimos y él se perdió un momento hacia el baño.

Cuando regresó, puso el ventilador y se quedó mirando algo.

—¿Y esto qué es?

—Es una piedra… —le dije mientras terminaba de hacer la cama, sin darle mucha importancia.

—Qué clase de piedra. —La cogió interesado.

Me acerqué a él, conteniendo un suspiro.

—Un cuarzo. Se llama aqua aura y tiene poderes. —Los dos lo miramos—. Sirve para proteger y renovar la energía del aura. Me lo regaló Karen.

—Es precioso —dijo moviendo el pedazo turquesa entre sus dedos, haciendo que saltaran un montón de reflejos brillantes.

Contrario a como creí que iba a reaccionar, Yon no se rio ni se burló en ningún sentido.

—Sí, es muy bonito. —El nudo de mi garganta se apretó y lo miré. Yon me correspondió—. Aunque no sé si me ha servido de mucho.

—¿Por qué?

Mis ojos se humedecieron por completo. Yon dejó la piedra y me envolvió con sus brazos. Besó mi pelo deslizando sus manos en mi espalda con ternura. Mi barbilla tiritó al darme cuenta de que estábamos sentenciados desde el primer día que llegamos a ese complejo.

—¿Qué ocurre?

—Que no puedo estar como si nada…

—Las cosas son así, Aura. Estamos trabajando por un contrato de verano.

—Ya…

—Esto empieza y termina…

—Lo sé… —Despegué mi cara de su pecho y le hundí mis ojos —. Pero no sabía que… que me iba ocurrir esto… y no puedo pensar, no se me da bien… Todo es cada vez más intenso…

—Yo tampoco sabía que esto me sucedería. Y siento lo mismo.

—Pero es que parece que te da igual que vayamos a separarnos —dije casi sin voz.

—No me da igual… te aseguro que no, pero lo acepto. Hay que aceptar cada día como un regalo.

—Suenas como un monje tibetano, joder… Y eso me inquieta.

Yon cogió mi cara entre sus manos con suavidad.

—Lo último que quiero es provocarte lágrimas, Aura.

—Y qué hago… si no puedo cambiar que te marches.

—Eso es.

Tragué, intentando encontrar una nueva perspectiva en sus ojos. Nos quedamos sumergidos en un vacío y todas las palabras posibles se esparcieron por el suelo hasta marcharse de allí.

—No quiero estar así… no quiero tener días grises contigo. —Lo abracé fuerte.

—Yo tampoco —susurró.

—¿Y qué hacemos?

—Disfrutar de esto y cuando llegue el momento… decirnos adiós.

—¿Para qué? —Deshice el abrazo—. ¿Qué sentido tiene eso? Vamos a parar ahora y ya está, ¿no?

—Tiene el de vivirlo. —Acarició mi pómulo con su pulgar—. Yo no quiero parar, Aura.

—¿Pero por qué a ti no te raya esta situación? No lo entiendo.

Yon no dijo nada. Mi estúpida esperanza por lograr que expresara un mínimo de descontento porque nuestros caminos se separarían quedó ahogada. No iba a pronunciarse. Tampoco sobre esa parte que me faltaba por conocer de él. Tuve la sensación de que no abriría sus compuertas hasta que no me dejara ir en cuerpo y alma con él. Y eso… iba a hacerme mucho daño. Iba a hacérmelo. Mis ojos se anegaron de nuevo. Yon me miró con tristeza, negando muy despacio.

—No quiero esto, de verdad. Si vas a estar así… casi que mejor que…

—¿Qué? —Mi barbilla tembló.

—Que tal vez debamos considerar que nuestra relación sea como al principio…

—No sé si voy a poder aguantar sin besarte, maldita sea… Yo… estoy… creo que estoy empezando a quererte. Y ahora me siento impotente, no sé qué respuesta darte.

Otro hueco sin palabras con los ojos conectados por la misma realidad. No hizo falta hablar más. Era evidente que así no podíamos estar, erosionándonos, en un sí o no hasta que el verano acabase. Yon se dirigió a la puerta con aire taciturno y agarró el quicio, volviéndose a mirarme.

—Nos vemos en el camerino —dijo.

Y yo dibujé una mueca de resignación.

37

Fue duro tener que actuar esa noche junto a él. Lanzar frases de amor hipnotizada por los ojos de Yon, con el público emocionado por completo y conteniendo el aliento, y tener que tragarme la furia que sentía. Malditas sean las historias de verano. Con sus putas luces naranjas y sus atardeceres y sus pájaros volando, y sus bosques y cuevas secretas, y sus chicos que vuelven del pasado y te explotan la cabeza.

Jamás había tenido que lidiar con nada parecido. Lo más cercano que había estado a esa clase de vacío en mis entrañas había sido la época en que sospeché que mi sobrino Noel pudiese sufrir por no tener figura paterna. Pero no llegó a desarrollarse porque la psicóloga ya nos aseguró que no ocurría nada. Era un sentimiento inexplicable y desgarrador que no me apetecía repetir por mero gusto. Ya sabía cómo acababa la historia de Yon y Aura. Había estado bien un tiempo, pero ¿para qué sufrir cuando ya sabes lo que sucederá?

Al día siguiente por la mañana tocó ensayar *Juana la Loca*. Trabajar la expresión corporal con la persona que más te gusta sobre la faz de la tierra… bueno, qué voy a contar.

Me di cuenta de que una parte de mí ya era capaz de aislar mis emociones actuando y eso me alivió un poco. Aun así, me descubrí varias veces mirando al vacío, con la mirada perdida en las alas de un amor que nunca volaría. Sentí a Yon más taciturno de lo habitual, aunque no verbalizó nada sobre nosotros, por lo que entendí que su postura seguía siendo la misma. También la mía.

Cuando llegué al bungaló mi representante, Débora, me llamó y sin saludar siquiera me soltó: tengo buenas noticias. El corazón se me salía del pecho conforme hablaba. Un par de lanzamientos de productos de lujo en los que sería azafata, una audición para un papel secundario en una importante obra de teatro y un contrato de un año en el que sería modelo de zapatos de la página web de una marca en vías de expansión de Dubái.

Colgué meneando mis puños sin poder contener la emoción y enseguida llamé a mi hermana chillando. A mis padres no los llamé ni chillé y esperaría a firmar esos contratos para decirles con la boca bien llena que mi futuro en los próximos meses no era tan incierto.

—Dios mío —suspiré aliviada llevándome el móvil al pecho, con una sonrisa más grande que el Titanic.

Pensé en las palabras de Débora cuando le dije que no me lo

podía creer: «Trabajas bien, tienes coraje, eres entusiasta y joven, de momento con eso sirve. Pero no te relajes, Aura. En este mundo tienes que aprender a reciclarte y ser polivalente».

Fui a la lavandería bailoteando y después pasé por las cocinas a por comida para todas, Esme y Karen salían a las tres de servir mesas y bailar latino respectivamente. Las esperé con los platos a rebosar de cecina y patatas con kétchup y una botella de champán malo que compré en el súper por ochenta Noriegapuntos.

—Estos cabrones hacen las patatas fritas igualitas que las del McDonalds —murmuró Karen.

—Y esto parece una vagina —dijo Esmeralda, estudiando la forma en que estaban colocadas las lonchas de cecina—. Seguro que ha sido idea de algún salido… Esta sería vulva mariposa.

Se me cayó el tenedor al plato.

—¿Qué has dicho?

—La mía es forma bata de cola —siguió Karen.

—La mía llama olímpica.

Las dos me miraron. Fruncí el ceño y sacudí mi cara.

—Yo no lo sé.

—Nunca se ha mirado la vulva —explicó Karen a Esmeralda en un murmullo y hablaron entre ellas.

—Es de esas a las que le da repelús su propio chichi…

—Coño.

—Lo que sea.

Volvieron a mirarme fijamente, morbosas.

—No me da repelús —expliqué riendo y pinché patatas—. Pero nunca me he despertado una mañana con el ferviente deseo de mirarme el aparato reproductor.

—Pues qué mínimo, eso es como tener un descapotable amarillo y nunca bajarle la capota.

—Eso no es exactamente lo mismo, Karen —le replicó la otra.

Nos reímos. Tragué el mogollón de patatas en mi boca dubitativa y entonces confesé.

—Siempre he creído que mi vagina es extraña.

—Yo también lo creía —admitió Esme—, pero claro, la comparaba con la de las chicas del porno.

—Hay al menos siete formas distintas y todas son normales. Bueno, la mía tiene un piercing, pero ya me entiendes.

—Qué curioso… —dije un poco cohibida. No soy vergonzosa, pero tampoco de hablar cualquier tema con todo el mundo.

—¿Te la vas a mirar hoy y nos dices mañana? —me preguntó Esmeralda—. Todas están en internet, compáralas con la tuya.

Me eché a reír intimidada y agarré mi vaso de agua.

—Ya veremos —salí del paso.

—A lo mejor eres la propulsora de una nueva forma vaginal… —Karen me guiñó un ojo.

—¿De huevo frito? —me burlé y bebí.

Ellas se rieron y, ya que hablábamos del aparato reproductor y dada mi necesidad irracional de querer cambiar de tema, aproveché para preguntar a Karen por su hijo. Eso le borró un poco la sonrisa.

Me contó que se llamaba Odel y que vivía en La Habana con su abuela paterna. Los padres de Karen habían fallecido en un fatal accidente y el padre del niño emigró al año de nacer este a Estados Unidos y de momento no veía la manera de volver a Cuba sin tener problemas. Gracias a un conocido, Karen recibió trabajo en España hacía tres años y tenía pensado regresar a La Habana en diciembre para poder ir con su hijo a Estados Unidos, pero antes tenía que conseguir dinero y un visado. La relación entre ella y el padre de su hijo había sido complicada y quedado en el aire, aunque si lograban asentarse juntos no descartaba retomarla.

Le dije que me parecía muy triste y una historia de película. Ella contestó que por desgracia era la historia de miles de cubanos. Luego Esmeralda dijo que sus dramas al lado de eso no tenían ninguna importancia, porque, básicamente se resumían en que las medias de compresión que se ponía para las varices eran una jodida tortura abrasiva y se las iba a quitar allí mismo. Enseguida Karen sacó una botella de ron (como no) e improvisó una canción de *streaptease* y yo aplaudí, mientras Esmeralda se quitaba ropa torpemente, liberándose del horror ortopédico que aprisionaba sus piernas. Recuerdo que mientras nos carcajeábamos porque se cayó al suelo, pensé que había tenido mucha suerte de que me tocaran como compañeras.

Los ensayos de los días siguientes fueron regulares. Los momentos de tensión entre Yon y yo aparecían irremediablemente y algunas veces eran más obvios que otros. Él se me quedaba mirando, con la mandíbula apretada y gesto de ternura. Yo le sonreía amable e intentaba normalizar la situación, siguiendo con el ensayo. Normalizar. Eso es lo que suelo hacer cuando quiero huir de un chico que no me conviene. Lo había hecho con Alberto y con Yon iba a hacer lo mismo.

Solicité un par de veces la sala multiusos solo para mí con el pretexto de poder ensayar con libertad ante el espejo, pero no acababa de sentirme cómoda con el personaje. O tal vez es que no estaba Yon y ya me había acostumbrado a él y a sus correcciones. O tal vez es que solo lo hacía para huir de la calentura que sentía junto a él cada vez que ensayábamos y que me hacía querer gritar de rabia, para llegar por las noches y tocarme entre las sábanas pensando en él, con la misma rabia.

Para distraerme empecé a ir al lago al amanecer. Paseaba o

cogía una piragua, y hacía algunas fotos mientras recorría la zona. Me hizo gracia el cartel de «Cuidado, avistamiento de lobos. No subir sin uno de nuestros guardias» cuando quise ir al mirador. Me di la vuelta, no fuera a ser.

El último miércoles de julio llegó el ensayo ante Miren y no lo teníamos dominado, como era de esperar. Miren empezó a resoplar y a rascar sus rodillas llenas de erupciones del estrés y por último nos lanzó miradas de consternación, poniendo los brazos en jarras. Dijo que teníamos una mierda de propiocepción, que es básicamente tener conciencia de la posición y colocación de tu cuerpo cuando no lo estás viendo.

—Es una obra en la que no hay texto. Todo lo decís a través de gestos y movimiento, joder —gruñó. Luego torció sus labios elucubrando algo—. Os dejo la cámara nueva. Pero una cosa os advierto: ni se os ocurra sacarla de la sala porque esta vez no habrá castigo alternativo y podéis despediros de vuestro sueldo.

Por último corrigió a Yon algunas cosas y, como no, le miró el culo. Enseguida me giré de espaldas y me concentré en trabajar mi parte sin querer ahondar en nada que centrifugase mis instintos. Aquello empezaba a rozar un terreno dolor-rabia-deseo que me hacía perder el control por completo y eso me agobiaba.

Antes de marcharse Miren nos había dejado muy clarito que teníamos que trabajar la intensidad en los movimientos del rostro. Pero a ver cómo trabajaba yo la pasión en mi cara si de lo único que tenía ganas era de llorar ante el tacto de Yon. En una de las escenas, en la que Juana y Felipe inician su idilio amoroso y teníamos que abrazarnos, me estaba muriendo por dentro. Yon tenía que oler mi cuello y yo lo apretaba contra mí para después tumbarme con él encima, de forma más que coreografiada. Debíamos mantener la mirada y las caricias sin perder el contacto visual. Pero Yon se inclinó hacia mí y me acarició los labios con su pulgar, mirándolos de una manera que poco tenía que ver con interpretar.

—Aura… —susurró.

—No, por favor… —le pedí en un hilo de voz.

—Déjame besarte.

—Ya nos hemos besado.

—Actuando.

—No puedo… —exhalé.

—No hagas esto… Me estás matando.

Tragué temblorosa, allí tumbada, sintiendo su peso sobre mi cuerpo.

—No… Me estás matando tú a mí…

—Yo quiero disfrutar de esto. Nos gustamos. Hay química… Nunca en toda mi vida me he sentido más preparado que ahora para

enamorarme… ¿Por qué no quieres disfrutarlo?

¿Había dicho enamorarse?

—Porque te marchas —dije descorazonada.

—No puedo hacer nada con eso —contestó ceñudo—. Tengo parte de una matrícula pagada, es lo que he querido hacer siempre. Mis padres y yo nos mudamos y vamos a vivir allí. Llevamos años deseando hacer esto.

Se me retorció el intestino. El plan también incluía a sus padres, era definitivo…

Perdí mi mirada en el vacío, rota por dentro.

—Debiste decírmelo… —le repetí impotente.

—Te lo dije cuando debió ser, Aura. Cuando empezamos a conectar de verdad, surgió así.

Devolví mi vista a sus ojos, paralizada.

—Pero ahora estamos sentenciados.

—Todo está sentenciado. Todos los inicios tienen un final. Y no es triste. Es la vida. La duración del viaje es la diferencia.

—No estaba preparada.

—¿No estás preparada para vivir?

En algún lugar que no recuerdo leí una vez que no solo existe el miedo a morir, sino también a vivir. Yon parecía tener todos esos conceptos más que claros.

—No lo sé —le dije.

Nos sostuvimos la mirada y me pareció que Yon trataba de sonreír, pero no llegó a hacerlo. No se le daba bien exteriorizar emociones y menos si no las sentía. Por primera vez interrumpimos el ensayo por perder totalmente la concentración.

Mientras recogíamos las cosas y salíamos cada uno en una dirección, traté de identificar las emociones que me impedían seguir con aquello sabiendo que en septiembre todo acabaría. «Dolor» tenía el número uno del pódium. Luego sin duda le seguían «asfixia» y «sufrimiento». Y lo peor de todo es que en esos días sin él había comprobado que, si no lo intentaba, sentía exactamente lo mismo. Aura Peña García bate el récord mundial de paralización ante un amor de verano. Todo pintaba perfecto, sí.

En la actuación de esa noche mi agobio era ya de dimensiones faraónicas. Y a eso había que sumarle el impresionante revuelo que se montó tras la actuación: resulta que Santiago Noriega, el dueño del complejo, quería felicitarnos.

Acabábamos de bajar del escenario y al verlo todos nos removimos inquietos y algunos empezaron a cuchichear. Yo intenté mantener la compostura y simplemente sonreí y agradecí, que es lo que hago cuando no me salen las palabras. Pero el alboroto fue aún mayor cuando su hija, Vega Noriega, apareció sonriente y se acercó

mirando a todo el elenco. En su pelo llevaba hechos dos moñitos chulísimos e iba vestida en un estilo japonés de alta costura. Nos dio dos besos a Yon y a mí y nos preguntó cómo estábamos.

Yon estaba literalmente flipando y se le notaba. Porque esa chica era preciosa, con su pelo oscuro, sus labios carnosos y su cuerpo de curvas, imponía que te cagas, su perfume olía a cosas dulces y viciosas, y además entendía sobremanera de cómics y manga.

¿Había dicho que mi agobio era cada vez mayor? No sé cómo salió el tema de que él dibujaba. Qué va, sí lo sé. Vega dijo que existían mangas de las obras de William Shakespeare y él le comentó que ya se los había leído. Y entonces ella lo invitó a tomar algo. ¡Vega Noriega a Yon López! ¿Y qué le dijo él?:

—Bueno, aún tengo que cenar y no sé si… —Me miró, colando las manos en sus bolsillos—. Vamos a cenar, ¿no?

Últimamente cenábamos con compañeros o cada uno en su bungaló, como estábamos en ese punto de tensión… así que no supe si Yon me lo preguntaba para irnos los dos o para ir con los demás, y me aturullé más. Abrí la boca para hablar y la cerré. La volví a abrir y entonces Santiago Noriega y Miren se incluyeron en la conversación, y me quedé con la boca como un pez.

—Ese tomar algo incluye cena, por supuesto —nos aclaró Vega después, que me incluyó en el plan por ser prota de la obra, supuse—. Vamos a comer una réplica exacta de la famosa pizza Louis XIII de Renato Viola. Con champán, claro. Del mundo manga se habla mejor con el estómago lleno.

Se me revolvieron las tripas. Me entró tal angustia que…

—Yo es que ya he quedado con mi compañera de bungaló —mentí y Yon lo supo—. Me está esperando con cosas más normalitas para cenar, pero que sacian el hambre igualmente.

Sonreí amable y me di la vuelta. Las llamaradas de celos que sentí no me permitieron hacer otra cosa.

38

Era la una de la mañana cuando llegué a mi bungaló y fui directa al congelador a agarrar un minihelado de pistacho y chocolate. Rompí el papel ansiosa y lo tiré por ahí, colándome el helado entero en la boca. Me quise morir cuando me dio dolor de cabeza por el frío. Tuve que sacarlo y morderlo a trozos como caníbal enloquecido yendo a mi cuarto. Estaba mal. Muy mal. No me va lo de pedir consejo, pero no podía más. Agarré el teléfono y escribí a Sara nuestro símbolo exclusivo de emergencia emocional, el corazón vendado. Me llamó al segundo.

Todavía no habíamos hablado de mi respuesta a su *¿Quién quiere ser incendiario?,* ya que en nuestra última llamada solo me contó del tío que se había tirado. Pero enseguida supo que era por «el que me ponía mirando a la hierba», o sea Yon. Y le conté todo. Desde el principio de los tiempos en el instituto, incluyendo que había estado equivocada toda la vida debido a la mentira de mi hermana y que Yon no era el tío a odiar a muerte, sino Sergio Trigo. Sara es poco impresionable y de mente más que abierta. De modo que, después de quedarse callada durante largo tiempo y respirar como si fuese un animal salvaje, solo me dijo: me parece bien. Añadí que Yon había dejado caer la posibilidad de enamorarnos y que iba a marcharse a Japón y no volvería.

—¿Y?

—Que eso es una maldita bandera roja como una casa, ¡Sara!

—Eso no es una bandera roja, perdona que te diga.

—¿Cómo que no?

—Una bandera roja es cuando… como cuando… cuando… Ostras, espera. —Se echó a reír.

—¿Y ahora qué pasa?

—Que me haces gracia.

—¿Que te diga que tengo una pelota del tamaño de un planeta en mis tripas te hace gracia? —rebufé.

—Es que acabo de darme cuenta de que nunca has aceptado una bandera roja, zorrupia. Eso está bien.

—Mi hermana me enseñó pronto.

—Aunque este no es el caso. Yon López era un mierda, que diga el Sergio este, Yon no. Es que me lo acabas de contar y aún no he asumido que no es el hijo de puta y ahora te mola.

—¿Que Yon no es el caso? —repetí frunciendo el ceño.

—Eso he dicho.

—Anuncia daño… —musité.

—Anuncia vida y amor. Puede que duela al final, pero como cuando se acaba el mejor viaje de tu vida. Por lo que me has contado él no busca hacerte daño, ni controlarte…, ni tener poder sobre ti, Aura.

—Pero luego se irá.

—Pues vete con él.

—¡¿Qué?! —Negué descolocada—. Yo no puedo irme. No puedo dejar a mi hermana aquí, ni a mi sobrino. Ni Madrid. Amo Madrid. Y Débora acaba de ofrecerme oportunidades increíbles. Quiero vivir allí.

—Y él en Japón.

Me quedé meditando unos segundos. ¿Podría irme?

—No puedo, Sara… no puedo.

—Pues no pasa nada —dijo con calidez—. Las cosas pasan, los momentos pasan, ya está. Puedes quedarte quieta y dejar que el tiempo haga su función. El verano pasará y volverás a tu vida. No eres de dar vueltas a nada y este no va a ser el caso espacial…

—Especial. Pero es que…

—Qué pasa, qué me ocultas —dijo con pericia.

—Me he puesto celosa como una leona —escupí—. Celosísima. Resulta que ahora mismo está cenando con Vega Noriega.

—Ahh, ¡me encanta esa diosa! Tiene un estilo tan increíble y único que no tiene rival. ¿Y ese culo? Me vuelve loca.

—No me ayudas…

Sara carraspeó, disculpándose, y seguí.

—Nunca me he puesto celosa con nadie. No me reconozco y estoy avergonzada por sentir esa inseguridad.

—Te estás enamorando. —Rio.

—Pues no quiero.

—Sí quieres. Te conozco, siempre has querido eso. A una persona buena que te moviese los cimientos. Siempre has dicho que toda la gente que es un poco hija de puta crea esos tambaleos emocionales y la gente cae rendida a sus pies, pero tú no querías eso, y que las buenas personas no te ponían lo suficiente.

—¿Yo he dicho eso? —pregunté con la boquita pequeña.

—¿No has pensado que el verano tenía un fin? ¿Que Yon volvería, como mínimo, a su casa?

—Pero no sería lo mismo, Sara, hubiésemos podido vernos, quedar, no sé… Asia es otra cultura radicalmente distinta. ¡Es otro mundo! Que además odio a ratos. Con esos gatos horripilantes que mueven una mano y esa obsesión por el arroz y la piel blanca… Que no, que no.

—Querías enamorarte —se reafirmó—. De no ser así no hubieses

seguido con eso, estoy segura. Viste el momento de echarte atrás y quisiste seguir. Lo sabes.

—Mierda —reconocí.

—Mierdarruta. —Me reí, vaya tía—. Aura…

—Mmm —emití temerosa por su tono bajo.

—Voy a colgar ya porque tengo a dos personas esperando para vernos a las cinco en metro Callao y son las seis —explicó con sorna—. Pero antes quiero decirte una cosa.

—Lo que quieras.

—No siempre hay que buscar explicación y sentido a todo. A veces la vida no lo tiene. Las cosas suceden delante de nuestros ojos y ya está… Lo que quiero decir es que puedes hacer lo que quieras, ¿vale? Nadie va a juzgarte. Pero quiero que tengas en cuenta que puede que esto no vaya de justicia, ni de karma, ni de esas energías que te pueda transmitir un maldito anillo. Ni de la eternidad ni del felices para siempre. Tal vez esto solo vaya del ahora, de compartir un instante con alguien y saber exprimirlo. Solo eso.

—Es muy duro.

—Deja de pensar y darle vueltas. Tú no eres así.

—No…

—¿Y por qué no eres capaz de dejarte llevar?

Me tiré en la cama y colgué con un bufido, mirando al techo. Cada vez me sentía peor. Los celos me carcomían las tripas como gusanos. El solo hecho de pensar que Yon fuese objeto de los infalibles encantos de Vega Noriega hacía que quisiera morirme. Pero luego me imaginaba lanzándome a mi historia con Yon y también. Me di cuenta en ese momento de que eternizar mi parálisis ante lo que sabía que iba a dolerme no iba a servir.

Me abracé a la mullida almohada y quise abandonarme al sueño. Pero me fue imposible. ¿Era una cobarde? ¿Era una maldita cobarde por ser incapaz de poder vivir aquello?

Recordé la imagen de decenas de copas levantadas en el último cumpleaños al que había ido. ¡Por vivir el momento! Dijo alguien. Qué fácil se suelta la frase, y se incrusta en tus tímpanos y se inserta en tu código mental. Y todos sonreímos conformes y liberados. ¿Pero cómo diablos se hacía eso?

Hundí la cara en almohada y supe que me había mentido hasta entonces porque en ese instante me di cuenta. No sabía vivir el presente.

39

El resplandor del amanecer empezó a notarse a las 6:11 horas en mi habitación. Lo supe con exactitud porque miré el móvil y me pregunté si no sería muy descabellado ir al lago. Había estado toda la noche dando vueltas en la cama y sabía que no iba a dormir más. Opté por desayunar algo para hacer un poco de tiempo. Veinte minutos después pisé el sendero, llena de dudas.

No podía creerme que con veintiséis años, en la flor de la vida, sin problemas reales de ningún tipo, con una familia sana, con ganas de hacer mil cosas, de disfrutar de esa experiencia como fin supremo desde el principio… estuviese sufriendo de esa forma. Por ser incapaz de vivir un amor que tenía fecha de caducidad, y provocándome más daño aún por no estar junto a esa persona.

El lago en soledad era tan apacible como ver dormir a un niño. La luz era de un azul cenizo y una ligera niebla quedaba suspendida sobre el agua. Dibujé una sonrisa triste y quise recorrerlo entero. Avancé hasta playa Luna con la idea de coger un kayak. Ya me había puesto pantalón corto y unas zapatillas con intención de mojarlas… Cuando alcancé la zona suspiré aliviada porque no hubiera ni un alma. Era justo lo que necesitaba.

Arrastré el kayak hasta la orilla y puse la pala, que cogí de la caseta de material, cruzada sobre el asiento. Cuando el agua cubría mis rodillas entré con cuidado y tras sentarme me ayudé de la pala, clavándola en el suelo, para avanzar lago adentro. Luego empecé a remar como nos enseñaron en aquella excursión que hice con Sara a la cascada de Maro en Nerja.

Avancé metros y metros sintiendo que la calma de esas horas me envolvía de paz. Cuando estuve casi en el centro dejé de remar y me relajé, permitiendo al agua mecerme. Cerré los ojos y suspiré despacio.

Hubo un espacio de tiempo en el que no pensé, solo quise sentirme en armonía con el lugar y el momento. Luego empecé a pensar sin más…

Me pregunté por el sentido de la vida. ¿Qué diablos hacíamos los seres humanos en el mundo? ¿Para qué servía todo este tinglado que tenía montado la humanidad? ¿Hacia dónde íbamos? ¿Por qué dolía todo tanto y era tan inexplicable? Una lágrima resbaló por mi mejilla y la dejé caer sin abrir los ojos. Amaba a Yon, estaba segura. No tenía ni pajolera idea de cómo había desarrollado tal sentimiento

hasta alcanzar esa dimensión gigantesca pero así era. Y si no quería convertirnos en dos personas infelices no podía cambiar nada. Ni pedirle nada a él. Ni yo someter mi vida. Ya iban dos semanas desde que detuvimos eso, el tiempo continuaba pasando y yo seguía igual… Maldita sea. Apreté mis manos en el mango de la pala con rabia.

De pronto escuché un silbido lejano y abrí los ojos despacio, sintiendo una punzada de decepción al saberme en compañía. Eran trabajadores del complejo colocando sombrillas en la zona de playa Oso. Suspiré barriendo mis ojos por el lago con hastío. La decepción fue aún mayor cuando descubrí a lo lejos que una piragua salía de la zona acantilada, llevada por un chico. Alberto. Lo que me faltaba.

Me giré con suavidad en un par de paladas dándole la espalda, pero no me moví del sitio. Quería apurar el tiempo que tenía para disfrutar del lago. Con tanta gente a todas horas a mi alrededor no había manera de encontrar una burbuja en la que poder aislarme. Poco duró.

Minutos después el sonido del agua me avisó de que Alberto se aproximaba por mi lado izquierdo. Miré de soslayo con pereza al sentir la proa de su kayak rojo asomar muy despacio, deteniéndose. Mi corazón se volvió loco al descubrir que el chico que la dirigía no era Alberto.

—Yon… —dije en un hilo.

—Hola…

Sonreímos con timidez. Esperé a que estabilizara su piragua junto a la mía, controlando mi respiración. Miré sus brazos firmes mientras lo hacía, marcando las suaves formas de sus músculos. Apreté las piernas.

—Creí que no se te daban bien los deportes… —le dije recuperando la compostura, volviendo a sus ojos.

—Prefiero jugarlos en la consola, la verdad. Pero bueno, remar es bastante intuitivo. Lo de girar la pala lo sé porque tuve que documentarme para dibujar a Rotern, uno de mis héroes.

—Muy práctico es eso de ser dibujante.

Nos miramos en silencio, escuchando el piar de los pájaros, mientras las piraguas seguían meciéndose. Suspiré lentamente.

—Esto me da tranquilidad —dije.

—Sí… lo necesitaba.

—¿Has empezado a venir?

Yon asintió, clavándome la mirada.

—Desde hace un par de semanas.

Nuestras piraguas chocaron y sonó el golpe. Sonreímos. La luz era cada vez más clara y evidente. De fondo ya se escuchaba el ajetreo de un nuevo día en el complejo. Agaché mi cabeza.

—¿Y qué tal anoche? —pregunté sin mirarlo.

Yon se quedó callado y supe que quería que lo mirara. Lo hice, tragando. Estaba tan guapo con esa cara de sueño que podía soportarlo a duras penas.

—Anoche estuvo bien… una cena por todo lo alto, con la *otaku* de moda, y hablando de lo que más me gusta en el mundo. —Le sonreí sincera. Porque me encantaba saberlo disfrutar y porque por fin entendía uno de sus términos, *otaku* en japonés es una fanática del anime y manga y lo sabía gracias a una conversación en la agencia—. Pero quería haberlo compartido contigo —añadió en tono bajo.

—Yo no sé hablar de Wonder Woman ni de anime… —Bajé la mirada—. No soy una *otaku* ni lo voy a ser nunca.

—No me importa —susurró—. Me gustas tú, Aura.

Busqué su mirada. Pronunció mi nombre con una devoción que me conmovió por completo. Mis ojos se humedecieron.

—Pero… yo… nosotros… Va a terminar, Yon…

—Claro que va a terminar… Todos hablan de vivir el presente, de disfrutar el ahora y ser felices en el instante por encima de todo. Pero muy pocos logran conseguirlo. Todo tiene su fin, Aura…

—Ya… —Hice un puchero.

—¿Es que acaso quieres dejar tu vida en Madrid, a tu hermana y a tu sobrino, para venir conmigo?

—No… no puedo hacer eso.

—Eso es. Nuestro momento no es después, Aura. Es ahora. Este verano. Es algo que no se aprende porque lo pienses. Tienes que hacerlo sin más, tener la valentía de vivirlo.

No quise seguir hablando. Estaba muy asustada. Aterrorizada. Tal vez porque mi subconsciente ya había decidido lo que quería hacer y el dolor tan grande que eso supondría, aunque yo aún no me había dado cuenta.

Se escuchó un pez saltar a nuestro lado y Yon sonrió, señalando el lugar.

—¿Lo has visto?

—No…

Miré el lugar con una sonrisa y volví a él, a sus ojos tranquilos y brillantes. Yon se mordió el labio mirándome también. Me di cuenta de que su pecho subía y bajaba, frenético. Se hizo un silencio en el que no me atreví a decir nada.

—¿Volvemos?

Nos giramos con movimientos suaves de las palas, sin decir una palabra.

Ninguno miró al otro en el camino de vuelta.

Cuando alcanzamos la orilla Yon se bajó, a un par de metros de mí. Me fijé en que además de la camiseta negra con mangas cortadas y su bañador tipo surfero verde, llevaba puestas las zapatillas con las

que fue a la cueva conmigo. Al igual que había hecho yo. Sonreí notando que mi kayak tocaba tierra, nerviosa y con la garganta seca, sin saber si echar a correr hacia el complejo.

Me bajé y arrastré la embarcación junto a la de Yon en la zona destinada, mientras él caminaba hacia la caseta de materiales a dejar su pala, en silencio absoluto. Fui tras él para dejar la mía, mordiendo mi labio con desazón. Yon abrió la puertecita de madera y dejó la pala dentro, saliendo después. Me tendió la mano para que le diese mi pala. Se la di y nuestros dedos aún húmedos, se rozaron. Un escalofrío me atravesó la piel y mi respiración se volvió abrupta de miedo. Di un pasito atrás y colé mis manos en los bolsillos traseros de mi *short*, dándome cuenta de que me temblaban.

Tras salir Yon encajó la puerta. Me quedé embobada con sus dedos bañados por el resplandor del sol mientras colocaba el candado. Añoraba su tacto fuera del escenario y de los ensayos. Mucho. Pensé en que no volviese a tocarme nunca más por ser Aura y creí que me rompía. Me pareció que Yon enlentecía el proceso de desordenar los números de la combinación y contuve la respiración, extrayendo mis manos de los bolsillos.

Yon soltó el candado con suavidad y me miró de lado, mojándose los labios. Mi boca se entreabrió sola cuando se giró hacia mí. Me miró los labios y tragó. Luego buscó mis ojos y los recorrió durante unos segundos, respirando histéricamente. Una llama prendió en mi estómago. Su mirada oscura y penetrante me perforó hasta el alma. Parpadeó despacio con expresión torturada y cuando creí que iba a inclinarse sobre mí, echó a andar lentamente, dejándome allí.

Jadeaba. Juro que estaba jadeando mientras veía a Yon marcharse sin poder encajar lo que sucedía. Se estaba marchando… de mí. De Aura. ¿No iba a hacer más?

Su cuerpo alto se alejaba hacia el complejo y yo seguía inmóvil, con la electricidad de su presencia flotando a mi alrededor. Con la sangre ardiendo precipitándose por mis venas. Todo mi cuerpo latía de angustia y de deseo. No me podía poner más cachonda su forma de hacer todo despacio y en silencio.

Me moví de un lado otro pateando la arena. Mareé mi pelo con el corazón desbordado. Nuestra oportunidad se iba. Iba a esfumarse como todo en la vida. A convertirse en polvo. En recuerdo. En pasado. En otro tiempo. Yon y Aura iban a quedar encapsulados en la historia. Me detuve y lo miré de nuevo. Su silueta desapareció entre los árboles sin detenerse.

Las tripas se me estrujaron de pavor y mi cerebro intentó sabotearme ante la desesperación. «No lo hagas. No lo hagas», me dijo. Como si estuviese a punto de lanzarme a un precipicio.

Uno de mis pies se movió solo y el otro le siguió. Mi cuerpo

comenzó a andar y luego trotó por inercia. Y sin darme cuenta estaba corriendo a toda velocidad y mis ojos se llenaron de lágrimas. Joder, joder, joder.

—¡Yon! ¡Espera! —grité.

Yon se detuvo en dos pasos y se volvió hacia mí, cuando ya se veía playa Oso al fondo. Me miró con reserva y esperanza. Le sonreí como una gilipollas.

Cuando lo alcancé dio un paso hacia mí, lo agarré del cuello y sin darle tiempo a decir nada, encajé mi boca con la suya. Enseguida la humedad de su lengua invadió la mía y las deslizamos lánguidamente. Una… dos… tres veces… Su saliva y mi saliva. Sus manos cogieron mi cara, haciendo que me derritiera al tacto de sus yemas. Escuché su respiración acelerada y profunda. Olí las notas de su perfume de musgo desprendiéndose de su piel. Gemí y él también. Besaba tan bien… era tan increíble lo que me hacía sentir.

Tras unos minutos Yon me besó cándidamente la boca, luego mis párpados, mi nariz y mis mejillas.

—Aura…

—Dime… —dije atontada.

—¿Me dejas enamorarme de ti?

Las sábanas estaban frías cuando acogieron mi espalda desnuda. La boca de Yon hacía eslabón con la mía y su lengua marcaba un ritmo sinuoso y excitante, mientras inevitables gemidos se escapaban de mi garganta. Sus manos navegaban por mi cuerpo haciéndome estremecer. Estábamos completamente desnudos y Yon acababa de ponerse protección. Me arqueé para facilitarle la penetración con la esperanza de que durásemos unos minutos seguidos sin que se saliese de mí. Porque aunque ya no fuésemos tan paletos sexuales, seguíamos siendo paletos. Sus dedos se incrustaron en mis caderas llevándome contra él repetidas veces, alimentando mi desesperación. Con la derecha colocó su erección en mi entrada y… se hundió hasta el fondo, resbalando por mi humedad mientras me miraba enigmáticamente. Eché mi cabeza atrás y un escalofrío serpenteó en mi vientre.

—Te siento en todas partes…

—Qué me has hecho… —jadeé en un hilo.

Me retorcí. Seguimos moviéndonos, mirando cada centímetro del rostro del otro. Los poros, las imperfecciones, los lunares. De pronto sonreímos sin decir nada porque estábamos aguantando sin cagarla. Hasta me pareció que empezábamos a coordinarnos. Rodeé su cuerpo con mis piernas y Yon lanzó un gemido ronco, sin detenerse. Toqué su cara notando su cálida respiración sobre mis labios.

—No quiero que perdamos más tiempo —me dijo.

—Ni yo…

—Prométeme que vamos a disfrutar cada instante.

—Te lo prometo.

—Te quiero…

—Y yo a ti…

Temblamos como dos críos y el silencio se apoderó de nuestro lenguaje. Las paredes de su cuarto parecían contener la respiración mientras todo lo que habitaba a nuestro alrededor desaparecía. Nos mecimos y el ritmo aumentó de forma estrepitosa hasta hacernos sudar, convirtiéndome en presa de sus empujes. Deliciosos, certeros, raros, a destiempo, secos, intensos, creando una inevitable ráfaga de calor en todo mi cuerpo. Una y otra vez hasta… estallar.

Cuando terminamos nos tendimos en la cama exhaustos y me abracé a él, que me envolvió entre sus brazos. Cerré los ojos y pensé que no había nada en el mundo que deseara más que vivir ese presente. Con él. Pero para experimentar ese amor debía renunciar al control y aceptar la realidad, sin temor al dolor que vendría. Y decidí en ese mismo segundo que iba a hacerlo.

Y entonces empiezo a practicar algo que jamás he hecho antes: vivir el ahora.

40

A tres días del estreno de *Juana la Loca* en el Hotel Nevada Miren por fin nos da el visto bueno a Yon y a mí. Gracias a los ensayos con la nueva cámara que nos cedió la semana pasada, y a nuestra tensión resuelta, todo sea dicho. Me siento tan fuera de la Aura que conozco que me surgen mil miedos y dudas; aprendiendo a vivir el presente y enamorada por primera vez, y del único chico del que jamás creí que lo haría. Ay, Dios.

Las actuaciones de *Romeo y Julieta* van saliendo cada vez mejor y Yon dice que eso es lo que él llama «fenómeno médium», porque tienes tan automatizado y moldeado al personaje que tu cuerpo y voz están a su uso y disfrute.

Estos nueve días Yon y yo hemos estado tan pegados que me asusta la idea de lo que me sucederá emocionalmente cuando se marche. Pero no quiero volver a pensar en eso. El cosquilleo de felicidad que recorre mi barriga como un gusano de seda todo el rato me dice que he hecho lo correcto.

El martes fuimos a las cuadras y no sé cómo acabamos revolcados en el pajar, qué vergüenza cuando llegó Mauricio y nos llamó la atención. Yon no sabía dónde mirar mientras se recolocaba la ropa, muy pálido, porque a veces se pone blanco como la cal, al estilo vampiro. Y así estamos, besos por aquí, besos por acá, sexo torpe por allá… Me derrito con sus besos y su olor a caramelo y musgo. Me derrito con su timidez y con su forma de mirarme, con absoluta devoción. Casi me deja sin respiración cuando clava sus ojos oscuros en los míos y parpadea lento… y mira mi cuello en silencio, haciéndome jadear con eso. Luego siempre sonríe de manera discreta y deja que yo tome la iniciativa y acaricie su cuerpo, mientras su deseo se enciende como la luz del alba.

He aprovechado estos días para hablar largo y tendido con mi hermana de todo lo que me está pasando con Yon. Ella me dice que se alegra mucho, aunque no le cuento que tiene un fin que ambos conocemos, porque eso alimentaría mi malestar y no me permitiría disfrutar del presente. También he hablado con mi niño Noel y le he dicho lo mucho que lo echo de menos, ya es un mes medio sin verlo y lo noto.

Este tiempo hemos intentado dormir siempre en el bungaló de Yon, ya que en el mío hay más movimiento y están Teo y Capo como extra, uno ensayando trucos imposibles de magia y el otro en

gayumbos horteras zampando comida grasienta. De modo que como el tercer compañero de Yon, del que aún no he hablado porque prácticamente no lo he visto debido a que es uno de los vigilantes del parking y hace turnos larguísimos y a deshoras, nunca está, nos hemos afincado aquí.

Esta mañana de viernes hemos madrugado como dos desgraciados y ahora estamos en el ensayo general de *Juana la Loca*, en el edificio de espectáculos junto al Hotel Nevada, por lo que no hemos visto el interior del mismo, aunque la fachada tiene pinta de haber sido idea de algún trasnochado con mucho dinero.

Cinco horas de ensayo para una obra que dura cuarenta y cinco minutos. «Más que nada para que veáis las dimensiones del espacio y el mobiliario con el que vais a trabajar», nos explica una mujerona con un montón de sombra azul en los ojos. Luego dice que tenemos hasta las doce para practicar y se marcha.

—Un estilo muy extraño de trabajar veo yo aquí —murmuro a Yon con guasa.

Él se pone el dedo en la boca para mandarme a callar, riéndose, pero también lo piensa. Me lo confiesa en su coche de camino al complejo de nuevo.

—Nunca me había pasado que un ensayo general no fuera controlado por nadie … —dice—. Se han fiado del vídeo que les ha mandado Miren.

—Por lo visto…

—Yo no digo nada.

—Yo tampoco.

En su bungaló jugamos a la consola y vemos dos capítulos de *Attack on Titan*, una serie que me ha obligado a ver en Crunchyroll (una aplicación de anime de la que no tenía ni pajolera idea) y que ve por segunda vez mientras me explica por quién está ilustrada y todas esas cosas. Ha estado entretenida, aunque demasiado *gore* para mí.

A las tres y media Miren nos pilla saliendo de las cocinas y nos dice que este domingo se acercará a ver el primer pase del estreno de *Juana la Loca*, también añade que como el lunes lo tenemos libre, podemos hacer noche allí.

—¿En el Hotel Nevada? —Abro mis ojos.

—Claro. Ya os lo dijo Gregorio y lo que promete va a misa. Ha sido muy insistente con vosotros, habéis hecho feliz a su hija. Pero no le falléis en la actuación o sabréis lo que es que el público os mire como a auténtica basura —dice muy seria.

—¿Te imaginas que nos tiran tomates? —me pregunta Yon risueño, cuando vamos de vuelta a su bungaló.

Me echo a reír mirando al cielo, pero luego me apetece preguntarle.

—¿Qué harías?

—¿Si nos tiran tomates? —Arquea una ceja.

—Sí.

—Ostras… pues no sé. —Acaricia su barbilla, pensativo—. Supongo que comérmelos.

Los dos rompemos en carcajadas.

Nos pasamos todo el camino riéndonos y cuando entramos en su bungaló empezamos a hacer el tonto fingiendo que uno tira tomates al otro. Después pasamos a la isleta y sacamos la comida de las bolsas con miraditas. En una de esas miradas Yon alarga el momento y dibuja una expresión de dulzura.

—¿Eres feliz? —me pregunta.

—Sí —respondo sin pensarlo.

Lo agarro del cuello de su camiseta y lo beso con candidez.

—¿Y tú? —Rozo mi nariz con la suya.

—Nunca lo he estado más.

Acaricia mi pelo y cojo su cara entre mis manos. En el aire flota una intimidad mayor que nunca antes, que nos envuelve y nos arropa. Yon vuelve a besarme. La boca, las mejillas, el cuello, las manos. Tan despacio que gimo, no puedo desearlo más. Siento un ardor dentro de mí que no se apaga. Jamás había sentido nada parecido. Nos besamos de nuevo y cuando nos separamos Yon abre los ojos.

—Te quiero —me susurra por segunda vez.

Le sonrío aún sorprendida porque esto esté pasando y el nudo que se me forma en la garganta es tan gigantesco que me impide contestarle. Haciendo un puchero extraño me señalo la boca y él me besa como si no existiese nada más en el mundo, y me regala esas emociones tan intensas y bonitas y siento que lo estoy haciendo bien. Que estoy viviendo el ahora y lo disfruto, abriéndome a ello.

Tras separamos nos disponemos a preparar la comida moviéndonos como a cámara lenta, regalándonos besos suaves y caricias todo el rato. Yon me mira de esa forma suya misteriosa y la sensación que me invade es la de estar a metros del suelo. Y lo mejor es que me sucede sin necesidad de tener sexo. Me siento gigante y afortunada.

Después de comer nos tumbamos en su cama en ropa interior, con las piernas enredadas y regalándonos mimos. Entre nosotros continúa esa estela de intensidad que me abruma y me lleva a un espacio íntimo, cercano a un hogar. Hablamos de un montón de cosas que surgen en cadena y de pronto, mientras él está boca arriba y yo acaricio su estómago recreándome en el tacto de su piel, Yon empieza a hablar de él.

—Llegar a Bilgo fue muy duro para mí. A mis ojos de niño de once años todo era muy abrumador allí. Nunca he sido una persona

muy social y en Santa Mónica no tenía muchos amigos, solo dos, Mike y Kate, y eran los mejores amigos del mundo. Íbamos en bici a todas partes, hacíamos quedadas para hablar de cómics y éramos miembros de El club del puño verde, donde inventábamos poderes mientras jugábamos a la consola y cuyo presidente era yo. Lloré mucho cuando mis padres me dieron la noticia de que teníamos que mudarnos a España, debido al trabajo de mi padre. Trabaja para una empresa de construcción de presas y embalses… Buscaban expansión internacional y según un estudio Bilgo era el lugar idóneo. —Yon se remueve, separando sus piernas de las mías. Puedo sentir todo lo que esto le duele. Acaricio su costado con suavidad y apoyo mi cabeza en su pecho con un suspiro. Él continúa hablando—. Recuerdo que en mi primera semana de instituto tuve que presentar un trabajo en Mates hablando de la parábola, todos se rieron de mí porque me había basado en los saltos de Super Mario Bros. Al salir del instituto me rodearon en la puerta y me lo rompieron delante de mi cara. Yo no supe hacer nada, me quedé paralizado sin entender qué había hecho yo a esos desconocidos, entonces alguien me golpeó en la espalda y caí al suelo. El profesor de Mates tuvo que intervenir… —Su voz se corta y noto que tiembla. Levanto mi cara para mirarlo, incapaz de tragar—. Tuvo que intervenir, Aura. No supe defenderme…

Mis ojos se humedecen al ver su expresión impotente y pongo mi palma en su cara.

—Eso ya pasó… —musito—. Ya pasó…

Yon asiente despacio, con sus ojos empañados hundidos en los míos. Un silencio abrumador nos domina. Siento tal compasión y pena por él que creo que me muero. Y lo peor de todo es que me da la impresión de que aún hay más… pero no puedo presionarlo, mi amor por él no me permite crear una situación que pudiese hacerle daño. Pego mi frente a la suya y lo beso. Lento. Es un beso de amor puro. Sus brazos me envuelven y me aprietan contra él.

—Eres lo mejor que me ha pasado —me susurra sobre los labios.

Lo beso más. Mi lengua se arrastra en la suya como el mar en la arena de una playa. Suave y constante. Un murmullo espumoso recorre nuestras bocas en forma de saliva y me hace humedecer. El roce de su cuerpo contra el mío es tan desesperado que siento como si mi piel estuviese en carne viva. Su sexo conecta con el mío y casi no lo soporto. Me balanceo y él también, presionándonos con desesperación.

Yon se estira sobre mí y abre el cajón de su mesilla para coger un condón. Lo abre y se lo pone de lado con torpeza mientras me besa. Sin decirme nada sus dedos mueven mi braguita y entra en mí. Un escalofrío me sacude y me hace estremecer. Su grosor me dilata con facilidad y araño su cuero cabelludo, mirando sus ojos. Muevo mis

caderas y mi humedad lo acoge de manera deliciosa. Yon se muerde el labio inferior, excitado.

—No pares —le pido.

Él traga y se concentra en imprimir un movimiento constante, que pasa a ser potente poco después. Tal vez es la rabia de lo que pudo cambiar en su pasado y no supo. Mi boca dibuja un sendero por su cuello intentando calmar al niño que fue, mientras aspiro su piel y me impregno de su olor y sensualidad. Nos giramos, envolviéndonos con los brazos como idos, como si fuésemos a morir mañana. Mis jadeos empiezan a ser entrecortados y siento que una ola de calor azota mis entrañas. Yon cuela su mano entre nosotros y no puedo evitar dejarme ir entre sus dedos crispados ejerciendo la presión adecuada. Me dejo caer desmadejada en el colchón, sin fuerzas. Pero seguimos moviéndonos, girando abrazados. Minutos después Yon explota conteniendo gemidos guturales y roncos en su garganta, en silencio, como hace siempre. Empuja varias veces más y se descarga hasta que sus jadeos se disuelven en el éter.

Pasamos la noche abrazados. Entre nosotros ondea la sensación de que nos pertenecemos y es mutua, una de esas verdades abstractas innegables, como el viento. Los párpados me pesan y caigo en un sueño profundo mientras me pregunto si llegaré a conocer de verdad a Yon antes de que nuestros caminos se separen.

La actuación de esa noche sale increíble, aunque se suspende en el cuarto acto porque empieza a llover. Tenemos que salir del escenario a la velocidad de la luz para que los técnicos puedan proteger todo y no haya consecuencias peores.

Después de cenar Yon y yo decidimos ensayar *Juana la Loca* y cada uno duerme en su cuarto para poder llamar a familiares, él hablar con Paloma, y yo también aprovecho para depilarme y esas cosas.

El sábado por la mañana quedamos para dar un paseo. El día ha salido nublado y hay una exhibición de hípica que va a mantener a la mayoría de los ricos entretenidos toda la mañana, por lo que tenemos la esperanza de que la zona de los merenderos esté sola y podamos merodear por ahí. Yo me he adelantado y me he sentado en un rinconcito junto a los chiringuitos de playa Oso a esperar a Yon, mientras siento la arena en mis pies y miro a metros de distancia cómo Alberto da su clase de piragüismo, bueno, eso último más bien ha sido una consecuencia. Sigue siendo el tío más guapo del complejo y no necesito ver a todos los tíos del complejo, no sé si me explico. Qué pena que su interior esté hecho de corteza de árbol.

Tras unos minutos me calzo las chanclas y reparo en la escasa asistencia de los huéspedes a la playa, mientras escucho relajada la

música *chill out* del chiringuito. Me mantengo así hasta que siento el movimiento de alguien a mi lado. Me pongo de pie pasando mis palmas por mi falda vaquera y sonrío. Yon lleva una camiseta verde donde pone «I'm not a nerd. I'm not a geek. I'm a friki».

—¿Pero qué… demonios? —Me echo a reír señalando el texto.

—¿Quieres abrir otro debate? —Levanta una ceja.

—¿No es todo eso lo mismo?

Yon hace el gesto de que le hubiese apuñalado en el abdomen. Me rio.

—Venga, dispara —le pido—. Pero resúmelo.

—A ver… —Hace una mueca de pensar con aire emocionado—. Un *geek* es un entendido de las tecnologías y la informática, una élite, también amante de cómics y videojuegos. Un *nerd* es el empollón, con alto coeficiente intelectual y más enfocado en juegos de estrategia como ajedrez y cosas así, suele costarle más socializarse. Y un *friki* es un subgrupo de ambos, un aficionado, pero elevado a la máxima potencia.

—Pues lo que yo había dicho. Todo lo mismo. Antisociales y marginados de gustos estrafalarios.

—Si fuese lo mismo no existirían diferentes conceptos. —Yon me mira con suficiencia.

—Vale, vale, tranquilo. No me pegues. Tú eres oficialmente un friki, ya está.

Echamos a andar hacia los merenderos. Yon coge mi mano atrapando mis dedos poco a poco, con extrema ternura. Se me caen las bragas, de verdad.

—Ahora cuéntame algo tú —me pide.

—¿Y de pequeño tenías un dragón morado? —sigo.

—He dicho que me cuentes tú…

—¿Que se llamaba Donatello?

—Madre mía…

Se vuelve hacia mí sujetando mi cara y me besa, callándome. Mis ojos se cierran solos y mi corazón late sin piedad. Cuando logro separarme le pregunto qué quiere saber de mí.

—Cualquier cosa. Cosas raras. Cosas de tu día a día. Un secreto. Lo peor que has hecho nunca. Tu primer beso. Tu insecto favorito.

—Eso son un montón de cosas…

—Pues quiero saberlas todas.

—¿Mi insecto favorito? —Frunzo el ceño.

—Sí.

—¿Y cuál es el tuyo?

—¿Ya estás otra vez dándole la vuelta?

Nos miramos un segundo, conteniendo una sonrisa.

—Es que nunca lo había pensado —le digo—. Odio los insectos

en general. Como casi todo el mundo.

—Pues por eso.

Curvo mis labios cuando entiendo el sentido de su pregunta; quiere que saque la parte positiva de todo.

—La libélula —escupo sin más.

—¿Qué color?

Lo miro de reojo.

—El color es importante —me dice serio.

—Roja —respondo.

Yon ensancha su sonrisa.

—Me gustan las libélulas rojas.

—¿Y el tuyo?

—El escarabajo. Verde brillante.

—¿Por qué?

—No lo sé. De pequeño estaba obsesionado con ellos y en todos los cómics que dibujo aparece alguno por alguna parte…

Ascendemos el sendero sin soltarnos la mano. Me quedo embobada con el movimiento lento de las nubes grises en el cielo.

—¿Y qué más? —escucho.

—¿Qué más?

—De ti.

Vuelvo a sonreír como una tonta.

—Puedo contarte un secreto: aún tengo mis dientes de leche guardados en una de esas cajas en las que una bailarina da vueltas, pintados de acuarela rosa. Pero como supongo que te refieres a un secreto turbio y oscuro y eso es más bien una curiosidad, te diré que una vez encontré a la profe de inglés dándole al amor con su marido en la biblioteca del insti y nunca se lo dije a nadie. Me traumatizó tanto que preferí olvidarlo. Aunque ahora sé que podría haber montado un gran escándalo.

—Vaya. Pues sí…

—Qué más, a ver…, mi día a día básicamente es rogar trabajo a mi jefa Débora en la agencia y pasar tiempo con mi sobrinito, ya sabes. Ah, y a veces hago gorros de lana y velas de soja con mi hermana. Mi primer beso fue con Marco Pino, no sé si lo recuerdas…

—¿El que siempre llevaba una gorra puesta?

—Tenía un montón de gorras, sí. —Me rio—. Nos besamos bajo una farola plagada de mosquitos y que además parpadeaba sin ton ni son, una noche de verano, en la estación de tren abandonada de Bilgo.

—Sí, la recuerdo.

—Aunque recordarás más el cementerio… —le digo.

—Tenía menos contaminación lumínica.

—Y más cadáveres.

—Los cadáveres no hacen nada. Solo son materia putrefacta, sin

alma. ¿Por qué a todo el mundo le dan tanto miedo los cementerios?

—¿Lo dices en serio?

Por la forma en la que me mira sé que sí, que lo dice totalmente en serio. Y no solo me quedo perpleja yo, el par de chicos que acabamos de cruzarnos bajando el sendero también se le han quedado mirando.

—Dan miedo porque hay muchas cosas siniestras que rodean a los cementerios, Yon… —Volteo los ojos—. Leyendas urbanas. Espíritus sobrevolando tumbas, guijas, fantasmas, almas encerradas en dimensiones alternativas…

—¿Y si crees en la ciencia y no en esas cosas? —me rebate.

—Pues supongo que es por la energía tan lúgubre que transmiten. La muerte está omnipresente. La posibilidad de que alguien estuviese vivo cuando lo enterraron y arañara el ataúd…

—Vale. Te lo compro.

—¿Crees que existe algo más allá? —le pregunto curiosa, mientras nos sentamos de frente en uno de los bancos del merendero, que está completamente vacío.

—¿En plan un Dios o algo así? A ver… hay cosas que no pueden explicarse con la ciencia. —Se encoge de hombros—. Aunque sí la mayoría.

—Piensas como un auténtico científico. La teoría del Big Bang y todo eso, claro.

—Por supuesto. Aunque Stephen Hawking aportó nuevos datos sobre esto.

Nos miramos de soslayo, retándonos en mitad de un silencio, luego nos reímos.

—No me mires así, que no vamos a entrar en materia, Julieta. —Me rodea con sus brazos inclinándose hacia mi cara hasta casi besarme—. Además, tampoco soy un experto, solo tengo nociones básicas que respaldan mi elección sobre la creación del universo. Nada más.

—Vale, Romeo. —Acaricio su pelo—. Porque el tema del frikismo me suscita mucha curiosidad y me parece increíblemente atractiva tu pasión por las «cosas». Pero lo de entrar en teorías científicas… prefiero ahogarme en el lago y ser devorada por los peces.

—Lo sé. —Sonríe de lado—. ¿Y tú, crees en una figura superior?

—Sí. En Vecna.

—No jodas. —Yon abre los ojos como platos y lanzo una carcajada.

—¿Creías que no veía *Stranger Things?*

—Bueno, en realidad Vecna no es un personaje de la serie, es de un juego de rol que…

—No sigas —lo detengo espantada.

Nos echamos a reír y lo beso. Después respondo de verdad a su pregunta.

—Creo en algo superior como energía que mueve el universo. Y también creo en algo interior como energía que mueve mi universo. —Rodeo su cuello con mis manos y remuevo mis yemas en su nuca—. Me refiero a que, en mi opinión, existe una energía universal y otra individual.

—Muy interesante… Cuéntame más.

—Por ejemplo, la energía del universo es la que nos hizo encontrarnos en el complejo por casualidad. La energía interna es cómo yo manejo lo que me sucede en mi universo. —Yon me mira intensamente, creo que fascinado—. Soy dueña de la creación de mi energía. Soy muy fan del simbolismo. Tengo anillos que relaciono con estados de ánimo, y aunque parezca una simpleza a mí eso me ayuda a ver las cosas del modo en que quiero verlas. Como a algunas personas les motiva escuchar una canción por la mañana. Mi ropa interior para el estreno de mañana, por ejemplo, será blanca porque quiero estar en equilibrio, y consigo ese estado mental. Y también tengo la piedra que me dio Karen.

—El aqua aura.

—Sí.

—Creo que me ha ayudado en un momento en el que estaba realmente hundida. Por lo que ocurrió contigo, ya sabes… —digo sin querer ahondar en ello.

Yon hunde la cara en mi cuello.

—¿Y qué más?

—¿Qué más de qué? —Encojo mi hombro sintiendo cosquillas con su roce.

—Más de ti…

—Ya te he contado todo.

—¿Y lo peor que has hecho?

De pronto empieza a llover. Yon se separa de mí y se queda esperando mi respuesta, inmóvil, con los ojos clavados en los míos. Miro al cielo y cierro los párpados, dejando que las gotas golpeen mi cara rítmicamente. Noto que Yon se pone de pie y abro los ojos despacio.

—Vamos a bañarnos —me dice.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Se inclina y me besa. Cuela su lengua en mi boca y me pongo de pie con lentitud, sin dejar de besarle. Yon coje mi mano y empezamos a caminar en absoluto silencio. Siento que todo mi cuerpo dispara adrenalina.

Alcanzamos playa de las Rocas diez minutos después. Está desértica, lógico si consideramos que está formada por enormes rocas y que el día está empeorando por momentos. Dejamos las cosas junto al único árbol que hay y nos metemos en el lago sin dudar, mientras las gotas suaves siguen cayendo. No pienso en nada más que en conectar con ese instante.

El agua está fría. Miro a Yon a mi izquierda y caminamos hasta el otro. Nos abrazamos y me subo a él, enredando mis piernas en su delgada cintura. Él hunde su nariz en mi cuello y deja un beso en mi piel mojada. Siento cómo mi sexo palpita mientras sus manos se mueven por mi espalda como una melodía lenta y bonita. La lluvia empieza a apretar. Un repiqueteo incesante lo invade todo de forma ensordecedora. Nuestras bocas se buscan como imanes y empezamos a besarnos. Mi corazón se dispara. En un momento de lucidez me separo.

—¿Nos vamos?

Yon niega en silencio. Me lanzo a su boca desesperada y muevo mi cadera en busca de su inicio de erección…

Hacer el amor bajo la lluvia, dentro de un lago.

La premisa era buena, sí. Queda increíble en las películas. Pero para dos personas nivel iniciación en cuanto al sexo, intento fallido. Porque básicamente el agua lo dificulta todo en los movimientos y por lo más evidente, no tenemos condón y no nos hemos hecho pruebas de ETS en la vida. Si Yon va a la mochila se rompe el momento por completo y además mojado puede romperse. Conclusión: un desastre. Lejos de frustrarnos nos echamos a reír como posesos, mientras las hilazas cristalinas descienden del cielo.

Nos damos el lote todo lo que podemos y más, hasta sentir que la lluvia cesa, y volvemos al complejo.

Los clientes y compañeros que se topan en nuestro camino abren los ojos como platos al vernos empapados por completo, pero Yon y yo solo podemos reír. Y qué guapo está mojado…

41

El domingo salimos a las tres hacia el Hotel Nevada, que está a cuarenta y cinco minutos del complejo dirección León. Nuestra función será doble, con un pase a las seis y otro a las ocho, por lo que a las nueve estaremos libres. Los nubarrones de ayer han desaparecido y durante el viaje me dedico a observar el cielo escuchando la música tenebrosa que Yon tiene en su coche. Dice que esta canción es *The Vampire Masquerade* y le encanta. Va moviendo los deditos en el volante y yo sonrío y me sumerjo un poco más en su mundo oscuro.

Cuando llegamos al hotel aparcamos sin problemas. Después de que me pique una avispa justo al salir del Jeep y de que, ante mis chillos, un chico con bigote muy mono me indique donde está la enfermería para que me echen algo, nos dirigimos a la gigantesca y hortera recepción, donde alguien debe recibirnos. Esto parece un motel de la Ruta 66 pero de dimensiones enormes. ¿Color principal de la decoración? Rojo. No digo más.

A los dos minutos aparece un señor rechoncho tras el mostrador que nos da una llave y nos indica el número de nuestra suite, donde haremos noche gracias a la invitación de Gregorio.

Tal y como entramos en la habitación, suena la puerta y aparece una chica muy amable con una chaqueta negra y una falda blanca que nos tiende «nuestros trajes». Están envueltos en unas fundas negras con las siglas blancas HN. Nos explica que son de alquiler y que debemos cuidarlos como a un hijo.

—Pensé que debíamos ir a la sala de vestuario y cogerlos de allí —le digo.

—¿Qué? No, no, no. No es para vuestra actuación. Son para el Baile de invierno de esta noche. Gregorio ha dicho que también estáis invitados.

¿Un baile de invierno un 7 de agosto con 31 grados?

Asentimos y la chica deja los trajes colgados en el armario y se marcha deseándonos una feliz estancia.

Sacamos el par de bocatas de pollo, calabacín y queso feta que nos han preparado en el complejo y merodeamos por la habitación mientras los comemos, con las maletas aún por abrir y sin hacer ni caso a los trajes. La verdad es que el estilo de este sitio no va nada conmigo. Es tal y como deduje el viernes por su fachada. Objetos vintage intentando aportar un lujo que a mi parecer se queda en casposo. Encima del cabecero de la cama hay luminoso donde pone

«Nuevo Mexico» y en el salón reina un sofá semicircular de *sky* rojo. En el exterior se escucha el alboroto y la canción de *rock* setentero de alguna fiesta, que supongo en la piscina.

—Es un poco apabullante —dice Yon al salir del baño.

—Me va a dar un ataque epiléptico.

—Tú que ibas con tu ropa interior blanca para equilibrar…

Nos reímos dando un muerdo al bocata a la vez y salimos al amplio balcón. Hace un sol increíble. Nos apoyamos en la barandilla blanca y visualizamos al fondo de aquella enorme explanada, detrás de la piscina rectangular llena de gente, el edificio donde vamos a actuar. Está separado del hotel, ya que hay clientes que simplemente vienen a ver las performances y no se hospedan en el Nevada.

—¿Te duele? —Yon me mira el brazo, donde un círculo enrojece mi piel por la dichosa picadura.

—Ya menos… —le digo, buscando su mirada.

—Eres un auténtico imán para los bichos.

—¿Yo?

—El segundo día estabas llena de picaduras de mosquito en tu tobillo izquierdo, ¿recuerdas?

Frunzo el ceño, pensativa.

—Alberto te hizo rápido de enfermero… —sigue diciendo, en un tono que no sé muy bien cómo encajar y posa sus ojos en el horizonte.

—Es verdad… No me acordaba… —mascullo escueta.

—No te acordabas de que babeabas por Alberto mientras te acariciaba el tobillo sobre una piragua con la excusa de ayudarte…

Me quedo paralizada, sin saber qué decir. Me parece que de pronto no habla el Yon que conozco.

—Bueno… no… no me acariciaba.

—Sí lo hacía. Y a ti te molaba… no pasa nada.

Me busca con sus ojos y me sostiene la mirada. No sé por qué me siento tan mal e incómoda, pero me así me siento.

—No pasa nada, de verdad —insiste.

—Te odiaba… —le explico en un murmullo.

—Entre otras cosas.

—¿Cómo?

—También te repelía… un friki como yo… qué mal, ¿no? El antimorbo…

Muerdo tres veces el bocata con ansiedad. Yon mastica el suyo con toda la tranquilidad del mundo, dándose la vuelta y dejando caer su espalda en la baranda. Los ojos se me humedecen y trago con dificultad la bola de pan de mi boca. El tiempo se paraliza.

A los pocos segundos me giro totalmente noqueada y entro dentro de la habitación, sentándome en el único sillón que hay, a terminar de comer.

Rato después entra Yon.

—No quería hacerte sentir mal… —escucho.

Lo miro, pero no digo nada. Yon se moja los labios y suspira delante de mí, recorriéndome despacio con los ojos. Me parece que la tensión se reduce un poco, aunque no estoy muy segura.

—Me ducho yo primero, ¿vale? —le digo.

Voy al dormitorio a coger mi ropa interior limpia y de nuevo blanca. Luego me cuelo en el baño y me desvisto, sintiéndome muy rara. Una vez en la bañera verde cierro la cortina transparente y abro el grifo, situando mi cabeza bajo el chorro. El agua me alivia y suspiro con profundidad, sin querer darle vueltas a lo que acaba de pasar. Que no sé lo que ha sido, pero no quiero tenérselo en cuenta. Soy incapaz de hacerlo.

De pronto la silueta de Yon aparece despacio tras la cortina de plástico y trago. Está sin camiseta y en vaqueros. Me aparto del agua, retirándome el pelo del rostro y Yon aproxima su cara a la cortina con expresión indulgente. Trago y acerco mi cara a la suya al otro lado. El sonido del agua caer se adueña de la estancia mientras mi respiración se acelera. Puedo ver sus ojos y él los míos. Sin poder evitarlo, acercamos nuestras bocas hasta unirlas en un beso a través del plástico. Me parece lo más raro y erótico que he hecho nunca.

Siento la forma y el calor de sus labios al otro lado. Lo escucho gruñir de placer y continuamos con más besos, hasta abrir las bocas a la vez. Lamemos el plástico con languidez y desesperación. Entonces Yon corre la cortina despacio y siento que me deshago cuando nuestras lenguas se encuentran y se rozan y se mueven como llamas. Muerdo su boca y Yon me imita, soltando mi labio inferior de entre sus dientes de manera tortuosa.

—¿Quieres entrar? —le susurro.

—No… dúchate tranquila. —Acaricia mi pelo mojado con ternura y sus ojos brillan.

—¿Seguro?

—Sí. Voy a deshacer mi maleta y esas cosas…

Nos besamos de nuevo. Me palpita el cuerpo de cabeza a pies. Tras separarnos Yon me mira con veneración. Su expresión me aturde. Le deseo tanto que creo que me muero. No necesito que me pidan perdón si en los ojos de alguien ya leo la disculpa. Sé que esa ha sido su forma de arreglarlo y es todo lo que necesito.

Yon se marcha y termino de enjuagarme dudando de si llegaré a saber quién es realmente.

Cuando salgo nuestros modelitos para el baile están colgados en el armario sin la funda. Abro los ojos de par en par. El suyo es un traje de pantalón y chaqueta celeste y camisa blanca con chorrera. ¡Chorrera! Mi vestido es blanco impoluto con espalda al aire.

—Recién sacados de Narnia —dice.

Nos echamos a reír y siento que volvemos a ser nosotros.

Tras organizar nuestras cosas y vestirnos, bajamos en el ascensor hasta la planta baja, atravesando la zona de la piscina, dejando a nuestra derecha una pequeña capilla blanca al más puro estilo Las Vegas. Varios metros después alcanzamos el edificio de cuatro plantas donde actuaremos, en el que estuvimos el viernes. Cuando entramos al espacioso camerino el resto del elenco ya está aquí. Nos presentamos todos y enseguida observo que entre los actores hay ese mamoneo típico de algunos artistas y que yo odio de «nos damos picos y nos tocamos de todo porque somos guays». Yon apenas habla. Está incómodo, lo sé. Su personalidad no le permite dejarse llevar abiertamente así de primeras con la gente. Yo no me separo de él ni un instante, aunque solo hablemos de banalidades.

Enseguida nos dirigimos a las oscuras salas de actuación escuchando al chico que nos guía y da las indicaciones, que resulta ser el tío monísimo del bigote que me ha indicado la enfermería al llegar. Solo lo quiero para mirarlo pero disfruto las vistas, mientras escucho a la chica de mi izquierda decir con voz nasal que tiene un resfriado apoteósico. Menos mal que no nos toca actuar cerca, pienso. De pronto Yon me mira de reojo y sonríe, está a lo suyo, le encanta actuar y se emociona porque controla del tema. Yo cruzo los dedos mentalmente para que todo salga bien.

Nos equivocamos. A los veinte minutos, cuando empiezan las tensiones entre Juana y Felipe. Madre mía. Yon tenía que cogerme del brazo y yo al él del cuello. Pero nuestras manos se han chocado por accidente y ha sonado como el tortazo de un gorila. ¡Plaass! Enseguida intentamos corregirlo y suena otra torta de un nuevo choque. Dios. El público es increíblemente respetuoso y el silencio sepulcral. Sentimos cómo contienen el aliento y en el aire un hilo invisible muy tenso a punto de romperse. Yon levanta las cejas con sutileza, indicándome algo, pero la liamos más porque los dos paramos a la vez pensando que el otro va a realizar el siguiente movimiento. Y entonces, cuando ya pienso que los tomates en la cara son inminentes… Yon coje mi mano y me lleva a la siguiente escena sin más. Y lo bordamos.

—Madre mía… creí que no lo salvábamos. —Me río aliviada cuando salimos.

—Para la próxima me dejas hacer a mí —dice burlón.

—Vale, sí, será lo mejor.

—Tenemos otro pase en una hora… ¿qué hacemos?

—¡Pues lo que vamos a hacer todos! —lanza alguien a voz en grito—. ¡Ir al casino!

Siento que nos tienen que sacar de aquí con una pala. Madre mía, qué vicio. No tenemos dinero porque las fichas son cedidas por

Gregorio y simplemente sirven de entretenimiento para sus empleados. Pero el enganche es el mismo. Un descontrol.

De pronto Miren aparece con cara de mamut embravecido en plena jugada al Craps, mientras yo estoy dando saltos con los puños apretados porque he acertado el número en los dados. Joder. Se me había olvidado que ella nos vería en el primer pase.

—Vosotros dos. Dejad eso ahora mismo —gruñe.

Me tiembla el estómago mientras camino hacia ella pensando que nuestro contrato va a rescindir. Yon tensa su mandíbula, mirándola. Tendría que haberse dado la vuelta, a ver si al mirar su culo…

Miren, obviamente, está hasta las narices de nosotros y su expresión lo demuestra.

—Este pase se os descuenta, que os quede claro. Y es la última advertencia que os hago. En la siguiente cagada vuestro contrato queda anulado —sentencia.

Dejamos todo el tinglado de los dados y nos vamos a practicar un par de veces más la escena en la que nos hemos confundido. Y el segundo pase sale bien, aunque Miren no está para verlo, pero lo sabe, claro. Es obvio que aquí tiene chivos expiatorios que Yon y yo desconocemos.

El baile de invierno. Tengo que decir que este tipo de americanadas me repelen. Pero el salón gigantesco del Nevada está increíble. Y Yon, con su traje celeste y su camisa blanca con chorrera… buff. No tengo palabras. Coje mis dedos y me lleva hacia donde se supone que tenemos que colocarnos.

Hay mil canapés y guarradas azules y blancas que yo mejor no cuelo en mi boca. Muerdo el único aperitivo que he reconocido mientras echo un vistazo a la decoración. Pingüinos, osos polares, bloques de hielo simulado…, todo azul y blanco. Qué original. Logro ver una cabeza de pelo lila y doy por hecho que es la hija de Gregorio, el dueño, y la enamorada de Yon, o de Romeo en su defecto. Ella lo mira en la distancia y me quedo completamente atónita al ver que, por primera vez ante un desconocido, Yon va en su busca.

No me muevo. Simplemente observo la escena. Cuando Yon la alcanza, acaricia su espalda con cercanía y una sonrisa amable. Ella parpadea muchísimo y agacha la cabeza para mirar al suelo. Él le coje la barbilla con dos de sus dedos y le levanta la cara. Luego le dice algo que no puedo entender. Ella traga. Y entonces él la abraza. Se me encoge el corazón. ¿Qué demonios pasa?

Mientras Yon viene de regreso a mí, agarro la primera copa de líquido azul brillante que veo y me la bebo entera para disimular. Mierda. Sabe a jarabe para la tos.

—Está asquerosa —le digo a Yon, que se ríe al ver mi cara

arrugada.

—Toma esta —me tiende una copa de champán color normal y él coge otra.

Levanta su vidrio, clavándome sus ojitos orgullosos, y brindo con él antes de que ambos bebamos.

—¿Qué ha pasado ahí? —le pregunto casi susurrante, por si le incomoda, y miro a la hija de Gregorio.

—Se llama Nadia, tiene catorce años… —me explica con relativa normalidad—. Quiere ser maquilladora de cine…

—¿Te ha caído bien? —Acaricio su cara.

Yon me mira con una profundidad que me abruma y se muerde el labio, como escogiendo las palabras siguientes. Pero cuando creo que va a hablar, se acerca la copa a los labios y simplemente da un trago.

Le sonrío. Porque sé que no quiere seguir hablando y no quiero forzar lo que evidencio de él. Que es una persona tendente a la vulnerabilidad y lo sabe. Aunque ha aprendido a poner los límites, de modo que mejor le digo que probemos otro canapé. Yon se acerca a mí agradecido, girando su cara, y me besa en la boca. Un hormigueo me recorre entera.

Tras cinco copas de champán, nos descubro bailando de manera muy extraña el tema que acaban de poner. Pero nos reímos y empezamos a hacer tonterías. Haciéndonos burla, imitando a animales, haciendo de robots… Y entonces empieza a sonar *Rasputin*, de Boney M. Y Yon me deja boquiabierta cuando, de pronto, se arranca a bailar.

No puedo describir lo que siento viéndolo moverse de esa manera. Manejando por completo los movimientos y marcando esa sonrisa que me pone a mil. La gente empieza a aplaudirle y en menos que canta un gallo le hacen un coro alrededor.

Los lagrimones de reírme, de emoción, de admiración y de las ganas que tengo de follármelo aquí mismo en el suelo me ruedan por las mejillas. Pero no me los limpio porque estoy marcando el ritmo con mis palmas. Yon parece poseído por los golpeteos de la canción, marcando el ritmo con hombros, caderas y pies. En su cara dibuja una expresión de placer inconsciente y se mueve tan sexi. No me lo puedo creer…

Cuando la canción termina, Yon jadea levantando las manos en una especie de agradecimiento y, mientras los aplausos lo invaden todo, me mira a mí. Solo a mí. Porque se muere de vergüenza si clava la vista en alguno de estos desconocidos.

En cuanto la gente se centra en el siguiente tema empuño su chorrera, lo atraigo para besarlo como si se acabara el mundo, y lo arrastro hasta la habitación.

42

Estoy tan caliente que no sé cómo puedo contenerme sin tenerlo dentro de mí. Pero resulta que cuando hemos llegado a la suite hemos acabado en el baño, en ropa interior, y nos hemos estado acariciando durante minutos. Me encuentro de cara al espejo y Yon está a mi espalda. No sé la razón pero esto me da corte, vernos ahí de frente. Como si no nos hubiésemos visto mil veces ensayando besos y escenas de amor en el espejo de la sala multiusos… Suspiro temblorosa cuando Yon me toca entre las piernas. Sus manos torpes ya no parecen tan torpes.

Me agarro al lavabo cuando aparta mis braguitas y cuela su dedo corazón en mí con facilidad. Subo mi vista al espejo y me fijo entonces en que Yon tampoco nos mira en el reflejo. Mira mi cuello con deseo. Sé que a él también le da pudor vernos, como a mí. Me giro hacia él y lo beso con avaricia. Desabrocho mi sujetador y él me quita las bragas, que caen al suelo. Hago lo mismo con sus calzoncillos y lo aparto todo de una patada.

Nos besamos como adolescentes y él vuelve a introducir dos dedos en mí. Jadeo sonoramente y me balanceo sin poder evitarlo, buscándolo con mis caderas desesperada. Mi mano viaja sola hasta su erección y la empuña con vehemencia. La muevo tímidamente al principio y cuando lo escucho gemir en mi boca acelero el movimiento. Un cosquilleo entre mis piernas me estremece más. Yon lame mi cuello y desciende hasta mi hombro en un camino de pequeños mordiscos. Lo escucho susurrar que me desea, muy bajito, con ronquera y ansias.

Y entonces me descubro a mí misma diciéndole al oído:

—Quiero chupártela.

Y sueno tan desesperada que me muero por dentro de pensar que me diga que no.

Yon se detiene en su movimiento, su respiración es un caos. Se muerde el labio y sé que es su forma de darme luz verde. No me coge la cabeza y me lleva hasta su erección, ni me suelta cosas como «oh, sí, cómemela…». Sus señales siempre son sutiles y eso me gusta aún más.

—Nunca lo he hecho… no sé si voy a saber… —le digo.

—No importa, no voy a juzgarte… No voy a poder pensar…

Aprieta una sonrisa y lo beso mucho y muy húmedo en la boca. Luego bajo a su erección, acariciando su pecho de piel clara. Ay, Dios

mío. ¿Y si me ahogo? ¿Y si vomito? ¿Y si me descoyunto? Y si se la muerdo por error y…

Mi lengua toma contacto con él y es delicioso.

Enseguida las manos de Yon se posan en mis hombros y me giran, para quedar paralelos al espejo. No quiere verse, no quiere mirarse. Pero ahora no voy a preguntarle el motivo, tampoco sé lo que él sería capaz de contarme. Abro mi boca y me dejo llevar por mi instinto. Mantengo mis ojos cerrados y dejo de pensar.

Me invade una sensación muy extraña y nueva. Nunca había hecho esto y ahora siento que lo hago con la única persona que he deseado hacerlo. Y no me siento torpe porque simplemente estoy conectando con él. Con Yon López. Y no me lo creo. Se la estoy chupando al tío más raro que he conocido en mi vida. Ama el manga y el gore, ¡por Dios! Y me sabe a gloria.

—Sube… —me dice, cogiendo mi barbilla.

—¿Qué pasa, no te gusta? —le susurro, algo avergonzada.

—Me encanta… pero… —Pone su palma en la pila del lavabo—. ¿Quieres que me siente? Para que estés más cómoda.

Me muerdo el labio y sonrío. Este Yon…

—No sé si estaré más cómoda porque era virgen en esto hasta hace cinco minutos. Pero vale.

Los dos reímos y él se sienta de un salto sobre la pila de mármol. Me inclino y Yon sujeta mi pelo, acariciando mi espalda con su otra mano. Lamo su abdomen liso y dejo besos por todas partes, oliéndolo, ese aroma de su piel y musgo dulzón que desprende, y vuelvo a engullirlo unos minutos más.

Yon coje mi mano y nos colamos en la ducha como hipnotizados, abrazándonos con necesidad. El agua templada empieza a caer sobre el nudo de carne que somos nosotros. Ninguno se ha corrido y no importa.

—Te amo… —me dice.

Me aprieta más contra él y me tiemblan las rodillas. Mis pechos desnudos están pegados a sus costillas y mi cara a su pecho. Siento que su erección empieza a remitir un poco. Las manos de Yon recorren mi espalda y mi culo con extrema lentitud. Su boca mordisquea mi oreja y luego besa mi pelo.

—Siento lo de antes… —escucho de pronto.

Despego mi cara de su cuerpo con pesadez y lo miro.

—Nada…

Él niega despacio, con dolor en los ojos.

—No… No he debido usar lo de Alberto para hacerte sentir mal. No ahora… en este momento.

—Ya te he perdonado antes… no hacía falta que…

—Sí hacía falta, Aura. Me he sentido vulnerable y… —Agacha la

cabeza.

Tomo su cara entre mis manos y hago que me mire. La barbilla me tiembla un poco al ver su expresión desangelada y no puedo evitar expresar lo que siento.

—¿Qué te pasa, Yon? —susurro desamparada—. Quiero que puedas contarme cualquier cosa… Quiero… poder decirte que… —Me detengo. No sé si debo continuar.

—¿Qué…? —me pregunta.

—Que te amo… quiero poder decirte que te amo. Pero siento que no sería del todo sincero si hay una parte de ti que desconozco… —Poso mi mano en su pecho y mantengo su mirada—. No te estoy pidiendo que…

Yon me besa, interrumpiendo mis palabras. En un primer momento el beso es feroz, pero enseguida siento que se derrumba mientras su lengua se desvanece en fuerza. Hasta que el beso queda como sostenido en el tiempo y Yon se separa de mí.

No digo nada. Él se gira y cierra el grifo a su espalda, en silencio absoluto. Creo ver lágrimas a punto de brotar en sus ojos, aunque con el agua en su cara no sé distinguir si lo son.

Ha llegado el momento. Lo sé. Siento que va a hablarme de él, de su pasado.

Salimos de la bañera y me pasa una toalla. Cada uno se seca por su cuenta, pero no nos despegamos la mirada. Yon parpadea lento, como acomodándose a un nuevo estado. Me envuelvo en mi toalla y él hace lo mismo, caminando hacia la habitación. Lo sigo descalza.

Yon se pone unos calzoncillos y deja la toalla en la cama. Cojo su camiseta negra y unas braguitas, que me pongo de cara al armario. Como si de algún modo no fuese capaz de enfrentarme a lo que va a decirme.

Cuando me giro él está sentado en el colchón, a mi lado, pero no me mira. Su mirada está clavada en el suelo. Suspiro muy hondo y doy un pequeño paso hacia él sobre los fríos azulejos, hasta casi rozar mis pies con los suyos.

Siento que el tiempo se paraliza. Lo observo con un miedo, una compasión y un respeto que no alcanzo a comprender.

Yon se pasa las manos por los muslos, nervioso. Después detiene sus palmas y las gira bocarriba.

Sus muñecas. Las cicatrices de sus muñecas.

Dos goterones húmedos caen de mis ojos mientras me arrodillo en el suelo con un nudo en la garganta. Sostengo sus manos, besando las líneas blanquecinas que cruzan su piel. Mi pecho se arruga como papel. Pensar en él en esa situación me horroriza y destroza a partes iguales.

Durante un minuto lo único que se escucha en la habitación son

mis moqueos, mientras pego mi nariz a sus manos, aspirando, y paso mi pulgar por las marcas. Hay una línea grande y recta en cada muñeca, que coincide con los pliegues naturales de su piel en la flexión. Me reprendo mentalmente por no haberme dado cuenta. Con todo el tiempo que he pasado junto a Yon, viéndolo desde tan cerca, no me he dado cuenta. Gimoteo en silencio.

—Fue a los veinte —susurra con voz apagada—. Estaba con una chica, Marina…, le hice pasar un calvario. Me sentía como si viviese dentro de una caja. Sin poder respirar…, sin poder ver la luz ni moverme hacia ninguna parte. Marina entró en depresión por mi culpa… Es por eso que desde entonces no había querido hacer sufrir a nadie.

Lo miro y sé que mis ojos contienen miles de interrogaciones. Él lo sabe ver y no me hace falta pedirle que continúe.

—No quería seguir viviendo.

—Pero…

—Lástima que hasta después no supe que cortándote la carótida tardas segundos en perder la conciencia y tres minutos en alcanzar la muerte cerebral.

Me echo a llorar.

Enseguida Yon sujeta mi cara y se inclina a besarme.

—Perdona. Ya no soy esa persona. Perdóname.

Me besa más y yo me incorporo, apoyando mis manos en sus rodillas. Lo abrazo creyendo que me deshago de pena. Es peor de lo que había imaginado.

Nos tendemos en la cama despacio y me acomodo tumbada frente a él. Acaricio su pelo cuando ambos tenemos las caras muy cerca sobre la almohada. Sus pequeños ojos brillan tanto. Quiero pensar que es esperanza.

—Ahora viene la parte chunga —musita con expresión incierta—. Esa en la que te abro mi corazón y te cuento mi verdad. Va a ser duro para ti, Aura… Puedes pedirme que no siga. Estás a tiempo.

Trago y niego con mi cabeza, absolutamente convencida.

—Quiero saberlo todo —le digo.

Yon suspira con profundidad y suelta el aire de forma entrecortada.

—Supongo que ya intuirás que el tema de mi psicóloga viene por el abuso que recibí desde los once años.

—Bueno, lo… lo he pensado —digo, incapaz de seguir hablando. Dios mío, a esa edad llegó al instituto.

—A ver cómo empiezo…

—Si necesitas tomarte un tiempo o…

—Quiero contártelo ahora. Tiene que ser ahora y siento que si lo pienso demasiado no seré capaz de hacerlo nunca. Además, te he

pedido que vivamos esto al completo. No sería justo que yo lo hiciese a medias.

No sé qué más decir, de modo que acaricio su cara y lo escucho, tocando sus pies con los míos.

—Paloma es amiga de mi madre, de confianza, se mudó a España tres años antes que nosotros y nunca ha dejado de tratarme. Al principio mi madre me llevaba a su consulta en Madrid y así estuve hasta que nos mudamos a Castellón y las consultas pasaron a ser por videollamada. Después Paloma se mudó a Barcelona y regresé a las sesiones presenciales cuando me fui a trabajar allí. Aunque como sabes estoy en mi mejor momento y va a darme el alta a mi vuelta. Esa es la razón de que estés aquí. De no ser así esto nunca habría pasado… porque ese día, en el que me pegaste, te habría denunciado.

—Pero me… —Parpadeo—. Me dijiste que te quedabas como un reto profesional…

—Eso te dije, sí… pero te mentí —confiesa—. ¿No recuerdas que cambié de opinión en la misma conversación?

Me quedo paralizada, conteniendo la respiración.

—En un inicio te dije que estaba esperando a Miren para contárselo todo, pero al final quedé para ensayar contigo y nunca se lo comenté. ¿Eso no te dijo nada?

—Creí que… que te había convencido con mis disculpas.

—¿Convencido? —dice incrédulo—. Me pegaste, Aura. Vomité del puñetazo que me diste…

Mis ojos se anegan de lágrimas.

—O sea que me habrías denunciado —repito asintiendo, intentando asimilar lo que escucho.

—Con toda seguridad.

—Entonces… fue para que ella te diese el alta.

—Paloma me detuvo, sí. Siempre que existe una situación de abuso o maltrato hacia mí salgo huyendo de puro pánico, me bloqueo y no sé responder… —Yon traga y cierra los ojos unos segundos, luego los abre despacio—. Paloma me aconsejaba que me protegiese para poder sanar, decía que no me presionase si veía que no estaba listo, que algún día lo estaría. Esta vez, cuando le conté lo que había sucedido, me recomendó quedarme… Dijo que me veía fuerte.

—Oh, Yon…

Mis ojos se desbordan y acaricio su cara. Pienso en su forma de actuar conmigo y las cosas empiezan a cobrar sentido.

—¿Y todo empezó en Bilgo? —le pregunto en un hilo.

—No… no todo. Ya había sufrido alguna situación similar en Santa Mónica… pero tenía mi grupo de amigos. Y los tres éramos invencibles. Los marginados tienen sus ventajas si las saben enfocar… —Dibuja una mueca triste—. Pero en Bilgo no tenía a nadie. Me

supuso un suplicio tener que adaptarme a una nueva vida… idioma, instituto, el pueblo… yo venía de Santa Mónica, joder… Lloré a mis padres una y otra vez que quería regresar, que me dejaran con mi abuela… Hasta que me encerré en mí mismo y me dediqué a montar mi propio club del excluido social, cuyo único miembro era yo. Era el apestado de la clase. No tenía amigos. No tenía a nadie que quisiese ponerse de pareja conmigo para los trabajos de ciencias. Nadie me pasaba la pelota en Educación Física. Nadie me dejaba sus tijeras o su goma de borrar…

—Dios mío… Dios mío… —sollozo sin poder remediarlo.

—Friki era lo menos grave que me decían… Extraterrestre. Marica de mierda. Que daba asco, miedo, siniestro, rajavenas…

Mis labios tiritan. Yo había sido una de esas personas. Yo había sido una de esas personas de mierda, joder. El nudo de angustia que siento en mi garganta no me permite tragar.

—Luego empezaron los abusos no verbales, al final de ese curso de 1º de ESO… Bombas fétidas en mi mochila, mierda de perro en mi estuche, robos de merienda, encierros en el baño… —De pronto me mira con un brillo distinto en sus ojos—. Y te recuerdo, Aura.

El corazón se me para.

—¿Qué?

—Venías la segunda, detrás de tu amiga Teresa… Ella me llamó a un par de metros de distancia, se agachó con rapidez y apareciste tú. Llevabas puesta una sudadera blanca y me gritaste entre risas «Vete al cementerio, aquí no queremos bichos raros», y me tiraste una bola de papel llena de barro a la cara.

—Lo siento… —Me echo a llorar desconsolada—. Lo siento… No lo recuerdo, Yon… no lo recuerdo —sollozo creyendo que mis pulmones se rompen—. Fui muy cruel. No supe verte… Mi hermana me decía que eras bueno, no supe verlo… perdóname, perdóname…

Lo abrazo y lo aprieto contra mí con todas mis fuerzas, incapaz de detener el llanto.

—Ya está hecho.

—No me acuerdo… —repito culpable, implorando una absolución que no va a llegar.

—Dicen que solo se recuerda lo que duele… —murmura con pesar—. Yo me acuerdo de cada detalle.

Enredo mis piernas con las suyas y su calor me estremece hasta el dolor. Yon acerca su cara a la mía, hunde su nariz en mi cuello con suavidad y deja allí un beso. Su ternura y capacidad de perdón me deja tan descolocada que no sé qué hacer con este sentimiento de rechazo hacia mí misma.

—Lo siento tanto…

—No lo sientas. Has matado a mis fantasmas.

—No…

—Sí. Lo has hecho… Has sido la enfermedad y la cura.

—Más la enfermedad… —musito con la barbilla tiritando.

—Más la cura.

Yon acaricia mi cara con suavidad y se aproxima para darme un beso. Sus labios suaves rozan los míos y mis pensamientos viajan solos hasta esa época en el instituto, intentando alcanzar ese momento que acababa de contarme. Y soy incapaz de esclarecerlo. Quiero darle algún argumento convincente como que pensé que él era de esta forma o de otra. Quiero decirle que él también se marginaba, que no se abrió a los demás… pero lo cierto es que no tengo excusa. No la tengo. No la hay.

—Cuéntame más —le suplico débilmente.

—Prefiero ahorrarte los detalles.

—No… Quiero que me cuentes cómo fue al irte de Bilgo hasta llegar a pensar en… —se me quiebra la voz.

—Es que ya lo sabes… puedes imaginártelo. Un infierno. Un auténtico infierno…

Pego mi frente a la suya y cierro los párpados, incapaz de mirarlo a los ojos, sus pupilas destilan tanto sufrimiento.

—Quiero que lo compartas conmigo, por favor…

Yon niega con la frente pegada a la mía. Y sé que no puedo obligarlo a que me confiese algo tan tremendamente lacerante y delicado. Ni siquiera sé si esto puede desencadenar cosas peores para su salud mental. De modo que intento armarme de valor, suspiro hondo y hago un esfuerzo por respetar su decisión. Abro los ojos y lo miro en la oscuridad. Un silencio horrible nos atraviesa y me esfuerzo por amoldarme a esta atmósfera que me inquieta.

Largos minutos después, Yon empieza a llorar amargamente. Tengo la sensación de que me hundo en la cama.

—Comienza como un parpadeo —dice en un murmullo—. Primero alcanzas un estado de depresión bestial y luego comienzas a pensar cosas raras. Y te sientes muy mal. Porque eres consciente de que antes no te sucedía, de que no es racional, pero te viene ese pensamiento con la fuerza de un alud y te domina. Sabes el sufrimiento que causarás a tu alrededor y aun así… no ves la salida —le tiembla la voz. Mi mano se mueve sola y acaricia su cuello—. Empecé a planificarlo un día sin más. No supe pedir ayuda… hasta que una tarde lo hice.

Mis órganos se estrujan de rabia. Siento que daría cualquier cosa por volver atrás y poder ayudarlo cuando aún había solución a su sufrimiento, gritar a todo el mundo en el instituto que parasen, porque Yon estaba sufriendo acoso, joder. Acoso. Dios mío… No fui yo. Fuimos todos. Y podíamos haberle evitado este calvario. Pudo haberse

evitado. Muerdo mis labios de impotencia y Yon lo percibe.

—¿Paro? —dice preocupado por mí y pasea su pulgar por mi mejilla.

—No…

—Es… un tema muy complicado.

—Y yo quiero escucharte —le insisto y siento que me muero de agonía.

—Cuando me desperté en el hospital mis padres lloraban a mi lado. Recuerdo que lo primero que hice fue volverles la cara, culpándolos por haberme salvado. —Hace una pausa y su tono de voz se endurece—. Luego vino todo el proceso de recuperación con el psiquiatra, contándome las fases por las que había pasado y yo queriendo morirme de nuevo. Antidepresivos, aislamiento, TCC… Así fue durante muchos meses. Como te conté, en Castellón hice Bachillerato semipresencial, debido a mis depresiones intermitentes desde los dieciséis, y Paloma me estuvo llevando en segundo plano. Esto es una carrera de fondo, Yon, me decían. Cada día era un reto. Respirar me parecía una proeza. Hasta tres años después, con veintitrés, no me desperté una mañana sin ideas ponzoñosas en la cabeza. —Traga y coge aire con increíble entereza—. Poco después retomé mis dibujos con sentido, sin nada tétrico ni violento que obligara a mi madre a enseñarlos a un médico. Quise buscar trabajo y cambiar de aires, así de paso ayudaba a Marina a no volver a verme más. Ella ya era vulnerable por problemas personales y me sentía muy culpable por haberla arrastrado a mi oscuridad. Y entonces me fui a Barcelona. Un año después empecé con el teatro… creo que de alguna forma el arte me salvó. —El brillo de sus ojos se dulcifica cuando me mira—. Y ahora tú.

Estoy temblando. Quiero decirle algo, pero no puedo porque mis cuerdas vocales están contraídas de pena. Lo beso totalmente rota y dejo que me abrace con su extrema ternura. Después nos movemos, mirándonos, hasta acomodarnos entre caricias. Sé que ha terminado de hablar, que lo ha escupido todo. Lo siento agotado por completo y no pienso soltarlo de mí. Toco su pelo con el pecho encogido y espero paciente a que caiga rendido por el sueño. Yo no puedo dormir. Me doy asco.

43

Abandono la cama en el más absoluto silencio y me echo sobre los hombros lo primero que pillo, una bata de raso con estampado de leopardo que ofrece el hotel. Cojo la tarjeta de la puerta y salgo de la habitación. Al cerrar dejo caer mi espalda en la hoja de madera, abatida, y me derrumbo por completo por dentro, pero me contengo por fuera. No quiero que Yon me escuche llorar.

Camino por los azulejos de rombos rojos y blancos hasta el ascensor y en cuanto se cierran las puertas no puedo evitar mis sollozos. No quiero formar un escándalo y menos siendo invitada en el hotel. De modo que busco tomar el aire como sea.

Recorro la gigantesca zona de recepción y la chica morena tras el mostrador simplemente me mira, sin preguntar, mientras coloca unas llaves en los casilleros. Supongo que ha aprendido a no molestar a los huéspedes que quieran salir a vagar por el hotel con ojos llorosos a las cuatro de la mañana.

Voy a dar con la piscina, que está desértica. Camino hasta ella por inercia, me descalzo y me siento en el borde, colando mis piernas en el agua. Está algo fría. Muevo mis pies abstraída y fijo mi mirada en las ondas que se crean. No me puedo creer esta situación. No la asimilo. ¿Qué diablos voy a hacer ahora?

Abusé de Yon. Abusé de Yon. Abusé de Yon, se repite en bucle en mi cabeza.

Lloro y lloro y lloro más, incapaz de parar. No logro recordar la escena con mi amiga Teresa y eso me martiriza. Perdí el contacto con ella después del instituto y ahora no viene al caso que le escriba para eso, para decirle que fuimos unas hijas de puta que causaron un dolor gratuito a alguien inocente. ¿Qué debería hacer? ¿Escribir a todo el instituto por lo que hicimos a Yon? Es irónico cómo con los años alguien que fue tu gran amiga en la adolescencia puede pasar a no ser nada para ti, y la persona de la que huías ahora lo sea todo. Por un segundo imagino que eso le sucediera a mi sobrino Noel y siento que me rompo. Tapo mi cara con mis manos y gimoteo sonoramente. Me odio. Me odio…

De pronto escucho unos pasos y me sobresalto. Lo primero que pienso es que alguien que se ha alertado con mi llanto, o tal vez vienen a llamarme la atención por no poder estar en la piscina. Pero no. Es Yon.

Camina despacio, casi arrastrando los pies, y carga anhelo y

preocupación en su mirada. Deja sus chanclas a un lado y conforme se aproxima descalzo mi pecho se encoge. Me agarro al borde de la piscina con fuerza. Estoy tan sumamente rabiosa conmigo que no sé qué hacer ni qué decir. Miro al frente mientras Yon se sienta a mi lado en silencio. Los ojos se me humedecen solos de nuevo y mi barbilla empieza a tiritar.

—No llores, por favor…

—Cómo no voy a llorar —digo en un hilo—. Estoy destrozada por tu historia. Por lo que hice. Me siento impotente. Me odio, joder… Yo he contribuido a que quisieras dejar de vivir, Yon…

—Pero ya estoy bien. —Apoya su mano sobre la mía en el bordillo.

Agacho mi cabeza, sintiéndome terriblemente culpable.

—No… Aura, mírame.

Pero soy incapaz de hacerlo.

—Aura… mi vida…

—No sé cómo eres capaz de decirme mi vida… —gimoteo, sorbiendo los mocos, y lo miro de soslayo.

Yon se ríe de lado, con extrema candidez. Alza su mano y acaricia mi pómulo con el pulgar, haciendo que mi estómago burbujee sin control.

—Vamos a la cama —me pide—. No quiero dormir sin ti. Quiero sentirte cerca esta noche… por favor.

Me ofrece su mano y solo puedo ver la cicatriz en su muñeca. Entallo mi labio inferior con mis dientes, aguantando el dolor que eso me produce, y le doy mi mano porque no puedo negarle nada. Salimos del agua y nos calzamos antes de subir.

Casi no puedo levantar mis ojos del suelo. Veo sus pies caminando al lado de los míos y siento tristeza. Un dolor que me abruma. Me corroe la duda sobre qué hacer. No sé si debemos seguir con esto, no sé si voy a poder mirarle a la cara después de lo que me ha dicho esta noche. De lo que hice.

Entramos en el ascensor y subimos hasta la sexta planta. Yon me repite que está bien. Me lo dice abrazándome y lo susurra al oído, pero a mí se me encogen las tripas. Me mata saber que no tengo un futuro con él y estar estropeando este ahora.

Cuando pasamos a la habitación me dice que no quiere que me separe de él. Entramos en la cama y nos acurrucamos juntos. Él me aprieta contra su cuerpo alto y delgado y siento que me desvanezco de nuevo. Cuelo mi cara en el arco de su cuello y noto cómo lo mojo de lágrimas. Beso su piel humedecida y de nuevo le digo que lo siento en el alma.

—Lo sé…

Mantengo unos minutos más mi rostro allí oculto, desazonada, y

luego lo despego para mirarlo.

—Yon… —Trago angustiada.

—Dime —musita con devoción.

—A lo mejor no es buena idea que sigamos con esto.

—¿Por qué? —susurra.

—Porque no sé si voy a ser capaz de tocarte, de besarte… de…

—Shhh… —Limpia mis lágrimas.

—Siento que no merezco que me quieras.

—Pues yo siento que lo merecemos ambos. Querernos así, darnos todo lo bueno que tenemos y hacernos mejores.

Niego con los ojos cerrados. Me resulta imposible ver más allá de la culpa que me invade entera.

—Por favor, Aura… —me ruega. Abro mis ojos. Yon recorre mis pupilas con las suyas—. Nunca he sabido darme valor. Nunca he sabido poner límites, parar los pies al abusón, ni hablarme de la forma correcta.

—Eras un niño, Yon… —se me rompe la voz.

—Pero ahora soy adulto. Es la primera vez que decido hacer algo por mí mismo. La primera vez que tengo el coraje suficiente de ser yo. Con mis cicatrices y mi dolor. Con mi pasado. De contárselo a alguien sin que me tiemble la voz. De amar de verdad sin querer quitarme del mundo. De creer que merezco ser amado. Y todo eso es gracias a ti. —Sostiene mi cara con fuerza.

—No puedo…

—Por favor te lo pido… no hagas esto.

Me quedo inmóvil sintiendo cómo me suplica en silencio porque apueste por este ahora. Por nuestro ahora. Por estos días que restan y que se grabarán en nuestro recuerdo para siempre. Porque no haga crujir lo que tenemos y perder el tiempo que nos queda. Y no puedo robarle eso. Sencillamente no puedo.

Acerco mi frente a la suya y sujeto su cuello con mi mano. Lo beso porque no puedo hacer otra cosa después de respirar. Hundo mi lengua en su boca y Yon cuela su mano bajo mi pijama con decisión, buscando mi pecho izquierdo, y lo aprieta entre sus dedos con deseo.

—Quiero hundirme en ti y sentir que desaparezco en tu cuerpo. Romperme al besarte y que me devuelvas la razón de ser después, porque te pertenezco y me perteneces de la forma más pura y bonita que existe.

Contengo la respiración con sus palabras.

—Déjame devolverte todo lo que me has dado, Aura.

—No tienes que devolverme nada, mi vida…

Nos besamos con una fiereza y admiración que jamás había sentido con él hasta ahora. Es respeto. Es la fuerza del primer amor. De desnudarse ante alguien y enloquecer por ese alguien por primera

vez.

—Eres lo que necesitaba para crecer —susurra sobre mi boca—. ¿Es que no lo ves? Esto tenía que pasar. Debía ser así.

Deslizo mis manos en su espalda y un escalofrío me sacude entera. Rodamos sobre las sábanas revueltas y quedo encima. Yon me embiste varias veces sin colarse en mí y sonríe sin parar, mordiéndose el labio. Me palpitan las entrañas de placer. Noto a Yon más seguro que nunca y eso me abruma de felicidad y siento que las emociones me desbordan. Me estiro hacia el cajón de la mesilla sin poder soportarlo y le paso un condón, él lo abre y me gira sobre el colchón con una habilidad que desconozco. Abre mi pierna empujando con su rodilla izquierda mientras me besa y se mira para ponérselo.

Lo acaricio por todas partes desesperada y lo busco con mis caderas. Yon se cuela dentro de un golpe. Me retuerzo. Me arqueo cuando lo siento al completo en mi interior y él me penetra de nuevo para clavarse más hondo. Mis pechos se mueven con las embestidas. Todo mi cuerpo está a su merced. Es mi casa. Es mi casa… Me abraza y nos movemos al compás. Él jadea ronco y contenido un tiempo, luego desciende el ritmo.

—Aura… —me susurra entre las sombras.

Abro mis ojos con dificultad para verlo.

—¿Quieres ser mi heroína?

Asiento perdida en su mirada, temblando. Yon sale de mí y vuelve a resbalar de nuevo en mi interior. Flexiono las plantas de los pies, me siento arder. Mantengo su mirada con la boca entreabierta y los labios de Yon enseguida buscan los míos. Los exploran suave y lento, y enseguida jadeamos de nuevo. Hundo mis uñas en su espalda y él gime en mi boca.

—Te quiero… —me confiesa y aspiro sus palabras—. Te voy a querer siempre.

44

Después de dormir toda la noche abrazados, el lunes nos despertamos a primera hora y regresamos al complejo. Yon no para de sonreír y me siento enorme, porque he entendido que mi presencia le hace bien ahora. Aunque tengo que esforzarme por no turbarme con pensamientos de culpa por haber contribuido a su caída, a que quisiera quitarse de este mundo. Me siento valiente por haberle pedido que me confesara más y ahora debo vivir con eso, que me destroza el corazón. Creo que es lo justo.

Dado que ya tenemos las dos obras puestas en marcha, bastante tiempo para repasar los movimientos de *Juana la Loca* hasta el domingo que viene y el día está increíble, cuando llegamos al complejo Yon me propone ir a dar una vuelta con bicis.

Vamos hasta el mirador y luego descendemos por un sendero precioso que no conozco, básicamente porque después del «episodio lobuno» nunca me he atrevido a pisar esta zona de nuevo. Pero esta tontería del amor me hace querer que me pique otra avispa, o marearme por el calor, o partirme la crisma porque vamos en bicis de paseo y sin casco y solo llevo puesto un vestidito de flores azules y un sombrero de paja que le he robado a Esmeralda. No soy aprensiva, es que puede pasar.

Mientras avanzamos pedaleando despacio y rodeados de verde no paramos de sonreír, pestañear, suspirar y de echarnos miraditas cuando el otro no mira. Parecemos dos críos deshojando la margarita en primavera. Y en cierto modo es así, porque ninguno de los dos se había enamorado antes y esto me parece un sueño del que no quiero despertar.

Cuando llevamos como veinte minutos de paseo nos desviamos hacia una explanada y bajamos un poco más hasta alcanzar una pequeña charca, escondida entre castaños y pinos, a la que el agua llega desde el lago. Yon deja la bici sobre un árbol y avanza descendiendo unos escaloncitos de piedra sin pensárselo. Lleva puesta una camisa de lino negra desabrochada y unos vaqueros cortados por encima de la rodilla. Está increíble. Dejo mi bici y le sigo. Me detengo en los escaloncitos y lo miro.

Yon se agacha a tocar el agua, que no alcanza sus rodillas, y da un par de pasitos aquí y allí. Yo me lo pienso porque no sé si hay bichos, aunque cuando me mira y sonríe llamándome con la mano muy sexi, avanzo hacia él. Cuando lo alcanzo lo abrazo con suavidad y

Yon huele mi pelo.

—Anoche me pediste ser tu heroína.

—Sí.

—¿Ya lo habías pensado? —Lo miro curiosa.

—¿Tenerte como musa?

—Sí.

—No… me vino la inspiración en ese momento.

—¿Y ya tienes algo en mente?

Yon aprieta una sonrisa hundiéndome sus ojos.

—Algo, sí…

Me envuelve entre sus brazos y empieza a tararear una canción que no conozco, aunque supongo que es sacada de alguna peli japonesa o algo por el estilo. La bailamos abrazados, sintiendo el agua fresquita en nuestras piernas. Pienso que el verano se consume por momentos. Que solo nos queda un mes. Pero aparto esos pensamientos enseguida y beso su pecho, esbozando después una sonrisa calmada, porque no puedo ser más feliz.

—¿Quieres que hagamos un viaje? —me suelta de pronto, mientras mordisquea mi oreja.

—Un viaje…

—Sí.

—¿A dónde?

—Pues no sé… —Besa mi nariz y queda su cara muy cerca de la mía—. Oporto está a tres de horas de aquí y siempre he querido ir.

—Oporto…

Lo miro y él dibuja una sonrisa preciosa. Aunque no digo nada porque el gusanillo de angustia de hace unos segundos aún recorre mi estómago al ser consciente de que es la primera y última vez que podremos hacer esto. Planear un viaje y vivirlo. Ya sé que prometí no sabotear mi presente con él, pero ahora mismo no puedo evitar pensarlo.

—Vale —le contesto con una sonrisa forzada.

Me giro y salgo del agua intentando gestionar mi frustración y siento que todo me desborda. Su confesión de anoche. Esta historia tan bonita con un fin fijado. Cada segundo que pasa me ahoga más y más y no quiero permitirlo. Echo a andar tras ponerme las chanclas y me tumbo bajo la sombra plácida de un árbol. Cierro los ojos y a los pocos minutos siento que Yon se tumba a mi lado. No hablamos. Creo que es lo mejor que podemos hacer para evitar discutir o gritar a pleno pulmón golpeando algo.

—¿Si pudieses darle un consejo a tu yo del pasado qué le dirías? —escucho decir a Yon.

Lo miro de reojo y sin querer vuelvo a sonreír como una imbécil.

—No lo sé…

—¿No lo sabes?

Ambos miramos hacia la copa del árbol.

—No suelo pensar mucho, ya me conoces —le digo.

—Pensar, pensarás, digo yo…

—Sí. —Me rio—. Pero no me gusta el exceso de reflexión.

Arranco la hierba que alcanzo con mi mano y me muerdo el labio.

—¿A qué le tienes miedo? —me pregunta de nuevo.

—A las despedidas. A no saber ser tan feliz como lo estoy siendo ahora mismo contigo.

Nos miramos de lado y suspiro.

—Eso ha sonado a reflexión.

—Me acaba de salir sin más —digo con la boquita pequeña.

Yon se ríe y se incorpora sobre un codo para mirarme.

—Claro que vas a ser capaz de ser feliz como lo estás siendo ahora, Aura.

—Eso no lo sabes, Yon. Nadie lo sabe… —Trago angustiada.

Yon coge aire con profundidad y lo suelta despacio, dejando que sus ojos disfruten del horizonte.

—Ya sé que es complicado, pero seguro que podemos hacer algo para evitar separarnos —le digo.

—Dudo que podamos hacer nada… He aprendido aceptar las cosas como son.

—Y lo dices así…

—Han sido muchos años pagando médicos y con Paloma. Aprendiendo a gestionar el presente tal y como es, a aprovechar lo que tenemos.

—¿Y qué tenemos?

—Tenemos esto. Este verano. Sus luces. —Se inclina hacia mí—. Y nuestras bocas… —Me besa—. Y nuestras manos. —Me acaricia un pecho—. Y el sexo torpe. —Desciende con su mano hasta mi muslo.

—Pero… —Se me encoge el corazón y agarro su mano, deteniéndolo.

—La vida son momentos fugaces. Todo tiene un fin, Aura… lo que importa es lo que aprendemos de ello. Lo que nos llevamos con nosotros para afrontar lo siguiente. En la vida hay que aprender a soltar.

Lo dice tan entero… A mí solo me dan ganas de llorar y patear cosas. Me deja noqueada la facilidad con la que Yon lo acepta todo. ¿Hace falta arder en el infierno para lograr esa maestría de pensamiento? Muchos artistas afirman que son incapaces de crear cuando son asquerosamente felices, otros comentan que la inspiración y las historias no son las mismas si no están atravesando periodos de dolor o sufrimiento. ¿Es esto cierto? Me pregunto de qué clase de

material estamos hechos.

—Tienes razón —admito al fin.

Él se acerca y me besa en los labios.

Tengo serias dudas sobre cómo reaccionaré a nuestra despedida. Nunca antes he dicho adiós al amor de mi vida porque este es el primero. No sé si luego vienen otros y no quiero hacer afirmaciones de cosas que no sé. Sé que Yon marcará un antes y un después en mi historia, en mi vida. Y quiero pensar que todo esto me compensará, aunque soy consciente de que no podré saberlo con exactitud hasta que ese momento llegue.

45

Durante los días siguientes mi inquietud sigue latente, aunque la acepto. Vive conmigo como mi piel. «Dudo que podamos hacer nada» se ha quedado grabado como un tatuaje en mi cerebro. Me parece sumamente difícil asumir que todo en la vida va a suceder de una forma concreta y va a ser así. Si tienes el coraje suficiente para aceptarlo, es que debía ser así. Si no lo aceptas e intentas cambiarlo y lo consigues… es que iba a ser así.

Suspiro hondo, cogiendo bollos sin ton ni son de las enormes cestas de mimbre de las cocinas. ¿Tengo realmente en mis manos cambiar mi destino con Yon? ¿Lo quiero cambiar? El solo hecho de pensarlo me duele tanto que quiero hacerlo. Decirle que dejo toda mi vida, a mi hermana y mi sobrino y mis sueños en Madrid para irme con él a Japón a vivir su vida. Sacudo mi cabeza. No sé si esto tan desgarrador que siento me está confundiendo.

—¡Eh, Aura! ¡Muévete de la fila, empanada!

—Ay, perdona…

Espero abstraída a que la mujer de pelo rojo me dé la bolsa con los bollos calentitos y me marcho al bungaló. Todos están esperando para desayunar, incluido Yon, que se ha quedado en mi cama haciéndose el remolón. Anoche el bungaló de Yon y Capo tuvo un problema con las tuberías y se les ha encharcado todo, de modo que han dormido en el nuestro.

Karen, Capo, Esmeralda y Teo me miran como un fan a su ídolo al verme aparecer, frotándose las manos con expectación. Yon sale en ese momento de mi cuarto y mira la bolsa de bollos con desgana. Anoche cenamos una barbaridad y él no es de comer mucho. Supongo que se beberá su zumo de pomelo y limón con miel y eso será todo.

Dejo la bolsa sobre la isleta y todos se lanzan a por ella dándose manotazos. Me río yendo hasta Yon y le doy un beso en la boca. Me recreo, empuñando su camiseta gris con suavidad y luego lo miro. Él acaricia mi cara.

—Buenos días —le digo.

—Hola, Julieta…

—¿Quieres un zumo?

Yon asiente, riéndose somnoliento.

—Ahora me lo hago.

—No, quiero preparártelo yo.

—Pero si yo también tengo dos manos. Mira. —Me las enseña y me rio. Mi obsesión por protegerlo y cuidarlo ha aumentado de forma drástica desde que hace dos semanas supe toda su historia y no puedo evitarlo.

—Pero quiero preparártelo yo —le insisto.

—Pues de paso me haces uno a mí, mija, que la vitamina C es muy necesaria para crear colágeno y esta carita tan hermosa que tengo ya va perdiendo fuerza.

Todos miramos a Karen, que se chuperretea los dedos de mermelada de uvas al ron.

—Me lo voy a pensar. —Sonrío.

—Yo también quiero —dice Teo.

Al final Yon me ofrece ir al súper a por pomelos y limones para hacer una jarra gigante para todos, qué remedio.

Por el camino vamos agarrados de la mano. En silencio. La ausencia de palabras se ha convertido en un estado que ambos disfrutamos cuando estamos juntos, pero esta vez no lo hago por disfrute. Tengo la sensación de tener un agujero en el pecho, llevo un par de días así. Es mi cerebro pensando en el final y no quiero que lo haga. Aprieto la mano de Yon y él me mira dulce.

—El presente —me recuerda.

Trago y le sonrío, sin saber si funciona. Quiero llamar a Sara o a mi hermana. Aunque quizás eso solo hará que me eche a llorar a moco tendido y arruine los días que me quedan con Yon. No sé hasta qué punto puedo forzar ser alguien que no he alcanzado a ser aún. Quiero serlo. Pero tengo que ser realista y aceptar que la mayoría del tiempo vivo entre el pasado y el futuro. Soy consciente de que no sé vivir el ahora con plenitud. El dolor es algo que sucede en mi pecho y no lo controlo, soy incapaz. Tal vez deba ir a terapia al volver… Admiro la capacidad de Yon de ser feliz con cualquier cosa y en todo momento.

En el súper quiero hablar con él de mil cosas, pero no me atrevo. Es como si algo superior a mí me impidiese seguir descubriendo más de Yon para evitar aferrarme más a él. La pena y la tristeza empiezan a ser constantes en mi interior.

Al volver al bungaló nos bebemos el zumo grupal y Yon y me mira en la distancia. Sabe lo que me sucede, pero no va a alimentar mi sufrimiento. Lo sé.

La representación de esta noche ha salido bien. No increíble, pero bien. La del viernes, sábado y domingo en la misma línea. Pero es que cuando Yon me besa, me toca y me habla actuando siento que el suelo me engulle. Estoy nerviosa e intranquila. He bostezado un montón de veces actuando estos días y Miren ya me ha llamado la atención diciendo que parece que Julieta se ha tomado un puñado de

somníferos, que espabile. No estoy durmiendo bien por las noches.

Hoy, último lunes de agosto, es el día elegido para el viaje a Oporto, ya que lo tenemos libre y podemos hacer noche para llegar mañana justo a tiempo a nuestra función de *Romeo y Julieta*.

Hemos madrugado un montón para poder disfrutar de nuestro paseo matutino con piraguas. Nos encanta hacerlo y nos hemos acostumbrado a recorrer las aguas anaranjadas y la paz juntos. Y esta vez he querido probar a hacer esquimotaje, ya que Alberto nunca me lo enseñó por razones obvias, aunque me he quedado demasiado tiempo bajo el agua porque soy muy buena en apnea y Yon se ha asustado mucho. Ha saltado de su piragua para socorrerme y no me ha dejado practicar. Se ha muerto de angustia y me lo ha dicho.

—¡Me has acojonado, Aura! ¡Mucho! Creí que… joder. ¡¿Cómo coño se te ocurre darte la vuelta un puto minuto y no avisarme?!

Ha sido la primera vez que le he escuchado decir tantos tacos seguidos. Le he explicado que soy aventurera y él ha dicho que eso no es ser aventurera, sino temeraria. Yo le he contestado que es casi lo mismo. Y él ha dicho que soy aprensiva para lo que me da la gana y luego me ha besado con mucho miedo en los ojos y pasión desenfrenada.

Yo me he reído internamente y también me he sentido decepcionada. Porque he descubierto que Yon, ni aun pensando que voy a morirme, ha cambiado de idea con respecto a marcharse.

Oporto es chulísimo. Yon ha planeado una parte del viaje y yo nada, simplemente le digo que sí a todo mientras me como chocolatinas de avellanas que he pillado en el súper del complejo y le escucho atentamente yendo de un lugar a otro. En tres horas recorremos un montón de sitios, incluida la librería Lello, que es más pequeña de lo que me imaginaba, pero preciosa. Luego bajamos por las calles empedradas viendo pasar el tranvía, edificios señoriales de fachadas de azulejos, galerías de arte y cafés con encanto en contraste con casas humildes y ropa tendida en las ventanas. Acabamos comiendo dos *francesinhas* espectaculares en la terraza de un barecito con farolillos de colores en la zona del río. Yon da un trago a su Oporto y entrelaza sus dedos con los míos sobre la mesa.

—¿En qué piensas? —me dice.

—En que esto es precioso.

—Sí, ¿verdad? Las vistas del puente desde aquí son increíbles. —Deja lentamente la copa en la mesa sin soltar mis dedos de su otra mano y me mira fijamente—. Aunque no es eso en lo que piensas.

—Sí que lo es.

—No me mientas. —Mueve su pulgar sobre mi mano.

—¿Para qué quieres que te lo diga? —digo en un tono más triste

de lo que pretendo.

—Porque es algo que te aturde y contármelo puede calmarte.

—Me dijiste que querías que viviésemos el momento y no afligirnos.

—Con respecto a que nuestros caminos van a separarse, no para que estés sufriendo por no expresar lo que sientes.

—Ya…

—Venga.

Nos miramos a los ojos y siento que me desvanezco.

—Esto destrozará el momento —le digo con un nudo de rabia en la garganta.

—Me da igual…

—No te da igual, joder.

Cierro mi mano en un puño, soltándome de la suya, y me clavo las uñas en mi palma.

—Estás confundiendo las cosas, Aura…

Agacho mi mirada al mantel bordado, sin abrir mi boca.

—Vivir el presente no quiere decir perfección —sigue diciendo.

—Y qué coño quiere decir. —Lo miro confusa.

—Quiere decir que si estamos enamorados no pongamos lastres. Quiere decir que le demos alas. Quiere decir que la vida da muchas vueltas y no sabemos lo que va a pasar mañana. Que somos muy jóvenes. Que estamos aquí sentados a las tres de la tarde mientras un fado suena de fondo y es hermoso. Que hacerlo así y ahora es lo que corresponde y lo estamos haciendo bien. Y eso implica intensidad y dolor y miedo también.

—Es que a mí me está doliendo más que a ti, creo yo… —Me muerdo el labio y Yon se ríe un poco.

—No te rías —le pido haciendo pucheros.

—Alguna ventaja tendrá que tener mi mochila, ¿no?

—¿Tu mochila?

—Cada uno llevamos una… de nuestra vida.

Desvío mis ojos al río y suspiro muy hondo. No puedo pensar en el pasado de Yon ahora o me echaré a llorar. No entiendo para qué me dice todo esto.

—Te odio —me escucho decirle de pronto—. Ahora mismo quiero pegarte. Quiero pegarte un puñetazo, lo juro. Me voy a contener porque sé que en un par de horas se me pasará y no quiero perder ni un segundo en discutir contigo. —Yon me mira con una mezcla entre devoción y seguridad que me repatea más—. Te odio por hacerme decirte estas cosas y por conocerme a este nivel, porque sé que buscas que me desahogue… y lo haces porque me quieres. Y ya puesta, pues… te cuento lo que realmente me aturde por dentro… Echo muchísimo de menos a mi sobrino. Tengo infinitas ganas de

abrazarlo y verlo sonreír, pero sé que cuando eso suceda será porque el verano habrá terminado y mi vida en Madrid habrá vuelto. Y no sé si eso me gusta ahora mismo. Y te odio por hacer temblar mis cimientos —le digo angustiada—. No sé cómo sentirme. No lo sé… Hasta he pensado en… —me detengo con el corazón a mil.

—¿En qué? —Yon me escucha atentamente.

Agarro mi copa, doy un trago al vino y la dejo. Pero la vuelvo a coger y me la bebo entera, hasta hacerla topar contra la mesa.

—En irme contigo a Japón —le suelto.

—Vale.

—¿Vale? —Abro mis ojos y mi respiración se dispara.

—Claro. Puedes venirte. —Se moja los labios y se encoge de hombros con naturalidad—. Mis padres no tendrán problema. La casa que nos cede la empresa de mi padre no es apabullante, pero es grande.

Me quedo paralizada. No me esperaba esa respuesta por su parte. En realidad no me esperaba ninguna respuesta porque nunca creí ser capaz de decirle lo que acabo de decir.

—Tendría que… —digo poniéndome en situación—. Bueno, tendría que mirar el vuelo y… decir que no a todo lo que me ha ofrecido Débora en la agencia… y despedirme de mi sobrino y mi hermana… de Sara, de mis padres… de vivir en Madrid… tendría que aprender un nuevo idioma, como mínimo inglés… y la cultura japonesa… eso… eso también.

—Es increíble.

—De horrible quieres decir, ¿no?

Curvamos nuestros labios, pero enseguida nuestras sonrisas se desvanecen y nos sostenemos la mirada. Los ojos marrones de Yon me calan hasta los huesos.

—Puedes venirte, en serio —me repite.

—¿Y… no puedes… aplazar la ida, o hacer el máster el año que viene…? —me atrevo a pedirle.

—Entrar en este máster es casi imposible, Aura… Los no nativos solo tienen derecho al 10% de las plazas. Es muy prestigioso, el mejor del mundo para perfilar mangakas. Y además quiero vivir allí unos años como mínimo.

—Pero… ¿tus padres no pueden hacer algo? —le digo desesperada, rozando mi límite ético—. Intentar ofrecerles un adelanto para que puedan reservarte plaza el año que viene, o…

—Mis padres no están en una buena situación económica ahora mismo.

—Vaya. Lo siento… Por… por lo que me has contado de vuestra vida en Santa Mónica creí que…

—Tenían mucho dinero, sí. Pero el socio de mi padre se la jugó

y cayó en bancarrota hace ocho meses. Todos nuestros ahorros desaparecieron. Ha sido una situación muy difícil en casa. Con este cambio esperamos recuperarnos.

Se me revuelven las tripas.

—O sea que no hay forma de que te quedes…

—No me hagas sentir mal, por favor —me ruega en un hilo de voz.

—No… eso es lo último que quiero… —le digo conmovida—. Es solo que llevo toda mi vida huyendo del dolor en las relaciones por lo que vi que vivió mi hermana, ya sabes. Y siempre había creído que el amor de verdad no dolía…

—El amor no duele si lo aíslas en una puta probeta —dice con cierta amargura—. Si lo sientes fuerte y te alcanza las venas y las tripas, coño, claro que duele cuando no estás en sintonía total con la otra persona en todo momento. Para que no doliera prácticamente no podría haber otra cabeza pensante, ni otra forma de ver las cosas y el mundo. Se tendría que evolucionar y crecer a la vez… ¿Tú sabes lo difícil que es conocer a alguien perfecto y encajar y que todo sea un sueño? No existe. Y además sería un aburrimiento. Peor que *La historia interminable*.

—¿No te gusta esa peli? —Arqueo mis cejas sorprendida.

—La odio. Casi tanto como tú a mí… —me dice con ironía.

Aprieto mi boca para contener mi sonrisa. Yon se muerde el labio y me derrito.

—Pensar que el amor no duele es una utopía —sigue diciendo—. Lo que realmente está detrás de eso es un miedo atroz a amar. Y tú y yo no tenemos miedo de amar.

—No… —susurro.

—Aura…

—¿Qué?

—¿Entiendes lo que quiero decir?

Suelto el aire contenido y relajo mis hombros.

—Sí. Que el amor de verdad no tiene intenciones dañinas. Pero que no las tenga no quiere decir que no te pueda doler la realidad, o las interpretaciones o decisiones de la otra persona.

Yon me ofrece su mano sobre el mantel y le doy la mía de nuevo. Nos miramos como dos tontos y sonrío.

—Ya estoy mejor.

—Me alegro.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me pone oírte hablar con esa seguridad?

—¿Te he dicho yo a ti lo mucho que me pone que te sinceres como lo estás haciendo conmigo?

—Ah, ¿sí? Pues ahora quiero que nos emborrachemos.

—Vale.

—Y que cantemos por las calles.

Yon se echa a reír.

—Perfecto. Aunque no sé qué canción coincidirá que nos sepamos los dos…

—Y que esta noche follemos en el hotel como si fuésemos expertos.

—No deseo nada más en el mundo que tener sexo torpe contigo…

Me echo a reír.

—Y mañana por la mañana quiero comer dulces portugueses hasta hartarnos. *Bolinhas* y bolas de esas que llevan fideos de chocolate por encima.

—Bufff, no sé yo lo que voy a comer de eso…

—Bueno, ya lo veremos mañana. Vamos a centrarnos en el ahora.

Yon me mira enigmáticamente. Mi cuerpo palpita entero y siento que el tiempo se congela. Entonces él se levanta y mueve su silla a mi lado, donde toma asiento sin dejar de mirarme, agarra delicadamente mi cara con una mano y me besa. Cierro los ojos y un cosquilleo me recorre la piel y creo que vuelo más allá del cielo soleado que tenemos encima. No sé cómo voy a soportar separarme de él. Sinceramente, no lo sé.

—¿Crees que hay algo después de la muerte? —le pregunto abrazada a él al amanecer, entre las sábanas arrugadas de este hotel de Oporto.

—No…

—Ya me esperaba esa respuesta, chico de ciencias.

Yon se ríe y besa mi frente. Anoche cumplió todas mis peticiones sin rechistar, pero me pidió venir al hotel a una hora decente mientras cantábamos bastante pasados *Clavado en un bar,* la única canción que nos supimos ambos. ¡Ni siquiera se sabía el estribillo de *I Will survive,* por Dios! Acaricio su pelo y me fijo en el color ambarino de la luz en su rostro, que dibuja una expresión tranquila. Sus brazos me rodean y me siento en casa.

—¿Y qué sentiste? —le digo.

—¿Cuándo?

—Ya sabes… cuando… todo se volvió negro.

Sé que es un tema muy duro, pero hablarlo hace que pueda entenderlo mejor y Yon me hace sentir que puedo preguntarle cualquier cosa.

—Mi madre llegó a tiempo, pero estuve a punto de no contarlo —y lo dice con una entereza que me asombra—. Llevaba unos días levantándome por inercia, dando clase por inercia… por aquel

entonces estaba en la Escuela de Dibujo, pero como no solía encontrarme con ánimos para ir, mi madre, en su obsesión porque no me derrumbara, pedía que un par de días a la semana me dieran clases a distancia. Y como pagaban un dineral me las daban, ya sabes.

—¿Y dónde estabas cuando te encontró tu madre?

—En la bañera… Qué típico, ¿no? —Mira a la ventana unos segundos y vuelve a mí—. No sé por qué a la gente le da por meterse en la bañera para rajarse las venas o cuando se pasan de dosis…

—A lo mejor es porque estás en un sitio en el que puedes sentir intimidad, estar desnudo y tumbado a la vez…

—No lo sé… yo lo único que pude dilucidar es que nada tenía sentido. Mi madre es muy fan de Whitney Houston y cuando salió la noticia de su muerte dijeron que la habían encontrado en una bañera. Ella repitió con la mano en el pecho ese dato y simplemente se me quedó grabado, durante meses y meses. Rebotaba en mi cerebro todo el rato. Cuando te sientes vulnerable cualquier cosa te afecta horrores.

—Se te escucha muy entero —le digo orgullosa.

—Es que estoy muy bien…

—¿Sí?

—Sí. —Sonríe plácidamente—. Me siento mejor que nunca… Me siento increíble, la verdad.

Acaricia mis labios con su pulgar y los mira. Me arde todo el cuerpo con solo sentir su mirada. Ese es el efecto que Yon produce en mí. Empuño el cuello de su camiseta y lo beso apasionadamente enredando mis piernas con las suyas. Siento que lo amo enfermizamente y que podría hacer cualquier cosa que me pidiera…, pero no me la va a pedir.

Los dos jugamos en silencio. Yon me quita el pijama y yo se lo quito a él. Lo respiro y todas las células de mi cuerpo se aceleran. Huele a limpio, a su perfume y a su piel. Sus manos se deslizan por todo mi cuerpo y después su boca, dibujando senderos entre mis pechos y mi ombligo. Luego sube hasta mis labios y me mira con una veneración que me deshace.

Su erección se clava en mis caderas y nos balanceamos. Alcanzo un condón de la tira que dejamos anoche bajo la almohada y se lo doy. Pero Yon no lo abre. Me penetra con sus dedos y besa con suavidad. Mi temperatura aumenta hasta la extenuación y le susurro que se lo ponga, hasta llegar al ruego. Yon me besa y me besa. Le digo que no puedo soportarlo, que necesito tenerlo dentro. Entonces Yon se lo pone y se hunde a mitad en mí, se detiene unos segundos y me embiste de un golpe hasta el fondo. Me retuerzo y mis caderas lo buscan. Empezamos a movernos, mirándonos a la cara.

—Después de ti no existe nada más… —me susurra—. Si te hubiese amado entonces jamás habría querido quitarme del mundo…

—No me digas eso…

—Es la verdad. Siento que me das una fuerza que jamás creí posible.

—Tú también me das una fuerza que jamás creí posible. Has cambiado mi vida… Me has hecho ver las cosas como nunca las vi antes. Me has hecho conocer el amor de verdad, nunca tendré palabras…

—No las tendré yo, mi vida…

Nos envolvemos con los brazos como idos, mordiéndonos la boca de angustia y de amor porque el tiempo se agota y ahora mismo siento que me moriré sin él. Aunque sepa que no es cierto, que nadie muere de amor por nadie, pero es lo que siento.

—Te amo —me dice.

—Y yo a ti…

La nube en la que nado junto a Yon es tan hermosa que solo puedo sonreír y dejarme arrastrar por sus manos. Aunque cuando terminamos, un pellizco interno me retuerce las tripas y lo abrazo con tanto ahínco que Yon se ríe diciendo que le estoy haciendo daño. Es que acabo de darme cuenta de que agosto se ha desvanecido ante mis ojos. Llega septiembre.

Y no quiero.

46

Queda muy poco para el final del verano y todos estamos nerviosos. Se palpa en el ambiente. Los secundarios no paran de decir que ha sido el mejor verano de sus vidas y que ojalá el Complejo Noriega vuelva a contar con ellos el año que viene. No sé yo porque Miren nos ha comentado que cumplen, pero que les falta mucha madurez. En cuanto a nuestras funciones de *Juana la Loca* en el Hotel Nevada, ya terminamos el mes de castigo y nos despedimos de los compañeros, aunque sin nada reseñable más allá de las jugadas en el casino. Lo que sí fue reseñable fue el gesto que tuvo Nadia, la hija del dueño, que buscó a Yon para despedirse y yo me emocioné al verlo decirle que le deseaba lo mejor del mundo y que, por favor, jamás se dejara invadir por nadie.

Aquí en el complejo, Karen lleva días preocupada por su hijo, que ha cogido un virus extraño y ha tenido que ingresar bastante dinero a su abuela para medicamentos, aunque parece que ya está mejor. Esmeralda anda muy estresada con las exigencias que el complejo impone a los camareros en cuanto a protocolo, ya que uno de los clientes más fieles ha protestado del servicio en general. Capo sigue con sus gayumbos horripilantes dando vueltas por cualquier bungaló, el suyo o el nuestro, expresando su amor a Karen en cada esquina. Teo podría decirse que vive con nosotras, durmiendo en la habitación de Esmeralda, claro. Hace un par de días por fin le ayudé en el número de magia que me pidió. Me sentí una salchicha metida en esa caja, pero todo salió bien.

Por nuestra parte, Yon y yo no nos despegamos ni para ducharnos. Esta mañana me ha sonreído esperándome desnudo con el agua encendida y nos hemos quedado abrazados bajo la cascada minutos y minutos, sin hablar. Tengo la sensación de que una nube negra se cierne sobre mí. Me siento en una especie de cuenta atrás que no sé cómo debo gestionar. Todas mis preguntas me rodean como un velo invisible que me persigue cada día y no desaparece. ¿Acaso tiene sentido nuestra vida juntos fuera de este verano?

Al salir del baño vamos a mi cuarto y nos vestimos. Luego Yon me dice que va a llamar a sus padres y me da un beso antes de marcharse. Mientras recojo un poco la leonera que es mi cuarto escucho sonar mi teléfono, pero no quiero cogerlo. No quiero porque es mi hermana Susana y ya ha detectado que estoy rara. El otro día me dijo que no la llamaba y cuando ella lo hace le escribo con la

excusa de estar muy ocupada. No quiero exponerme a su voz, y menos si es para que hable con Noel. Me derrumbaría, lo sé porque me noto inmersa en una burbuja muy sensible en la que nunca había estado antes.

Pero esta vez mi hermana insiste. Una llamada, y otra y otra…

Resoplo y descuelgo.

—¿Qué diablos te pasa? —escucho enseguida.

—Que estoy haciendo mil cosas, Susana —finjo voz acelerada moviéndome por la habitación—. No he podido llamarte.

—Aura…

—¿Mmmm?

—¿No te quieres venir a Madrid?

Me paro. Qué asquito, de verdad. Imposible engañarla.

—Bueno, estoy muy bien aquí, está siendo un verano increíble. Aunque tengo ganas de empezar mis nuevos proyectos en la agencia y eso.

—Ya… —dice en un tono muy raro.

—¿Y tú qué tal? —lanzo balones fuera.

Se crea un silencio absoluto en el hilo telefónico.

Mis latidos se aceleran mientras me parece, por el arrastre de una silla entre gentío de fondo, que mi hermana se sienta.

—Di algo, Susana —murmuro nerviosa—. Te he preguntado qué tal estás, no sé… además tengo un poco de prisa.

—No me has preguntado por Noel —me dice, claramente preocupada.

Siento cómo mi corazón se engurre.

—Ah, es eso… sí, bueno, te iba a preguntar ahora. Es que acabo de ver que tengo un montón de ropa para lavar y…

—Cierra el pico, Aura.

Trago muy despacio. Siento que mis ojos se me humedecen al segundo, pero para mi sorpresa sé que no voy a llorar. Apoyo la frente en el cristal de la ventana, derrotada. Me quiero morir.

—Sé que tienes que despedirte de él… que tal vez te estás replanteando tu vida para irte a Barcelona. Que una sensación de vacío y desazón empieza a asomar en tu interior…

—Te equivocas —susurro.

Susana resopla como respuesta.

—No es para irme a Barcelona, sino a Tokio.

—¡¿Qué?! —Sube el tono—. ¿Cómo que a Tokio?

—Lo que oyes.

—Pero… qué… Pero, cómo te… pero…

—Sí, eso.

Suspiro hondo, cerrando los ojos.

—Buuff, Aura.

—Un buf muy grande, sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Susana… —Abro mis ojos con lentitud.

—Oye… —Carraspea—. Voy a tener que dejarte. Soraya me está haciendo señales en plan histérica tras la cristalera de la cafetería y no sé qué ocurre. Tengo que volver a mi mesa.

—Vale.

—Si necesitas cualquier cosa…

—Lo sé. Pero es una decisión que debo tomar yo.

—Sabía que ibas a decir eso. Aunque esta vez llevas razón —añade, claramente entristecida.

—Ya…

—Noel se va a morir como te vayas…

—No me digas eso, por favor —se me quiebra la voz.

—Perdona. Bórralo de tu mente. —Coje aire sonoramente y lo suelta—. Joder, no tengo derecho a decirte eso. Como si no lo hubieras oído, ¿vale? Es que me has dejado flipada con… bueno, que te dejo. Un beso.

Cuando cuelgo estoy tocada. No hundida, pero sí bastante tocada.

El resto de horas hasta la actuación son agridulces. Todas agrias hasta que Yon aparece y las hace dulces. Quedan escasos quince días para que todo termine. Un tirabuzón de angustia sube y baja por mi garganta como reptil hambriento. Quisiera que estas manos que me estrujan el corazón y los pulmones no estuvieran ahí. Quisiera que la vida no fuera tan perra.

Casi me creo que ser valiente me hacía invencible…, casi.

La montaña rusa emocional en la que se convierten los días siguientes es comparable a los efectos de las drogas y sus posteriores bajonas. Nunca me he drogado, pero intuyo que se le acerca mucho. Me siento como en lo alto de una cima y un segundo después con la cara pegada al suelo, todo el rato.

Apenas doy crédito todavía a cómo demonios es posible que esté enamorada hasta las trancas de Yon López, a que me roce la piel y me deshaga, a que me mire y mi mundo sea equilibro…, y ya se acaba.

El lunes siguiente vemos atardecer juntos, alejados del complejo, sentados en unas hamacas que hemos solicitado en playa Oso, con un par de granizados de limón en la mano. Delante de nosotros, la luz ámbar se refleja sobre la pequeña charca que descubrimos semanas atrás y el aire cálido zarandea los juncos.

—Cuando era pequeño creía que el atardecer se producía porque el sol estaba cansado de escalar hasta lo alto del cielo —dice Yon—. Pensaba que al llegar arriba estaría tan agotado que tenía que lanzarse por un tobogán invisible hasta esconderse para dormir.

—Una imaginación fascinante desde pequeñito. —Sonrío, embobada en el atardecer, sintiendo que de pronto Yon me observa con detenimiento.

—Me flipan tus piernas…

Le hundo mi mirada despacio con el corazón disparado, avergonzada de pronto.

—No me lo habías dicho.

—No… —Sonríe con los ojos fijos en mis muslos y bebe granizado—. En realidad son tus rodillas, son absolutamente preciosas.

Aprieto una sonrisa.

—Yon…

—¿Qué?

—Eres muy raro.

Nos dedicamos una mirada íntima y sonreímos. Yon cambia su granizado de mano para coger la mía sobre el reposabrazos de la hamaca, y la acaricia con el pulgar. Somos casa.

—¿Qué soñabas ser de pequeña?

—Uy, pues… A ver, no sé… —Me encojo de hombros—. No lo recuerdo.

—¿No recuerdas tus sueños de niña? —dice incrédulo.

—Eso son americanadas, Yon. De las gordas —me burlo.

Se echa a reír.

—Puede ser… nací allí, ¿recuerdas?

—¿Crees que eso es importante? —Lo miro.

—¿Soñar que puedes ser Batman cuando eres un crío?

—Tener esperanza cuando no sabes nada de la vida. Creer en imposibles que harán que te estampes y te retuerzas de dolor al no poder cumplirlos.

—¿Hemos cambiado los papeles y no me he dado cuenta?

Niego riendo, sin despegar mis ojos de los suyos. Yon agarra mi cara y me besa, con dulzura y seguridad. Cientos de mariposas aletean en mi estómago.

—Me encanta cuando me besas así, por sorpresa —le digo.

Él se ríe de lado, deja un beso en mi nariz y de nuevo otro en mi boca.

—¿Crees que si me voy a Tokio seremos felices? —le pregunto con mi cara muy cerca de la suya, inmersa en la nube narcótica que me produce.

Yon me mira fijamente, meditando mi pregunta, y aprieta su mandíbula en silencio. El sol está en su parte más baja y su rostro tintado de ámbar es una visión espectacular, está increíblemente guapo. Y callado.

—Sí —dice al fin, tras largo tiempo—. Claro que lo creo.

Suspiro angustiada, porque no me convence su respuesta. Tengo una sensación rancia dentro.

—No quieres que vaya, lo has pensado demasiado. Demasiado. —Suelto su mano—. Sé sincero y acabamos antes.

—No es eso, joder…

Me pongo de pie, sintiéndome impotente.

—No lo dices convencido —le recrimino—. No estás seguro, Yon.

Él me mira desde abajo con esa expresión suya de vulnerabilidad que no soporto y que me parte el alma.

—Aura… —me suplica en un susurro.

Y solo me lo tiene que decir una vez para que detenga mis palabras de rabia. Noto cómo mi pecho se encoge mientras muevo indefensa mis ojos por su rostro.

—Siéntate, por favor —me pide haciendo un gesto con la mano en el hueco delante de él.

Cuando tomo asiento en su hamaca deja su granizado sobre la hierba y sin pensarlo dos veces me abraza con desesperación. Dios… Me abraza tan fuerte que creo que me va a romper. Nuestras piernas se acomodan solas y nos apretamos más, pegándonos todo lo que podemos al cuerpo del otro. Yon hunde su cara en mi cuello y respira trabajosamente.

—Me lo estás poniendo muy difícil —confiesa ahí escondido, como intentando luchar contra sí mismo—. Maldita sea —solloza.

—Calla… —Acaricio su pelo.

—Maldita sea…

—No hablemos más, por favor —le pido sufriendo, pensando que si hago que vuelva a sus recaídas no me lo perdonaré.

—Te quiero tanto… —Pasa sus nudillos por mi cara.

—Y yo a ti… —Se me corta la voz.

—Lo que pasa es que… No… no quiero que lo hagas por miedo a un final, Aura.

Parpadeo despacio. Necesito tomarme un instante.

—No lo entiendo… —musito—. Claro que tengo miedo a un final, Yon… Siento que me muero si no te vuelvo a ver…

Lo estrecho contra mí y hundo mis dedos en su espalda. Yon me aprieta también, con evidente angustia. Siento que me falta el aire. Tras unos segundos, despega su rostro de mi cuello. Seco sus ojos y él acaricia mi cara. Nos besamos con desazón y moqueo, antes de que volvamos a mirarnos.

—No quiero condicionarte —me dice—. Darte razones para que elijas quedarte o venirte. Pero no nos elijas por miedo a un final, por favor…, porque llegará, tarde o temprano llegará…

—Pero ya habríamos tenido una vida juntos…

—¿A qué precio?

Agacho la cabeza. No lo soporto… No lo soporto… Apoyo mi frente en su hombro desangelada. No veo la salida a este dolor que asoma en mi pecho. Sus manos acarician mi espalda.

—Mi vida…

—Yon…

Mascar la despedida. El final. Ser valiente. Tener que decir adiós a la persona que amas… Los días se deshojan ante nuestros ojos sin poder evitarlo. Siento que no he sido más feliz en mi vida. Una nueva sensación me embriaga que jamás he tenido antes, la de tener el alma limpia.

Yon y yo nos encontramos sobre el escenario, actuando. Es nuestra última vez encima de esta plataforma de piedra, testigo de tantos besos nuestros. Sueño con que esto tan bonito sea eterno y nunca tengamos que despedirnos ni renunciar al otro.

—*«¿Y no tiene labios el santo, lo mismo que el palmero?».*

Yon acerca su boca a la mía con una sonrisa y yo lo esquivo con otra sonrisa, dándome la vuelta.

—*«Los labios del peregrino son para rezar».*

Gozamos cada segundo y no ocultamos nuestro amor, le damos alas. Yon me besa por primera vez al final del primer acto, mientras suena de fondo *Still loving you*, de Scorpions.

—*«En mis labios queda la marca de vuestro pecado»* —le digo.

—*«¿Pecado de mis labios? Ellos se arrepentirán con otro beso».*

Vuelve a besarme. Siento que vuelo.

Todo transcurre tan rápido que me asusta, porque noto que todo empuja en otra dirección. Que muy pronto saldré de mi zona de confort, que era el complejo, este verano, Yon…

«¿No eres Romeo? ¿Ni tampoco Montesco?»… «Ni una cosa ni otra, ángel mío, si eso te enfada»… «Si te encuentran aquí te matarán»… «Más homicidas son tus ojos, diosa mía, que las espadas de veinte parientes tuyos»…

Los besos nos salen solos y siento que son trozos de abrazos. Los que necesitamos darnos hasta nuestro adiós.

—¿Te he dicho lo preciosa que estás con esa corona cuando los focos te iluminan? —me susurra Yon perdido en mis ojos, mientras estamos dados de la mano tras casarnos y el telón negro se cierra.

Niego sonriéndole. El corazón me va a explotar de amor.

Cuando bajamos las escaleras y entramos al cubículo, intento mantener mi mente en el ahora y disfrutar. No quiero darme la oportunidad de ahondar en la tristeza, pero es inevitable que me arañe y haga que mi mente centrifugue mis dudas. Me da pavor no volver sentirme así. Las manos de Yon acarician mi cuello mientras sus labios

lo besan y me dice que tiene que volver a salir a escena.

«Valor, amigo. Quizás sea leve la herida»… «Pregunta por mí mañana y me verás tan calmado como un muerto»… «Huye, Romeo. Teobaldo ha muerto y la gente acude. Si te alcanzan te condenarán a muerte. Huye. Huye»… «Soy un triste juguete de la suerte»…

Yon sale de escena y lo abrazo entre bambalinas, con el pecho encogido, pero pronto tengo que salir.

Los párrafos, las frases, los gestos y la flecha que apunta a la tragedia se suceden sin piedad, hasta que yacemos tumbados. Esto se acaba…

«Brindemos por mi dama. ¡Oh, cuán portentosos son los efectos de tu bálsamo, mi fiel boticario! Así, con este beso... muero»… «Yo aquí me quedaré, ¡esposo mío! Más, ¿qué veo? Una copa tiene en las manos. Con veneno ha apresurado su muerte»… «¡Dulce daga, descansa en mi corazón, mientras yo muero!».

Caigo encima del cuerpo de Yon y escucho los latidos de su corazón con los ojos cerrados, conteniendo la emoción que me desborda por completo. Y entonces escuchamos a Cristóbal decir por última vez eso de:

—*«Oh negra paz que nace con el día, que alumbra un sol dolorido. Salgamos y hablemos de estas tristezas: unos serán perdonados y otros castigados. Pues nunca hubo una historia más triste que esta, la de Julieta y su Romeo».*

47

La niebla lo envuelve todo al amanecer. Puedo verla a través de las ventanas del bungaló de Yon. Es espesa y hace que una melancolía aplastante me invada. Hoy es mi último día en el complejo, con Yon. Esta tarde todos nos iremos y este verano morirá como flor en invierno. El mundo me parece un lugar tan distinto a hace tres meses que mi mente no lo asimila. Percibe el 10 de junio, día en el que mis padres me trajeron al complejo, como varios años atrás.

Son las nueve de la mañana y Yon y yo estamos en su cocina. Él hace el desayuno, con sus chanclas negras y calcetines blancos de *Star Wars* puestos. Yo estoy sentada en la banqueta de la isleta, sonriente, mientras lo escucho decirme que para comer me preparará bento, que no tengo ni idea de lo que es pero no me apetece preguntarle. Prefiero mirar su espalda y su culo y sus formas, disfrutando de la canción japonesa de fondo que ha puesto, en la que ambos tarareamos el estribillo a la vez y que yo pronuncio algo así como «wanyi wanao wanyi», pero él no se ríe de mí, porque le encanta que lo intente.

Hemos decidido no salir a ninguna parte hasta después de comer, momento en el que nos despediremos de todo el mundo y daremos un paseo antes de marcharnos. Las maletas están hechas y todo recogido. Me ha dado pena vaciar mi habitación esta mañana. Mucha pena. Me he quedado mirando el ventilador apagado con el cuarzo aqua aura apretado en mi puño, pensando en el día que Yon me hizo aquella coleta con el asa de una bolsa en ese mismo lugar. De pronto Karen y Esmeralda han aparecido y me han abrazado por la espalda y nos hemos pegado una buena de llorar…, y de reír, porque a ellas les dolía la cabeza horrores de la resaca. Sí, anoche hubo fiestón en el complejo. Una de esas fiestas extravagantes de ricos para despedir el verano con atuendos *hippies* y flores de colores cayendo del techo, y a la que los empleados, en un momento determinado de la noche, podemos asistir. Pero a ellas se les fue la mano con los chupitos de anís. Yo no quise beber mucho porque por nada del mundo iba a permitir que mi despedida con Yon se viese empañada hoy.

Yon termina de servir los desayunos y deja suavemente ambos platos en la isleta, sin dejar de mirarme. Sonrío con un revoltijo de sensaciones contradictorias arañando mi interior. A él también le pasa, lo noto. Yon se inclina sobre mí con ternura y me besa sosteniendo mi barbilla, alargando el beso más segundos de la cuenta. Pienso que en

unas horas no podré volver a rozar su lengua nunca más y me dan ganas de vomitar. Alejo de mí ese pensamiento y me concentro en el beso, pero no sé si lo consigo. Supongo que una parte de mí a la que aún no quiero enfrentarme ya ha elegido quedarse en Madrid. Seguiré con mi vida y él seguirá con su vida. Tengo ganas de llorar, reír, gritar, pelear y hacer el amor con Yon a la vez.

Cuando su boca se separa de la mía y se sienta, pierdo mi vista en la pila de libros sobre la isleta que aún le quedan por recoger, taciturna. Luego, simplemente siento cómo el aire se comprime y un silencio distinto a todos los que Yon acostumbra a manejar nos aplasta los órganos. Él agacha su cabeza y el silencio se dilata lo que me parece una eternidad.

—Me asusta no volver a verte nunca —susurra.

Levanto mi mirada y acaricio su cara con delicadeza mientras nuestros ojos se vuelven brillosos. De pronto no siento pena, solo agradecimiento.

—A mí también —le confieso—. Me asusta muchísimo.

No desayunamos y apenas comemos. A pesar de que Yon ha puesto todo su empeño en hacer un oso panda con arroz y algas que me ha dejado anonadada. Hemos preferido estar en la cama, abrazados.

Hacemos el amor por última vez. Me esfuerzo por retener todos los detalles posibles y casi me odio por no ser capaz de memorizarlo todo, por saber que el paso del tiempo borrará sus huellas de mi memoria. Siento su olor a musgo, su respiración pausada y el peso de su cuerpo como una lluvia intensa que no quiero que termine nunca. Nunca.

Pero lo hace.

Cuando llega la despedida de Karen y Esmeralda empiezo a sentir que una parte de mí me abandona y mi cuerpo ejecuta sin que sea consciente, con la mente bloqueada.

Deseo a Esmeralda lo mejor en la carrera de Psicología que me confesó que quería iniciar, sintiendo un nudo en la garganta. Luego me dirijo a Karen. Agarro sus manos tostadas y le transmito mis mejores deseos para que pueda volver a Cuba y darle a su hijo la vida que merece. Capo y Teo, que también están en mi bungaló, se emocionan mucho abrazando a Yon. Y sin poder evitarlo acabamos en un abrazo conjunto y se escuchan los sollozos del grupo.

—Pues al final parece que todos vamos a llorar como desgraciados —gimotea Karen.

Sonrío triste mientras nos separamos. Moqueo y recorro los ojos de los que han sido mis compañeros durante tres meses. He vivido de manera tan intensa con ellos… Me llevo tantas cosas bonitas… Ahora me doy cuenta de que mi objetivo de vivir esta experiencia al máximo

se ha cumplido y eso me emociona. Suspiro hondo. El nudo en la garganta no amaina.

Yon me agarra la mano y doy un paso en su dirección. Solo tenemos una hora para estar juntos y queremos dar una vuelta.

En la calle la gente se despide, hay maletas y mochilas en los porches y mucho movimiento. Las hojas salpican el suelo y las nubes tapan el sol. Es uno de esos días que recuerdan a domingos por la tarde. Ya atardece antes y las temperaturas han bajado. De camino al acantilado de playa de las Rocas nos cruzamos con compañeros de los que no nos despedimos anoche. Los saludamos con una sonrisa y uno nos dice «que todo vaya bien, tortolitos».

Ascendemos el sendero sin hablar, acariciándonos con los pulgares las manos que tenemos unidas, mientras escucho el sonido de los guijarros bajo nuestras suelas. Estoy aterrada.

—Estarás deseando ver a tu sobrino… —me susurra Yon.

—Sí. La verdad es que me muero por abrazarlo.

Es lo único que logramos decir.

Cuando alcanzamos la cima y el lago aparece ante nosotros Yon se detiene, girándose hacia mí. Agarra mi cara y me besa con una desesperación con la que nunca antes lo había hecho. Noto que le tiemblan las manos y que toda la seguridad que ha mantenido este tiempo, con la que me ha apremiado a vivir el ahora con todas mis fuerzas, se desquebraja. Tiemblo yo también y cuando me abraza siento que no voy a poder superar este amor. La pena me agarra los huesos y creo que van a estallarme.

No puedo creerme que sea el final del mejor verano de mi vida. Ese en el que me he enamorado perdidamente y me he roto el corazón. Porque me lo he roto yo, por elegir vivir. Porque Yon merece las consecuencias. Y eso es lo que más me enorgullece, que todo ha sido decisión mía. ¿Acaso hay algo más que podamos hacer ante la vida?

Me fijo por última vez en sus manos. Beso sus dedos largos, sus nudillos gruesos. Hundo mi cara en su pecho mientras él besa mi pelo.

—El mundo debería de estar lleno de personas como tú —le digo.

Nos envolvemos con los brazos, estrujándonos. Mantenemos el abrazo durante minutos. Después nos buscamos despacio con los ojos, mirándonos con desaliento, y nos besamos de nuevo. Yon sumerge sus dedos en mi pelo y luego pasea tiernamente sus pulgares sobre mis pómulos para mirarme a los ojos.

—Nunca tendré palabras para agradecerte lo que has hecho por mí, Aura.

Gimoteo y él limpia mis lágrimas, mientras sostiene mi mirada. Poso mis manos sobre las suyas.

—Te voy a querer siempre. —Sonrío.

—Yo también a ti…

—¿Me llamarás?

Yon asiente con cara triste. Después se muerde el labio inferior con impotencia, y me sonríe.

El tiempo se agota mientras nos besamos rabiosos, confundidos, melancólicos…

Hasta que ya no queda nada y los segundos se esfuman.

Yon se separa lentamente de mí y se dirige en silencio a la zona de merenderos tras nosotros, donde busca algo en el suelo. Lo sigo sin decir nada, con el pecho apretado. La atmósfera está cargada de cosas indefinibles que no puedo expresar con palabras. Él se agacha y coge una piedra afilada. Luego se dirige al banco en el que estuvimos sentados aquel día, donde me quitó el vago de arroz de mi camiseta y yo me di cuenta de que me gustaba de verdad porque mis manos temblaban. Justo en el lugar donde estaban nuestros platos, empieza a arrastrar la piedra sobre la madera, y deja grabado:

«Yon + Aura».

48

Madrid aparece ante mis ojos y no sé lo que siento. Un vacío inmenso y perturbador me domina por completo. Hace cuatro horas que me he despedido de Yon, en su Jeep, cuando lo he acompañado con sus maletas. Mi hermana me había avisado de que les restaban quince minutos para llegar a recogerme y él me ha dicho que prefería no encontrarse con ninguna situación incómoda que le recordara su pasado en el instituto ni con mi hermana. Yo lo he entendido. Entonces nos hemos mirado a los ojos, conscientes de que era el adiós definitivo. Y nos hemos abrazado y desecho en caricias y besos otros cinco minutos, hasta que se ha marchado.

Huelo a él. Tengo la frente apoyada en la ventanilla y siento su olor por todas partes, como un susurro que solo oigo yo. Hoy hemos estado todo el día pegados y es normal, seguramente mi aroma también se haya quedado con Yon.

Suspiro hondo. Es de noche y el tráfico es ligero en la entrada a la capital. Mi padre comenta con mi madre algo sobre no ir a Bilgo y quedarse esta noche en Madrid a modo de capricho, pero casi ni les escucho. Los dos han venido bombardeándome con preguntas todo el camino y ahora que me han dejado, y que se han asegurado de que he cobrado los seis mil euros (en los que he omitido lo restado del primer pase en *Juana la Loca* por nuestro error), me apetece desconectar.

Cojo la mano que mi sobrino Noel tiene sobre mi pierna y cierro los ojos. Mi hermana está excesivamente callada. Supongo que sabe cómo me siento por dentro.

Veinte minutos después estamos aparcados en la puerta de nuestro piso, en paseo de Extremadura. Mis padres se bajan del coche y nos informan de que definitivamente van a hacer noche en un hotel y que el plan es ir a cenar por ahí.

—Pero quedaros en casa a dormir —les ofrece Susana.

—Es que entonces no tiene gracia, hija —dice mi madre.

Están jubilados y quieren disfrutar, claro. Yo les sonrío, despidiéndoles con un beso, y solo puedo pensar que Yon y yo no vamos a poder vivir nada de eso.

Me cuelgo la mochila al hombro y mi hermana me ayuda con la maleta para subir.

En cuanto cierro la puerta de casa, mi sobrino me abraza.

—¿Qué te pasa, tita Aura?

—No me pasa nada, cariño —le digo acariciando su pelo.

Aguanto mis ganas de llorar y trago con dificultad. Mi hermana Susana me observa unos segundos, sin hablar. Luego dice que va a preparar la cena y que me duche y me ponga cómoda.

—Noel, deja a tita tranquila, que viene cansada.

«Gracias», le digo sin voz. Noel me suelta y ayuda a Susana con lo que ella le dice. Pero como no puedo soportar verlo preocupado, voy hasta él y le hago cosquillas hasta que se carcajea y después desaparezco.

Dejo todo en mi habitación y me cuelo en el baño. No sé si quiero desprenderme tan pronto de este día, de la ropa que llevo, de los rastros de Yon… Pero creo que es lo mejor y estoy segura de que solo serán unos días raros. Después todo regresará a la normalidad, ¿verdad?

Suena un mensaje en mi teléfono y el corazón me da un vuelco. Debe de ser Yon. Me dijo que me escribiría en cuanto pudiese. Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla, secando mis manos con rapidez. Agarro el móvil sobre la pila del lavabo con una sonrisa nerviosa.

Yon.

Hola, Julieta. Se me hace muy raro escribirte
por aquí. Espero que estés en casa y que el viaje
haya ido bien. Yo he parado en Calatayud a comer algo,
aunque tengo el estómago cerrado, ya me conoces.
Todo me huele a ti y no dejo de pensarte.
Te echo horriblemente de menos.

Hola, Romeo. Sí, ya estoy en casa y todo
ha ido bien. Acabo de salir de la ducha y aún
no me creo que no vayamos a volver
a actuar sobre ese escenario nunca más. Ni volver
a desayunar juntos y jugar a la consola en tu bungaló.
Ya sé que no he debido hacerlo, pero… me he traído tu camiseta de
Nirvana. Perdona. Es que necesitaba algo
para pasar el mono estos primeros días.
Espero que no te importe.
Te quiero.

No me importa, mi vida.

¿Estás bien? ¿Cansado?

Algo, pero puedo conducir sin problemas…
llego sobre la una a Castellón.

Vale. Escríbeme cuando llegues.
Estaré despierta.

Yon se mantiene en línea, pero no escribe. Tengo unas ganas inmensas de llamarlo y de echarme a llorar como una magdalena de nuevo. Pero me aguanto y no lo hago, porque no quiero condicionarlo

en su viaje.

Mantengo la conversación abierta y espero con desesperación a que diga algo. Tras largos segundos Yon escribe, se detiene, y escribe de nuevo:

¿Crees que hacemos bien?

¿En qué?

En elegir nuestros sueños en vez de nuestro amor.

Mi respiración se acelera y una lágrima resbala por mi mejilla. Aprieto mi mandíbula y escribo con dedos trémulos:

Sí.

Siento que me voy a volver loco… No sé qué
voy a hacer esta noche cuando te busque
en sueños y no pueda oler tu pelo.

Dejo el teléfono sobre la pila con la barbilla temblando y me concentro en terminar de secarme y ponerme un pantalón. Seguidamente voy a la maleta y me cuelo su camiseta, llorando a moco tendido. Llorando porque acabo de mentirle. Porque no sé si hemos hecho bien. No lo sé, joder…

Siento que todo se ha tornado triste y sombrío. No me esperaba esta reacción por mi parte, la verdad. Creí que perseguir mi sueño y hacer lo que de verdad he querido hacer siempre superaría esta sensación de puño en el estómago. Pero ha pasado una semana y sigo igual. Yon… Una persona a la que he odiado media vida, aunque fuese por error. La persona que menos esperaba y tal vez sea lo más intenso y verdadero que vaya a vivir nunca. Y ese momento ya se ha ido. Ha terminado. Es como el niño que se pasa contando los días de su cumple un año entero y luego sucede en un parpadeo. Como la lluvia, como los días, como los años. Como todo en la vida. Qué pena ser tan volátiles.

Subo la persiana de mi habitación y la claridad me molesta. Tengo que ir a la agencia. Mañana empiezo a trabajar y Débora ya tiene nuevos proyectos para que firme. «Parece que estás en racha, señorita», me dijo ayer por teléfono. Debería estar muy ilusionada, pero hay algo que empaña mi estado de ánimo que no puedo controlar.

En casa no hay nadie, Susana está trabajando y Noel está en el cole. Sexto de Primaria ya… pienso que a esa edad fue cuando Yon llegó a Bilgo y sucedió todo lo que lo llevó a querer desaparecer del mundo y se me rompe el corazón. Borro esos pensamientos de mi

mente y voy a la cocina, donde veo que mi hermana ha dejado algo sobre la encimera. Es una magdalena de arándanos junto a un pequeño dibujo de Noel, en el que ha hecho la forma de un corazón con papeles recortados, y una nota:

«Anímate, por favor».

Doy un bocado al dulce y me lo como con una sonrisa. Mi hermana está preocupada. Tengo que sobreponerme, lo sé. Esto no puede durar mucho más. Entiendo que ha sido mi primer corazón roto y que algún día tendría que llegar. Aunque todo el mundo lo supera. Tengo que ser fuerte, me digo. De modo que pongo música en el móvil mientras me visto y canto *Pour it up* de Rihanna como si se acabara el mundo. Pero cuando paso al baño a lavar mis dientes acabo escuchando música japonesa.

Yon y yo nos escribimos todos los días todo el tiempo que podemos, aunque con la diferencia horaria es complicado. Lleva un par de días en Tokio y no para de mandarme fotos de todo lo que hay allí, que es increíble, la verdad. Una cultura totalmente distinta a la nuestra. Dice que lo está pasado mal por no poder tocarme. Yo le digo que también. Aunque luego nos damos fuerzas y vemos que debe pasar el tiempo un poco más. Los dos somos inexpertos en el amor y tal vez por eso la situación se nos queda grande. Antes de irse a Japón me llamó para darme la noticia de que Paloma, su psicóloga, le había dado oficialmente el alta. Me emocioné tanto pensando en todo lo que había superado, que casi no era capaz de hablar.

—Me alegro mucho, Yon —sollocé.

—El último tramo te lo debo a ti…

—No me debes nada.

—Claro que sí. Has hecho que arriesgarme a quererte mereciera la pena. Todo mi pasado ha cobrado sentido gracias a ti.

Salgo de casa y me hundo en el metro. Ya en Alonso Martínez me dirijo al edificio señorial de la agencia. Termino las gestiones con Débora y en cuanto pongo un pie fuera de la oficina, veo que Sara está esperándome de brazos cruzados, con gesto alegre junto a la máquina de cafés.

—¿Vamos a comer?

—Son las doce. —Me rio.

—¿Y qué?

Niego con la cabeza, manteniendo la sonrisa mientras la alcanzo. Sara me lanza el brazo al cuello y me lleva hasta ella para darme besos por toda la cara.

—¡Ay! ¡Para! —La aparto entre risas.

—He quedado con un par de chicos, ¡venga! ¡No hay tiempo que perder!

—¿De chicos? —La miro con curiosidad—. ¿Entonces ya pasas

de las almejas?

—Qué va, sigo igual. Almejas y plátanos. Pero a este chico lo conocí el otro día y es tan especial… y su amigo ni te quiero contar.

—No me apetecen chicos ahora, Sara, ya lo sabes.

—Tampoco es que tengas que hacer nada. Solo acompañarme. Un aguacate por aquí, huevos revueltos por allá. ¡O cañas! ¡Mejor cañas! Estoy harta de desayunos tardíos. Al final siempre desayuno dos veces y nunca como plato de cuchara.

—Eso es porque eres una agonías que nunca sabe esperar a las malditas dos de la tarde.

—Venga… —Sara me hace un puchero.

—No me líes.

Avanzo por el suelo de damero, hasta que abandono la planta. De pronto escucho a Sara persiguiéndome escaleras abajo como una loca.

—No, para, Aura. Es que…

Hago oídos sordos y cuando piso la calle me topo con un par de chicos, con vaqueros y gafas de sol, que se me quedan mirando.

Frunzo el ceño y la cara de Sara aparece delante de mí.

—E-Ellos son…

Me detengo resoplando.

—Ricardo y Diego —dice uno de ellos.

—Hola… —les digo.

—Ella es mi amiga Aura.

—Encantada.

Les hago un gesto con la barbilla y sigo caminando.

—Espera, Aura… —Sara toca mi brazo, pero no me detengo—. Perdonad, chicos. No es un buen momento. ¿Me dais un número y vemos qué podemos hacer para enmendar este infortunio?

Estoy alicaída, pero me tengo reír internamente. Que le den un número, dice. Esta Sara… Está claro que los acaba de conocer.

Continúo andando. Pero conforme avanzo me invade la sensación de no haber actuado bien con ella. Tampoco pasaba nada porque me hubiese quedado acompañándola. Sin embargo, la idea de tener que aguantar al amigo del susodicho me resulta indigerible, y eso que parecían simpáticos. El pecho se me estruja como reacción y creo que me falta el aire. ¿Qué me pasa?

Enseguida Sara aparece a mi lado y se mantiene en silencio, ajustando sus pasos a los míos, que cada vez son más lentos. No dice nada. Yo tampoco. Un par de minutos después le susurro que lo siento.

—No pasa nada… —Coge mi mano.

—Sí que pasa. Me he comportado como una estúpida.

—Un poco. —Se encoge de hombros—. Pero el tío me ha dado su número y me ha invitado a un concierto de su banda el sábado, así

que te vienes y todo arreglado.

—Vale. —Le sonrío triste.

—Joder, Aura…

Sara se detiene, mirándome a los ojos compasiva, y me abraza. Rodeo su cuerpo con mis brazos como un náufrago se aferraría a un bote salvavidas. Apoyo mi frente en su hombro y cierro los ojos.

—Me siento desgraciada —le confieso.

—Esto pasará…

—¿Entonces por qué duele tanto?

—Porque la vida siempre se las apaña para encontrar nuestro punto más débil. Porque el dolor nos hace reales, que nos sintamos vivos. No querrás ser una de esas personas aburridas que nunca hace nada más allá de ver la tele, ¿no?

Sara agarra mi cara entre sus manos y me obliga a que la mire. Niego con la cabeza.

—No… pero pensé que sería más fácil. Que no tendría esta sensación constante de agujero en el pecho.

—Estáis a diez mil kilómetros de distancia. Habéis elegido hacer vuestras vidas. Estás viviendo de lo que siempre has querido, de tu talento, tu futuro pinta bien. Estás junto a tu hermana y tu sobrino en la ciudad que amas. No todas las historias que merecen ser vividas pueden durar para siempre.

Mientras miro los ojos oscuros de Sara me vienen a la cabeza un montón de recuerdos, que no puedo controlar. Son cosas que no van a volver pasar nunca y que ya no puedo hacer realidad. Resbalar mis dedos en su pelo corto, dejar que sus besos me invadan de ternura, sentirme protegida entre sus brazos delgados, hundir mi nariz en su cuello, rozando su piel, escuchar los susurros de su voz melancólica cuando mira mi cuerpo. Tenerlo dentro mientras hacemos torpemente el amor y ver esa expresión de vulnerabilidad en su cara. Sentir que se deshace si no me toca.

Me quedo paralizada, sin decir nada, porque sigo perdida sin él y eso me asusta. Me he separado del hombre que más he querido en mi vida y ahora no entiendo por qué lo he hecho.

Sara acaricia mi pelo.

—Venga, mujer, que te invito a un brownie con helado de vainilla.

Voy dejándome llevar. Me imagino cada día como una opción que he elegido y me concentro en el presente, como aprendí a hacer con Yon y fui capaz de llevar a cabo por momentos. En el trabajo lo paso bien, la verdad. Hacerme fotos con zapatos preciosos me encanta. Lo de ensayar para el papel secundario de la obra de teatro que representaré en un mes, no tanto. Porque todo me lleva a él, claro. Porque me

asfixio y tengo que salir a la calle a tomar el aire y la gente me mira raro.

Por las tardes llevo a mi sobrino a fútbol y voy a verlo cuando juegan partidos los fines de semana. Paso todo el tiempo que puedo con él porque me da felicidad. Jugamos al *Horizon* tantas veces como podemos sin que se entere mi hermana, que suele dedicarse más a cocinar y hacer la compra porque lo prefiere. Ahora ha empezado a ir al gimnasio un par de veces a la semana, está muy estresada en el trabajo y me pidió ese momento. Le dije que no había problema. Fue otra excusa más para estar con Noel y evitar quedarme sola y pensar en lo rota que me siento.

Cuando experimento ese dolor me consuelo. Constantemente me digo que debía ser así. Que debía descubrir que Yon no era la persona que había traicionado a mi hermana. Que tenía que liberarme de prejuicios estúpidos. Que tenía que aprender por fin a vivir una relación madura con todas sus aristas en la que me enamorase locamente de alguien sin miedo. Que todo ha sido para aprender y la vida sigue.

Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, de llevar un mes siguiendo un plan en el que no me permito pensar en nuestro verano ni regodearme en el sufrimiento, me levanto llorando cada mañana, preguntándome por qué me siento como si un monstruo me hubiera comido el alma.

49

Los recuerdos me ahogan. Sudo entre las sábanas y no logro conciliar el sueño. Yon y yo hablamos a todas horas y últimamente apenas duermo. No hago otra cosa que pensar en el momento en que voy a escuchar su voz en un audio, a ver sus ojitos en una videollamada, a oír el eco de su risa. La diferencia horaria ha hecho que mis ojeras se hayan quedado tatuadas en mi rostro. La falta de horas de sueño me produce fallos de memoria y las taquicardias son constantes. Mi ansiedad al pensar que jamás volveré a ver a Yon en carne y hueso aumenta por momentos. Esto no tiene sentido. No puedo seguir así.

—Tienes que olvidarlo, Aura —me dijo mi hermana la otra noche mientras cenábamos—. No puedes ir como un maldito zombi por la casa. Estás irritable, no atiendes a nada más que al móvil. Ya han pasado tres meses…

—¡Pues no es suficiente! —le grité.

—No me hables así —me advirtió señalándome con el dedo—. Puedo entender que estés jodida, muy jodida, pero eso no te da derecho a culpar a todo el mundo. Tú has elegido esto.

—Eso es… —Me tapé la cara con las manos y me eché a llorar sin consuelo—. ¿Entonces por qué me siento así? No lo entiendo.

—No hay que entenderlo… A veces el amor nos eleva, nos lleva a la gloria y después, simplemente, nos deja hechos trizas.

—He perdido la ilusión por todo —sollocé despegando mis palmas de mi cara—. Siento que mi vida no tiene sentido sin él. Yo era feliz, joder… y me odio por eso.

—Lo sé… pero tienes que vivir el duelo de dejarlo ir. Ya sé que es la primera vez que tienes que enfrentar algo así, pero tienes que hacerlo, Aura. —Aclaró su garganta y suspiró, examinándome con preocupación—. No tienes buen aspecto. Tengo miedo de que esto vaya a más y te acarree alguna enfermedad.

—¿Crees que soy débil, es eso?

—No, qué va. Es solo que… Yon y tú estáis en contacto constante. Tal vez eso no sea lo que os…

—No lo digas —la detuve irritada—. De hecho, no digas nada más. Me voy a dormir.

—Si puedes…

La miré furiosa. Y sé que mi hermana lo está haciendo por mi bien, pero la presión no me ayuda.

Abandono mi cama y voy a trabajar después de enviar un audio

de tres minutos a Yon, en el que le cuento que la obra que representamos en el Teatro Apolo los sábados va bien, que tengo un par de anuncios para televisión firmados y que casi no soporto lo que lo echo de menos. Él está igual. De hecho hace tres días, mientras me contaba todo lo que está aprendiendo en el máster y me enseñaba algunos dibujos, me dijo que se había pasado la noche llorando, recordando la cena que tuvimos junto al lago sentados en la piragua, antes de darnos el primer beso de verdad.

No podemos controlar nuestros impulsos. Las emociones nos desbordan y llevan semanas siendo ingobernables. Miedo, pena, rabia, desesperación. Expreso mi angustia a Yon porque no me cabe en el pecho y él me la expresa a mí por lo mismo. Aunque ninguno propone nada. Estamos bordados de tristeza y la necesidad del otro ya hace semanas que pasó el límite de lo peligroso.

Después de una mañana movidita en el barrio de Salamanca, me despido con prisas del par de chicas con las que he trabajado de azafata para el lanzamiento de una marca de joyas de lujo. He estado las tres horas que ha durado el evento sufriendo, deseando quitarme la gargantilla de oro blanco con diamantes que costaba la friolera de sesenta mil euros por miedo a que le pasara algo.

En cuanto piso la calle descuelgo la videollamada de Yon y me apoyo en una fachada, colocándome la bufanda. Es diciembre y hace mucho frío. Allí son las diez de la noche y me cuenta que no le apetece cenar, que su día ha sido duro y que no está muy animado.

—Ojalá estuvieses aquí —me dice.

No lo veo bien. Tiene la cara muy pálida y su tono de voz es más bajo y melancólico que de costumbre. Lo noto agotado desde hace días. Los dos lo estamos. Suspiro hondo, sin saber qué decirle. Empiezo a pensar que esta situación nos destruye por momentos. Pero no puedo verbalizar eso en voz alta, esto mantiene vivo nuestro verano y soy incapaz de cortarlo. Las tripas se me retuercen si lo pienso. Soy una puta yonki.

Mi hermana me llama, pero ignoro su llamada. Llevo media hora hablando con Yon en la calle y ninguno cuelga. Continuamos hablando de muchas cosas… el tiempo que hace, los restaurantes de Tokio, mi zona favorita de Madrid, las nuevas canciones que Yon ha descubierto… Mi hermana me llama otras dos veces en ese tiempo. Pero no dejo de hablar con Yon hasta que él me lo pide, porque necesita descansar. Y entonces me marcho de donde estoy.

Cuando entro en casa mi hermana me está esperando sentada en el sofá, muy cabreada.

—Perdona… —le digo, dejando las cosas en el aparador y volviendo a mirar el móvil.

—Noel ha estado esperándote para ir a fútbol —me recrimina.

—Es verdad. Lo siento, ¿dónde está? —Ando hacia su habitación—. ¿Noel?

—Se ha ido con el padre de Lucas, que ha venido a recogerlo.

Sostengo su mirada incisiva unos segundos, quiero volver a decirle que lo siento, pero no va a servir de nada. Le retiro mis ojos y me cuelo en la cocina, donde alcanzo un par de rebanadas de pan del armario y queso de Burgos de la nevera.

—Ni siquiera has comido, ¿verdad? —escucho la voz áspera de mi hermana a mi espalda—. Todo por hablar con él… apenas duermes por hablar con él, ya ni siquiera juegas con Noel por hablar con él…

No le digo nada. Sé lo que sigue y no quiero discutir, pero me noto muy nerviosa. Tengo que dejar la cafeína. Coloco el par de rebanadas en la tostadora y acciono la palanca con dedos temblorosos. Abro el recipiente de queso, que vuelca, y el suero se derrama sobre la encimera. Pongo el envase de pie y alcanzo un cuchillo, que se me cae al suelo de entre los dedos. Me agacho a cogerlo y lo tiro en el fregadero.

—Aura… para —me pide Susana.

Abro el cajón y agarro otro cuchillo, pero al partir el queso me hago un corte en el pulgar. Me quejo sonoramente y sigo partiendo por pura inercia.

—¡Aura, para! —Susana agarra mi muñeca con fuerza y me arrebata el cuchillo—. Estás mal, ¡¿no te das cuenta?! ¡Tienes que parar esto!

—¡No voy a dejar de hablar con Yon! ¡¿Me has oído?!

Me suelto de su agarre.

—¡Sí! ¡Claro que te he oído! ¡Solo sabes decir eso, maldita sea! —Deja el cuchillo en fregadero y, tras coger aire y soltarlo, me mira de reojo con dureza unos segundos—. Mamá y papá van a venir el fin de semana.

—¿Qué? ¿Para qué? —Me chupo el pulgar y trago la sangre del pequeño corte—. ¿Se lo has dicho?

—Se lo vas a decir tú, que estás atacada de los nervios, que la ansiedad no te deja dormir y que necesitas ayuda.

Sacudo la cabeza histérica.

—No…

—Sí. ¡Claro que sí!

—¡Te odio! ¡¡Te odiooo!!

Abandono la cocina en zancadas y me pongo a dar vueltas en el salón, ciega de angustia y de rabia.

—Esto no es sano, Aura. ¡¿Es que no lo ves?!

—¡Lo que no es sano es poner distancia a un amor como el nuestro! —le grito llorando—. ¡Lo que no es sano es dejarnos influir por esta puta sociedad narcisista de mierda que dictamina el amor

propio sobre todas las cosas y que ahora está tan de moda! ¿Qué pasa cuando alguien es buena persona y te ama? ¿Cuando solo te hace bien y te eleva más alto de lo que jamás creíste posible? Elegí mi sueño y lo dejé hacer lo mismo, joder… y ahora estamos sufriendo, enfermando de pena…

—Pues vete a Tokio y deja de culpar al mundo de tu desgracia. ¡Vete a Tokio y déjanos aquí a Noel y a mí! ¡Haz una nueva vida allí y quédate con Yon!

—Y qué haría yo sin vosotros, ¿eh? —Sorbo los mocos con el rostro empapado en lágrimas—. No puedo dejaros aquí. No sé cuándo volvería a veros… yo…

El nudo en la garganta no me deja seguir. Me detengo en mi movimiento pendular, agotada, y dejo caer mis brazos a ambos lados de mi cuerpo, agachando la cabeza.

—Pues entonces tienes que dejar de hablarle, cariño. —Susana se acerca a mí y acaricia mi pelo—. Estás en un círculo vicioso… lo estás viendo. Tienes que parar…

—No puedo. Lo amo… lo amo…

Susana me estrecha contra ella con fuerza y rompo en llantos. Me siento desesperada de impotencia porque no puedo. Soy incapaz de cortar el hilo que me ata al eco de lo que Yon y yo hemos vivido juntos.

No es hasta dos semanas más tarde, justo después de Navidades, cuando Yon me llama y me dice algo que no esperaba.

—Esto no… no me está haciendo bien, Aura. No quería decírtelo, pero he tenido que volver a tener un par de sesiones con Paloma. —Me muerdo el labio con desazón, sintiéndome terriblemente culpable por haberlo llevado a este punto de nuevo—. Creo que es mejor que no hablemos por un tiempo. Al final cada uno está en un continente, con una diferencia de siete horas, y prolongar esto no tiene mucho sentido.

Sus palabras son cuchillos atravesando mi abdomen. Sé que eso se lo ha dicho Paloma. Lo sé, con toda seguridad. Le ha soltado la mierda del discurso de «tú piensa en ti». Primero tú. Tú. Tú. Y otra vez tú. Él no quiere decírmelo, pero lo sé. Estoy en un pozo sin salida. Aunque en el fondo sé que no soy la causante de su mal. Es esta situación en la que hemos puesto tierra de por medio y nos hemos equivocado.

Eso no hace que duela menos.

Los días siguientes me siento morir. Como una adicta sin su droga. Unas sacudidas nerviosas me asaltan de madrugada y he tenido que empezar a tomar ansiolíticos tras el ataque de ansiedad que me dio la noche que Yon me dijo que todo había terminado, con en el que

tuve que acudir a urgencias.

El tiempo sucede sin él y siento que me voy a volver loca. Ejecuto cada acción como una autómata. Sé que mi cuerpo solo está reaccionando a su ausencia, nadando en la obsesión en la que esto se ha convertido, que no es el reflejo del amor que nos tuvimos. Nosotros no teníamos nada que ver con esto. Nosotros construimos algo precioso, sano y orgánico. No me puedo creer cómo se ha transformado en algo tan ponzoñoso. Sé que es mi cabeza surcando el delirio y quiero cambiar este enfoque, pero me cuesta un mundo.

50

Enero termina y me encuentro algo mejor. Ya he dejado las pastillas y parece que mi ánimo ha mejorado. Me pregunto una y otra vez cómo estará Yon y qué estará haciendo. He sentido mil veces el impulso de escribirle. De contarle que he conocido por casualidad en la agencia a un fan acérrimo de sus cómics y que he tenido que fingir que no lo conocía mucho, porque me hace daño hablar de él. Sé que tiene decenas de miles de seguidores en su instagram @YLópezR, pero Yon me confesó en el complejo que no lo gestiona él porque no le van las redes, lo hace un compañero que tuvo en Barcelona. No sé hasta cuando debemos estar así, sin poder hablar. Si seremos capaces de mantener el contacto de otra forma más adelante o jamás podremos hacerlo. Eso me entristece mucho.

Hace un frío que pela en Madrid y he cogido un refriado de caballo. Voy con la nariz roja y sorbiendo mocos a todas partes. Lo bueno es que no es por Yon. He logrado pequeñas mejoras en cuanto a mi gestión del dolor y los recuerdos y eso en parte se debe a que he ampliado mi círculo social. Mi vida meses anteriores al complejo se cernía a mi hermana, mi sobrino y Sara. Y estoy intentando cambiar eso. Hacer planes que no me apetecen con gente nueva, que al final resultan ser divertidos. El otro día estuve en unas clases de cocina india que me fascinaron. También me he apuntado a un *tour* de observación de estrellas con Elsa y Matías, dos nuevos integrantes en la agencia con los que me topé el otro día por los pasillos.

El día de los enamorados lo paso mal. Qué tontería. Una fecha más de consumismo y regalos horteras, pero algún día había que celebrar el amor y le tocó al 14 de febrero. He cogido el teléfono varias veces y he entrado en su chat. Yon sigue con la misma foto de perfil desde que lo conozco, ninguna. He empezado a escribir, pero luego lo he borrado. Pienso que habrá conocido a alguien, a alguna chica de esas que le gustan a él tipo Vega Noriega, que en Japón debe de haber a montones, y que me habrá olvidado y me salgo.

Los días son como un rocódromo gigante por el que voy escalando cada vez más alto y mejor. Mis emociones por Yon han quedado aisladas de alguna forma y no quiero tocar lo que sea que siento por él. Prefiero mirar hacia delante y seguir escalando.

He retomado mis momentos con Noel y vuelvo a las conversaciones nocturnas con mi hermana en la que nos vemos alguna serie y nos tomamos algo, que en su caso suele ser un licor, o dos si el

día ha sido duro. En mi situación el alcohol no me hace bien, así que me abstengo.

—Estoy orgullosa de ti —me confesó ayer antes de irse a dormir y me dio un beso en la frente.

Casi me siento recuperada. Los primeros días de marzo asoman y esta época siempre me da alegría. La única duda que me corroe inevitablemente por dentro es qué será de Yon. Qué será de ese amor que nos profesábamos, adónde habrá ido, a tomar forma de qué.

He cogido la costumbre de comer los fines de semana con gente de la agencia y de ir al cine los domingos. Dos cosas que me encantan y que me tomo como una religión. El domingo pasado el chico que estaba sentado a mi lado en la sala no dejaba de mirarme. Al final de la película se dirigió a mí para preguntarme si me había gustado, le respondí que había sido entretenida y él se me quedó mirando como para seguir la conversación, pero yo me centré en hablar con Sara y se marchó. No me siento preparada para eso. O al menos no me sentí ese día. Y lo último que quiero ahora es presionarme.

Hoy tengo un día de los de no parar. A primera hora grabo un *spot* de gafas de sol. A media mañana voy de azafata a un evento donde se presenta el nuevo Mercedes. Por la tarde tengo una prueba para hacer de extra en una serie de época, en la que haré el papel de una de las limpiadoras del hotel y digo dos frases: «¿Qué desea, señora?» y «De primero habrá sopa de verduras». Y por fin a las siete y media estoy libre como el viento.

Acabo agotada. Voy camino del metro andando como una momia. Sara me ha invitado hace unas horas a cenar comidas extrañas. Y con extrañas se ha referido a bichos, insectos de todo tipo hechos a la parrilla, que por lo visto están muy sabrosos. Me han dado unas ganas de potar que creí que me daba algo en la cola del *casting*. «A las nueve te llamo», me ha dicho en un audio. Ni le he contestado. ¿A comer saltamontes fritos? Que me espere sentada.

En cuanto llego a casa me doy un baño relajado con sales de lavanda y escucho música en la radio. Qué gusto, por favor. Media hora después salgo y me parece que soy otra persona. Me pongo ropa cómoda y me tiro a leer en la cama el *thriller* que me tiene tan enganchada, mientras la música sigue sonando. No hay nadie en casa, una situación poco habitual últimamente. Susana y Noel están de cumpleaños y quiero disfrutar de este momento.

Tras quince minutos de pasar páginas me ruge el estómago sin control. Creo que voy a pedir sushi, tengo antojo desde hace días y va a ser que hoy sí. Aunque quiero terminar el capítulo en el que estoy inmersa porque odio dejarlos a medias, así que me pongo a leer. Pero suena mi teléfono. Chasqueo la lengua y volteo los ojos abandonando la cama a regañadientes. Debe de ser la pesada de Sara para insistirme

en que vaya a cenar escarabajos.

Agarro el teléfono sonriendo y veo «Yon llamando…». El corazón se me sube a la boca y me quedo paralizada. Contengo el aliento y durante unos segundos, no sé cómo reaccionar. El teléfono me tiembla entre las manos y miro la pantalla de nuevo para comprobar que es él quien me llama. Trago, con la adrenalina por las nubes. Allí deben de ser las cuatro de la mañana. No me parece raro porque es lo que hacíamos constantemente para poder cogernos. Por un momento me pienso si descolgar. Se me ocurren mil motivos por lo que Yon podría llamarme para decirme algo que no me gusta y me da pánico. Estoy tan nerviosa que mis rodillas flojean de pronto. Veo puntitos blancos y creo que voy a marearme hasta el punto que tengo que apoyar mi mano libre en la pared. Pero no puedo ignorar su llamada, tal vez nunca más vuelva a repetirse algo así.

Cojo aire muy profundo y me armo de valor. Descuelgo y me llevo el móvil a la oreja, despacio. Ninguno de los dos dice nada durante unos segundos. Escucho su respiración pausada. Puedo sentir la tensión a través del hilo invisible que nos une.

—Hola, Julieta… —susurra.

Dios, su voz. Siempre tan turbia y espesa, con ese puto decadente. Sigue siendo pura droga para mí. Una ráfaga de recuerdos explota en mi cerebro como bomba de guerra. Intento mantenerme fuerte, como he aprendido a hacer estos dos meses desde que no hablo con él. Pero no puedo. Siento que todo mi esfuerzo por olvidarlo estas ocho semanas se rompe a pedazos en este instante. Estoy hiperventilando, necesito sentarme en la cama.

—Yon… —exhalo mientras tomo asiento en el colchón.

—¿Cómo estás, mi vida?

Me echo a llorar desconsolada. Yon me habla como siempre. Con esa ternura infinita que me desgarra el alma.

—Bien… estoy muy bien… —sollozo, y me pienso si decirle lo que realmente quiero decirle por miedo a no quiera seguir hablando. Aun así, me atrevo—. Te echo mucho de menos… ¿Y tú cómo estás?

—Estoy bien, muy bien. Me siento totalmente recuperado…

—Me alegro mucho…

—Pero también te echo muchísimo de menos, Aura. Muchísimo. Mi vida…

—¿Cómo te va en el máster? —Limpio mis lágrimas entre gemidos—. ¿Estás contento?

Yon no me contesta, y no es uno de sus silencios, también está emocionado. Lo sé por su respiración entrecortada. La tensión entre los dos es palpable.

—Cuéntame… —me pide con voz contenida—. ¿Qué has estado haciendo este tiempo?

—Pues… no sé… He estado trabajando, he hecho planes con mi sobrino Noel, con Sara, he conocido a gente nueva en la agencia, y… bueno…, he intentado hacerme a la idea de que todo había terminado entre nosotros, que se acabó.

—¿Y lo has conseguido? —pregunta débilmente.

—No… no he podido —me lamento.

—Lo siento… sé que te pedí cortar el contacto y ahora estoy llamándote…

—No… no pasa nada. Necesitaba oírte. No sabes la de veces que he querido hablarte, pero no me atrevía. Me quise morir por haberte arrastrado de nuevo a caer. —Mi barbilla tiembla y otra lágrima resbala por mi cara.

—Que ni se te pase por la cabeza pensar eso —me pide afectado —. No fuiste tú, Aura. Ha sido la distancia que hemos puesto entre nosotros… ha sido… ¿Recuerdas lo que te pregunté el día que nos separamos hace seis meses?

—Sí… me… me dijiste que si creía que habíamos hecho bien en elegir nuestros sueños en vez de nuestro amor…

—Pues nos hemos equivocado, mi vida…

—Sí… nos equivocamos… —Rompo a llorar.

—Me he dado cuenta de que esto es amor. De verdad. Puro. Loco, obsesivo, como debe ser el amor. Lo que estamos sufriendo no es más que un duelo por habernos forzado a perdernos.

—Sí…

—No tiene nada que ver con mi vulnerabilidad anterior, con mis recaídas. Esto simplemente es sufrir una pérdida sin necesidad. Morirnos de pena en vida.

—¿Has hablado de esto con Paloma? —le pregunto suave, quiero asegurarme de que lo que dice no está contaminado.

—No… Dejé de verla porque ya no podía ayudarme. No necesito ayuda. Solo estar a tu lado. No puedo más…

—Y yo necesito estar al tuyo… —le digo emocionada.

—Voy hacerte una videollamada. Me muero por verte…

Yon cuelga y la sonrisa no me cabe en la boca cuando veo aparecer su carita en la pantalla. Está en su cuarto, apoyado en el respaldo gris oscuro de su cama. Sobre su cabeza se aprecia el cuadro abstracto pintado en tonos verdes, blancos, rojos y morados que me contó que le regaló un artista japonés al llegar allí. Ha vuelto a raparse, aunque no del todo, tal y como lo vi el primer día en el complejo. Lleva puesto un polo azul marino encima de una camiseta de manga larga de rayas. Su cara nívea dibuja una expresión entre tímida y relajada.

—Hola…

—Hola… —Toco la pantalla con dedos temblorosos.

—Qué guapa estás.

—Y tú…

—Tenía tantas ganas de ver tus ojos, y tu pelo… pero sobre todo…

—Mis rodillas. —Me río.

—Sí, sobre todo tus rodillas.

Me subo el pantalón suelto hasta mis muslos y muevo el teléfono para enseñárselas.

—Oh… Dios… —dice con ronquera.

Me muerdo el labio y mi corazón se dispara. Cuando vuelvo a enfocar mi cara, encuentro a Yon mojándose el labio. Después traga con dificultad mirando mi boca y dibuja una sonrisa preciosa. Sonrío impotente, con la mandíbula tensa. Quiero tocarlo. Quiero lamerlo, quiero correrme mientras me besa y me mira.

—No lo soporto, Yon —le confieso de pronto, consciente de que estoy al límite de mis fuerzas—. No puedo estar un segundo más sin olerte, sin tocarte… Voy a dejarlo todo aquí.

—No… —Yon niega sonriendo y llorando a la vez, aumentando mi agonía—. Es por eso que te llamo. Me vuelvo a España… a Madrid. He comprado un vuelo.

—¿Qué? —Me llevo la mano a mi boca.

—Salgo mañana mismo. Llego a las once de la noche.

—¿En serio? —le digo incrédula.

—Sé que ha sido una locura, una inconsciencia, pero no quiero vivir sin ti —me dice con ese brillo suyo en los ojos que me deshace—. Ya no puedo…

—Yo tampoco.

Acerco mi cara a la pantalla sollozando, sin poder creerme que vayamos a hacer esto. La mirada de Yon me transmite de nuevo esa paz que me reconforta y me devuelve a mi ser, donde me siento completa y entera.

—Te amo… —me confiesa.

—Y yo a ti.

Irremediablemente acercamos nuestra cara a la pantalla y nos besamos entre ellas, como aquella vez en el Hotel Nevada sobre la cortina. Convirtiéndose así en el segundo beso más extraño que me he dado nunca. Solo que esta vez no hay lengua, y tampoco puedo sentir el calor y la forma de los labios de Yon. Pero me sirve. Lo sé porque me explota el pecho.

—He discutido con mis padres porque no me dan una opción si dejo el máster. Me han dicho que estoy loco por hacer esto.

—Pero Yon… —le digo culpable.

—Es que no aguanto más, me voy a volver loco… Tengo que tenerte conmigo —me dice muy cerca del enfoque—. Ya veremos

cómo lo hacemos. Juntos…

—Yo también puedo irme una temporada —le digo nerviosa de la desesperación—. Puedo decirle a Débora que me busque algo allí, no sé. Y tengo algo de dinero ahorrado.

—Pues ya está, ya veremos cómo lo hacemos. Pero ahora voy yo —. Y me regala una sonrisa plácida preciosa—. Que para eso te corté las alas primero.

—No lo hiciste… —Niego con la cabeza.

—No me lo voy a perdonar. —Agacha su mirada y luego la levanta con culpabilidad—. Tenía el discurso del «yo» incrustado de tal modo en mi cabeza que no supe darte mi mano con la fuerza suficiente como para que vinieses… Habló el miedo de creer que podría romperme, no lo que yo deseaba realmente… lo siento.

—No había una decisión correcta, Yon… debíamos probar una y ver qué consecuencias nos traía. Yo no me atrevía a ir… si hubiese estado segura de verdad lo hubiese hecho, te lo juro. Ya sabes lo aventurera que soy…

—Sí… sobre todo dándote la vuelta en piraguas.

Nos echamos a reír y siento cómo la tensión instaurada hasta ahora se derrite.

—Creí que iba a perder la cabeza —le confieso.

—La locura y el amor van de la mano. Es un hecho científico que no te voy a explicar ahora porque sé que te aburre… —Nos miramos y nos comemos con los ojos—. Nosotros nos hemos vuelto locos por no tenernos, pero eso va a terminar.

Sonrío pletórica y mi cerebro se dispara imaginando nuestro futuro juntos.

—Mañana estaré contigo.

—Para curar mi alma —exhalé con necesidad.

—Me parece que queda un siglo…

—Ojalá estuvieras ya aquí.

—Solo espero que todo salga bien.

—Claro que va a salir bien —le aseguro, con el corazón encogido de pronto—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—No lo sé… llevo días encontrándome muy raro. Supongo que será que nunca me he sentido más libre. —Coge aire muy despacio y lo suelta—. Me refiero a que… nunca he volado solo. Llevo toda mi vida bajo la vigilancia de psiquiatras y psicólogos, de mis padres, de mis profesores… Paloma me dio el alta hace seis meses, pero tuve que regresar a ella. Hace dos semanas tomé la decisión de dejar las sesiones definitivamente. Y no sé…

Me quedo paralizada. No comprendo muy bien qué está ocurriendo. Conozco a Yon desde los once años y siempre ha sido una persona oscura, vulnerable, extraña… pero ahora está bien, en

equilibrio. No logro entender la naturaleza de ese pensamiento. Los oídos me zumban y por unos segundos no oigo nada.

—No quiero asustarte…

—Pues lo estás haciendo —le digo angustiada.

Yon me mira con una seguridad inaudita en sus ojos.

—No voy a hacer nada, Aura, te lo prometo. Te lo juro. Deseo vivir más que nunca, mi vida. Y hacerlo contigo.

51
Yon

Seguramente mi voz resulte de lo más turbia y oscura en este momento. Me he pensado mucho si decir algo o si, simplemente, dejar que el tiempo engulla mi nombre sin más, como el negro lo hace con todo. En el pasado nunca consideré mi parte lo suficientemente importante como para hacerla saber a nadie. No obstante esta historia, los lazos que me unen de manera irrompible a ella, han hecho que quiera dejar impreso un esbozo de lo que soy.

Me quedan veinte horas para verla y estoy agobiado. Voy de camino al aeropuerto y si mi lista no falla, lo llevo todo. Sin embargo hay algo extraño en mi interior que no sé identificar. Una especie de aura que me envuelve de intranquilidad.

El silencio y la sombra me han acompañado gran parte de mi vida y no sé distinguir qué es lo que me sucede. No soy un deprimido y actualmente no tengo pensamientos suicidas que me lleven a querer desaparecer de la faz de la tierra, justo lo contrario, tengo ilusiones y sueños que quiero exprimir junto a Aura. Porque la amo con toda mi alma y jamás nada podrá elevarme como ella. Ahora mismo estoy tan desesperado por verla y tocarla que esa idea jamás podría pasar por mi cabeza.

Bajo del Narita Express y me dirijo a mi terminal con el pecho comprimido. Desconozco la causa. Para una persona que ha intentado quitarse la vida no es fácil lidiar con la incertidumbre, aunque empiezo a manejarla. Tal vez sea por el desprendimiento de mi idea de vulnerabilidad ligada al amor, lo que siempre me han hecho creer desde fuera. Las frases que tengo incrustadas en mi cabeza desde pequeñito. El amor propio te hace fuerte. Trabaja en ti. Persigue tu sueño. Puede que sea mi cuerpo reaccionando a lo nuevo. Al fin y al cabo, esto es un acto desesperado de amor. Lo he dejado todo por ella. Lo bueno es que tengo muy claro que no voy a arrepentirme. El sufrimiento de no estar a su lado me ha arrastrado al límite de la agonía.

Me aseguro de la puerta de embarque de mi vuelo en el panel y me dirijo a facturar mis dos enormes maletas. No sé por cuanto tiempo me voy, pero tenía que llevar conmigo algunas cosas imprescindibles para trabajar, además de mangas, y dos de mis cómics en japonés, que no di crédito cuando los vi traducidos en una tienda muy mítica aquí en Tokio, colocados entre el mundo Marvel y DC Comics, y donde varias personas me reconocieron.

Mis nervios aumentan estrepitosamente cuando veo que la cinta de maletas de facturación engulle las mías. Paso los controles para embarcar y espero muy intranquilo en mi puerta de embarque, donde puedo leer Madrid en el monitor, consciente de que me queda una escala en Frankfurt por delante.

En el momento en que monto en el avión sé que algo no va a ir bien. No puedo explicarlo. No sé qué es. Quiero creer que no es la fatalidad que siempre ha rodeado mi vida. Quiero creer que estas cosas no pasan, que no puede ocurrir que el avión se estrelle contra nada, desaparezca o caiga al mar. No puede ser, no puede ser… Por eso tengo la esperanza de que todo salga bien y definitivamente achaco este estado a esta decisión tan enorme que he tomado y que me saca totalmente de mi camino. En cuanto a ella estoy en calma, porque gracias a Aura he descubierto todo lo que me importa en la vida. Estar sano y en paz a su lado. No quiero otra cosa que eternizar el verano que vivimos. Y no aguanto un solo día más a diez mil kilómetros de ella.

Le escribo un mensaje con una sonrisa y le digo que salimos ya y que la amo, antes de apagar el móvil.

El avión empieza a moverse hacia su pista y el despegue se produce. Por la ventanilla observo que hay mucha niebla y trago.

Cierro los ojos e intento concentrarme en dormir. Suelo practicar esta técnica cuando estoy angustiado y he aprendido a dominarla. Así el tiempo pasará antes y lograré espantar a los fantasmas que me atormentan. Tras largos minutos siento que todo se diluye alrededor y entro en estado de duermevela. Los recuerdos bañados por las luces de nuestro verano atrapan mi cerebro, que se recubre de colores preciosos. Morados, rosas, malvas, naranjas, dorados… Escucho la risa de Aura y me dejo atrapar. Mi alma se llena de dicha y respiro plácidamente.

Y entonces la veo. Aura camina hacia mí. Puedo tocarla. Puedo besarla. Puedo hacerle el amor con torpeza mientras muerdo su boca y le susurro que la amo. Sonrío de puro amor y caigo en un sueño profundo.

52

Grito. Chillo enloquecida tras la noticia que acabo de recibir en el aeropuerto. Dos guardias de seguridad me sujetan mientras intento llamar histérica a Yon una y otra vez, pero me salta la maldita voz de una tía japonesa que no sé lo que dice. Mis labios, mi cuerpo y mis piernas tiemblan sin control y siento que me desmayo. Dejo caer el teléfono al suelo.

Me piden que me calme y me comunican que mi hermana Susana viene de camino mientras una decena de psicólogos acude a esta sala en la que nos han metido. Quiero rezar. Quiero implorar a lo que sea que exista en el cielo que me lo devuelva. Quiero desaparecer. Quiero morirme.

Pataleo y dos personas más me agarran mientras unas manos con guantes azules intentan colarme algo en la boca. Agito mi cabeza sin control llorando a lágrima viva, hasta que logran hacerlo. Escupo la pastilla y me zafo de ellos. Pero me atrapan de nuevo y esta vez los servicios médicos son más efectivos. La aguja del calmante perfora mi nalga con eficacia y sale de ella con la misma rapidez. Lloro diciendo que me dejen en paz y solo uno de ellos se queda a mi lado. Choco mi espalda contra la pared y tapo mi cara con las manos, desangelada. Mi Yon, mi vida, mi amor… Maldita sea nuestra fortuna.

Oigo voces que reverberan a mi alrededor como en una dimensión alternativa. Siento como si mi cerebro estuviese envuelto de espuma y por un momento no sé qué estoy haciendo aquí. Hay mucha gente que no conozco. Gente que está esperando a sus familiares y llora como yo. Esto no está pasando. No está pasando. No puede ser… Mi Yon está vivo y va a llegar en el vuelo de las once.

Una ATS me trae agua y niego con la cabeza. Siento vértigo y tengo el estómago cerrado. Ella me insiste en que beba y le grito que me deje, propinando un manotazo a la botella. Me hago daño en el dedo por el anillo. Es el de flecha, el que llevaba cuando todo empezó, el que mantenido conmigo seis meses confiando en que todo iba a salir bien. Lanzo un aullido de dolor. Me lo arranco y lo estampo contra el suelo con brutalidad.

La pena sepulta mi carne y dejo que la gravedad me atrape, arrastrando mi espalda por la superficie hasta quedar sentada en el suelo. Me tumbo dando la espalda a todo el mundo y lloro entre quejidos, abrazándome encogida. Doy puñetazos en la pared gritando su nombre hasta que me duele la mano y los párpados me pesan como

el plomo. Siento que me amodorro y me remuevo con dificultad. Gimoteo una y otra vez. Yon está muerto. La mejor persona que he conocido. La única que ha puesto mi mundo del revés y me ha llevado a lo que soy. Lo he conocido tarde, muy tarde. No he podido disfrutar de él, de su piel, de su boca, del tacto de sus manos, del brillo de sus ojitos. Mi niño…

Unos pasos apresurados preceden a unas manos cálidas que me tocan con suavidad y me dan la vuelta. Es mi hermana Susana. Me lanzo a sus brazos entre alaridos y ella me envuelve en los suyos mientras llora conmigo, susurrándome lo mucho que lo siente.

El trayecto de vuelta a casa se convierte en un auténtico periplo de agonía. No sé cómo voy a salir de esta. No lo sé.

Ni siquiera soy consciente de mi cuerpo hasta que me despierto de súbito en plena madrugada. Mi hermana está a mi lado en la cama y acaricia mi pelo con ternura. Miro mi dedo. El anillo no está y me echo a llorar desconsolada. Por un segundo había creído que todo había sido una pesadilla…

Pero no. Es real. Yon se ha ido.

Los días siguientes siento que me desvanezco. Nada tiene sentido. No quiero vivir en un mundo en el que no está Yon. Las pastillas no me ayudan a olvidar. Ni siquiera un poco. He pedido la baja laboral y siento todo mi futuro descuartizado, como un cuerpo tras pasar por las manos de un psicópata. No quiero tener futuro. No quiero. No le encuentro sentido a seguir en el mundo. Si no me he quitado ya del medio es por mi hermana y mi sobrino. Se me han pasado mil veces por la cabeza las frases de Yon cuando me contó que se quitó la vida. Si lo hubiera sabido le habría dicho tantas cosas en nuestra última llamada.

El dolor es tan lacerante e insoportable que la mayoría del tiempo prefiero estar dormida. Porque allí, en el líquido de los sueños, Yon aún existe y está vivo. Y lo puedo palpar. Siento que ardo en su fuego cuando se hunde en mí como si fuese verdad.

Desconozco los días que han pasado. Apenas como. Lloro a todas horas. Mis padres, mi hermana, Sara, mi sobrino. Nada me apetece. Ni las palabras ni los abrazos. Solo quiero dormir y regresar a Yon. El sueño me lleva a un lugar dulce y plácido del que no quiero despertar. Sueño con él a todas horas. Con la vida que debimos tener, con sus manos, con toda la belleza que el destino me ha robado.

No hay nada que pueda devolvérmelo. Nada podrá devolverme las luces de verano, la gloria entre los árboles, la belleza de un amor como el nuestro. Solo puedo dar las gracias a Yon por haber sido mi compañero de viaje en el ahora. Un ahora que ya es pasado.

No tengo fuerzas para seguir. Me encuentro en la cama y me duele el pecho, me falta el aire. Mi cabeza se ahoga entre recuerdos y

el efecto sedante de las pastillas. Cierro los ojos y veo a mi niño, a Yon. Camina hacia mí con una sonrisa. Puedo tocarlo. Puedo besarlo. Inspiro su aroma a musgo y siento cómo me hace torpemente el amor mientras me mira con ojos brillantes. Su cuerpo alto y delgado encima de mí me hace levitar con una sonrisa hacia la eternidad.

Epílogo

Han pasado dos meses desde que murió mi hermana. Dos meses y una semana desde que Yon lo hizo. Es curioso cómo la vida y el tiempo deforman las cosas. Ella quería vivir, pero nada pudo ayudarla. No soporto pensar en que no pude hacer nada. En lo grises que son mis días porque todo está bañado de tristeza y en lo que la echo de menos. No sé qué decirle a mi hijo Noel cuando me pregunta por qué su tita Aura está en el cielo. «Corazón roto, Síndrome de Takotsubo», dijo el médico. Mi hermana murió de pena.

Salgo del trabajo y camino hasta coger el metro. Hoy Noel come en casa de un amigo y luego irá a fútbol, de modo que tengo algunas horas para poder llorar tranquila sin que me vea. Si por mí fuera no hubiese salido de la cama desde que Aura se fue, pero tengo que mantenerme fuerte por él. Mi hijo es mi razón de vivir y su felicidad es la máxima prioridad para mí.

Cuando llego a casa enciendo la tele por inercia y me dirijo a la cocina a calentar unos canelones. Luego pongo la mesa en el salón y sirvo la comida, ya caliente, sentándome frente a la tele. Cambio de canal, hastiada y triste, y lo dejo en el telediario. Miro el plato humeante y cojo el tenedor para partir a trozos los canelones, oyendo el murmullo de la televisión de fondo. Pero de pronto escucho algo que me resulta llamativo.

Levanto la vista del plato y clavo mis ojos en la pantalla sin dar crédito a lo que oigo. El corazón se me dispara de nervios. No me lo puedo creer, están hablando de él. Me lanzó histérica a por el mando a distancia y subo el volumen todo lo que puedo.

—Yon López Roy, el famoso mangaka de veintiocho años nacido en Santa Mónica, fallecido recientemente en un accidente de avión, ha vuelto a sorprender al mundo al lanzar su última historia.

»Según fuentes cercanas, el artista tuvo una fuerte discusión con sus padres el día anterior al vuelo fatídico. Al parecer, el motivo fue el abandono del prestigioso máster que Yon cursaba en Tokio por causas que se desconocen. Su nueva y última historia, cuyos derechos audiovisuales ya se han vendido para cine, ha visto la luz gracias a sus padres. Según han contado a la prensa, el artista dejó escrita una nota sobre su mesa de dibujo con especificaciones detalladas por si le ocurría algo.

»Su nueva heroína se llama Aqua Aura. Tiene un largo pelo rubio y la dibuja como si un ventilador moviese sus cabellos. Es

experta en artes marciales y en su cuello lleva un cuarzo de color turquesa que la protege de sus enemigos. El héroe se llama Romeo y tiene el poder de viajar en el tiempo. Lleva los ojos pintados de negro y conduce un Jeep en el que ambos superhéroes dan rienda suelta a su apasionante historia de amor, que trae de cabeza a sus ya millones de seguidores. Juntos recorren el mundo en busca de villanos, para limpiar las almas oscuras y crear un universo cegado de luz.

Todos los diálogos de *Romeo y Julieta* que aparecen en esta historia son una adaptación de la obra original de dominio público de William Shakespeare. Fuente: www.elejandría.com.

Sobre la autora

Maran Garren aprovecha su tiempo libre para escribir. Inició su andadura en esto de plasmar las historias que imaginaba cuando, por crueles azares del destino, tuvo dos roturas de hueso consecutivas y demasiado tiempo de sobra. *Palabras necias*, *Sé de lo que hablo* y *Leer lo invisible* componen la trilogía Palabras, siendo sus primeras obras publicadas y con gran acogida. Ahora llega con *Las luces de verano*, una adictiva y conmovedora historia de amor.

Sigue a la autora:

@marangarren

Edición formato digital 2023
© 2023, Maran Garren
Diseño de portada Maran Garren
Reservados todos los derechos. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el almacenaje o distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin autorización escrita de los titulares del c*opyright.*
ISBN ebook: B0BXJXNKCS
Identificador: O00019981e23P0015424